



EL LABERINTO
DE LOS SUEÑOS

Soledad Palao

Soledad Palao

EL LABERINTO

DE LOS

SUEÑOS

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª Edición

ISBN: 978-84-697-2890-1

Impreso en España / Printed in Spain

Editado por: Soledad Palao

© 2017 Soledad Palao www.soledadpalao.com

© Impulso Literario. Agencia de promoción y Marketing

© Mati Sanchíz Rodríguez. Corrección

© Alexia Jorques. Diseño de portada

*Para mi marido, por tantos años a mi
lado.*

“No te rindas que la vida es eso, continuar el viaje,
perseguir tus sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar
el cielo”.

Mario Benedetti

“Jamás desesperes, aun estando en las más sombrías
Aflicciones, pues de las nubes negras cae agua limpias y fecundante”.

Miguel de Unamuno

PRÓLOGO I

La historia que a continuación se narra pertenece a territorios en los que la sensibilidad anida, en tiempo, lugar y formas, con un aire de recuperación de paisajes y sonidos, de almas que buscan su lugar en el sol. El laberinto de los sueños parece pertenecer a nuestros días, pero es un trampantojo, una argucia de la autora para coger en una red los momentos tranquilos y dulces de una vida y una ciudad que le fascinan. Que me fascinan. Es un relato en el que Madrid y sus lugares olvidan ser decorado y se convierten en carne y hueso, para volver a pasear entre sus jardines, para tomar un café con pastas en cualquier cafetería de esas que vivieron tiempos mejores. Tomando en préstamo la mejor tradición de la novela picaresca y del cine clásico de comedias macabras (como aquella de unas ancianitas candorosas, parientes de un despistado Cary Grant), la autora nos regala un texto fascinante. Con el vigor de los cuentos capaces de sumergirte en su corazón desde el párrafo primero, de leer sin respirar, de reírte con sus ocurrencias, de vivir en una prosa trabajada y cuidada, de una elegancia a la que ya no estamos acostumbrados. Tras una excelente primera novela, *El Secreto Que Cambió Mi Vida*, sobre andanzas infantiles y recuerdos de misterios familiares ocultos, crece la escritora y crecen los personajes en la actual. Destacaría, sobre todo, el vigor y la gracia de los diálogos, enloquecidos y ocurrentes, y la perfecta definición de los personajes, que, pese al surrealismo de sus costumbres, son cercanos y se nos antoja que conozcamos de toda la vida. Leyendo a Soledad Palao, he creído volver a entrar en aquellas salas oscuras de cines con acomodador de chaquetilla y entorchados, para disfrutar una película de las de blanco y negro, de los clásicos que no mueren; de las de actores entrañables y carismáticos. Es Berlanga, pero también es Capra, y, por qué no, es Groucho Marx y sus frases de veinte giros. Puede que, al acabar, haya quien opine que leyó novela negra, otros asegurarán que viajaron por los territorios de la comedia, y algunos la definirán como novela de costumbres. De todo eso hay en este transitar de personajes excéntricos, que hacen las cosas más inusuales tal que si fuesen lo más normal del mundo. Pero, más allá de las situaciones y sonrisas, fijémonos un rato en la construcción de las frases, en la utilización

exacta de adjetivos sonoros y musicales. Es esta una obra madura y deliciosa, con reminiscencias de Tú a Boston y Yo a California, de Arsénico por Compasión, del Lazarillo de Tormes, de La Vida del Buscón, y de algunas tragedias del pasado que recién conocimos. Acomódense, abróchense los cinturones y desaparezcan en este estado mental que es El laberinto de los sueños. No se arrepentirán.

Manuel Fernández García

Crítico Literario

PRÓLOGO II

Lector, si estás leyendo estas líneas es porque has tomado la decisión de empezar este libro y te adelanto que estás a punto de conocer a personas que no te dejarán indiferente, sobre todo de su protagonista, Valentina.

Valentina es una mujer, ¿cómo podríamos calificarla...? poco convencional, poco habitual, es de esas personas que cuando las conoces te embaucan, te atrapan, sí, sí, Valentina es así, alegre, divertida, inteligente, lista, cariñosa, familiar, trabajadora... pero no nos engañemos, nada es perfecto y la vida, más bien la familia de ella, hará que transcurra de una manera muy peculiar todos los años de sus existencia, marcándole un pasado, un presente y un futuro, que tú como lector, vas a conocer en unos momentos. Una vida cargada de emociones y muchos misterios, estoy segura que no podrás parar de leer hasta acompañar a Valentina a resolverlos todos. Podría seguir contando más cosas de esta historia, pero no, eso te corresponde ahora a ti, que por ello has elegido, y muy bien, leer una novela con toques tanto divertidos como tristes.

Y ahora que ya te la he presentado un poco, corre, ve con Valentina que ella te está esperando...

Rocío Fernández López

“EL LABERINTO DE LOS SUEÑOS”

Me llamo Valentina y soy madrileña de pura cepa, castiza que se dice por estos contornos. Me pusieron el nombre por la madre de mi padre, nacida en el Tetuán de las Victorias, chula y dicharachera, según contaba mi madre, que aunque fuera su nuera, como madre e hija se portaron la una con la otra. Nací en un mes de junio hace cuarenta y tres años, más o menos, que aunque sé mi fecha de nacimiento de buena tinta, tampoco quiero que se vaya pregonando. Y lo que viene a continuación ocurrió hace muchos años.

Mi padre nació en su casa, como se nacía antes. La abuela Valentina le parió en su cama, agarrada a los barrotes y gritando para que la escucharan las vecinas, que se congregaban en la puerta para ver si servían de ayuda en el nacimiento, que duró solo tres horas. Alrededor de ella se reunieron con las tazas de caldo de gallina que fueron dejando sobre la mesa camilla del pequeño comedor, a las que mi abuela se enganchó agradecida para sobreponerse al parto de aquel muchachote que pesó cuatro kilos; porque en aquellos tiempos las preñadas comían por dos mientras les duraba la tripa, porque lo decían sus madres y porque lo decían los médicos a los que solo iban las señoras de posibles.

En una corrala de las últimas que quedaron sanas en los Madriles, mi abuela Valentina crió a mi padre, allá por los años cuarenta, después de la guerra que dejó la villa hecha trizas y a sus habitantes alimentados a base de cartillas de racionamiento y apañándose como Dios les dio a entender, valiéndose de cualquier forma y manera, con la ayuda de las entrañables vecinas que eran como familia. Aquellas corralizas típicas del Madrid de finales del XIX, formaban casas comunales, puerta con puerta, con balcones corredizos que facilitaban la entrada a la vivienda, con un baño comunitario por planta y un patio central que entre todas las moradoras de la corrala, mantenían limpio y adornado con plantas y flores. Y allí pasaban las horas los vecinos, realizando tareas varias, tanto para coser, como para pelar patatas, bañar a los chiquillos en

unos barreños grandes de zinc, que se pasaban unas a otras, jugar a las cartas, al parchís, o celebrar cualquier aniversario que festejaban con cualquier motivo.

Mi abuelo Isidro, al que Dios quiso que yo no conociera, fue presa de unas fiebres que se le llevaron al otro barrio. Del tifus dijeron unos, de la gripe otros y de la falta de medios y médicos los de más allá. El caso es que mi abuelo abandonó este mundo en lo mejor de la vida, dejando a mi abuela

Valentina sola con mi padre a merced de la caridad de las vecinas y las pocas perras que llevaba a casa gracias al lavado de las sábanas de las señoras de postín de la época. De ahí que con la pérdida del hombre de su vida, a la abuela Valentina, se le agudizaran las ideas y se le encogiera la conciencia, gracias a lo cual supo salir adelante con donaire y salero el resto de su vida, maldiciendo por lo bajo y preguntándole al Altísimo para que querían allá arriba a su hombre, con la falta que le hacía a ella aquí abajo. Juró por lo más sagrado que a partir del mismo día en que enterraran al abuelo Isidro, dedicaría su vida a darle a la sesera para facilitar de cualquier forma o manera la pitanza diaria, sin hacer mal, aunque para ello tuviera que idear algún asuntillo que no agradase a los santos a los que cada noche se encomendaba.

Cuentan que por la zona no existía lavadero alguno, con lo que la abuela Valentina, cargaba su barreño de calamina abrazándolo con su brazo derecho, mientras con la mano izquierda sujetaba la mano de mi padre, trasladándose en el tranvía donde se apeaba junto al Manzanares, en cuyas aguas pasaba el día lavando los juegos de cama de la gente de posibles y tendiéndolos al sol, a la vez que se echaba para el buche el cocido algo desabrido por la falta de sustancia, que echaba a la cesta en una tartera que calentaba en una fogata, y comía con el grupo de lavanderas con las que compartía su trozo de orilla, mientras, daba el pecho a mi padre, del que no se desenganchó hasta cumplidos los tres años.

Para tales menesteres la abuela Valentina cubría su cuerpo serrano con un vestido negro hasta un poco más arriba de los tobillos, donde asomaban las enaguas a las que estaba acostumbrada, aunque ya la moda de aquellos años cuarenta y tantos se declinaba por la largura de la media pierna, y las medias de seda con costura, que mi abuela ni siquiera se habría probado, sin percatarse de

que no tardando mucho le aguardaba un vestidor repleto de ropas costosas dignas de una marquesa.

Mi padre aunque nació grande se crió algo enclenque, delgaducho, alto y recto como una vela, de esas que ponen los curas en las iglesias para llenar el cepillo para los pobres. Le apuntó al grupo escolar de la zona, para que se le espabilara la sesera, al contrario de los demás chiquillos de la corrala, a los que sus padres ponían a la faena ya de niños.

Salió listo de entendederas y además del estudio sabía ganarse más de cuatro perras, a base de chascarrillos a las mozas, que reían ante las lisonjas de aquel chavalillo listo y espabilado, reparto de periódicos y recados a los tenderos de la zona y a las vecinas, que sabían recompensarle con propinas su buen hacer, pesetas que él entregaba a mi abuela puntualmente.

El chiquillo iba creciendo con esa sabiduría que además de la escuela te da la vida, acompañado de mi abuela, joven, guapa, robusta y dotada de buen entendimiento. Formaron un dúo cómplice especialista en trazar planes e ideas conjuntas que elaboraban cual trama novelesca, para sacar unas cuantas perras al día siguiente, y a veces más de unas cuantas, con lo que el tarro de cristal de la alacena donde guardaban los céntimos, se llenaba cada semana, hasta el punto de tener que sustituirlo por otro.

Mientras mi padre acechaba con lisonjas a las mozas que se paseaban por la Puerta del Ángel, aprovechando el rato en que secaban las sábanas a la ribera del Manzanares, la abuela Valentina, metía mano a las monedas que sueltas llevaban las zagalas en los capachos que colgaban al brazo. Nunca repetían zona, y lo mismo paseaban cerca de la casa de campo, que por los jardines del moro, donde mi padre hacía reír a las parejas de enamorados que se susurraban requiebros en los bancos cercanos a los parterres de flores que engalanaban la zona, mientras la abuela Valentina hacía valer esa maña que Dios la había dado para la rapiña de monedas, carteras, o cuanta cosa que encontraba dentro de los bolsillos de los mozos zalameros o de las chiquillas embobadas de enamoramiento.

—¡Buenos días tengan ustedes!

—¡Buenos días, chaval! ¿Se te ofrece algo?

—Solo el saludo caballero, que dice mi madre, que la buena educación nunca sobra. Y decía lo de buenos días porque de sobra tienen que ser buenos, porque con el reflejo de los ojos de la novia de usted, no nos hace falta el sol.

—¡Será posible el mozo! ¡Lo lisonjero que ha salido con la edad que tiene!

—La edad nada tiene que ver con la hermosura, y su moza está repleta y sobrada.

—¡No, si labia no le falta al chavalillo! ¿Vas al colegio?

—Naturalmente, que no quiero ser un borrico de esos que se pasan el día de acá para allá, sin ganancia y sin sabiduría.

—¡Ay, Dios mío, qué cosas tiene el muchacho este! ¡Qué resalao que es! Anda, acércate, que te has ganado un par de monedas, para que compres lo que gustes.

—Pues agradecido les quedo.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Antonio quiso mi madre ponerme, para lo que gusten ustedes mandar.

—Anda, pues si yo juraría que en el bolsillo pequeño del capacho llevaba el monedero. Debe ser que se me ha olvidado en casa. Manolo, dale tú algo al chiquillo.

—Claro que sí. Toma muchacho y que sigas tan espabilao.

—Muchas gracias y que pasen un buen día.

Y dando saltos se alejaba mi padre al encuentro de la abuela Valentina, que le esperaba en la siguiente esquina, con el monedero que había birlado a la pobre

víctima, que tan contenta había quedado por los requiebros dicharacheros de mi padre.

Que a mi padre le llamaran Antonio fue cosa de mi abuela, que agradecida le quedó al santo, cuando depositó los trece alfileres en la pila del agua bendita de la ermita de San Antonio, para pedir un buen novio, como hacían las mozas de época en los Madriles. Los depositaban al fondo del aguamanil de la iglesia y a continuación posaban la mano. Tantos alfileres quedaban pegados en el dorso, tantos eran los pretendientes que iban a tener ese año. Uno solo quedó adosado en la palma de mi abuela y uno solo fue el galanteador de buena ley del que quedó prendada, por su buen porte, su mirada risueña y su fama de trabajador.

Casaron en la ermita y allí mismo le prometieron al santo que Antonio pondrían al primer hijo que Dios tuviera a bien mandarles.

En la corrala de mi abuela, que había heredado de su padre, después de pedir permiso al casero para poderla habitar, formaron una verbena para agasajar a los vecinos el casorio. Vino, entresijos, gallinejas y zarajos, que se encargaron de freír las vecinas y un buen chocolate con churros que prepararon entre todos los colindantes de la escalera, que hicieron aquel día inolvidable. Baile con chotis, pasodobles y una buena sangría que tuvo a bien preparar la señora Ernesta, residente de la puerta contigua de toda la vida, que como una hija consideraba a mi abuela.

Después de un día de juerga, agasajos, bailes y chascarrillos a los novios, aquellos moradores de la corrala recaudaron la suma que permitió a mis abuelos realizar el viaje de novios a San Martín de Valdeiglesias, pueblo cercano a Madrid, famoso por sus buenos vinos, su castillo y un pantano, en el que mi abuelo dejó ver a mi abuela su arte natatorio, mientras ella observaba con miedo desde la orilla, remangándose las enaguas y dejando que sus pies se remojaran en el agua, no sin antes echar un vistazo a los alrededores para evitar a los mirones.

Dos días estuvieron por esos lares, que cortos se les hizo, entre el tiempo que perdían en arrumacos, mañanas de poco madrugar y tontunas de enamorados.

Se alojaron en la casa de un hermano de la señora Ernesta, que tuvo a bien ceder su dormitorio a los recién casados y agasajarles con toda clase de mimos y presentes, con buenos desayunos, para que el cuerpo recuperase el movimiento nocturno y comida típica de la zona, buenos espárragos trigueros del pueblo y costillas a la brasa, que el hermano de la señora Ernesta preparaba como nadie.

Los mejores días de su vida, contaba mi abuela, repletos de besos, amor, mimos y cuidados, con los que le obsequió mi abuelo hasta el último día de su vida.

Mi abuelo Isidro se ganaba la vida en una colchonería de Cuatro Caminos. Era colchonero de aquellos que cambiaban la lana de los colchones que usaba la gente de caudales, ya que para los de casta más baja se utilizaba la borra.

Con sus brazos potentes cargaba el colchón escaleras abajo, hasta la calle, allí descosía los laterales y procedía a separar la lana con sus manos. Después de lavarla en un buen barreño que le proporcionaba la clientela, la extendía y la removía con una vara de avellano. Decían las malas lenguas que a mi abuelo se lo llevaron las fiebres de tanto respirar las miasmas que desprendían las lanas, que con tan buena mano aseaba y volvía a rellenar en aquellas telas rayadas, que solo los señores de la época podían permitirse. Ni paga, ni estipendio le dejaron a la abuela Valentina, que además de la pena que le quedó dentro, tuvo que apechugar con mi padre y a merced quedó de las buenas vecinas, hasta que se le fueron abriendo las puertas como lavandera. Eso sí, zagala guapa donde las hubiera, que después de morir el abuelo, no le faltó un buen mozo que dispuesto estuviera a relaciones formales con ella. Pero quiso el destino que quedara sola con mi padre, hasta que Dios lo ordenó, pregonando a los cuatro vientos que nunca encontraría un hombre tan hombre, tan bueno y tan cabal como su Isidro.

Y así es como mis antecesores tuvieron a bien aprender el negocio de la rapiña, además de algunas artes relacionadas que les fueron quedando en los genes, y que además me dejaron en herencia, porque según mi madre, nada más asomar la cabeza para ver el mundo, ya berreaba con acento madrileño y de un manotazo mandé a los cuatro vientos los fórceps que pensaban utilizar para

traerme a este mundo, dejando perplejos a todo el equipo que aquella mañana de domingo hacía guardia en la maternidad de Santa Cecilia.

Nací robusta como mandaba la tradición familiar y al contrario de mi padre, robusta crecí y robusta sigo, que aunque pruebo la dieta de la alcachofa, la de la remolacha, la de la zanahoria y cualquiera que mis ojos captan en revistas especializadas, pierdo dos kilos y a eso de los quince días gano tres, y como dice mi abuela:

—Hija de mi alma y de mi corazón, eres el vivo ejemplo de las contrariedades. Si hay que ir palante, tu patrás y si hay que ir parriba, pues tu pabajo.

Y todo esto que cuento es más real que la vida misma, y aunque mi madre y la abuela Valentina se reunieron con mi pobre padre, va ya para diez años, víctimas de un taxista que le dio por arremeter contra la acera de la calle de Atocha, cuando las dos iban cogiditas del brazo, a comerse un bocadillo de calamares al Brillante, ¡y que me muera ahora mismo, si es mentira lo que cuento!, las sigo viendo, como si estuvieran vivitas y coleando. Raro es el día que no bajan a verme, y digo bajan, porque es la palabra que ellas emplean cuando hablan de su traslado desde donde quiera que residan, hasta que se posan delante de mis narices, y es que por lo visto tienen prohibido contar lo que pasa en el más allá, en esa nueva etapa que a todos nos espera, y aunque ya estoy acostumbrada, al principio me arreaban unos sustos, ¡qué válgame Dios! Como que el primer día se me aparecieron en la consulta del dentista, cuando aquel buen hombre trataba de arrancarme la muela del juicio, y fue tal el grito que pegué que la clientela de la sala de espera salió pitando escaleras abajo, con tanto pánico que llegaron hasta los bomberos como si de un incendio se tratase.

Desde aquel día en el que casi me produjeron un paro cardíaco, rara es la jornada en la que no bajan a verme. A veces baja sola la abuela y otras las dos juntas. Cuando se me aparece la abuela Valentina en solitario y me da por preguntarle por mi madre, justifica su ausencia con los deberes a los que está sometida en ese mundo, paraíso o como se llame en el que residen. Según me cuenta, tuvo que esperar un poco para volver a ver al abuelo Isidro. Por lo visto, por aquellos lugares, las cosas se llevan de otra manera, hay que esperar un

tiempo para hacer lo que quieres, y como allí el tiempo no existe, pues eso, que ellas no lo notan, un lío vamos, que por mucho que lo explican no me entra en la cabeza.

En cuanto alguna de las dos nota que me tuerzo en alguna de mis hazañas, abro los ojos, y ahí están, aconsejándome la manera y la forma, basándose en su experiencia, que debe de ser la mejor, porque con lo felices que se las ve, todas las faenas que se trajeron entre manos en vida, el que manda allá arriba no se las ha debido de tener en cuenta.

Ya sé que hablo mucho y me precipito en las explicaciones, porque quería contar en estas cuatro letras la vida de mis progenitores y me he saltado al presente, ¡qué le vamos a hacer! ¡No voy a cambiar ahora! ¡Vamos digo yo! Y por eso, por si les parece a ustedes mal mi proceder, voy a retroceder, por orden y como mandan los cánones de la vida. ¡Mira qué bien me ha quedado esto último!

A lo que iba, a mi padre le chisporroteaban las ideas del negocio igual que crecen las amapolas en un campo de trigo.

Con los cuartos del tarro de cristal se compraron ropa fina y elegante y optaron por colarse en las bodas, para lo que salteaban los distintos barrios de Madrid, y lo apuntaban en una libreta para no repetir. Después de ponerse morados a entremeses fríos y calientes, a langostinos y a pavo o solomillo, practicaban el arte de cambiar el sitio, que consistía en cambiar el lugar que ocuparan, para después invadir alguna de las sillas libres, disculpándose por el retraso y mientras los demás comensales tomaban la tarta, a ellos le iban sirviendo de nuevo los primeros platos que la abuela Valentina, con maña y finura, iba guardando en un capacho que mi padre colocaba con destreza debajo de la mesa. Una vez dominaron esa práctica con la desenvoltura requerida, optaron por ampliar los dividendos, atreviéndose a afanar los regalos con los que agasajaban a los novios, con lo cual, los días que tocaba casorio, llegaban a casa cargados con teteras de plata, bandejas, portarretratos, incluso alguna cubertería que mi padre después vendía en varias casas de empeño con las que ya había logrado llegar a un acuerdo.

Tal era el acierto con el que llevaban el negocio, que dadas sus facultades para el pillaje, decidieron ampliar las ganancias, con lo que extendieron sus miras hacia más prósperas transacciones, para lo cual tuvieron que establecer un plan de ataque, estableciendo para ello bocetos, diseños y borradores, además de darle a la sesera, buscando la síntesis que les llevara por fin a encontrar el gran golpe que les sacara de pobres definitivamente. ¿Y qué mejor que establecer su frente de actuación en la casa de doña Marita Ibáñez de Lara? Y digo yo, que se preguntarán ustedes que de dónde me he sacado yo a esta buena mujer, pues ni más ni menos, que la dama antes mencionada, según me contó la abuela Valentina en una de sus visitas desde el otro mundo, era una gran señora de la alta sociedad, conocida en todo Madrid por su entereza, elegancia, don de gentes, pero sobre todo y lo más importante por su fortuna, heredada de su padre don Ignacio Ibáñez de Lara, banquero de profesión y consejero de altas empresas y financieras de alcurnia como se decía entonces.

Soltera, no por su fortuna, sino por su carácter dado al mal genio y a la mala leche y por el ingrato físico con el que Dios le había dotado, por lo que debido a esa naturaleza, no le duraban ni un mes las damas de compañía que solícitas le buscaban sus amigas y familiares.

Ya se habrán dado cuenta al leer estas cuatro líneas, del entramado en el que se entretenían mi padre y mi abuela, y efectivamente, un día de lunes, la abuela Valentina, se presentó a la puerta de doña Marita Ibáñez de Lara con unas recomendaciones totalmente falsificadas y dispuesta a dejarse las uñas en el papel de dama complaciente y pelotillera, para lo cual ensayó varios meses adoptando el papel de huérfana, viuda y víctima, a causa de algunos pormenores a los que la vida le habían llevado a un cruel infortunio, conociendo de buena tinta la vida y milagros de tan afamada y adinerada señora.

Al entrar al portal, la detuvo el portero, que con un uniforme similar al de un capitán de la marina mercante pero sin gorra le preguntó:

—¿Qué desea la señora?

—Estoy citada por doña Marita Ibáñez de Lara.

—Pues entre usted entonces, el ascensor hasta el octavo C.

La abuela Valentina subió por las escaleras, sin querer introducir su cuerpo serrano en aquel ascensor dotado de cierres de pasamanería fabricados con hierro forjado, por temor a no saber usar aquel artefacto del demonio en el que nunca había subido.

Dos timbrazos a la puerta de servicio bastaron para que una muchacha vestida con un uniforme negro, delantal y cofia blanca, le abriera y con voz dulce y apagada preguntara:

—¿Qué se le ofrece?

—Ofrecerme, lo que se dice ofrecerme, pues nada. Solo preguntaba por doña Marita Ibáñez de Lara. ¿Sabe usted? Y para tal menester me envía don Jerónimo, el cura de la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, y si no es de su agrado creer lo que digo, traigo escrito de puño y letra las recomendaciones pertinentes del mismísimo sacerdote antes mencionado.

—Un momento por favor.

—Lo que usted diga.

La puerta se cerró dejando a mi abuela con dos palmos de narices en el descansillo de la escalera.

A los pocos minutos aquella fémina tan bien uniformada abrió la puerta nuevamente y dijo:

—Pase por favor.

—Y sin favor.

Le guió hasta una acogedora salita maravillosamente decorada, con ricos tapices y dos butacones dotados ambos con escabeles a juego. En el centro una mesita baja de madera color rojizo, de no sé qué clase, ya que mi abuela

Valentina por aquel entonces no estaba versada en la sabiduría de las maderas, ni de casi nada, a no ser en el entrenamiento de la ilustración que te va ofreciendo la vida en el arte de ganarte el condumio diario.

Mi abuela se alisó la falda negra y bien planchada que le alcanzaba los tobillos, y arreglándose un poco el pelo, que siempre llevaba recogido en un moño y que dejaba ver su cara limpia, sin afeites ni pinturas, pero lozana y de buen ver, esperó a que le recibiera la señora de la casa, que tan crucial sería en su futuro, y por adelantarles algo les diré que hasta en el mío, al que después me referiré.

—Buenos días, Valentina.

—Buenos los tenga usted señora.

—Tus referencias son excelentes, y bien lo sé, porque no creas que me fío de cualquiera, que hace como un mes asomó por mi puerta un jovenzuelo con muy buena pinta, ofreciéndome sus servicios como investigador, y desde entonces varias le he encargado. Ninguna consideró satisfactoria, hasta que investigó las tuyas. Inmejorables señora, no desconfíe, que son auténticas, vino a decirme. Y por eso estás aquí.

—Agradecida señora. Que no debe una fiarse de nadie así como así, con los tiempos que corren, que es como para echarse a temblar.

—Me gusta tu semblante muchacha, y no suelo equivocarme. Antes de nada he de decirte, que no es trabajo fácil el que voy a encomendarte. Deberás hacerte cargo del cuerpo de casa, vigilarás que todo marche a mi gusto, hasta el menú diario habrás de dictarle a la cocinera. Llevarás las cuentas y cerrarás en la noche para que nada falte, incluyendo enseres, dinero y hasta mis joyas. Quedarás al cargo de todo, además de ser mi doncella personal, y tengo mis rarezas, no vayas a pensarte que soy fácil de llevar, que no lo soy. Llegarás a las siete de la mañana y marcharás a las nueve de la noche, después de comprobar de que todo esté en su sitio y preparado para el día siguiente. Ya que ha sido tu gusto pernoctar en tu casa no te lo voy a impedir, pero he mandado preparar un dormitorio, por si en algún momento fuera de tu conveniencia pasar la noche en esta casa, o si yo

te necesitara, por enfermedad, o por lo que fuera menester. Tendrás dos tardes libres al mes y si precisaras de algún día, habrás de decírmelo con antelación, día que desde luego será descontado de tu sueldo. Dominga, la cocinera, que hasta ahora es la única del servicio que goza de toda mi confianza, te mostrará tu habitación en la que hallarás tres uniformes que deberás llevar siempre puesto y que marcará tu estatus en esta casa. Todo lo que necesites saber, ella te lo irá proporcionando. ¿Quedas conforme?

—Conforme quedo, señora.

—Gozarás de dos semanas de prueba. Te estaré vigilando y de ello dependerá tu permanencia en esta casa.

—Agradecida.

—Puedes marchar a poner el uniforme y a comenzar la tarea. En una hora me servirás la comida en mi dormitorio, que me duele un poco la cabeza y no me apetece ir al comedor.

—Como usted mande, señora.

Lo primero que hizo la abuela Valentina, nada más darle dos vueltas a aquella casa, fue ganarse la confianza de la cocinera y del mayordomo, personas del agrado de la señora, prometiéndoles un aumento de sueldo y algún día libre más, si lograra hacerse con la confianza de doña Marita.

Ni dos días tardó mi padre, por mandato de mi abuela, en aprenderse los gustos de la señora en cuanto a sus apetencias culinarias, valiéndose para ello en sus pesquisas en el mercado, como en sus gustos particulares, tanto en su forma de vestir, como en lectura y obras de arte, para lo que mi progenitor tuvo que agudizar su ingenio hablando con unos y con otros.

En un solo día la abuela recopiló toda la información que le hacía falta para hacerse imprescindible, no solo para la dueña de la casa, sino para el resto de los servidores que en ella moraban. Sabiendo que a la cocinera le gustaban a rabiarse las revistas de la época, además de los sombreros, y que el mayordomo era un

experto en filatelia, la moda que les volvía locas a las que fregaban la loza y los suelos, y la afición por la música del chófer.

En tres días les abasteció a todos de aquellas cosas a las que eran aficionados, y se quedaron boquiabiertos ante los detalles de aquella ama de llaves tan solícita, simpática, buena y hacendosa, por lo que mi querida abuela se hizo con toda la confianza de los habitantes de la casa.

Al día siguiente de su permanencia en aquella mansión de la calle Goya, la abuela Valentina mandó preparar a Dominga, la cocinera, una Vichisua, conocida en Madrid como crema de puerros, que gracias a las indagaciones de mi padre, supo que la señora gustaba de pedir en Francia en sus años jóvenes, cuando su progenitor la llevaba con él, a dar conferencias al país vecino, no sin antes recomendarle a Dominga los pasos a seguir para elaborar tan exquisito plato. Quiso sorprenderla después con una tortilla de mejillones, calamares y gambas, que la invención de mi abuela construyó en un momento como plato típico de San Sebastián, ciudad en la que doña Marita pasaba sus vacaciones al lado de su padre y para culminar tan suculenta comida elaboró ella misma un arroz con leche, que ya hubieran querido probar los cocineros típicos de la época, no sin antes cerciorarse de que era el postre preferido de la señora. Y para rematar el condumio, le sirvió una copita de licor de endrinos que la señora Ernesta elaboraba en la corrala y dejaba reposar meses y meses y que era el remate de las fiestas que se celebraban en el patio.

Doña Marita Ibáñez de Lara, quedó tan satisfecha y estupefacta, que sus elogios no tuvieron límites en todo lo que quedó de día, y ni tan siquiera en los días venideros, en los que mi abuela agudizó su destreza para que su señora quedara contenta, tanto en su labor culinaria, como en cada uno de los menesteres para los que había sido encomendada.

Cambió cortinas, iluminó las salas, mandó limpiar tapices, contrató barnizadores para la tarima del suelo, cambió esos uniformes oscuros que tanto afeaban al servicio, por unos en tono gris claro, cofias con galones de pasamanería y hasta cambió la forma de ser de su señora, que de considerarla el ama de llaves, pasó a estimarla como si de una hija se tratara.

Mi padre seguía con sus estudios, a la vez que no perdía prenda en informar a la abuela de cuanto requerimiento le solicitara.

En aquella corrala, y ayudado por la señora Ernesta, a la que mi abuela abastecía de toda clase de exquisiteces, nunca probadas por los lares donde aquella pobre mujer estaba establecida, y que dejaba boquiabiertos a los vecinos, preparando una comida de vez en cuando para toda la vecindad, a base de asados de carne y natillas caseras. A mi padre nada le faltó y con ese afán suyo por el estudio logró terminar el bachiller. Dada su afición a la lectura, creció versado en el arte de las letras, que como ustedes habrán comprobado se me han quedado en la herencia.

Al caer la noche la abuela Valentina se trasladaba a la corrala, para dormir en casa, estar con mi padre y vigilar que no se metiera en líos, además de cerciorarse de que seguía con sus estudios y la educación que tenía prevista para él. A cambio de unas buenas pesetas, la señora Ernesta, le tenía la casa limpia como una patena y la fresquera repleta de varios de sus guisos para que a mi padre no le faltara de nada.

Habían pasado solo unos cuantos meses y aquella casa de la calle Goya, propiedad de doña Marita Ibáñez de Lara, parecía otra. Claridad, novedades, música desde bien temprano, almuerzos en la terraza, visitas al parque del Retiro, a la Casa de Fieras y alguna que otra noche cena en Lhardy, y para completar el día una visita al Teatro de la Zarzuela, donde la abuela Valentina gozaba de lo lindo junto a doña Marita, que tiempo hacía que no se lo pasaba tan bien.

La abuela Valentina consiguió para los sirvientes de la casa una tarde libre a la semana, en lugar de quincenal; a las doncellas les cambió el uniforme negro señorial por uno gris, acortando algo las faldas, que aunque no daba tanta sobriedad, les favorecía bastante más, los delantales y las cofias con galones de pasamanería, les daban un aspecto agradable y atrayente. A la cocinera le enseñó un catálogo de atavíos dignos de la mejor cocina, donde Dominga eligió tres que hicieron que su felicidad fuera completa. Lo mismo hizo con los hombres, el mayordomo y el chófer, que pudieron gozar al igual que el resto del servicio de

atuendos nuevos, dejando pendiente para algo más adelante la subida salarial correspondiente, que llevaban tanto tiempo sin conseguir.

Los domingos por la mañana, era obligada la misa de nueve. La abuela lucía sus mejores galas, confeccionadas por las modistas de su señora, y ésta, dejándose aconsejar siempre por mi progenitora, se acicalaba con trajes de chaqueta copiados de las mejores revistas de moda de París, en tonos oscuros, eso sí, para los tonos, doña Marita no se dejaba influir por consejos ni sugerencias. Tan solo una camisa blanca de seda, con una gargantilla de perlas a juego con los pendientes. Se acomodaban en el coche esmeradamente pulido por el chófer, y éste, las llevaba hasta la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, que aunque se encontraba a solo unos cien metros de su casa, no era propio de tan insigne dama ir andando. Después de la misa y habiendo saludado a sus amistades, gustaban de dar una vuelta hasta la plaza de Colón, llegándose al café de los artistas, donde degustaban un excelente café con leche y unos churros, siempre seguidas por el chófer, que se las veía y deseaba para poder esperarlas a la puerta.

Doña Marita, iba saludando a diestro y siniestro a casi todas las personas residentes en aquel antiguo barrio de Salamanca, siempre cogida del brazo de mi abuela Valentina, que ya era conocida por todos los incondicionales de su señora, que nunca se cansaban de alabar su gran labor, incluso haciéndole ofertas considerables a espaldas de su jefa.

El doctor don Leandro Peláez visitaba en casa a doña Marita todos los martes a media mañana, la examinaba a fondo, dados los achaques producidos por su edad y una lesión de corazón con la que llevaba luchando varios años, para después comer con ellas en el comedor principal y degustar de un buen menú, que con antelación la abuela dictaba a la cocinera, conociendo de memoria los gustos culinarios del galeno. No le pasó desapercibida a mi abuela las atenciones del doctor para con ella, ni los finos y respetuosos requiebros con los que la solía agasajar, ante la mirada aprobatoria de su jefa, que veía con buena ley una futura relación entre ambos, pues era tal el cariño que le había cogido a la abuela Valentina, que buscaba dejarla situada el día en el que ella faltase. La abuela, erre que erre, y fiel a su Isidro desoía los consejos de su señora,

aludiendo que ella permanecería siempre fiel a su lado.

—Maravillosa la crema de espárragos, Valentina.

—Agradecida le quedo, don Leandro, pero la artífice es Dominga, que guisa como los propios ángeles.

—¿Cuántas veces he de decirle que no me llame de usted, querida amiga? Va para un año que nos conocemos y no se puede decir que no hayamos comido en la misma mesa.

—Es menester que guardemos las distancias, doctor, que usted es un señor y yo el ama de llaves, que ya bastante agradecida quedo a doña Marita por dejarme comer a la mesa principal.

—¡Qué tonterías dices a veces, muchacha! Si eres para mí como la hija que nunca tuve.

—Ande, ande, señora, para mí sí que es usted como la madre que perdí siendo niña. Que le tengo que dar gracias a la Virgen todos los días por encaminarme hasta su puerta aquel día en el que el señor cura me envió a su casa.

—Si terminará por hacerme llorar, la muchacha esta. Y ya que está usted aquí, quisiera pedirle un favor doctor.

—Usted me dirá, doña Marita.

—He mandado llamar a don Alberto, el notario de la calle Claudio Cuello, que además tengo la suerte de contar como vecino, ya que vive dos pisos más abajo. He pensado mucho en lo que voy a hacer, y estoy muy segura de la decisión que voy a tomar. Quiero variar mi testamento. Tengo cuatro familiares lejanos, unos lechuguinos de poca monta, que vienen a visitarme cuando menos falta me hace, unos cicateros que solo les trae la codicia de mi dinero. Parte de mi fortuna les había legado, pero quiero cambiar absolutamente todo.

—Y si no es una indiscreción, ¿para qué me necesita doña Marita?

—Para que sea mi testigo, siempre y cuando no tenga usted inconveniente.

—Ninguno, señora mía, ninguno.

—Voy a dejar esta casa, mi dinero, mis joyas y todo lo que poseo a mi querida Valentina, salvaguardando algo para la servidumbre, para mi fiel Dominga y para el mayordomo.

La abuela Valentina al escuchar tal afirmación de la propia doña Marita, montó en cólera, haciendo buena gala de sus dotes interpretativas, que había ensayado para cuando llegara el momento.

—¿Se ha vuelto usted loca, señora? Loca de remate ¿Qué quiere que piense su familia de mí? ¿Dónde va a quedar mi dignidad? Por si no se había dado cuenta, yo estoy en esta casa, porque siento un cariño infinito por usted, bastante ha hecho por mí. ¡Ni se le ocurra hacer lo que tiene pensado o abandono ahora mismo esta casa!

—¡Abrase visto la desagradecida esta! Que sepas que me da igual lo que digas, mi decisión es firme y está tomada, y además ya lo tenía hablado con Dominga, que se ha puesto loca de contenta al pensar que cuando yo falte serás la nueva señora de esta casa.

—No solamente usted está majareta, señora, la cocinera también. ¡No se quede callado, don Leandro! ¡Diga algo!

—Claro que voy a decir algo, con su permiso señora, pienso que es la mejor decisión que ha tomado usted en su vida.

—Muy bien, en este mismo momento doy por zanjada esta conversación, espero que encuentre usted otra ama de llaves, y que sepa que me duele en el alma separarme de usted, pero sino reconsidera su decisión me voy ahora mismo. Le voy a comunicar a Dominga los pormenores de mañana, ella sabrá hacerse cargo de la situación, en breves días enviaré a alguien a recoger mis cosas. Buenas noches tengan ustedes.

Y así, con la cabeza baja, llorosa y compungida, mi abuela Valentina, abandonó aquella casa, cambiando la cara triste por una sonriente nada más alcanzar el portal y parar un taxi en la misma puerta que la llevó hasta la corrala, donde la esperaban mi padre y la señora Ernesta.

—Pronto llegas, Valentina.

—Llegó el momento, señora Ernesta.

—Lo has conseguido, hija, Dios sabe recompensar a sus fieles. Y dime, ¿cuánto tiempo llevará?

—Mañana mismo mandará a buscarme, o vendrá ella misma y dolorida y contrita volveré a su lado, aceptando sus mandatos, no sin antes volver a montar otra escena, a ser posible con don Leandro de testigo.

—Las cosas bien hechas dan su fruto, hija mía.

—No se piense usted que no le he cogido cariño, que como una madre se ha portado conmigo, y así como una hija seguiré yo portándome con ella, hasta que llegue el momento.

—Ni un segundo lo he dudado, Valentina, que yo sí te conozco como si fuera tu madre y sé de tus buenos sentimientos.

—¿Y mi Antonio?

—Como un bendito duerme, no ha podido esperarte, que mucho es el estudio que le mandan, y después de la cena rendido ha caído. Y me voy para la cama, hija, que cansada ando ya.

—¿Qué haría yo sin usted, Ernesta?

—¡Calla, boba! ¡Qué como una hija te quiero y como un nieto al chico!

—Se lo recompensaré con creces.

—Anda, dame un beso, que me caigo de sueño.

No anduvo desacertada la abuela al predecir que, a las siete en punto de la mañana, ya andaba el chófer a la puerta de la corrala solicitando ver a mi abuela.

—Anda mujer, no te hagas de rogar que esto no pasa todos los días.

—¿Pero qué se habrá creído la señora, Ignacio, que voy detrás de su fortuna? ¡El señor me ampare! ¡La de ignominias que tendré que escuchar! No hay nada que hacer, vuelve y dile a doña Marita que si no se apea del burro, no vuelve a verme, y además que sepa que todo esto lo hago con todo el dolor de mi corazón. ¡Ayyy, Ignacio, con lo que yo quiero a la señora! ¡Ayyy, que es como mi madre! ¡Por qué me hace esto? —dijo mi abuela llorando a moco tendido y sacando el pañuelo de la manga.

—¿Será que te has vuelto majareta de repente, Valentina? ¿Es que no te das cuenta de que la señora lo hace porque te quiere? Serás tonta, chica, rechazar algo así. Si no lo veo no lo creo, nunca he conocido a nadie tan bobo como tú.

—Si eso ya lo sé. ¡Ayyy, pero a mí no me hace falta su dinero! ¡Ayyy, qué solo de pensar que algún día me falte, me muerooo! ¡Me muerooo, ayyy!

—¡Calla ya! Y suénate los mocos.

—Ya voyyy.

—Anda, entra en el coche y lo hablas tranquilamente con ella.

—Está bien, espera un poco, que voy a cerrar la casa, ¡ayyy, ayyy!

—¡Señora Ernesta! ¡Señora Ernesta!

—Dime, hija.

—Ya está todo, marchó ya, espero que esta tarde quede el asunto resuelto.

—Pues anda, a lo tuyo, que ya me ocupó yo de la casa y del chico.

—Rece un Padrenuestro a la Virgen de los Remedios, para que todo quede terminado hoy mismo y respiremos tranquilas.

—Así lo haré, marcha ya.

La abuela Valentina se presentó delante de su jefa con la cara llorosa y espachurrando el pañuelo completamente mojado, sin articular palabra, esperando la reacción de doña Marita.

—¿Se te ha pasado ya la tontería, muchacha?

—No lo crea, que no me voy a apeaar del burro.

—Pues ya es tarde Valentina, que ayer noche mandé venir al notario y a don Leandro y por si fuera poco Dominga, la cocinera, se ofreció como segundo testigo. Las cosas están hechas, ahora si te quieres ir vete, no te haré reproche alguno, pero no hará que varíe mi testamento. A ver si ahora una niñata de nada va a poder más que yo. Que mi trabajo me ha costado conservar lo que tengo y se lo dejo a quien me da la real gana.

—¿Y cómo podré yo pagarle lo que está haciendo por mí?

—¡Mira que eres tonta, muchacha! Nada has de hacer, seguir aquí, a mi lado, organizando esta casa que será la tuya, y no hay nada más que hablar. ¡Que ya me estás hartando con tus tontadas! A trabajar se ha dicho, a ver con que comida me sorprendes hoy, algo ligerito, que no tengo el estómago para chistes.

—¡Ayyy, Virgencita del Remedio, qué buena es usted! Bendito sea aquel momento en el que entré en esta casa. Déjeme que le dé un beso Doña Marita, Dios mío, cuanto he de quererla, que nadie ha hecho nunca nada por mí, que bien chiquita me quedé sin madre, y viuda a los dos años de casada, que se me fue aquel buen hombre y solita quedé en el mundo, fregando escaleras y lavando sábanas. Me encomendaba cada noche a la virgencita para que me echara una mano, y apareció usted en mi vida, ¡cómo un milagroooo! ¡Ayyy, Dios mío! ¡Guárdamela muchos añoos! ¡Ayyy, virgencita! ¡Queé la quiero como a una madreee!

—¡Calla ya! ¡Y deja de besuquearme, leche! ¡Vamos, a lo tuyo! ¡Tanta carantoña y tanto puchero! Que no soy yo de besuqueos ¡A tu trabajo, y que esté todo como una patena! Que después pasaré a revisarlo.

—Ay, Dominga, ¿cómo te has ofrecido para hacer de testigo? ¿Es que no apreciaste el disgusto que llevo? Me gusta el dinero, como a todo el mundo, pero no el de la señora. ¡Qué bien sabe Dios todo lo que tengo que agradecerle! ¡Por el cariño con el que me trata! Y nada más, que nada me hace falta, solo vosotros, que sois para mí como la familia que nunca tuve.

—Pues por eso me ofrecí, porque de sobra sé lo tonta que eres en lo tocante a la fortuna, y porque solo me faltaba tener de jefes a los pisaverdes esos, los sobrinos nietos de la señora, que rápidamente ejercerían de nuevos ricos y nos traerían a mal traer. Y no andes preocupándote que a doña Marita le queda mucha vida por delante.

—Dios lo quiera, Dominga, Dios lo quiera. Ya me ocuparé yo que nada le falte para que nos dure muchos años —aunque después de la última frase, la abuela percibió una leve sonrisa picaresca en la cara de la cocinera.

El martes siguiente, como era costumbre, don Leandro Peláez, se presentó a eso de las once y media de la mañana, para revisar a la señora. La abuela Valentina ya la tenía bañada y preparada sobre la cama, con el camisón de batista y encaje, preparado con botones delanteros para la ocasión. Le había recogido el pelo con un moño en lo alto para que la almohada no le despeinara. La habitación totalmente iluminada dejando que el sol se filtrara por los enormes cristales que daban salida a la terraza de la calle Goya. Rociada de agua de colonia fresca de Álvarez Gómez y tapada con una manta suave, recibió doña Marita al médico en el que tanta confianza tenía. Una mesita auxiliar cubierta con un pañito de seda con bordes de ganchillo, esperaba al lado de la cama, para que don Leandro depositara sus instrumentos médicos, que después de utilizados, debían de hervir y devolvérselos limpios como el jaspe.

Desde la terraza se escucharon dar las doce campanadas, que puntualmente sonaban desde la iglesia de la Concepción, cuando el galeno dio por terminada

la revisión de la señora.

Mi abuela notó enseguida como hacía un guiño casi inapreciable señalándole la puerta de salida al pasillo.

—Acompañeme al baño don Leandro, allí podrá asearse, y después pasaremos al salón a tomar un aperitivo que nos servirá la doncella.

—Enseguida estoy con usted, doña Marita.

—Ve, muchacha, ve, que no puedes partirte en dos.

—No me ha pasado desapercibida su seña don Leandro, ¿es que pasa algo?

—Si pasa, Valentina, si pasa.

—¡Por Dios, no me asuste usted!

—La edad no perdona, y la señora tiene muchos años, que ochenta y dos cumplirá el mes que viene, y aunque sus cuidados son de mucha ayuda, el corazón no perdona, está desgastado, ya nos viene avisando desde hace tiempo, pero me temo que no va a dar más tregua.

—¡No me diga eso, que algo se podrá hacer!

—Nada, Valentina, nada puede hacerse, salvo esperar, y la espera no se la recomiendo a nadie. Comenzarán a fallar los órganos vitales y empezaran los dolores típicos, en riñones, estómago y músculos. No obstante, le voy a recetar calmantes fuertes para cuando comience su calvario, que no creo que tarde mucho.

—Ya lleva quejándose varias semanas, ya se lo dije, y lo voy arreglando con aspirinas y tisanas, pero voy notando que por desgracia nada le hacen. Dios mío, no seré capaz de verla sufrir.

Las visitas de don Leandro Peláez se hicieron cada vez más frecuentes, y con

ellas sus lisonjas y requiebros hacia mi abuela, que no le pasaban por alto a doña Marita, que con pequeños consejos e indicaciones, alentaba a Valentina a convertir la relación con el médico en algo más íntimo, pero ella seguía en sus trece, sin dejarse convencer, aludiendo a que su Isidro sería siempre el único amor de su vida. No por eso el galeno se rindió en sus intentos, incluso le propuso matrimonio, produciendo en mi abuela un desconcierto inmediato en referencia a la fortuna que iba a heredar de su señora, convirtiendo en su imaginación a don Leandro, en un repentino caza fortunas, que duró un par de minutos, hasta que Dominga, la cocinera, la sacó de su error mencionando las tierras, naves, pisos, apartamentos en la playa e incluso dos hoteles en Biarritz que poseía el galeno, siendo todo esto del dominio público y muchas eran las mujeres que mariposeaban a su alrededor, no dando el médico muestras jamás de su agrado por ninguna de ellas. Y aprovechó para llamarla: Tonta y boba y de poca sesera, al rechazar una oferta de matrimonio como aquella, con un señor educado, de buen ver y encima de posibles.

Según pasaron las siguientes semanas, doña Marita, comenzó a sentirse cada vez peor, suspendieron los paseos, las cenas y las visitas al Teatro de la Zarzuela. Los dolores de la anciana eran cada vez mayores y mayor el aumento de morfina que el doctor le recetaba y que mi abuela le hacía beber mezclada con un poco de agua.

Mi abuela Valentina sufría al ver a su señora en aquel lamentable estado y pensó que había llegado el momento de actuar. La fresquera de la corrala de Valentina siempre se encontraba repleta de plantas, que la señora Ernesta elaboraba, convirtiéndolas en diversos potingues beneficiosos para la salud.

Semillas de sésamo para el tránsito intestinal, corteza de sauce como antiinflamatorio, diente de león para depurar la sangre, perilla en tisana para mejorar la alergia, estibia para la diabetes, mejorana para el insomnio y sabido era por mi abuela que el hueso de algunas frutas como la del melocotón contiene cianuro, con el que elaboraba veneno para matar a los ratones. Después de ver los síntomas que mostraban los animalillos al morir, llegó a la conclusión de que era la forma más beneficiosa para adelantar la llegada al más allá de doña Marita, sin sentir sufrimiento alguno, y poder librarla del calvario

por el que estaba pasando.

Después de varios días de elaboración y varios kilos de melocotones, la abuela logró transformar aquel potingue, cultivado por la señora Ernesta, en un líquido que vertió en el dosificador de las gotas para el corazón recetadas por don Leandro y que fue administrando en dosis mínimas al principio, aumentando paulatinamente según pasaban los días. Los síntomas de doña Marita, con palpitaciones, dejando ver el azulado oscuro de sus labios y uñas era perenne. Pendiente siempre de subir la cantidad de morfina, para que su señora a la que quería de verdad, aunque ustedes no lo perciban, no sufriera.

Y así fue como doña Marita Ibáñez de Lara pasó a mejor vida dos meses después de cumplir los ochenta y dos años. Murió en la cama, como morían las personas de postín, cogida de una mano por su fiel Dominga y de la otra por mi abuela Valentina, que haciendo gala de su dotes interpretativas lloró tanto, tanto, que se la escuchó hasta en el café de los artistas, donde dieron fe del cariño que sentía por ella.

Así la encontró don Leandro, que certificó la muerte de un ataque al corazón, previsible a todas miras, sin referir autopsia alguna, que además en aquellos tiempos estaba muy mal vista. No era de cristiano remover las entrañas de una persona tan católica como doña Marita Ibáñez de Lara y dejar en entredicho sus dogmas e ideologías practicantes de toda la vida.

Mi abuela vistió de luto a toda la servidumbre, contrató un coche de caballos negros como el azabache, donde depositaron el ataúd de su señora hecho de caoba con remates de oro y una cruz incrustada en la mitad del féretro. Con un velo que le tapaba la cara, vestimenta negra hasta los pies y un pañuelo en las manos que cubría con guantes también negros, se encaminó en el coche de duelo que alquiló para la ocasión, acompañada de su fiel Dominga y el mayordomo. Tras la comitiva varios coches algo más humildes para el resto de la servidumbre y los cuatro pisaverdes de sobrinos nietos a los que mi abuela no dejó opinar en ningún momento, con el apoyo de don Leandro, sabedor de la opinión de la difunta con respecto a ellos. A pesar de sus continuas réplicas, encaminaron al cementerio de la Almudena, donde les esperaba el sacerdote de

la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de la que doña Marita fue siempre tan devota en vida y a la que tantas limosnas había otorgado. Una vez echado el responso correspondiente, procedieron a cerrar la lápida y cubrirla de múltiples coronas encargadas por mi abuela, que constantemente dejaba sentir sus lloros amargos. Esa pena que parecía salirle del centro del alma y esos suspiros que partían el alma de don Leandro, que mostrando su cariño, tuvo a bien pasarle un brazo por el hombro, en señal de protección masculina tan característica de la época y que mi abuela, se empeña en recomendarme cada vez que baja a verme.

Mi abuela, en un arranque de pena, se abrazó al galeno, empapándole la chaqueta con sus lágrimas, que como buen cristiano, correspondió a su abrazo con unas palmaditas en el hombro y un:

—Ya, ya, Valentina, querida. No te castigues más, deja de llorar, que vas a caer enferma.

—¡Ay, don Leandro! ¿Qué voy a hacer sin ella? ¡Como una madre! ¡Eso era para mí, una madre!

Las amistades de doña Marita pasaron, de una en una, a darle el pésame como si mi abuela fuera el único familiar, y comentando lo feliz que la había hecho en vida y que orgullosa debería de sentirse por haber dado tanto amor a la difunta en los últimos años de su vida. Mientras, la abuela Valentina contestaba con una especie de hipo y de vez en cuando con un vahído que don Leandro se encargaba de recuperar, dándole palmaditas en la cara y tomándole el pulso constantemente.

Después de alguna contienda por parte de los familiares de doña Marita y la aclaración por parte de notarios y jueces, mi abuela Valentina se convirtió en dueña y señora de la mansión de la calle Goya, de todos sus muebles enseres y joyas, además de una buena cantidad de dinero que la difunta guardaba celosamente en el banco y que si nada se torcía, le permitiría vivir holgadamente el resto de su vida.

Posibilitó el lujo de subir el salario a la servidumbre, adecentarles las habitaciones y mejorar en algunas horas sus días de asueto, permitiéndose además, hacerse cargo de los gastos del colegio de sus hijos, con lo que el servicio, no solo se quedó con ella incondicionalmente, sino que comenzaron a venerarla y a no hacer preguntas cuando mi abuela apareció un buen día con mi padre, contándoles que tenía un hijo y con la señora Ernesta, aludiendo que era como su madre.

Tan solo Dominga le sacó a relucir las preguntas pertinentes sobre ese hijo recién aparecido, a lo que mi abuela le refirió que de un hijo legítimo se trataba, pero que lo quiso ocultar a la señora, por si eso le causaba algún impedimento el día que se presentó en la casa por primera vez. Le dijo que a punto estuvo de contárselo alguna que otra vez, pero que no se atrevió a tentar al diablo. Dominga con una sonrisa y un abrazo agarró al muchacho y lo encaminó a la cocina en busca de un buen trozo de bizcocho.

Mi abuela, en solo unos minutos, pasó de ser Valentina, el ama de llaves, a doña Valentina García, viuda de Bandurria; sí, ya sé que los apellidos que han tenido a bien dejarme no son nada solemnes, vale, estoy de acuerdo, más que solemnes son de zarabanda. Después de esta revelación se habrán percatado que me llamo Valentina Bandurria de Caoba. ¡Que le voy a hacer! La herencia es la herencia y dicen que los apellidos han de llevarse con dignidad, pero los míos suenan a pitorreo, le he preguntado mil veces a la abuela, que si ahí arriba donde residen, no pueden hacer algo, para no ser víctima de risas y miradas fugaces cada vez que tengo que decir mis apellidos, pero ellas me dicen:

—En que cosas te fijas, hija, eso no tiene ninguna importancia, aquí esas cosas no se valoraran y la vida es un suspiro.

Eso dicen ellas, pero a mí me la han jugado y me hacen sentir fatal, claro que como para ellas el tiempo no existe, pues no puedo ni rechistar. En fin que tengo la manía de meterme en el presente, cuando les estaba refiriendo las aventuras de la abuela Valentina una vez logrados sus objetivos.

Mi abuela metió a mi padre en el colegio de los Calasancios, asegurándole un

buen futuro y una esmerada educación. La señora Ernesta pasó a ocupar el puesto de la madre que tanta falta le hacía, haciéndole siempre partícipe de todas sus hazañas y gozando de sus consejos que nunca le faltaron. La amistad entre la señora Ernesta y Dominga, la cocinera, fue inmediata. Nada más conocerse hicieron buenas migas y como si de hermanas se tratase, estuvieron unidas el resto de sus vidas, sirviéndole de apoyo incondicional a mi abuela.

Notable eran las visitas de don Leandro a doña Valentina, que ni se inmutó al enterarse de que tenía un hijo guardado y que había aparecido de repente. Sus constantes halagos, invitaciones, agasajos y requiebros no pasaron inadvertidos a sus dos ángeles custodios, Dominga y la señora Ernesta, que no se cansaban de alabar los encantos de tan afable varón y recomendarle a mi abuela que reconsiderase su posición, alegando que la protección de un hombre siempre mejora la vida de una mujer. Mi abuela siempre tozuda y cabezota, no daba su brazo a torcer, alegando que tenía un hijo y que ese hijo ya tuvo un padre y no era menester darle otro, no fuera que le saliera rana.

Tuvo que ser mi padre, contando ya con quince años, el que la convenciera de que contrajera nupcias con el galeno, para que su vida culminara en una felicidad completa. No es que mi abuela estuviera enamorada de don Leandro, que fue solo uno el amor que llenó su vida, pero con tal de no escuchar la retahíla de Dominga y la señora Ernesta, accedió al casorio, no sin antes, guardar un año de luto por doña Marita.

Antes de adoptar tal decisión le encargó a mi padre averiguar si la situación financiera del médico era real, no fuera que don Leandro tuviera alguna ruina y fuera ella el apaño de la misma, y después del trabajo que le había costado su posición, no estaba dispuesta a perderla por ningún motivo. Después de varias pesquisas, mi padre le refirió que la situación de su pretendiente era inmejorable, incluso mejor que la de ella, con lo que mi abuela, se rindió a los agasajos de don Leandro, siempre pensando en aquel hijo al que iba a dejar solucionada la vida.

Se casaron en la intimidad, de negro como mandaban los cánones de la época, un sombrero con dos plumas, un velo que le tapaba la cara y un ramo de rosas

blancas. Por decisión de mi abuela tan solo asistieron los más allegados, la servidumbre, Dominga, la señora Ernesta, mi padre y doña Julia, hermana mayor del novio, de la que nunca se había separado, algo insólito para mi abuela, que se enteró de su existencia dos días antes de la boda.

Doña Julia, contaba con setenta y dos años y en nada se parecía a su hermano; sería, enjuta, bastante mandona y acostumbrada a llevar la casa en la que vivía con su hermano a su forma y manera, rígida con el servicio, tacaña y cicatera. Siempre de negro o gris, el pelo tirante recogido en un moño alto, sujeto con unos pasadores de oro y brillantes, que junto a la laca evitaban que ni un solo pelo se moviera de su sitio. Dirigía sus pasos con un bastón con empuñadura de plata, con una esmeralda engarzada, que según contaba era recuerdo de su madre. Después de los quince días que duró el viaje de novios, donde recorrieron varias ciudades de Europa, ya comenzó don Leandro a hacerle ojitos a mi abuela para que permitiera a su hermana, residir con ellos en la vivienda de la calle Goya. Mi abuela que ya se imaginaba que ese momento llegaría tarde o temprano, no pudo negarse, teniendo en cuenta que con ella moraban la señora Ernesta y su hijo.

La buena señora no tenía más distracción que la de un gato negro y enclenque, que lo primero que hizo fue cargarse las calas, pendientes de la reina, geranios y toda clase de plantas que con tanto primor cuidaban la señora Ernesta y Dominga, rasgar las cortinas y arañar a cuantas personas pasaban por su lado. Doña Julia no se cansaba de vigilar continuamente al servicio, dándoles órdenes repetitivas, que casi nunca coincidían con las de mi abuela Valentina.

Ni que decir queda, que sin pasar siquiera un mes de la entrada de doña Julia en la casa, la convivencia se hizo insoportable, aunque mi abuela Valentina abasteciéndose de una paciencia nunca conocida en ella, trataba de salir en su defensa de cuantas quejas le venían continuamente por parte de todos los que ocupaban la mansión. No quería dar las objeciones pertinentes a su marido, por no amargarle, ya que era la única familia que le quedaba, pero llegó un momento en el que con sosiego y tranquilidad, le refirió lo que estaba pasando en los interiores de la casa. Don Leandro con una paciencia infinita trató de corregir los defectos adquiridos de su hermana, a lo que ella solícita accedió

llorosa, solicitando mil perdones, y cambiando el semblante en cuanto su querido hermano se dio media vuelta para advertir a mi abuela que el problema estaba resuelto.

Aprendió de maravilla a adoptar dos posturas, una delante de su hermano y otra en la casa, celosa de no tener el mando y tratando de conseguirlo como fuera.

Cambió los menús, mandó tirar los adornos de la salita, les exigió a las doncellas llevar la cara lavada, ni un afeitado, ni crema, ni nada parecido, ordenó guantes para servir la mesa, exigió una doncella para su cuidado, y si no llega a ser porque mi abuela Valentina, se enteró a tiempo del desaguisado, el chófer estaría de patitas en la calle, por no acceder a cambiar la luces del coche de color. Los días se hicieron totalmente inaguantables con la presencia constante de doña Julia, que hábilmente adoptaba un papel totalmente distinto delante de su hermano. La señora Ernesta y Dominga, pasaban los días en la cocina para no cruzarse con la cara amargada de la hermana del señor, el mayordomo se limitaba a cumplir órdenes de su señora y las doncellas se escondían al verla pasar.

Llegó un momento en el que mi abuela tuvo que poner medidas a la situación procurando no hacer daño a la sensibilidad de su marido, que tan solícito y bueno era para con ella.

Su primera decisión fue librarse del gato, que siempre seguía a aquella arpía por donde fuera que se encaminasen sus pasos, pero gracias al agudo ingenio de la señora Ernesta vieron cumplida su misión. En todos los recintos de la casa doña Julia había obligado a colocar recipientes con agua para calmar la sed del animalito, recipientes en los que la señora Ernesta agregó una cucharadita de aquel jarabe del relleno de melocotón que con tanto cariño guardaba.

No tardó ni dos horas el gato en estirar la pata, delante de los gritos y alaridos de doña Julia, que sollozaba hasta casi desfallecer, ayudada siempre por mi abuela Valentina, que le daba aire continuamente con un abanico además de unos sorbitos de orujo de hierbas, mientras le decía:

—Ten valor, Julia querida, ten valor. El corazón, creo que es el corazón, los mismos síntomas que doña Marita. Ya he llamado a tu hermano. ¡Serénate querida! ¡Serénate! Que me estás asustando y sabe Dios que nunca me perdonaría que enfermases.

—Gracias, querida cuñada. ¡Qué sería de mí sin ti! ¡Y sin el santo de mi hermano! ¡Ayyy, Valentinaaaa! ¡El gatooo! ¡El gatooo! ¡Qué se muere! ¡Se muereee! ¡Se muere sin remedio! ¡Ayyy!

Mientras doña Julia lloraba sin consuelo, Dominga y la señora Ernesta, se frotaban las manos escuchando tras la puerta los alaridos de pena que consumían a la hermana del señor. Las sirvientas pasaban y sonreían entre sí y el gesto cómplice del mayordomo y del chófer se hicieron notar. Tras dejarla grogui con una tisana rematada con una cucharadita de semilla de amapola, la abuela Valentina metió al gato en una caja y lo posó sobre las rodillas, procediendo a consumir su grado de actriz, poniendo cara compungida, esperando con pañuelo en mano a su querido y adorado esposo, que no retrasó su presencia ni diez minutos.

—¡Qué ha pasado Valentina?

—¡Qué desgracia, Leandro! El gatito de Julia, aquí lo tengo en esta cajita. Tu pobre hermana que mal lo ha pasado. Pobre animalito, que no había roto un plato en su vida y que tanta compañía nos hacía. Estoy desolada y no ya por mí, sino por la pobrecita Julia, que era su vida. ¡Ayyy, cariño qué tristezaaa! ¡La vida no para de golpearme con malas pasadaaas!

—¡Cálmate, cariño, cálmate! ¡Qué buena eres tesoro mío, no te aflijas así! Y mi hermana, ¿cómo está?

—Dormidita se ha quedado la pobre, le di una tisana, era tanto el sufrimiento que tenía, que le ha rendido el cansancio. ¡Qué desgracia tan grande! ¡Cómo podremos compensarla, Leandro!

—No te preocupes mi vida, que raudo salgo a comprar otro gato.

—¡Nooooo! ¡Ni se te ocurraaaa!

—Pero mi amor, ¿por qué reaccionas así?

—Como sois los hombres, que poca sensibilidad. ¿Cómo quieres que reaccione? Mostrando tan poca sesera. ¿Cómo se te ocurre? Con el gatito todavía caliente en esta caja, traerle otro. Las penas hay que llorarlas, dale tiempo. ¿No te das cuentas que otro gato le recordaría constantemente a este?

—Cuánta razón llevas, amor mío.

—Anda, anda, ve a verla, no sea que le haya subido la tensión, que sabes que le sube y le baja con mucha facilidad, no sea que nos llevemos otro disgusto y le pase algo a tu hermana, lo que me faltaba, después de lo que he pasado. ¡Con lo que yo la quiero, Dios mío, no lo permitas!

—No te sulfures Valentina, tranquilízate, que ya voy.

Nada más salir de la salita don Leandro hicieron aparición Dominga y la señora Ernesta con caras ladinas y maliciosas.

—Trae pacá al gato Valentina que lo tiro a la chimenea.

—Por Dios, señora Ernesta, espere que despierte doña Julia, que como nos dejemos llevar por nuestros sentimientos nos van a descubrir en un segundo.

—Bien muerto está, que como el mismo Satanás se comportó, que no hubo planta que escapase a sus uñas, ni pierna de las sirvientas que no arañase el malnacido, y destrozados dejó los cortinones del salón.

—Ni que decir de aquel día que el muy asqueroso se comió el arroz con leche que dejé preparado sobre la mesa de la cocina. Vámonos Ernesta, dejemos que venga el señor y quede a solas con Valentina.

—Sí, es lo mejor, ya os contaré después.

Como una vela recta, enjuta y compungida, quedó doña Julia los días siguientes a la muerte del minino, que fue enterrado en un hoyo que cavó el chófer en el parque del Retiro, plantando encima una hortensia, que se secó en dos semanas porque nadie se encargó de regarla. Muchas fueron las atenciones aquellos días de mi abuela Valentina para con doña Julia, que olvidó por completo las pocas modales hacia su cuñada y el poco afecto que la cogió nada más casarse con su hermano. Se le agrió el carácter, se volvió déspota y despiadada y descargaba su ira con unos y con otros y hasta con su hermano por el que sentía verdadera devoción. Mi abuela con ese arte farandulero que le acompañó toda su vida, le quitaba importancia delante de su marido.

—No se lo tengas en cuenta, amor, ella es así. ¿Qué quieres? Después de su pérdida, déjala, que diga lo que quiera, nosotros estamos aquí para darle todo el amor del mundo.

—Valentina, eres demasiado buena, pero a mí se me está acabando la paciencia. No hay día en el que no venga cansado de la clínica, con ganas de tranquilidad y se encargue de amargarme la velada.

—Es tu hermana, cariño. No se te olvide nunca, sangre de tu sangre y eso es sagrado.

—Tú das por sagradas muchas cosas porque tienes un corazón como la copa de un pino.

Dominga y la señora Ernesta trazaron un plan de ataque sin decirle nada a mi abuela. Hubo varios días en los que doña Julia encontró en su cama cucarachas, y cuando presa de un ataque de nervios buscaba la ayuda de su hermano y su cuñada, los insectos habían desaparecido como por encanto. Algún domingo que otro la pobre señora era presa de fuertes diarreas, precedidos de grandes dolores de tripa, echándole la culpa a Dominga y sus comidas, que aludía, que solo a ella le ocurrían semejantes espavientos. Los lunes era presa de un sopor fuera de lo normal, se acurrucaba en el sillón a la siesta y tenían que llevarla en volandas a la cama, a eso de la diez, porque no era capaz de despertar por sí misma.

Llegó un momento en el que don Leandro tuvo que tomar cartas en el asunto y comentó a mi abuela Valentina, que no sería mala idea ir pensando en ingresar a su hermana en alguna institución, en la que estuviera sumamente cuidada y por supuesto de las de pago, donde se encargarían de estudiar la cabeza de la pobre doña Julia, ya que él estaba seguro que algún mal padecía que la hacía comportarse de manera tan extraña. Sapos y culebras salieron de su boca en cuanto su hermano la puso al corriente de sus deseos, haciéndole partícipe de que era lo mejor y más sensato para ella debido al estado en el que se encontraba últimamente, temiendo que hubiera heredado de la madre de ambos el mal de la chaladura de cabeza, que acabó con ella.

Con el ingreso de doña Julia en una institución digna y respetable volvió la tranquilidad a la vivienda de la calle Goya, no sin antes escuchar don Leandro la disconformidad de mi abuela ante la entrada de doña Julia en un sanatorio, diciendo lo mucho que la iba a echar de menos, mostrando su carácter lánguido y lloroso durante unos días para que su esposo quedara totalmente convencido de su desavenencia ante un hecho que ella consideraba indigno de un hermano y altamente desproporcionado y que les llenaría de habladurías ante los vecinos y allegados. Su marido le volvió a insistir en que su buena fe y carácter benévolo algún día le pasaría factura, no se imaginaba el pobre don Leandro que sería él, al que la vida iba a pasar la próxima factura.

Mi padre alcanzó la mayoría de edad, sin que nada le faltase, licenciado en derecho, repleto de galanura y esa picaresca que ha llevado toda mi familia en los genes. Se encontró una tarde de sábado saliendo de la chocolatería de San Ginés a una beldad morena con ojos azules que le cortó la respiración y pensando que le faltaba el aire le dijo:

—Sujéteme, morena, que voy a caerme. Los dos faros azules que lleva usted por ojos, acaban de deslumbrarme y creo que jamás seré capaz de recuperarme a no ser que usted me vuelva a mirar.

La que estaba llamada a ser mi madre, envolvió el callejón con una risa sonora con la contagió a las personas que se arremolinaron alrededor, pensando que el desmayo de mi padre era real. Desde ese bendito momento fueron incapaces de

separarse.

Mi madre trabajaba de telefonista en una sonada casa de muebles de la época, donde a diario mi padre se llegaba a buscarla para salir al cine, al teatro, a la zarzuela y a cuantas pretensiones salieran de la boca de mi madre, que nunca pudo imaginar poder gozar de tanta distracción ni opulencia. Huérfana desde niña, la crió una tía segunda, que con pena la recogió para que no fuera presa del hospicio. Desde el momento que los ojos de la abuela Valentina, recorrieron de arriba abajo a mi madre, su intuición le dijo que aquella era la hembra que su hijo necesitaba, espabilada, dicharachera, lista y buena persona. Mi madre se aferró a mi abuela Valentina, como se aferra un bebé a la vida, encontrando el cariño y afecto que nunca había recibido. Como madre e hija disfrutaban paseando del brazo por la Gran Vía, incluso viajando juntas a tomar las aguas a los balnearios de San Sebastián. Tal era el cariño que se cogieron la una a la otra que causaron los celos de don Leandro, que comenzó a coger algo de ojeriza a mi madre, encontrando siempre el desagrado de mi abuela ante tal extraño comportamiento. Creo que eso fue la principal causa del principio de su desgracia.

La ceremonia de boda entre Antoñito Bandurria García y Amelita de Caoba y Riquelme se celebró, como era costumbre en la familia en la Parroquia de la Concepción, seguida de una comida en el hotel Ritz. El traje de la novia, diseñado por un joven modisto que ya destacaba llamado Pertegaz, hizo que se reflejara a los novios en las crónicas de sociedad del periódico ABC. Actuaron de padrinos la abuela Valentina y don Leandro, que con el paso de los años se había vuelto algo molesto y protestón, aludiendo a que tanto gasto les iba a llevar a la ruina, citando que Amelita, no estaba acostumbrada a tanta opulencia y que incluso hacía algo el ridículo gozando de cosas que no correspondían a su clase y que no se explicaba el consentimiento inmediato de mi abuela al noviazgo de su hijo con semejante pelagatos, guapa sí, pero pelagatos al fin y al cabo.

Cada vez que la abuela escuchaba de boca de su marido tales afirmaciones, refiriéndose a Amelita, se le crispaban los nervios y montaba en cólera, ante el asombro de Dominga y la señora Ernesta que jamás la habían contemplado en

ese estado, ni en ese, ni en ninguno, pues ella era incapaz de perder la paciencia, siempre había actuado con raciocinio y meditación. Hasta que efectivamente mi abuela Valentina pasó a la acción, moderó sus brotes de furia, varió su genio por temple y comenzó a dar la razón a su marido en casi todo, y digo casi, para que su trama no fuera tan evidente. Como siempre, con la complicidad de sus fieles Dominga, Ernesta, su hijo y esta vez con la estimable colaboración de mi madre, pasaron a la maniobra directa.

Contando con que don Leandro era sabio en fórmulas medicamentosas, dado sus estudios de medicina, tuvieron que ocupar varias semanas en analizar la situación, estudiando recetas, hierbas, brebajes y bebedizos que poco a poco les librasen del matasanos que estaba acabando con la concordia y paciencia de los habitantes de aquella casa.

Mi abuela comenzó a comer el tarro de su marido, aludiendo a sus ojeras, su mala cara, las arrugas, su andar tardío y le convenció de que necesitaba un reconocimiento, diciendo que parecía mentira que dedicándose a la medicina y siendo el dueño de unas de las clínicas más prestigiosas de todo Madrid, fuera cada mañana a visitar a los pacientes en ese estado.

Don Leandro, como siempre siguió rigurosamente los consejos de su esposa y ordenó hacer un examen exhaustivo de su persona.

Ya había comenzado el plan trazado. Mi abuela Valentina y mi madre, quisieron acompañar a don Leandro a su exploración física, alegando que ella sería incapaz de dejarle solo en semejante situación. Habiendo recibido las lecciones oportunas de Dominga que llevaba varias semanas acudiendo a visitar a los pacientes de la clínica y observando los números de cama, dieron con el paciente adecuado para llevar a cabo la trama tan perfectamente ideada, y mientras mi abuela dedicaba todos sus mimos a su marido, mi madre daba el cambiazo a los tubos de orina y sangre de don Leandro, por la del pobre moribundo, estudiado de pies a cabeza por Dominga y que padecía varias enfermedades incurables que por su pinta y el resumen de la historia que colgaba de sus cama, estaba totalmente condenado a dejar este mundo cruel. Cuando a las dos semanas estuvieron completos los resultados, el colega de don

Leandro, y segundo en categoría de la clínica mandó llamar con toda la delicadeza de la que fue capaz a mi abuela Valentina. En unos minutos la puso al corriente de la situación, ante la cara estupefacta de mi abuela, que comenzó a llorar dejando que sus lágrimas inundaran prácticamente el consultorio. Pidió, rogó y suplicó que dejaran a su esposo ignorante de su situación, acto que era aprobado por los médicos de la época.

—¿Qué va a ser de mí, querido Adolfo? ¿Cómo voy a vivir sin él? ¡Ayyy, ha sido la luz de mi vidaaaa! ¡Ayyy, el reflejo de mi esperanzaaa, la luz de mis sentidoos! ¡Ayyy, el sendero de mi almaaaa! ¡Irá apagándose como una velaaa en la oscuridaaaaaad! ¡Ayyy! ¿Por qué será así, no? Se apagará como una vela, vamos creo yo.

—Sí, querida amiga, se irá apagando poco a poco, hasta que el corazón resista.

—¡Qué desgracia tan grande, querido Adolfooo! ¡Qué desgraciaaaa! Ahora que éramos tan felices, esperando la llegada de mi primer nieto. ¡Hasta la ilusión por eso he perdido! ¡Con lo feliz que está el pobre Leandro con la llegada de un niño a la familia! ¡Ayyy, y ni le va a conocer.

—Bueno, mujer, a lo mejor sí. Quiera Dios que le de vida para conocerle.

—¡Que nooo! ¡Qué no le va a conocer! ¡Qué no le va a dar tiempooo!

—Que sí, mujer que sí.

—¡Que nooo! ¡Qué le digo yo que nooo!

—Que persistente es usted, ¿y por qué está usted tan segura?

—¿Quién yo?

—Claro, usted, ¿quién sino?

—Será porque la vida ha sido cruel conmigo, y no me dará ese gusto. Por eso lo digo, querido Adolfo, ¡qué más quisiera yo que vivieraaa siempre conmigo,oo,

ayyy! ¡Qué desgraciaaaa! ¡Qué desgracia más grandeee! ¡Virgen de los Remedios!
¡Tú, que siempre me escuchas! ¡No vayas a fallarme ahoraaa! ¡No me falleees!
¡Qué no me falleees!

—Cálmese querida, cálmese. ¿No querrá que su marido lo note?

—No, por Dios, eso nunca, que no sufra, eso jamás, aunque la pena me ahogue por dentro, sabré disimular con dignidad. ¡Es mi deber!

—¡Qué gran señora es usted!

—¡Qué Dios me dé fuerzas, Adolfo!

—Se las dará, querida amiga, se las dará. Ya sabe lo que ha de hacer, inmediatamente cursaré una orden de reposo, y le haré creer que padece una anemia de caballo, con lo que dictaminaré tranquilidad, buena comida y proteínas para que no desconfíe.

—Haga lo que sea menester, querido Adolfo. ¡Qué no sufra, por Dios! ¡Qué mis ojos no le vean sufrir! ¡Ayyy! ¡Qué no sufraaa! ¡Qué se quede dormiditooo! Eso, dormidito, dígame querido Adolfo, ¿qué podemos hacer para esté todo el día dormidito?

—¿Todo el día?

—Claro, todo el día.

—Mujer, eso no podemos hacerlo.

—¿Y por qué no?

—Porque ahora mismo, no lo necesita.

—¿Ah, nooo?

—No.

—¿Y qué pasa con los dolores? ¿Es que va a dejar usted que se consuma entre alaridos el pobrecito mío?

—¿Cómo puede usted pensar eso? Cuando llegue el momento le sedaremos, ahora le voy a dar unas gotitas, que usted le administrará sin que él lo note, son un derivado de la morfina. Iremos subiendo la dosis, según lo vaya precisando.

—¿Y si no tiene dolores?

—Sería un milagro, los tendrá, querida, tristemente los tendrá. Ahora cambie de cara y seque esas lágrimas, que voy a avisarle para comunicarle el falso diagnóstico.

Don Leandro Peláez se encamó a la mañana siguiente, y durante dos meses recibió el agrado y los mimos de todos los habitantes de la mansión de la calle Goya, sobre todo los de su querida esposa, que se mostró en todo momento, solícita, cariñosa y pegada a él, ante los halagos de amistades y vecinos, que veían en ella un ángel de la caridad, modelo de esposa, madre y persona buena, cristiana donde las hubiera. Mi abuela Valentina, puntual como un reloj, le suministraba diariamente, junto a una de las dosis de morfina mezcladas con el vaso de leche, unas cuantas gotas del cianuro fabricado con tan buena mano por la señora Ernesta. El pobre galeno, a los dos días cayó en un extraño sopor aletargado, parecido al de la bella durmiente, sopor que era aligerado por mi abuela, solamente cuando recibía la visita de don Adolfo, al que mi abuela ponía al tanto sobre el estado lamentable de su esposo.

Y así sin sufrimiento, en gracia de Dios y habiendo recibido los santos sacramentos, a los dos meses de quedar postrado en cama, don Leandro Peláez, abandonó este mundo para dirigirse al otro, no sé decirles a qué sitio tuvo a bien enviarle el jefe supremo, porque la abuela Valentina cuenta que no le ha visto donde ella reside.

Después de la visita al notario, mi abuela se dio cuenta que no era oro todo lo que relucía. Don Leandro había cerrado los hoteles un año antes de su fallecimiento, comidos por las deudas, por lo que tuvo que vender los

apartamentos para liquidar parte de ellas. Tan solo quedaban en el banco unos miles de pesetas y la clínica que el médico había hipotecado, ante la ignorancia de mi abuela, que salió del notario, maldiciendo por lo bajo y acordándose de toda la familia de su querido esposo.

Tan solo quedaba a salvo el piso de la calle Goya, los dineros de doña Marita y sus joyas y obras de arte, que aunque no era una fortuna como la de Rockefeller, de momento podrían salir del paso.

La primera decisión fue dejar de pagar la cuota mensual de la clínica de lujo donde residía doña Julia, que fue a parar al Asilo de las Hermanitas de la Caridad, donde la metieron en vereda, y le quitaron las ínfulas de grandeza nada más llegar. Después pensó en vender la clínica a don Adolfo. ¿A quién mejor? Para lo cual le hizo una visita vestida de luto riguroso, con su inseparable pañuelo en la mano con el que se enjugaba constantemente las lágrimas, que no paraban de rodar por su cara gracias a las gotas de cebolla, a modo de colirio, preparadas por la señora Ernesta, con la inestimable ayuda de Dominga.

—Le repito mis condolencias, querida amiga.

—¿Qué hubiera hecho yo sin su inestimable ayuda, Adolfo?

—Calle, calle por Dios, solo he hecho lo que cualquier cristiano haría en estos casos, no dejar que sufriera mi queridísimo colega.

—Y no sufrió, puede estar seguro. Eso por lo menos me deja respirar, que se fue al cielo sin padecimiento ni angustia, consumidito, eso sí, pero sin malas agonías. Dios le haya acogido en su gloria, con lo bueno que era, ganadito se tenía el cielo. ¡Ayyy, no puedo dejar de llorar Adolfo, se me van a secar los ojos!

—Dios no lo quiera, querida. ¡Con lo bonitos que son!

¿Qué les pasa a estos medicuchos? Pensó inmediatamente mi abuela, debo de tener una atracción especial para todos ellos, este ya quiere echarme mano, pues va listo, que ya he quedado harta de uno como para empezar con otro.

—¡Qué amable y qué galante, Adolfo!

—Y si no es indiscreción, ¿a qué se debe su visita Valentina?

—Verá usted, querido amigo, me he atrevido a venir a hacerle unas consultas financieras, ya que todas las cuentas las llevaba mi marido, que en gloria esté.

—Para eso estamos. ¡Cuenta! ¡Cuenta!

—Ya sabrá usted que tengo un hijo y que Dios no le guió en el arte de la medicina, sino en las leyes, por lo tanto me he preguntado que para qué quiero yo esta clínica, no sé ni cómo dirigirla.

—Tranquilícese, que para eso estoy yo aquí. Desde este momento, si usted me lo permite, asumiré el mando, simplemente, con una firma en este documento que tenía preparado en que me nombra usted director de la clínica y me da poderes de la misma. Asunto resuelto.

—¡Qué inteligente es usted, Adolfo!

—Me halaga señora.

—¡Y qué sagaz!

—Me sigue halagando.

—¡Y qué perspicaz!

—Me va a sacar usted los colores.

—¡Y qué lúcido!

—Pues ahora que lo dice.

—¡Y qué intuitivo!

—Señora, por favor, que me abruma.

—¡Y qué hábil!

—Por Dios, Valentina, que va a acabar usted con el diccionario de sinónimos.

—¡Y qué ladino, diestro, psicólogo, pícaro, despierto, agudo y badulaque, y si quiere puedo seguir!

—¿No se habrá molestado?

—¡Molestarme yo! Solo por creer que usted piensa que soy rematadamente idiota, no señor no. No hay molestia ninguna, yo jamás me enfado, soluciono que es más coherente y acabo de determinar que la mejor solución es que en este mismo instante le ponga a usted de patitas en la calle.

—¡Pero, señora mía, por Dios!

—Por si no me ha escuchado bien, lo volveré a repetir, salga usted de aquí inmediatamente. Mañana recibirá usted sus cosas, junto a la liquidación pertinente, y no se haga de rogar o llamo a los guardias.

Mi abuela acabó por vender la clínica al mejor postor, que una vez liquidada la hipoteca dejó unas pocas perras en la cuenta, y junto con el dinero de doña Marita se convirtieron de momento en su única fortuna.

A los ocho meses justos de morir don Leandro, mi madre comenzó con los dolores de parto. Rápidamente la llevaron a la Clínica de Santa Cecilia, donde la habían reconocido a lo largo del embarazo. Mi padre no consintió mi nacimiento en casa, aunque mi abuela contrató a doctores y matronas para el acontecimiento. Pero la negativa de mi padre fue tajante y directa. A las cinco horas del ingreso, entre los alaridos de mi madre y las manos de mi abuela que se empeñó en entrar en el paritorio, inventándose su condición de enfermera del hospital de San Rafael, nací en un soleado mes de Junio de 1.965.

Preparados tenían los fórceps para sacarme de la barriga de mi madre, cuando, según cuenta mi abuela, asomé un pie y de una patada lancé aquel instrumento al otro lado del paritorio. Con lo que ya supondrán ustedes que nací de pie. Mis

berridos, que por lo visto recordaban a música de chotis, se escucharon hasta en el parque del Retiro. Y como ya les he contado nació sana además de robusta, y crecí entre los mimos y alabanzas de mis padres y los sabios consejos de la abuela Valentina. Cuando tuve la edad me llevaron al Colegio de la Sagrada Familia, donde las monjas trataron de hacer de mí una niña modelo de clase alta. Mi educación fue intachable, al igual que mis estudios de abogacía, que heredé al ver a mi padre siempre en un despacho entre legajos y papelotes. Pero ya llevaba en mis genes la sapiencia y el buen hacer de la abuela Valentina, que me legó sus conocimientos de hierbas, mejunjes y jarabes que elaboraba en la cocina, junto a Dominga y la señora Ernesta. Con solo diez años ya preparaba remedios para cualquier mal, al igual que me hice experta en raíces, matas y arbustos que mezclados con sustancias de laboratorio, conseguía elaborar una colección de venenos y antídotos desconocidos para cualquier ser viviente.

Subsistimos gracias al dinero que doña Marita le dejó a la abuela y al salario de mi padre, que trabajaba más que cobraba, con lo que se tuvieron que vender las joyas y los diversos objetos de arte, así que entre la abuela y mi madre pasaron a elaborar un plan para rehacer la economía que día a día era más precaria. Sabedoras de mis conocimientos en el arte de las ponzoñas y tóxicos, me tuvieron dos semanas calculando las medidas para realizar envenenamientos sin que llegaran a ser letales, y al mismo tiempo computar el número de gotas de antídoto que se necesitaba para resucitar a los sujetos a los que casi enviaban al otro mundo. Así que con diecisiete años, y comenzando la carrera de derecho, alternaba mi tiempo estudiando leyes y calculando pesos en una balanza, esmerándome en la precisión ya que un solo gramo podría llegar a ser fatal. El veneno elegido tendría que ser bastante llamativo al hacer efecto, pero sin causar malestar a la víctima, pues siempre hemos tenido buen corazón y nos hemos dejado llevar por los buenos sentimientos.

Para comenzar con el plan, hubo que elegir zonas pobladas por peatones, donde las cafeterías rebosaran de clientes y las terrazas estuvieran repletas de parroquianos, con lo que por unanimidad para realizar nuestro primer trabajo, elegimos la terraza de un hotel en la calle Velázquez. Procedimos a pedir al camarero unos cafés y a observar a la víctima adecuada, no valía cualquiera,

precisamos que lo mejor sería una pareja con pinta de posibles, que procedieran en su comportamiento con miradas tiernas y arrumacos de felices enamorados. Era también importante que estuvieran casados, para lo cual deberíamos observar antes los anillos y colocarnos lo suficientemente cerca para verter en la bebida las gotas correspondientes de veneno, que para no errar, llevábamos preparada la dosis adecuada en cuentagotas.

Dicho y hecho, nada más tomar asiento y comenzar a degustar los cafés, un matrimonio de mediana edad se aposentó en la mesa de al lado, los besos y caricias eran tan numerosas que hasta el camarero estuvo a punto de llamarles la atención. Cuando el caballero se levantó con intención de ir al servicio, aproveché y me dejé caer al lado de la señora, empujando su silla y mientras pedía disculpas alegando el hecho a mi torpeza, aproveché a verter en su refresco el contenido del cuentagotas. Cuando su esposo regresó del baño, miré el reloj, faltaban unos segundos para que el veneno hiciera efecto. En un momento aquella señora comenzó a sentirse rara.

—Me siento mal, Felipe.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Me pesan los párpados y siento como si el cuerpo no me respondiera.

No le dio tiempo a seguir hablando, se desvaneció y de su boca comenzaron a salir espumarajos blancos y empezaron las convulsiones leves. El marido que se había quedado más blanco que un muerto, empezó a pedir socorro.

—¡Échense a un lado, por favor! ¡Quite de en medio! ¡Soy médico! —dijo mi madre con voz sonora y firme.

—Por favor, por favor, ¿qué le pasa a mi mujer?

—Le he dicho que se eche a un lado, déjeme examinarla.

Miré al reloj y le hice una seña a mi madre, contábamos con un minuto escaso. Mi abuela mientras tanto, apartaba a las personas que comenzaban a

arremolinarse, mientras mi madre, le hacía el boca a boca y le daba golpes en el corazón, vertí las gotas del antídoto en un dedo de agua.

—¡Valentina! Rápido, tráeme un sorbito de agua y usted, por favor, deje de lloriquear y quítese de encima, que no nos deja respirar. Déjeme hacer mi trabajo, le aseguro que sé lo hago y estoy tratando de salvarle la vida a su señora.

Mi madre a continuación le fue haciendo tragar el agua, mientras yo le mantenía la boca abierta a la señora, para que tomara la totalidad del líquido. En unos segundos los espasmos cesaron, la respiración volvió a la normalidad y el color azulado de los labios y la uñas se aclaró por completo.

—No se asuste, he logrado sacarla del trance. Ha sido un ataque epiléptico, nunca en los años que llevo ejerciendo de cardióloga había visto un caso como este, ha entrado en parada cardíaca. Menos mal que estábamos aquí.

—¿Pero está bien? ¿Ya ha pasado?

—Sí, no se preocupe, el ataque ya ha pasado y he logrado que regresara a este mundo, porque le puedo asegurar, que prácticamente estaba en el otro. En un momento despertará, como si no hubiera pasado nada, aunque en unos días se encontrará algo cansada.

—Dios mío, ¿cómo podré agradecerle su intervención doctora? ¡Ha salvado usted la vida a mi esposa!

—Es mi deber, señor mío. Primero como ciudadana y por supuesto como médico.

—Pero mi esposa le debe la vida, y usted merece alguna compensación.

—No diga tonterías, buen hombre, ¿cómo voy a recibir compensación por realizar mi trabajo? Lo único que le pido es que me dé su dirección, me gustaría seguir su caso para evitar que le vuelva a repetir.

—¡Es usted maravillosa! ¡Nunca había conocido a alguien tan generoso!

En ese momento, la esposa abrió los ojos y algo desconcertada dijo:

—¿Qué me ha pasado, Felipe? No recuerdo nada ¿Qué hago tirada en el suelo? Estoy cansada, me duele mucho el pecho.

—No se asuste, le dolerá el pecho unos días, es la reacción a los golpes que le he dado para que su corazón reaccionara.

Entre el marido y mi madre la sentaron en una butaca dentro del hotel, y en unos minutos le pusieron al tanto de lo sucedido. La señora con un agradecimiento infinito, se abrazó a mi madre, a la abuela, incluso a mí. Lloraba de emoción aludiendo a la suerte que había tenido al encontrar a tan buenas personas a su lado y quedó tranquila y emocionada al saber que mi madre se iba a encargar de su caso sin salir de su casa. El marido nos quiso invitar a comer, a lo que nos negamos, diciendo que lo primero era lo primero, su esposa necesitaba reposo, y era menester que la llevara a casa, le diera de comer dieta blanda y un jarabe preparado con semilla de amapola, que llevaba mi madre preparado en el bolso para que la buena señora durmiera todo lo que quisiera, ya que lo que necesitaba era estar relajada. Después de repetidos abrazos y besos y con la dirección de la pareja en el bolso, nos marchamos, prometiendo que mi madre les visitaría a la mañana siguiente.

Durante la siguiente semana mi madre visitó puntualmente a aquella señora, tomándole el pulso, la tensión, la temperatura y haciendo que la auscultaba con un fonendo de última generación que habían comprado para la ocasión y para las siguientes que a partir del éxito de la primera, fueron varios los envenenamientos y reanimaciones que elaboramos con un éxito rotundo.

—Pues sí, don Felipe, su esposa está bien del todo. Vida sana, ejercicio y no les vendrían mal unas vacaciones.

—Es usted un ángel Amelita, y que profesión tan bonita y tan satisfactoria realiza, estará orgullosa.

—Sí, lo estoy, ya lo creo que lo estoy. Si no fuera por lo que me toca ver

algunas veces, don Felipe, que hay noches que ni duermo.

—¡Que me dice! ¡Y por qué no duerme usted?

—Las penurias que ven mis ojos. Verá usted, además de la cardiología, me dedico a visitar criaturitas abandonadas, de esas del hospicio, que están recogidas por monjitas que muestran a cada momento su buen corazón. Yo desde luego las ayudo en lo que puedo, dos días a la semana dedico a pasar consulta a los pequeños sin padres, y dono parte de mi sueldo y de el de mi marido, hasta he prescindido del servicio y escasas son las veces que llamo a la modista, pensando en las carencias que pasan esos angelitos, pero nada más puedo hacer. Estamos intentando reunir fondos para cambiar el tejado, que llenito está de goteras, arreglar el jardín para que esos pequeñines disfruten un poco del aire libre, un refrigerador nuevo, pero bueno, no le quiero aburrir, que bastante susto ha llevado usted, la semana pasada, como para que le venga yo ahora con monsergas.

—¡Pero que dice, mujer! ¡Qué monsergas ni que nada! ¡Yo quiero contribuir con un donativo, siéntese, mientras le extiende un cheque!

—No, no y no. ¡Cada vez soy más torpe! ¡No tenía que haberle hablado de los niños! ¡Ni contarle mis penas! ¡Por Dios! ¡Qué boba soy! Ahora se va a ver usted obligado, con razón dice mi marido que hablo mucho y no escucho. ¡Ni se le ocurra! Voy a despedirme de su señora y me marcho ya, ni que decir que si me necesitan, ya saben dónde encontrarme.

—¡Haga usted el favor de esperar, o va a hacer que me sienta mal!

—No por Dios, no quisiera yo, que ocurriera tal cosa.

Abandonó el salón y en unos segundos, volvió con la chequera.

—¿Lo extiende a su nombre?

—No me gusta nada esto, pero no sabe cómo se lo van a agradecer esos pobres angelitos. ¡Ha dicho usted algo? Ah, sí, a mi nombre, no le había entendido,

después se lo traspasaré yo con mi donativo del mes.

—Pues aquí tiene. Ah, y por favor quisiera hacer un donativo cada seis meses, si no tienen inconveniente.

—¡Cómo voy a tener inconveniente! ¡Lo contentas que se va poner las monjitas! Pero, ¡hombre de Dios, está usted loco! ¡Un millón de pesetaas! ¡Esto es demasiado! No puedo, ni debo aceptarlo.

—Amelita por favor, ¡ha salvado usted la vida de mi esposa!

—Cualquiera lo hubiera hecho.

—No, cualquiera no, lo ha hecho usted.

—Está bien no se hable más, agradecida le quedo. Voy a despedirme de su esposa.

Con el tiempo se hicieron expertas en tan lucrativo negocio, sin abusar, porque la abuela Valentina decía que la avaricia rompe el saco, además de que corríamos el peligro de que nos pillaran. Estudiaban lugares, terrazas, personas asiduas, matrimonios, padres con hijos y fueron estableciendo tácticas operativas, incluso realizando donativos a un hospicio, que visitaban una vez a la semana, llevando juguetes y pasteles a los niños, haciéndose conocidas por las monjitas, por si alguno de los clientes afectados quería visitar el sitio donde se supone que iban a parar sus donaciones.

Mis cálculos con los venenos y antídotos eran infalibles, tuve que ampliar el laboratorio que había montado en uno de los múltiples dormitorios y cultivar en la terraza plantas que incluso mandaba traer desde países exóticos. Para tal fin utilizaba ratones, con los que realizaba ensayos clínicos y opté por apuntarme también en la facultad de química, para que mis remedios fueran totalmente exhaustivos.

Ya duchas y expertas en el asunto, quiso Dios darnos una pena que llevaríamos siempre dentro. Mi padre, al que queríamos tanto, nos dejó una

noche mientras dormía. El ataque al corazón fue fulminante. Cuando mi madre despertó, extrañada de que siguiera durmiendo y no estuviera ya en el despacho, le avisó, y al no escuchar su voz se volvió hacia él y al notar su rictus, quedó totalmente derrumbada en el suelo, hasta que al escuchar como una especie de golpe, Dominga, entró en la habitación y al encontrarse con semejante cuadro, nos avisó rápidamente.

Mi madre y mi abuela Valentina se refugiaron la una en la otra, y durante más de un año no fueron capaces de levantar cabeza. La casa se volvió oscura y triste. Yo procuraba agradarlas con mis tonterías, hablándoles de mis logros en los ensayos con ratones, pero ellas no me escuchan, se les había ido el motor de sus vidas, la parte buena, aquel que nos alegraba con sus requiebros y chascarrillos, ese hombre fuerte y cabal y que nos daba amparo y seguridad. Yo las escuchaba llorar por las noches. La señora Ernesta envejeció diez años, pues como a un nieto le consideraba, y yo, disimulaba la pena como podía, para no causarles más dolor. Sabía que a partir de ese momento, me iba a convertir en el centro de sus vidas, en el motivo por el que debían luchar para poner un plato en la mesa y que sin pasar mucho tiempo desaparecerían de nuestras vidas la señora Ernesta y Dominga.

Fingí una especie de decaimiento, algo parecido a una depresión, aludiendo que había guardado la pena y ahora me tocaba a mí llorar. Bien sabe Dios que era verdad, pues la pena de la pérdida de mi padre siempre la llevaré dentro, pero lo hice, para que salieran de aquel estado de letargo oscuro en el que habían entrado, debían de superarlo de alguna manera, y tenía que darles un empujón para que lo lograsen.

Mis desmayos y lloros dieron resultado. Todos los miembros de la casa se volcaron completamente en mí. Me llevaron a una consulta con uno de los psicólogos más prestigiosos de Madrid, que me recibía una vez por semana. El pobre hombre, a la tercera sesión no sabía si tendría que ingresarme en un psiquiátrico, o por el contrario, era su propia cabeza la que se estaba volviendo algo majareta.

—Buenos días, Valentina.

–Buenos días doctor Miralles.

–En primer lugar vamos a rellenar una ficha con sus datos y una especie de test que me ayudará a conocerla mejor.

–Como usted diga.

–¿Su nombre y apellidos?

–Valentina Bandurria de Caoba.

–¿Cómo?

–Ya sabía yo que comenzaríamos con mal pie. Que todo el mundo se ría de mi nombre, hasta lo entiendo, ¿pero usted?

–No me he reído, solo he preguntado de nuevo, porque no la había entendido.

–De eso nada, ha reaccionado usted como todo el resto del mundo mundial en cuanto digo mis apellidos. ¿Y usted? ¿Cómo se llama?

–Manuel Miralles Antúnez.

–¿Ha comprobado usted la diferencia?

–¿Qué diferencia?

–La de los apellidos.

–Usted tiene los suyos y yo lo míos.

–Se ha expresado usted mal.

–¿Cómo dice?

–Mejor lo definiríamos en que usted tiene los suyos y yo cargo con los míos.

–Vamos a dejarlo.

–Usted manda.

–¿Aficiones?

–Leer.

–¿Qué tipo de lectura?

–Soy licenciada en derecho y en química. Leo constantemente leyes y fórmulas matemáticas.

–¿Y para divertirse?

–Fórmulas matemáticas sobre todo. ¿Y usted?

–Leo a Freud.

–¿Y qué le parece?

–Interesante.

–¿Qué opina del yo y el súper yo? ¿Y de la naturaleza oculta del hombre?

–Eso es relativo.

–Error, la teoría de la relatividad no era de Freud, sino de Einstein.

–Es que yo no me refería a eso, me está usted liando.

–¿Se refiere a que le quiero liar como hombre o como psicólogo?

–¿Cómo?

–¿Se encuentra usted bien, doctor?

–Pues la verdad, es que no lo sé.

—Será mejor que dejemos la sesión para la semana que viene.

—Sí, será lo mejor.

—¿Qué tal, nena? —preguntaron la abuela y mi madre.

—Maravilloso, creo que me encuentro algo mejor.

Durante un año las tuve entretenidas analizando mi conducta, según salía de la consulta de ese pobre psicólogo, que después de aquel tiempo en el que llevó mi caso, decidió dedicarse a la fontanería, que era su profesión frustrada, haciendo caso a mis certeros consejos. Ahora no gana tanto dinero pero es más feliz. En realidad esa ha sido siempre mi meta, encauzar a estos pobres mortales que van pasando por mi vida a realizar sus sueños, aunque para ello tenga que echar mano a veces de mis potingues y brebajes.

Ni qué decir tiene que nuestro trabajo daba sus beneficios, pero también tenía sus gastos. Con el tiempo dejamos de ejercer en Madrid, resultaba demasiado peligroso y decidimos hacer una tournée por toda España, para lo que tuvimos que echar mano de los ahorros; avión, hoteles, tren, autobuses, sin contar los días perdidos en los que nos aposentábamos en las terrazas céntricas para estudiar a los distintos personajes a los que elegíamos como víctimas y que no siempre eran los indicadas. Más de una vez, después de tener el plan preparado nos teníamos que echar atrás, al comprobar que el próximo mártir de nuestra causa, era todo fachada y su cuenta estaba en números rojos.

La vida nos volvió a jugar una mala pasada, la señora Ernesta y Dominga, fallecieron con dos días de diferencia. A la primera se la llevó la edad y a la segunda la pena de haber perdido a su amiga del alma. La casa se quedó vacía sin sus risas y bromas. La cocina se quedó silenciosa sin el ruido de las cazuelas y sin los retintines de los vasos que chocaban en el fregadero. Cerramos varias habitaciones de la casa y con el tiempo aprendimos a vivir sin tanto servicio, que se fueron marchando, incluso jubilándose. El mayordomo y el chófer se trasladaron a las aldeas desde las que habían emigrado, para vivir una vida tranquila en aquellos pueblos que tanto recordaban. Contratamos una

muchacha interna y con un poco de nuestra ayuda, supimos salir adelante, acomodándonos a los nuevos tiempos.

Aunque tenía dos carreras, no ejercí ninguna de ellas, no obstante, no por eso, dejaba de estudiar y de ponerme al día en las nuevas técnicas o leyes. La abuela Valentina y mi madre, siguieron elaborando distintos planes, siempre exitosos que nos daban para vivir, no como personajes de la alta sociedad, pero tampoco carecíamos de nada. Jamás tuvimos que arrepentirnos de nuestras acciones, a pesar de los sustos que les dábamos al prójimo para salir adelante. Ellas eran los cerebros y artífices del trabajo y a mí me consideraban más o menos como la mano de obra, que preparaba los mejunjes y potingues, que elaboraba con todo primor, después de reconocer al siguiente objetivo y observarle durante varios días para calcular su altura, peso y edad. Las hermanitas del hospicio estuvieron a punto de hacerles un monumento a mi madre y a la abuela, por la frecuencia con que las visitaban, les llevaban regalos y donativos, tantos, que incluso pusieron su nombre a una de las salas.

Mi madre me daba la lata constantemente con el tema de los novios, siempre aconsejada por mi abuela Valentina, que no se explicaba porque no me gustaba salir al cine, al teatro o a bailar con amigas y frecuentar sitios, dónde podría tener la oportunidad de conocer al hombre de mi vida. Tan pesadas se ponían y tanta era la lata que me daban que tuve que inventarme alguna amistad con la que salir. Me arreglaba, y aludiendo que había quedado para merendar, me acercaba yo sola al Retiro, donde me lo pasaba pipa escuchando música, leyendo, incluso en alguna de las múltiples terrazas observando pasar a viandantes y familias que acudían al igual que yo a pasar la tarde.

La belleza del parque del Retiro, no es comparable con nada, su abundante flora hace respirar a todo Madrid. A fuerza de pasarme tardes y tardes allí aprendí a conocer la diversidad de árboles y especies vivaces de las que me hice una auténtica experta. En el lago del palacio de cristal descubrí los taxodium, viviendo siempre dentro del agua; el almez, que convive con los lirios y forman entre los dos una estampa maravillosa; las acacias, con sus hojas que se asoman de dos en dos en las ramas y sus flores en forma de mariposa; los antiguos robles; los ginkgos, con sus hojas en forma de abanico. Y qué decir de la célebre

rosaleda creada por Cecilio Rodríguez en 1.915, con sus pérgolas, parterres y fuentes. Decir que son una obra de arte es decir poco, y así totalmente extasiada me quedaba dos tardes a la semana, contemplando tanta maravilla, fingiendo mis salidas al cine para contentar a mi madre y a la abuela Valentina.

En una de aquellas salidas observé a un hombre de mediana edad, no demasiado apuesto, pero atractivo, bien vestido y con buen porte. Enseguida me di cuenta de que le había visto antes. Como yo, gustaba de recorrer el parque del Retiro, me di cuenta de que le había contemplado en varias ocasiones estudiando el paisaje y sacando de un maletín sus artes de dibujo, donde por intuición percibí que dibujaba las distintas especies de flora del parque. Lo raro es que le hubiera visto tantas veces y que siempre le diera por aposentarse en algún banco frente al que yo escogía para leer.

No digo que no hubiera salido con algún chico que otro, pero ninguno de los que conocía me resultaba suficiente, ni los encontraba a mi altura, con esto no quiero decir que me creyera más que nadie, pero para escuchar tontadas lo mejor era ver la televisión. Todos los que había frecuentado no tenían dos dedos de frente, o eso, o es que el amor no había llamado a mi puerta, así que me conservaba intacta y virgen, no creía que hubiera llegado ni el hombre, ni el momento adecuado para rebozarme entre las sábanas con ninguno de los mentecatos que conocía. Tengo una estatura normal, aunque como ya les he referido estoy algo rellenita, a pesar de probar montones de dietas que voy pillando de aquí y de allá, pero mi madre dice que soy guapa, he heredado sus grandes ojos azules y el pelo negro y brillante de mi abuela Valentina, que casi siempre llevo recogido en una coleta en lo alto de la cabeza. Soy un poco bohemia vistiendo, me gustan los vaqueros y las camisolas grandes con chalecos, aunque mis dos progenitoras se empeñen en comprarme vestidos de marca y zapatos de Manolo Blahnik, Pura López y Carolina Herrera, por la amistad que ya de antiguo une a las familias. Alguna vez me los pongo por no escucharlas comentar entre dientes que parezco una mochilera, que cualquiera diría que tengo dos másteres, en fin todas esas retahílas con las que nos obsequian diariamente las madres y las abuelas.

Me quedé absorta en el paisaje, cuando el sol comenzaba su recogida y le da

por reflejar sus rayos en el horizonte. Intenté captar aquel momento con el móvil, porque aunque me gustaba la fotografía no me consideraba ducha en tales artes y no consideré apropiado gastar dinero en una cámara de esas de última generación, pero sin embargo, me entretenía en sacarlas con el teléfono y después en casa las metía en un álbum en el ordenador. Al girar la cabeza para guardar mi móvil en el bolso, me percaté de la proximidad del señor atractivo que me encontraba a cada momento y, que mira por dónde, se había acomodado a mi lado.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes. Me parece que te conozco, aunque sea solo de vista, creo que te gusta frecuentar los mismos sitios que a mí, porque siempre me encuentro contigo a cada paso que doy.

—Si te sirve de molestia, me voy.

—No, por Dios, claro que no.

—Me llamo Alfredo. Y me alegro de hablar contigo, la verdad es que tenía muchas ganas.

—Yo me llamo Valentina.

—¡Qué nombre tan bonito! ¿Valentina y que más?

—Nada más.

—¿Y tú, Alfredo y que más?

—Solo Alfredo.

—¿Por qué solo Alfredo?

—¿Y por qué solo Valentina?

—Está bien, no me gustan nada mis apellidos, cada vez que los digo todo el

mundo se ríe a carcajadas.

—No serán como los míos.

—¿No me digas que también tienes ese problema? Ya, por eso empiezas a caerme bien. Si me dices los tuyos te digo los míos.

—Tu primero.

—Está bien, me llamo Valentina Bandurria de Caoba.

—Uf, eso no es nada, los míos son peores.

—¿De verdad? No sabes lo que me alegro, no pensaba yo que existieran peores que los míos. Prometo no reírme.

—Está bien, me lo has prometido. Me llamo Alfredo Culillo Prieto.

—¿Cómooo?

—Alfredo Culillo Prieto.

—¡Ayyy! ¡Qué me meooo! ¡Me meooo! ¡Me estoy meaaaando de verdad!

—Me habías prometido no reírte.

—¡Ayyy! ¡Lo sé, lo sé, perdona! ¡Ayyy, que me muerooo de la risa! ¡Perdona, perdona, perdona, es que tenía tantas ganas de que me tocara a mí reírme de los apellidos de otro! ¡Ayyy! ¡Qué no puedo paraaar! Vale, vale... No te enfades, ya me callo, te comprendo, a mí me pasa continuamente pero es que... ¡Ayyy, vaya apellidooos, me meooo, me meooo! Vale, vale, perdona ya paro... Es que no puedo paraaar, ¡ay, Dios mío, que me meooo! Vale, vale, ahora de verdad, te lo juro de verdad que me callo.

Pero no pude callarme, el señor atractivo con cara de congoja, recogió sus enseres de dibujo, se levantó y se marchó, desapareciendo entre los maravillosos castaños de indias centenarios que acoge el parque del Retiro, mientras que yo

como una boba, me quedé en aquel banco, riéndome sola, con aquel ataque de risa que tanto odiaba cuando lo hacían los demás.

Regresé a casa con la culpa pintada en la frente, mi madre y mi abuela, que tan bien me conocían, rápidamente se percataron de mi estado de ánimo, se miraron y guardaron silencio. Una vez puesta la cena, en los postres, la abuela sacó la conversación y no me quedó más remedio que contarles el episodio acaecido con aquel señor atractivo, llamado Alfredo Culillo Prieto.

Al contrario que yo, ellas no fueron presa del ataque de risa, al que mi mente me había tenido sometida, pero sí entendieron mi forma de comportarme, como si de dos psicólogas experimentadas se tratasen, me hicieron ver que no tenía de que culparme, puesto que mi interior estaba tan harto de ser el protagonista de risas y chismorreos, que había explotado y había decidido que ya era hora de que le tocara a otro. Y creo que sus explicaciones me dejaron totalmente tranquila y sin ningún sentimiento de culpa. Aquellas dos mujeres eran las personas más sabias que había conocido en mi vida, con lo que aquella noche dormí profundamente y sin remordimiento alguno, aunque creí necesario, presentarme al día siguiente en el parque del Retiro y poner todo el conocimiento necesario para buscar a Alfredo y pedirle disculpas, creo que aquel hombre atractivo había llamado mi atención y no necesariamente por sus apellidos.

En el desayuno me tocó describir físicamente a Alfredo, contarles mi impresión y el motivo por el que sentó a mi lado, que no fue otro que el de entablar la conversación que desde hacía varios días llevaba intentando. Estuvieron de acuerdo conmigo en que debería de buscarle y presentarle mil perdones. Se ofrecieron voluntarias para acompañarme, a lo que me negué rotundamente.

Acudí diariamente al parque del Retiro para encontrarme con Alfredo, pero por más que recorría las zonas donde solía verle, no fui capaz de encontrarle. Dos semanas estuve dando vueltas por todos los jardines, hasta que una tarde me pareció observar a lo lejos su figura, sentado en uno de los bancos cercanos al estanque, estampando sobre su bloc de dibujo algún boceto del embalse, que

en ese momento rebosaba de barquitas con personas remando o tomando el sol.

Me senté a su lado y le referí el disgusto que tenía por mi comportamiento, asegurándole que no fue mi intención, puesto que yo pasaba muchas veces por lo mismo. Alfredo Culillo Prieto terminó por perdonarme, aludiendo que mis ojos azules le tenían embobado y no sé cuántas adulaciones más acerca de mi persona. Me impresionó un dibujo de mi cara, que dijo haber hecho de memoria, cuando llegaba a casa y pensaba en mí. Después de tanta adulación y halago, accedí a cenar con él esa misma noche en un restaurante de comida tailandesa al que iba con frecuencia. Quedamos en la Puerta del Sol para tomar un apetitivo en la Plaza Mayor.

Mi madre y la abuela, daban saltos de alegría, abrieron mi armario y sacaron cuanta vestimenta era de su gusto, Armani, Chanel, Valentino, zapatos de tacón alto, medio, bajos, camisas, complementos. Hasta que di dos voces y puse orden en todo aquello que parecía más una feria que un dormitorio. Me decidí por un pantalón vaquero y una camisa de color beige, que me tapaba parte del culo y algunas loras que me sobraban en la cintura, zapato bajo, ya que Alfredo no era demasiado alto, un pañuelo al cuello y me solté el pelo, por no discutir con ellas, pero me puse una diadema de concha finita, para que no se me viniera el pelo hacia los ojos. Me maquillé levemente, una raya casi imperceptible en los ojos y brillo en los labios. Nunca había estado en un tailandés, pero probar sensaciones nuevas siempre me resultó atractivo. Antes de salir de casa, la abuela y mi madre me dieron miles de besos y cientos de consejos, para que no la fastidiara como, según ellas, siempre hacía. Le tenía que preguntar la edad, sobre todo averiguar si estaba casado, no fuera que después me llevara una decepción y sobre todo su estado financiero, cosa primordial en mi familia.

Desde el balcón del dormitorio me dijeron adiós, como si me fuera a un viaje de tres meses. Tomé el metro y me bajé en la Puerta del Sol. Nada más subir las escaleras le observé. Iba también de sport, con vaqueros, camisa blanca de Cantarelli y una chaqueta tipo deportiva de Pedro del Hierro que aumentaba su atractivo. Nada más verme se acercó a mí y después de saludarme con dos besos

en la cara, que no me gustaron nada porque le olía el aliento, cogió mi mano y me encaminó hacia la Plaza Mayor. Nos sentamos en una de las múltiples terrazas que bordean la plaza. Pedimos dos copas de vino blanco muy frío, que saboreé con gran placer, mientras deleitaba mi estómago con un montón de patatas fritas que comencé a comer sin pensar en las lorzcas que tanto me atormentaban. Cada minuto que pasaba me daba cuenta que el señor Culillo Prieto cada vez me resultaba menos atractivo. Se le debió de quedar pegada una patata frita al paladar y se la quitó con el dedo índice, me quedé de piedra. Me di cuenta enseguida de que tenía un tic nervioso, se arrancaba las pestañas, primero se las acariciaba un ratito y luego de repente tiraba de una de ellas a ver si salía.

—Estoy muy contento de que hayas venido, Valentina.

—Gracias, Alfredo.

—Estás preciosa esta noche.

—Gracias, bueno, no sabemos nada el uno del otro. ¿A qué te dedicas?

—Soy empresario.

—¿Y tú?

—Pues como te diría... Soy licenciada en químicas y terminé derecho, pero en realidad, dedicarme... lo que se dice dedicarme, pues como que no, vamos que a mí lo que me gusta es la investigación.

—¿Y qué investigas?

—El avance de la flora, o sea, la elaboración de nuevas curaciones a base de plantas.

—¿Pero es muy interesante? ¿Y la repercusión económica?

—¿Te refieres a que si gano dinero con ello?

–Sí, más o menos.

–Pues sí, lo gano.

–¡Qué maravilla, poder dedicarte a lo que te gusta!

–Sí, tienes toda la razón. ¿Y tú empresa de qué es?

–De pompas fúnebres.

–¿De quééé?

–De pompas fúnebres, ya sabes de muertos, de entierros, cremaciones y eso, además ¡como todo el mundo se muere, pues esto no se acabaaa! ¡Ayyy, qué risa, siempre me da la risa cuando digo esta frase! ¡Ayyy, qué risa, que risaaa más tonta! Perdona, es que no puedo evitarlo.

–Este tío es imbécil ¿Dónde está la gracia? ¡Será memo! Y se sigue riendo solo, como un tonto, a lo mejor no está bien y yo aquí, con este idiota de los cojones a cenar a una mierda tailandés.

–Te has quedado muy seria.

–Si te parece, es mejor que vayamos a cenar, porque con lo tragona que soy me voy a zampar todas la patatas fritas y se me quita el hambre.

–Qué cosas dices.

–¿Qué cosas?

–¿Cómo que qué cosas?

–Las que digo. ¿Qué cosas son las que digo?

–Eso de zampar, que me ha hecho gracia.

–Ah.

Al levantarnos, intentó de nuevo cogerme de la mano, pero se la retiré. Me acordé que podría llevar el trozo de pata frita pegada a su dedo índice y me dio mucho asco.

En una de las múltiples bocacalles que rodean la Plaza Mayor, entramos en el tailandés, donde por lo visto había una mesa reservada.

—¿Qué te apetece?

—Ni idea, pide tú por mí.

—Está bien. Pollo con arroz, neyayum y para beber sato, por favor. Espero que te guste, el pollo lo hacen con leche de coco y el otro plato que he pedido es carne con especias y ensalada. Y lo vamos a regar con vino de arroz.

Comenzamos a comer aquel pollo que sabía a coco, mezclándolo de vez en cuando con la carne especiada, picaba tanto, que tuve que beberme tres vasos del sato ese raro, para que dejaran de salirme llamas de la boca. Me di cuenta que se le había quedado también un trozo de carne llena de especias pegada al labio y el tío no se daba cuenta, me estaba poniendo nerviosa, yo comencé a limpiarme los labios en forma de indirecta, pero nada, ni por esas. Pues con la carne pegada empezó a contarme la técnica que usaba para maquillar a los muertos, aunque tenía varios empleados le gustaba hacerlo a él personalmente, se veía que disfrutaba porque se regocijaba cada vez que usaba la palabras “rigor mortis”, y me explicó concienzudamente como taponaba los distintos agujeros que tenemos en el cuerpo, hasta el del culo, donde se entretuvo un rato diciendo que contaba con varios tapones de varias formas y colores. Cada vez me encontraba peor y el muy tonto a veces se reía sin venir a cuento, y otras se entristecía haciendo gestos de bobo. ¡Qué asco de tío! Vaya decepción, para una vez que creía haber encontrado el amor a primera vista, me encuentro con un empresario de enterramientos humanos, petulante, bobo y que según iban pasando los minutos, cada vez estaba más convencida de que de que le faltaba un hervor. De vez en cuando preguntaba algo sobre mi vida e inmediatamente contestaba por mí.

—¿Y si no es indiscreción que edad tienes? No me lo digas, no me lo digas, no pasas de los treinta. ¿Y por qué zona vives? Espera, que lo adivino, cerca del Retiro. ¿Te gusta viajar? Claro que te gusta, cómo no te va a gustar.

Me estaba poniendo enferma el petulante Culillo Prieto, entre la leche de coco, el sato de mierda y el memo que no paraba de hablar de muertos y de los agujeros del cuerpo, sobre todo el del culo, que era en el que más empeño ponía, me entraron unas ganas terribles de vomitar, además me dio por pensar que si por casualidad me quedara embarazada del tío este majareta, mis hijos se apellidarían Culillo Bandurria y ahí en ese preciso instante es cuando vomité encima del pollo con arroz, y del nevayum, guardándome parte para el segundo vómito que salió a los tres segundos y eché encima de la camisa del señor Culillo Prieto.

Dio tal salto hacia atrás que se cayó de culo encima de uno de los camareros de rasgos orientales, que en ese momento trataba de servir una especie de sopa pastosa a los de la mesa de al lado.

Comenzó a llamarme marrana y patosa, el tío mierda, y gorda, también me llamó gorda, mientras tumbado en el suelo, con su patética camisa llena de vomito y el trozo de carne asquerosa pegada a su boca, parecía una araña, con sus piernas enredadas entre las del camarero que había despamarrado la sopa pastosa encima de la mesa de los señores de al lado, que a su vez dieron otro salto, para caer encima de dos plantas de plástico que adornaban las ventanas. Olvidando toda la educación que habían tratado de darme mi madre y la abuela Valentina, grité a todo pulmón:

—¡Eres un culo prieto de mierda! ¿Cómo se te ha podido ocurrir traerme a un chino para contarme como le metes los tapones por el culo a los muertos? ¡Vete a la mierda, tu rigor mortis, tú, y tu mierda de negocio! ¡Y que no vuelva a verte por el parque del Retiro, porque si te veo, todavía no me conoces y no sabes lo que soy capaz de hacer!

Y después de soltar toda esa parrafada, me levanté y me fui. Tomé un taxi, porque olía a devueltos con especias. Llegué a casa y después de una buena

ducha que me dejó nueva, les puse al tanto de los acontecimientos a mi madre y a la abuela, que se quedaron estupefactas al escuchar mis aventuras, no sé bien si por lo que había ocurrido, o por los tacos que fui capaz de soltar en solo unos momentos.

La vida se portaba bien conmigo, era feliz a mi manera. Devoraba libros, me encantaba el cine, pasaba montones de horas en mi laboratorio y me orgullecía al contemplar la cantidad de venenos y antidotos que había sido capaz de fabricar. Cada uno de ellos tenía su utilidad y sus efectos, incluso algunos de ellos, en dosis adecuadas eran beneficiosos para la salud y para algunas enfermedades. Varias veces les sugerí a mis progenitoras que deberíamos presentar mis venenos y antidotos a algún laboratorio. Inventar venenos que no dejaran rastro en cuerpo humano era algo extraordinario, seguro que nos pagarían una millonada por ello; pero ellas no querían ni hablar del tema, aludiendo que en ese caso nuestro negocio saldría al aire y acabaríamos todas en chirona. Eso me frustraba, no podía remediarlo, saber que era la inventora de algo inimaginable para la humanidad y tener que usarlo para ganarme la vida de esta manera me escamaba y cada vez me gustaba menos.

Mi madre y la abuela seguían en su empeño de casarme y para ello hacían gala de todas sus habilidades y ocurrencias. Invitaban a comer a amistades con hijos casaderos, me preparaban citas a escondidas, incluso paseaban por el parque del Retiro con la única finalidad de encontrar a la víctima adecuada a la que abordar para investigar y decidir si sería el hombre adecuado para compartir mi vida.

Alguien debió de contarles lo de las agencias matrimoniales, y desde ese momento dedicaron todos los minutos del día en consultar por internet todas las existentes, en las cuales me incluyeron, y se pasaban horas mirando fichas con las fotos y datos de posibles candidatos, para lo cual contrataron un profesor que les dio clases durante unos cuantos meses, logrando convertirlas en una expertas exploradoras de redes. Me prepararon un montón de citas a las que nunca acudía, hasta que por no aguantarlas, después de observar unas cuantas veces la ficha de un posible candidato, me convencieron de tal modo, que hasta decidí que a lo mejor me convenía.

Santiago Riaño Vallejo, 1,85, complexión delgada, moreno, ojos oscuros, 46 años, divorciado sin hijos, ingeniero de telecomunicaciones, trabajaba en empresa privada.

Desde luego físicamente no estaba nada mal, sin embargo me preguntaba como un tío como ese necesitaba acudir a una agencia, porque visto lo visto, las tendría que tener a pares. Claro que pensándolo bien, tampoco yo estaba nada mal y estaba haciendo lo mismo.

—Está bien, acepto. ¡Preparadme una cita! Ahora está por ver que él quiera aceptarla.

Mi madre y la abuela se levantaron de la silla y me dieron mil besos, e inmediatamente se pusieron a redactar la oferta de cita, como si de una mercancía se tratase. Rompieron mil folios, hasta que dieron con un par de frases con las que quedaron totalmente convencidas.

La contestación no se hizo esperar. Santiago Riaño había accedido a mi petición de amistad y estaba dispuesto a tener un encuentro conmigo, citándome en el café de Oriente el próximo sábado a la una del mediodía para después irnos a comer un buen cocido a la Daniela, para lo cual, mi pretendiente tenía que desplazarse desde Toledo, ciudad en la que residía, quitándole importancia a la cosa, pues sus viajes a la capital eran continuos debido a su trabajo.

Las cavilaciones de mi madre y la abuela durante esa semana fueron difíciles de definir. El constante trajín y el ir y venir a diversas boutiques de la calle Serrano, zapaterías, tiendas de complementos, perfumerías y cualquier clase de establecimiento que sirviera para aumentar mi belleza exterior fue su continua preocupación y su tema de conversación. Revistas de moda, de peinados, de color de uñas, de modos y formas de estilizar la figura y toda diversidad de elementos que tuvieran que ver con que triunfara en la cita dominguera, se convirtió en prioridad absoluta. Hasta la pobre Herminia, la señora que nos cuidaba desde que se fue el servicio, acabó de cabeza preparando dietas, para que adelgazara algunos kilos en los pocos días que faltaban.

—Niña, andan como locas, no les hagas mucho caso. Después pasas por la cocina, que te he preparado natillas y arroz con leche, que sé cuánto te gustan. No hagas caso, estás estupenda, tú eres así nena, te gusta comer, si le gustas como eres pues eso, que bien, y si no, ¡pues que le den morcillas! ¡El empeño que tienen estas dos mujeres en casarte! Con lo bien que estás así, hija.

—Menos mal que te tengo a ti, Herminia. Dame un beso.

—Los que quieras cariño.

No puedo ni recordar las veces que me hicieron probar los múltiples modelos, con los que habían tirado la casa por la ventana. ¿Qué necesidad tenía yo de tanta martingala? Con lo a gusto que vivía sin hombres. Ciertamente era, que al pensar en la cita, me recorría como una especie de hormigueo por el cuerpo, siempre me habían gustado esas cosas raras que se presentan así de repente y el señor de la foto no estaba nada mal, pero de ahí a que aquello se convirtiera en la prioridad de mi vida, pues no. El caso es que lo hacía más por ellas, que por mí, se las veía tan felices, todo lo que fuera mangonear mi vida cobraba sentido para ellas. Que iba a hacer, pues nada, dejar que me manipularan como a un muñeco de esos que mueven con hilos, esas marionetas que tanto les gustan a los niños. Al fin y al cabo ellas eran mi vida. Lo único que me quedaba. ¡Tenía tanto que agradecerles! Si ellas me faltaran no sé lo que sería de mí. Por eso no quería un marido, no lo necesitaba, tenía todo cuanto necesitaba para ser feliz, si precisaba un hombre, pues lo buscaba, pero sin comprometerme, mis necesidades físicas ya me las buscaba yo solita de vez en cuando. Sin embargo ellas no lo entendían así. Su prioridad era tener nietos, yo lo sabía y quizá fueran merecedoras de tenerlos. ¡Un hijo! Solo de pensarlo, se me escapaba de las manos. ¡Yo no sabría qué hacer con un hijo! No se daban cuenta que nuestro trabajo era demasiado peligroso. ¿Qué pasaría si nos descubrieran? ¿Qué futuro tendría ese niño? Me estaba rayando, dejaría todo a los acontecimientos venideros, de momento me iba a centrar en la cita del domingo, de la que tanto disfrutaban.

Y llegó el momento. Todo preparado: Ropa, peluquera en casa, maquillaje, un desayuno liviano. Me levanté sabiendo lo que me esperaba y deseando que

pasara cuanto antes. Mi querida Herminia me subió el desayuno al dormitorio. Me quedé con un hambre voraz, me duché y esperé la llegada de la peluquera, que según mi madre y la abuela era la mejor de todo el barrio de Salamanca. Si por mí fuera dejaría el pelo secar al aire y me lo recogería en mi habitual coleta, que tan bien me hacía sentir. Después de sufrir los tirones de pelo, con aquel cepillo y el calor del secador, observé que no me quedaba nada mal el pelo totalmente liso y un flequillo cortado justo por debajo de las cejas, que la peluquera se encargó de depilarme, dejándomelas perfectas. Tuve que reconocer que la cara que me devolvía el espejo era totalmente otra. Me había cortado las puntas dejando una melena cuadrada, más o menos hasta el principio del cuello, con aquel flequillo nuevo para mí, que destacaba aún más el color de mis ojos. El maquillaje consistía en una crema base con algo de color, delineación negra en los ojos, rímel, algo de rouge en las mejillas y brillo con algo de color en los labios. Mi madre y la abuela no perdían ripia, dando continuamente su opinión, que por primera vez consideré totalmente acertada. Encima de la cama me aguardaba un conjunto de blusa y pantalón. La camisa a rayas de distintas anchuras en colores blanco y negro y el pantalón recto en color negro. Cinturón rojo a juego con unos zapatos de salón del mismo color y tacón alto. Bolso negro y por único adorno, unos pendientes de perla y una pulsera igual. El reloj de Valentino y una sortija de oro nada extravagante y mi perfume de Carolina Herrera.

—¿No pensarás ir en metro verdad?

—Pues la verdad es que sí.

— Por favor, nena. Coge un taxi, hija.

—Está bien os haré caso.

—Y llámanos en cuanto le veas.

—Mamá, por favor, ya os contaré a la vuelta.

No hay nada mejor que sentirse bien con una misma, esa sensación de

seguridad que te da el encontrarte mona y atractiva, no tiene precio. Podría pararse el mundo, que yo seguiría andando. Tomé un taxi en la primera esquina y fui observando como pasaban de largo los edificios y las personas que según avanzaba íbamos dejando atrás. Una vez en la Plaza de Oriente miré el reloj. La una en punto, mejor hacerse desear, di una vuelta y me dediqué a sacar unas fotos del Palacio Real y de los grandes árboles que pueblan los jardines de Sabatini. Pasaban veinte minutos, bien, creo que era un tiempo lógico y adecuado para una primera cita.

Enseguida le reconocí, me esperaba sentado en una mesa al fondo, leyendo el periódico y degustando un vermut. Se levantó nada más verme y me dio dos besos. La verdad es que Santiago Riaño, no estaba nada mal, pero nada, nada. Claro que el Culillo Prieto me dio la misma impresión y hay que ver como terminamos.

Antes de comenzar a hablar de nosotros llamó al camarero y pedí una copa de vino blanco bien frío. Era altísimo y guapo, la verdad es que era guapo, delgado y elegante. Vestía una camisa blanca de Ralph Lauren, pantalón azul marino y una chaqueta de punto también de la misma marca, que llevaba colocada sobre los hombros dejando que las mangas cayeran sobre la pechera de la camisa, en plan pijo. Un reloj sencillo pero desde luego de oro, traté de ver la marca, pero no lo conseguí. El pelo sumamente limpio y brillante, la raya al lado dejaba que un mechón se escapara continuamente delante de sus ojos, produciéndole una especie de tic que le hacía que se lo retirase constantemente.

—Me alegro mucho de conocerte, Valentina.

—Lo mismo te digo. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

—Sí, pero he preguntado yo antes.

–Estarás pensando que algo malo debo de tener si para conseguir una cita necesito recurrir a estos medios.

–Pues más o menos sí, es lo que pienso.

–Quizá sea porque es más fácil elegir. Tienes ya hecha una impresión de quien te vas a encontrar, conoces sus estudios, su físico, sus gustos, aunque sea un poco por encima. Y si se asemeja a lo que buscas, pues es como ir sobre seguro.

–Mirándolo así.

–Ahora te toca a ti.

–No, no, yo no he tenido nada que ver en esto.

–Pues tu ficha estaba en la agencia y si no recuerdo mal, fuiste tú la que llamaste.

–Sí, pero influenciada. Verás, mi madre y mi abuela se han empeñado en casarme, juntarme o en buscarme un novio. Me preparan citas, me presentan amigos, invitan a comer a conocidos con hijos casaderos y esta es la última jugarreta. Ellas llamaron a la agencia haciéndose pasar por mí, enviaron mi ficha y la rellenaron, hasta que me encontré de bruces con tu cara en el ordenador. Después de mirar miles de candidatos, tú fuiste el elegido.

La carcajada resonó en todo el café de Oriente.

–Sí, ya sé que te hace gracia, pero para mí no la tiene. No sabes lo que es tener que aguantar sus sarcasmos y consejos todos los días. No me extrañaría nada que me hubieran seguido y estuvieran espiándonos.

Otra carcajada resonó en el local.

–Perdona, pero es que tu situación es francamente divertida.

–Sí, sí, menuda risa me da a mí.

—¿Te arrepientes?

—Es algo pronto para arrepentirme, veremos dentro de un rato.

—Desde luego no se puede decir que no seas directa. ¿Qué te parece si nos vamos a comer? He reservado en la Daniela, frente al mercado de San Miguel. ¿Te gusta el cocido?

—¿Qué si me gusta? Es uno de los mejores inventos de la humanidad.

Fuimos dando un paseo, me sentía como si fuera un gnomo. ¡Qué bigardo de tío!

—Soy algo bajita para ti.

—Eres perfecta.

Fuimos charlando de temas interesantes: Arte, literatura, cine. Era un apasionado de la novela histórica y había leído casi todos los clásicos. Cuando comenté que mi película favorita era El Padrino, se quedó mirándome con una sonrisa, por lo visto teníamos los mismos gustos. Este no me cogió de la mano, se limitaba a poner su mano en mi espalda galantemente al ir a cruzar una calle o al volver una esquina, como si se considerase mi guía.

Llegamos al restaurante y nos condujeron a una mesa en el fondo. Retiró mi silla para que me acomodara. Nos pusieron una sopera con una sopa de fideos que olía a gloria y sabía mejor, entre charla y charla repetí tres veces, casi sin darme cuenta. Cuando llegó la hora de los garbanzos, les eché el mejunje de tomate y aplasté encima dos patatas que aliñé con aceite y vinagre, lógicamente repetí otros tres platos y comencé a darle al tocino, al chorizo y al jamón, que pringados en trozos de pan me supieron a manjar de dioses. El señor Riaño debía ser de risa fácil, pues a cada cosa que le decía, resonaba una carcajada limpia y contagiosa mostrando unos dientes blanquísimos y perfectamente alineados.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tú.

—¿Soy graciosa?

—Sí, sí lo eres. Pero en realidad, no es tu conversación lo que me produce tanta risa.

—¿A no?

—No, ¿te has dado cuenta de lo que has comido, muchacha?

—Pues en realidad no. Estaba todo buenísimo. Sí, soy una tragona, no me mires así, por eso estoy algo gorda. Vamos a pedir el postre, que me pirra el dulce.

Mientras volvía a reírse a carcajadas opté por ir al servicio a retocarme, cuando al levantarme me di cuenta de que había reventado la cremallera del pantalón, que debía de tener subida en el lado izquierdo. Disimulé como pude, tapando mis lorzcas que salían por el hueco de aquella abertura, acercando el bolso para que tapara el trozo de chicha que sobresalía por el hueco, que había dejado la cremallera al romperse. No me quedó más remedio que sacar la blusa por fuera del pantalón, para tapar el desastre que había formado. Alisé las arrugas de la parte de debajo de la camisa que se mostraba algo espachurrada de las apreturas que había sufrido con mis caderas. Me retoqué un poco la pintura de la cara y me separé algo del espejo, para comprobar si se veía el trozo de cremallera abierta. No, no se veía. De momento había salido del trance. Intenté abrocharme el botón del pantalón, y no hubo manera. Lo intenté y lo intenté, incluso dejando de respirar y lo único que conseguí fue que el botón saltara derecho a la taza del váter. Di vueltas por el baño y comprobé, que no podía moverme mucho, porque así abierto podía perder los pantalones.

Sabía que algo no saldría bien. ¡Es que tengo la negra! O por una cosa o por otra, es que no doy una. Con lo bueno que está el señor Riaño. ¿A ver cómo soluciono esto ahora? Tendría que salir de allí sujetándome el pantalón con la mano. Una vez sentada, lo lógico era pensar, que el puto pantalón resbalaría

algo hacia abajo al doblar las piernas para tratar de sentarme, con lo que tendría que hacer juegos malabares y movimientos extraños para tratar de notar la cinturilla en su sitio, en lugar de en la curcusilla, que es donde se encontrarían. ¿Y después? ¿Cuándo nos fuéramos? Podría fingir un desmayo. Tampoco, al caer caería también el pantalón. La culpa era de esas dos víboras que tengo por progenitoras, si hubiera traído mis vaqueros, que se adaptan y ya me conocen. ¡Piensa Valentina, piensa! No puedo seguir más tiempo aquí, va a pensar que pasa algo. ¡Dios mío, dame fuerzas para pasar este trance! Te prometo que no comeré tanto. ¡Tampoco es que haya comido mucho! ¡Bueno sí, no voy a mentirte! ¿Pero con quién estoy hablando? ¡Estoy completamente loca! Voy... Ya voy... Ya salgo.

—¿Te pasaba algo?

—No, ya sabes, estaba a tope.

—Aquí está la carta de postres, hay unas cosas buenísimas y todas caseras.

—No, no puedo, no debo... Vamos, que no.

—¿Pero no decías que querías postre?

—Sí, pero eso era antes, ahora no puedo.

—¿Puedo saber por qué?

—Pues como te diría... Verás... Es que... No sé... A ver cómo te lo cuento. Es que no debo, porque... Eso, pues como te diría... Que yo... Ah, ya sé, he hecho una promesa.

—¿A quién?

—¿A quién? Pues a quien va a ser, a Dios.

Otra vez comenzó a reírse sin parar.

—Eres la persona más divertida que he conocido jamás. Hacía mucho que no me reía tanto.

—Y lo que te queda.

—¿Por qué le has hecho a Dios una promesa ahora mismo? ¿Es por mí?

—En cierto modo sí.

—Si es por mí, no te cortes. Mira Valentina, puedes comer lo que quieras, de verdad, me pareces una mujer fantástica, genial y auténtica.

—No, sino es porque no tenga hambre, que la tengo.

—¿Qué sigues teniendo hambreee?

Otra vez las risas.

—Vamos, quiero decir, que un postrecito sí me comería.

—Pues nada, nada, adelante.

—Imposible, no puedo.

—Allá tú con tus promesas, yo me voy a comer una tarta de chocolate y un orujo.

—Te voy a tener que decir la verdad, porque de todas las maneras la vas a descubrir.

—¿Qué verdad?

—No puedo tomar postre, porque me ha reventado la cremallera del pantalón y para colmo se me ha perdido el botón, con lo cual llevo las lorzcas al aire, por eso me he sacado la camisa por fuera y me tengo que estar sujetando el pantalón constantemente porque se me cae.

Esta vez le dio tal ataque de risa que el orujo salió de su boca en forma de sifón y me puso perdida la camisa. Después de un buen rato, una vez que se le pasó el ataque, teniéndole que dar golpecitos en la espalda, traguitos de agua, miga de pan y no sé cuántas cosas más para que se calmara, me miró fijamente y me dijo:

–Valentina.

–¿Qué?

–Eres auténtica.

Me gustó mucho que me llamara así, me habían llamado: guapa, lista, inteligente, ojazos, morenaza, gorda y muchas cosas más, pero auténtica nunca.

Pagó la cuenta y me dijo que me agarrara el pantalón que él no se separaría de mi lado para que nadie notara nada y me pidió por favor que lo sujetara bien, no se me fueran a caer los pantalones, no porque le diera vergüenza ni nada de eso, sino porque no quería atragantarse otra vez con un nuevo golpe de risa. Lógicamente no me dejó acompañarle a donde tenía el coche y me pidió que le esperara en uno de los banquitos de la Plaza de Oriente, que él vendría a buscarme. A los pocos minutos aparcó el coche en una zona prohibida y vino rápido a buscarme y me llevó escoltada hasta que entré en el asiento delantero. Me propuso llevarme a casa a cambiarme y seguir la tarde tomando una copa. Por supuesto accedí, quien se iba a negar con un tío tan estupendo y al que, según parecía, le había parecido auténtica.

Le pregunté que si quería subir a casa.

–Mejor no, te espero en el coche, no tardes, anda.

Entré en casa y mientras buscaba algo más cómodo, les fui contando a mi madre, a la abuela y a Herminia, el episodio acaecido un rato antes. Se echaron las manos a la cabeza diciéndome lo tragona que era, que tenía que estar más pendiente y no ponerme a tragar delante del muchacho como si fuera una vaca.

Me puse mis vaqueros elásticos, que nunca me defraudaban, una camisa verde y me quité los taconazos y los cambié por mis mocasines. Pensé en ponerme unos zapatos algo más altos, por eso de no parecer bajita, pero enseguida cambié de parecer, tenía que conocerme a fondo, tal y como era, total ya había conocido lo peor de mí. Mamá y la abuela, salieron hasta la puerta del ascensor dándome otros tres mil consejos de los que no hice el menor caso.

Me esperaba en el portal y cuando comenzamos a caminar, al echar un vistazo al balcón de casa, pude ver como mis dos progenitoras cotilleaban asomadas a la terraza. Santiago al darse cuenta de mi gesto, alzó el brazo a modo de saludo acompañándolo con una preciosa sonrisa. Mamá y la abuela correspondieron a su vez, moviendo la mano, como si fueran las reinas de Inglaterra subidas en una carroza. Esta vez a la que le dio un ataque de risa, fue a mí. Subimos hacia la plaza de Felipe II, paseando y charlando, y entramos en la primera cafetería que vimos. Tomamos asiento al fondo y pedimos dos gin tonic. Me estuvo contando que era supervisor de redes informáticas y aunque residía en Toledo, viajaba mucho. La empresa era una multinacional, con lo cual, rara era la semana en la que no estuviera fuera durante dos o tres días. Yo le conté que me dedicaba a la investigación y que hacía trabajos para distintos laboratorios, porque decirle que me dedicaba a envenenar a la gente, para instantes después resucitarla, no hubiera estado nada bien. Y entre charla y charla nos dieron las nueve de la noche. El tiempo había pasado sin que me diera cuenta. No estaba muy segura de haberle gustado, pero lo que era patente es que él a mí me estaba seduciendo cada vez más. Su sonrisa franca, su entusiasmo por su trabajo, por el arte y por la vida en general, sin olvidar su físico imponente, porque estaba más bueno que un queso, y según pasaban los minutos mejor estaba. No me reconocía. ¡No le veía pega alguna! Al revés, me parecía un cañón de hombre. No podía ser todo tan perfecto, seguro que algo tenía que salir mal. ¡Seguro que se despediría de mí, sin pedirme el teléfono o sin solicitarme una nueva cita! ¡No le habría gustado? ¡Cómo iba a gustarle con la que había armado en el restaurante?

—¿Sabes una cosa Valentina?

—Si no me la dices.

—Eres preciosa

—Y tú también.

—¿Precioso?

—Sí, precioso... Vamos, quiero decir que eso, que... Bueno en realidad no sé lo que quiero decir. ¡No doy una! ¡No se cómo sigues aquí aguantándome!

—¿Aguantándoteee? Hacía siglos que no pasaba una tarde tan divertida y tan maravillosa. No he conocido a nadie como tú.

—¿De payasa?

—De maravillosa.

—Que galante eres, Santiago.

Me propuso ir a cenar y naturalmente le dije que sí. Me hice la promesa mental de contenerme, aunque la verdad es que ya estaba muerta de hambre. Cogió su móvil y reservó mesa en un conocido restaurante de la zona.

Después de tomar el segundo gin tonic, nos dirigimos a la cena, dando un paseo, que nos llevó apenas unos diez minutos.

Después de sorprendernos con un maravilloso cocktail, nos mostraron una carta repleta de comida creativa, con unos nombres estupendos. No quise parecer otra vez una tragona y me limité a pedir una sopa española al pimentón de la Vera, que no era ni más ni menos que una sopa de ajo, y lenguados con salsa de langostinos con fumé de calabaza. ¡Madre mía! ¡Que buenísimo todo! No me quedó más remedio que rebañar el plato. Al fin y al cabo debía de conocerme tal y como era.

—¿Te importa si hago unos barquitos con el pan?

Otra vez dejó escuchar esa risa agradable y contagiosa.

—Desde luego. Un poco tragoncilla sí que eres.

—Lo has dicho muy finamente, mi abuela se limita a decir que trago como una vaca. Sin parar. Y además todo me sabe bueno, no le pongo pegas a nada.

—¿Querrás postre, no?

—Por supuestísimo, unos creps rellenos de nata y chocolate caliente. Ummm, me muero solo de pensarlo.

—Me encanta verte gozar así.

—A mí también me encanta verme gozar de esta manera.

Otra vez carcajada con la que me contagió a mí, y nos dio esa risa floja difícil de quitar, no sé si fue por la última frase que había dicho o porque los gin tonics me estaban pasando factura.

Insistí en invitar yo esta vez, pero fue inútil, volvimos hasta mi casa paseando tranquilamente. Yo veía que estábamos llegando y que no soltaba prenda del teléfono. Mucha, mucha risa, pero de quedar otra vez nada de nada.

Cuando me paré para abrir la puerta me cogió de la mano y me dijo:

—Mañana salgo para París, voy a estar dos días. ¿Quieres acompañarme?

¡Ay, madre, qué tembladera! París... Nada menos que París... Y con él, viendo la torre Eiffel como en las películas, besándonos por los campos Elíseos y sentándome en un banquito para que me hicieran una caricatura. ¡No sé porque he pensado esta tontería de la caricatura! Estoy abobada. ¿Para qué quiero yo una caricatura? Ya no sé ni lo que pienso, ni lo que hago, me tiemblan las piernas. ¿Y si le digo que sí y piensa que soy una fresca? ¿O una pilingui? No... No... Tengo que hacerme de rogar, un poco, solo un poco, no demasiado, no sea que se aburra, un poquito, así una frase que quede bien, pero que no suene a rechazo.

—¿No deberíamos conocernos antes un poco mejor?

¡Genial! ¡Estupendo! ¡Cómo me ha quedado! ¡Sin ensayos ni nada!

—Sí, Valentina, creo que voy algo acelerado, tienes razón ¡No pienses que llevo a mujeres en mis viajes, serías la primera.

—Está bien, quizá sea la primera, pero no tan rápido.

—Tengo tu teléfono, te llamo desde París.

—Ah, ¿lo tienes?

—Claro.

—¿Y cómo lo tienes?

—Me lo dio la agencia.

¡Ay madre, sigo sin dar ni una!

—Me lo he pasado maravillosamente Valentina, eres mágica, creo que te voy a querer muy pronto.

Me derretí por completo, en ese momento podía haber caído rendida a sus pies, y allí mismo en el portal le hubiera atraído hacia mí y le hubiera pedido que me echara un kiki de esos que hacen época. Pero no lo hice, me contuve. Solamente me subí al primer escalón porque de otra manera no llegaba, le cogí la cara y le di un beso en la boca, que duro solo unos segundos, dejándole con la miel en los labios, para continuación subir las escaleras de dos en dos, sin pensar que era un octavo y que debía de haber esperado al ascensor.

Aquellas benditas mujeres me esperaban sentadas en la salita, hasta la pobre Herminia degustaba un orujo de hierbas que le había ofrecido la abuela al verla tan nerviosa. Al verme tan sofocada se asustaron, mi madre fue rápidamente a la cocina a prepararme una tisana calmante, la abuela me cogió del brazo y me

acomodó en el sofá, me quitó los zapatos y me subió las piernas y Herminia sin dejar el orujo de la mano preguntó.

—¿Qué pasó, nena? ¿A qué viene ese sofoco? ¿Te hizo algo el malnacido ese?

—No, no es eso, tranquilas, que ha estado todo bien. El problema es que he subido andando los ocho pisos.

—¿Te volviste turulata?

—Le di un beso en el portal, y quise dejarle solo con el regustillo, y en vez de esperar al ascensor salí corriendo escaleras arriba.

—¿Y no pudiste cogerlo en el primero o en el segundo?

—Claro que pude... pero... Anda, ¡qué gili soy!

—Un poco, nena, un poco sí que eres.

Llegó mi madre con la tisana y allí tenía a las tres con los ojos muy abiertos, esperando que las pusiera al tanto de los acontecimientos, así que, les relaté hasta el más ínfimo de los detalles. Sus caras lo decían todo, ya me veían vestida de blanco y encargando la ropita del bebé.

—Tenemos que poner en práctica algún plan para cuando esto siga adelante. El muchacho no debe de enterarse de la forma en la que nos ganamos el pan.

—¿Y por qué ha de enterarse? Le dije que hacía trabajos de investigación para varios laboratorios.

—De momento eso vale, niña, pero cuando la cosa vaya más deprisa se dará cuenta. Querrá acompañarte al trabajo, te preguntará por las nóminas. Los enamorados no se ocultan nada.

—Pues, como no le metamos en el ajo...

—¿Te volviste loca? ¿Quieres arriesgarte a perderle?

—Estáis adelantando acontecimientos. ¡Le he conocido hoy! Ni tan siquiera sé si le he gustado, y si no le he gustado voy a morirmeeee.

—¡Se nos enamoró la nena! —dijo Herminia.

—¿Y si no me llama?

—Claro que lo hará, niña.

Empezaron a charlar entre ellas formando un barullo monumental, mientras yo me enfuscaba en recordar aquel día maravilloso, a la vez que sentía aquellas fantásticas mariposas que me subían y bajaban por todo el cuerpo. Su pelo, el mechón que le caía continuamente sobre la frente y que estuve más de una vez tentada a retirárselo, su risa encantadora y contagiosa, su voz, sus manos en mi espalda al cruzar la calle a modo de protección, su figura, sus piernas, sus brazos, su todo. ¡Auténtica! Me había llamado auténtica. Lo voy a escribir, voy a escribir esa palabra doscientas veces.

—Me voy a la cama, tengo que pensar.

—¡Ay, Amelita, Dios quiera que salga bien! Desde luego, tiene una pinta estupenda y a la nena le ha calado. Herminia, ponla a dieta por favor. ¡Qué hay que ver lo que come!

—La niña tiene que gustar como es, y a quien no le parezca bien es que no la merece.

—En eso tienes razón, querida Herminia. Suegra, hoy duermes conmigo y vamos a trazar el plan, por si esto cuaja.

—Vale, voy a por mí camisón.

Me di un baño templado y me acosté pensando en aquella tarde maravillosa. Cuando le besé intentó morderme el labio ¡Ayyy! ¡Madre mía, que me va a dar algo! Espero que me llame. Debería de haberme llamado ya. ¿Y si no me llama? ¿Y si no le he gustado? ¿Y si no vuelvo a saber nada de él? Claro que entonces,

no tendría por qué haberlo dicho. Quizá lo dijo por quedar bien. ¡Santa María, si esto es el amor, es una angustia, no sé que será mejor!

La puerta de mi dormitorio se abrió y vi entrar a Herminia con un vaso de leche en una bandejita como todas las noches.

—¿No te duermes, hija?

—No puedo, Herminia, me he enamorado.

—Con más motivo para dormir feliz y contenta.

—No puedo dejar de pensar en él.

—¿Te doy una pastillita para relajarte?

—Es que no quiero dormir, quiero seguir recordando. No me ha llamado.

—¡Bendito sea Dios, muchacha! Pero si acabas de dejarle. Ya te llamará mañana.

—¿Tú crees?

—Pues claro que lo creo, ¿quién iba a resistirse a alguien como tú?

Antes de poder contestarle escucho el sonido del watsapp, “Buenas noches princesa, piensa un poquito en mí”.

—¡Ayyy, Herminia, mira, mira lo que pone! ¡Ayyy, que sí, que le gusto! ¡Ayyy, qué nervios! ¿Y ahora qué hago? ¿Contesto? ¿Dime algo, Herminia!

—Claro mi niña, dile algo bonito.

—¿Y qué le digo? Ya sé, le voy a decir que me estaba tomando la leche con las galletas mientras pensaba en él.

—¡Dios santo, con la muchacha esta! ¿Cómo le vas a poner eso? Pon

simplemente “ Ya lo hago”.

–Eso, eso, eso mismo. ¡Ay, qué bien me aconsejas, Herminia, que sería de mí sin ti!

–Anda, ahora a dormir niña, que te van a salir ojeras.

–Dame un beso.

Me quedé dormida a la amanecida después de una noche dándole al tarro, y sintiendo aquellas mariposas que dicen que están en el estómago, aunque yo las sentía en todos los lados, sobre todo en la cabeza, a la que no paraba de darle vueltas. ¡Qué hombre, Dios mío! ¡Qué hombre!

A las diez mi querida Herminia entró con un desayuno espléndido, desayuno que yo rechacé. Tomé el café y me puse una camiseta y un pantalón de chándal, con la intención de hacer footing en el Retiro. Mi madre y la abuela se quedaron asombradas al no verme comer y al observar mi desmedido ataque repentino de hacer deporte, al que nunca había sido aficionada. Después de una vuelta al estanque, me sentí tan desfallecida, que aunque estaba muerta de amor y debería de estar desganada, no me quedó otro remedio que sentarme en el primer quiosco que tuve al alcance y pedir un buen bocata de jamón y una coca cola. Toqué mi bolsillo por si había perdido el móvil, me angustiaba no escuchar su voz. Me estaba volviendo paranoica, esto del amor te debe de hacer perder algún tornillo, es como si no me reconociera, como si fuera una persona distinta. ¡Qué cosas! Se me estaba poniendo cara de abobada. Pensé en dar otra vuelta al estanque, aunque a lo mejor para ser el primer día era demasiado, no fuera a ser que me diera un ataque cardíaco de esos que dan de repente. Pensé que lo mejor sería apuntarme al gimnasio y clases de baile, de zumba, o de esos en los que haya que mover mucho las lorzcas, y también a bailes de salón, no fuera que me llevara a bailar y notara lo patosa que soy. La de cosas que tenía que hacer, mantendría esa melena cuadrada que me había traído tanta suerte. Rápidamente se me vino a la memoria los planes de la abuela y mi madre con respecto al trabajo, que por un lado no estaría nada mal que idearan algo, además no sabía cómo andaban las arcas de la casa, ni tan siquiera si tenían que

comenzar otra vez con algún trabajillo. Pensé en ponerme al corriente de todo aquello en cuanto llegara. Ojalá no tuviera que empezar, mi mente ahora no estaba demasiado lúcida, como para calcular las dosis adecuadas para cada caso.

El señor Riaño llamó repetidas veces desde París, contaba ilusionado como me echaba de menos y las veces que había imaginado mi compañía por los campos Elíseos o tomando un café en cualquiera de las cafeterías con encanto que ofrece la ciudad parisina.

Ya habían pasado dos meses y mi relación funcionaba viento en popa, Santiago seguía tan cordial y enamorado como al principio y tanto la abuela Valentina, como mamá y Herminia estaban felices y radiantes viendo que las cosas funcionaban tal y como ellas habían previsto. El día que subió por vez primera a casa, se esmeraron en todo, prepararon una comida, que a poco no reviento, ante las carcajadas del que ya denominaba mi novio, que estaba encantado de aceptarme tal y como era. Cuando les entregó un regalito a cada una de ellas, las dejó desmoronadas, y tuve que acostumbrarme desde entonces a escuchar las eternas cualidades del señor Riaño, día tras día y minuto tras minuto. No volví a hacer footing por el Retiro, ni por supuesto me apunté a clases de zumba, ni de salón, ni de nada. Santiago coincidía conmigo en gustos y aficiones: cine, teatro, ópera, conciertos, musicales y tardes de lectura en casa o en un quiosco, disfrutando de mi querido parque del Retiro.

¡Ya! Ya sé que estarán ustedes preguntándose por mi vida sexual, con tan semejante adonis. Pues después de llegar de París, tuvimos nuestra primera relación, cuando me llevó a conocer su casa de Toledo, y como se estarán imaginando, nada más llegar, ni vi casa ni vi nada de nada, nos fuimos directos a una cama enorme donde Santiago me hizo ver el cielo, las estrellas, el universo, la osa mayor, la menor, meteoritos y fuegos artificiales. Era sencillamente perfecto, lo reunía todo: Un caballero guapo y galante, educado, con un trabajo magnífico, dinero, unos gustos refinados y en la cama un portento de hombre. Que más podía pedir. El único inconveniente eran sus continuos viajes a los que no podía acompañarle por aquellas múltiples y cansadas reuniones. Salvo cuando viajaba a París, donde fui con él un par de veces y jamás podré olvidar aquellos días maravillosos, donde recorríamos la ciudad cogidos de la mano y

pensando solo en nosotros.

Un año ya, y mi caballero seguía igual de maravilloso y yo igual de enamorada que el primer día. Mi madre y la abuela insistían en que le hablara de casorio, a lo que yo me negaba, porque pensaba que eso tendría que sugerirlo él, además me encontraba perfectamente como estaba, era la situación ideal, aunque mis progenitoras y Herminia seguían insistiendo en que no les gustaba que no me lo hubiera propuesto, incluso les parecía raro que no hubiese insinuado tan siquiera la posibilidad de vivir juntos en su casa de Toledo. La verdad es que con tanta charla, siempre referida a lo mismo, me llegó a parecer un tema a pensar. Quizá tuvieran razón, siempre la tenían, de eso no podía olvidarme. Pero yo era tan feliz con él, que no quería estropear nuestra relación con una insinuación así.

Dejé de pensar en el tema y no le quise dar más importancia, ya saldría de él cuando tuviera que salir, era demasiado pronto, mejor dejarlo como estaba. La noche anterior había sido apoteósica, quedamos en uno de los mejores hoteles de Madrid y después de hacer el amor y cubrirme de besos y palabras maravillosas, se acercó a mí y me entregó un estuche de madera precioso, y al abrirlo, contemplé una cadena de oro de la que colgaba un diamante en forma de lágrima, creo que era el colgante más bonito que había visto nunca.

En esos días mamá salió de viaje, según me dijeron, iba a vigilar futuros clientes, la cuenta estaba mermando y estábamos necesitabas de efectivo. Iba a estar fuera unos cuantos días. Viajaba a San Sebastián para estar cerca de familias adineradas que se alojaban en los mejores hoteles de la ciudad. Una práctica habitual de nuestro trabajo, era imprescindible la logística, nos jugábamos mucho y todo debía de estar estudiado al milímetro. Yo, mientras, me aseguraba de la fecha de caducidad de mis potingues, incluso había descubierto algunos nuevos que carecían de riesgo, aunque produjeran los mismos síntomas para que no hubiera fallo alguno. Llegué a conseguir un veneno que no dejaba señal alguna en el cuerpo del paciente, los indicios podrían llevar a un ataque cardíaco, puesto que lo único que dañaba el tóxico, era una mínima parte del miocardio y no dejaba señal alguna de su existencia. Acababa de descubrir la manera más fiable de matar, sabía que lo que tenía en

mis manos era un arma letal, por la que podrían pagarme muchísimo dinero, pero ese no era el caso, en manos equivocadas podría ser sumamente peligroso y seguía con la negativa de mis progenitoras, cosa que me disgustaba, podría hacerme famosa, incluso ganadora de un Nobel, era algo único, impensable, los laboratorios se lo rifarían y no veía porque aquello podrían involucrarlo a nuestro trabajo. Era muy difícil que eso ocurriera. Tan solo conocían su existencia los habitantes de la casa, incluida Herminia, que era nuestra más fiel aliada.

Santiago alguna vez quiso saber para qué laboratorio trabajaba y quedó convencido cuando le contesté que trabajaba en casa y todos los pedidos requeridos los mandaba a través de mensajería. No di más explicaciones y no volvió a salir el tema. De momento esa salvedad de mi vida estaba controlada.

La visitas de mi novio a casa eran frecuentes, por supuesto, cuando venía a buscarme no le hacía esperar en el portal y más de un día la abuela le invitó a comer. Él accedía encantado, alabando la buena mano para la cocina de nuestra querida Herminia.

Cuando mamá regresó de su viaje la noté algo cansada y rígida, cómo si aquella dedicación a estudiar futuras víctimas en San Sebastián no hubiera dado el resultado deseado. Me dio un beso y se fue a su dormitorio a darse un baño, mientras se hacía la hora de la comida. La abuela entró con ella y sentí un murmullo de voces, incluso me pareció escuchar llorar a mi madre. Entré y le pregunté si se encontraba bien.

—Claro que sí, cariño. Es solo que estoy algo cansada, han sido pocos días y he tenido que aprovecharlos. En fin que no he parado ni un solo momento.

Pensé que eran figuraciones mías. Me retiré a ayudar a Herminia en la cocina, mientras ellas dos seguían con su charla, seguramente preparando nuevas localizaciones y debió de ser tal y como pensaba porque salieron las dos del dormitorio llenas de sonrisas, incluso me pidieron que llamara a Santiago para que viniera a comer. Aceptó encantado, no era capaz de rehusar el espléndido menú que ideaban entre las tres cuando había invitados. Se las veía felices,

aunque el viaje no hubiera resultado como habían previsto, ya había pasado otras veces, tendría que volver a viajar a otra capital, pero eso era cosa de ellos, lo mío se limitaba al trabajo de laboratorio, que era para lo que estaba totalmente capacitada.

Santiago llegó guapísimo con una bandeja de pasteles de Viena Capellanes y dos botellas de Ribera del Duero, mi madre le recogió la chaqueta y la colgó en el perchero de la entrada y la abuela le sirvió un vermut rojo, con un poquito de ginebra y unos canapés de salmón y queso que estaban para chuparse los dedos. Se las veía felices, por fin habían encontrado un yerno, una nueva persona del género masculino en casa que probablemente haría posible la figura del nieto que tanto anhelaban. A mí no conseguían engañarme, tanto peloteo se debía a un plan que seguramente habrían urdido para que el señor Riaño se decidiera de una vez a pedirme matrimonio, o a solicitarme que viviéramos juntos en pecado, cosa que a ellas, en los tiempos en los que vivíamos, les importaba un pito.

Aperitivos de croquetas de gambas, tortilla de patata, mejillones al vapor, canapés variados, todo un lujo para agasajar al futuro hombre de la casa. Una vez en la mesa, Herminia nos sorprendió con unos callos a la madrileña que eran una obra de arte. A Santiago se le pusieron unos ojos como platos y a mí más, me condenaría a dos o tres lorzás, además de las existentes, pero mis papilas gustativas no podían rechazar aquel manjar exquisito que llené de barquitos de pan y que cuando quise darme cuenta se habían convertido en media barra. De segundo plato solomillo con salsa de queso. ¡Qué placer de dioses! Y para terminar, tarta de crema bañada con chocolate caliente. Me puse a reventar y lo mismo podía decir de mi novio, que juró y perjuró que hasta que nos conoció él no comía tanto y que ahora comprendía mi afición por la degustación alimenticia y del placer que me proporcionaba. Seguidamente, nos sentamos en la salita a tomar el café y el licor de endrinos que preparaba Herminia, y que según ella, era beneficioso para la digestión después de una comida abundante.

—¿Tienes algún viaje esta semana, Santiago? —preguntó la abuela.

—No, hasta la que viene no tengo que viajar.

—Genial, entonces vienes a comer y a cenar.

—Pero, Valentina, no puedo venir todos los días desde Toledo.

—Es verdad, hijo, lo mejor es que te quedes aquí. Por lo menos esta semana, después ya veremos. No es bueno para un hombre vivir solo, habrá que ver los comistrajos que te metes para el cuerpo, últimamente no tienes buena cara. No se hable más, en un rato te vas a preparar la maleta y te vienes a dormir.

Me quedé de piedra, conociéndolas ya estaban adelantando parte de su plan, de momento le querían meter en casa. Todo me estaba resultando bastante sospechoso, sus risitas, sus miradas, incluso con la complicidad de Herminia, que sus atenciones y agasajos para con él, eran sumamente alarmantes.

Santiago se despidió con intención de ir a Toledo para preparar la maleta, más feliz que una perdiz al imaginar la semanita que iba a pasar, con tanta comida, peloteo y contemplaciones. Les hice a las tres una seña, que entendieron perfectamente.

Las senté en el sofá y les puse al tanto de mis suposiciones. Si se habían pensado que yo era tonta y una niñata a la que podían manejar a su antojo, estaban totalmente equivocadas. Metiendo a Santiago en casa con tanto empeño, lo único que iban a conseguir era alejarlo de mí, y además les puse las peras al cuarto diciéndoles que ya estaba más que harta de que se metieran en mi vida. Si mi novio no me había pedido aún que viviera con él, sus razones tendría, y desde luego, no se debe obligar a nadie a tomar una decisión tan importante y mucho menos ponerle entre la espada y la pared, tal y como ellas estaban haciendo. Se estaban comportando como celestinas casamenteras. Nadie más que yo tenía ganas de que el señor Riaño se declarara de una santa vez, pero de eso a obligarle, nada de nada. Las cosas se hacen despacito y con buena letra. Después de despacharme a gusto con ellas, no sin antes percatarme de que no me habían interrumpido en todo aquel discurso, cosa bastante rara. Me senté, cogí una copa y tranquilamente me dispuse a escucharlas.

—Trae, nena, esa copa está sucia. Ya te pongo otra —dijo Herminia.

—Gracias, pero tampoco hace falta que te molestes.

—No es molestia, niña. Toma, ya tienes aquí una limpia.

—Bueno, está bien, y ahora vamos a ver, ¿no tenéis nada que decirme? ¿Ni siquiera me vais a contestar?

Se miraron las tres como si lo que estaba diciendo no fuera con ellas, ponían caras raras, como de no enterarse de nada y ante mi completo estupor, mi madre comenzó a hablar, dejándome totalmente confusa después de escuchar sus palabras.

—Cariño, todo lo que nos has dicho es algo precipitado, es más, no te enteras de nada, nena. Nosotras lo hacemos por ti, simple y llanamente por ti, mi vida. Hemos llegado a una conclusión: Estamos las tres de acuerdo en que el señor Riaño no te conviene en absoluto.

—¿Cómooo? Me vais a volver tarumba. ¿Entonces puedo saber por qué le habéis invitado? Y además, ¿no creéis que soy yo la que tiene que decidir si me conviene o no?

—No mi vida —dijo la abuela—. Eres demasiado joven para detectar ciertas cosas.

—¿Qué cosaaas?

—Pues cosas, cariño, cosas. Ese es el motivo de la invitación, para que te convenzas por ti misma y después saques conclusiones. Estamos seguras de que esta semana te vas a desenamorar y así cuando tengamos que decirle adiós no sufrirás. No queremos que lo pases mal cuando tengas que dejarle.

—Pero... pero, ¿por qué voy a dejarleee?

—Ya lo sabrás en su momento, obsérvale con detenimiento, vigila sus llamadas,

ten en cuenta sus salidas de casa sin ti. En fin, cosas, cariño, cosas que debe de descubrir una mujer. Y ahora nos retiramos a descansar, estamos agotadas. Mañana nos espera un día duro, tenemos que tener todo preparado para la estancia de tu novio, cielo, no queremos que le falte de nada.

—Vamos Herminia —dijo mi madre—. Te voy a echar una mano a recoger, tu vete acostando suegra, que ahora voy y charlamos un ratito.

—Muy bien, Amelita, cariño. Adiós, nena, hasta mañana, que descanses, y piensa en lo que hemos hablado, hija, que con los hombres hay que tener mucho ojo.

Pero que ojo, ni que ojo. Me dejaron patidifusa y sin saber qué contestar, me quedé allí sentada en el sofá apoyé los pies en un pequeño escabel y me serví otro copazo de orujo. Por más que cavilaba sobre el asunto menos lo entendía. Yo pensando que querían casarme con él y lo que estaban planeando era desenamorarme. ¿Pero qué narices les había llevado a tomar esa decisión? ¿Qué habían visto en él? Lo que estaba claro es que mis progenitoras no daban puntada sin hilo y todo lo que se proponían, lo hacían con motivos fundados, tras investigaciones exhaustivas.

¿Y por qué no me lo habían contado antes? ¿Sabrían algo de él y querrían que me diera cuenta yo sola? ¿Pero por qué eran siempre tan metijonas? Pues les iba a salir el tiro por la culata. No iban a separarme así como así de mi Santiago, de eso nada. Ya me encargaría yo que mi enamorado pasara todas las pruebas a los que le iban a someter, porque lo harían, de eso estaba completamente segura. El señor Riaño no tenía pega alguna, todo eran celos, celos de madre y de abuela y desde luego no iba a consentir, a mis años, que se me tratara como a una niña ¡faltaría más! Después del cuarto orujo y tropezando varias veces con cuantos muebles entorpecían mi camino, me fui a la cama, en la que caí redonda, sin tan siquiera ponerme el pijama.

Cuando me levanté, pasadas las doce, mi novio ya estaba sentado cómodamente en uno de los sillones de la salita, leyendo el periódico que amablemente había ido a buscar mi madre. En la mesita baja ya tenía preparado su vermut rojo y unos canapés de caviar, mientras mi madre hacía un tapete de ganchillo y la abuela tejía una bufanda de colorines para el señor Riaño, para que le diera buen color a la cara, porque decía que últimamente estaba un poco paliducho. Al verme entrar en la salita, en pijama y con el pelo alborotado, saltó

hacia mí y me dio un besazo en la boca que me supo a gloria bendita.

—No os hagáis ilusiones, que a Santiago le hemos preparado la habitación del fondo. Que aunque sabemos que hacéis vuestros pinitos, no será en esta casa, que siempre ha sido muy decente. Desde los tiempos de doña Marita Ibáñez de Lara, ya era esta una casa con buena ética y moral, y ahora desde luego, nos vamos a dar tres cuartos al pregonero. Diremos a los vecinos que el señor Riaño es un sobrino que ha venido a Madrid de negocios.

—Pero, abuela, por favor, si nos hemos besado en el portal.

—El portal es el portal, y esta casa es esta casa, que lo bien hecho bien parece. ¿No te parece Amelita?

—Por supuesto que me parece, Valentina, que esta casa jamás a dado que hablar y no vamos a comenzar ahora.

—Por mí no tengan ustedes cuidado, señoras, ni se me ocurría.

—Ya sabemos, hijo, sabemos de sobra que eres un buen muchacho. Anda, Herminia, trae otro vermucito para Santiago.

—Y vamos a ver, hijo, ¿esta semana no tienes que viajar nada de nada?

—Nada de nada, Amelita, solamente tendré que pasarme alguna vez por la oficina.

—¡Qué bien, así podremos disfrutar de ti y conocerte un poco mejor!

—Estoy a su entera disposición, señoras.

—¿No echas de menos tener hijos? Niños que corroteen por la casa haciendo trastadas, alguien a quien legar tu carácter y tú físico. Los hijos dan muchas alegrías, son nuestra continuación, para eso estamos en este mundo.

—Pues...

—Pues que... Te has quedado algo cortado hijo... Anda bebe, bebe otro poquito de vermut.

—Quizá sea algo tarde ya, Valentina, soy un cincuentón, tengo mucho trabajo y poco el tiempo que podría dedicar a un niño.

—Nunca nos has hablado de tus padres. ¿Por qué tienes padres, no?

—Sí, claro que sí, y los dos vivitos y coleando. Los veo menos de lo que me gustaría. Residen en San Sebastián, cerca de la playa de la Concha, en una casona preciosa con unos miradores dando al mar. Es un sitio privilegiado, repleto de flores, hortensias y buganvillas, a mi madre le encantaba plantar flores.

—¿Le encantaba?

—Le encanta quería decir, eso... Que le gustan mucho las plantas.

—¿A qué viene este interrogatorio, abuela? Queréis dejar en paz a Santiago.

—Pero, cariño, no te enfades. Si no me molesta en absoluto, al revés, no sabes lo que disfruto charlando con ellas.

—Lo ves, nena, no le molesta. Anda, ve a darte una ducha y a ponerte algo decente, que en nada vamos a comer. ¿Y tienes hermanos, hijo?

—No, soy hijo único.

—Qué pena, tus padres, hijo. Tan solitos allí, sin más hijos, ni nietos a los que cuidar. ¡Qué tristeza!

—Y que lo digas, Amelita. Pobres, allí solitos.

—Bueno, les visito con frecuencia.

—Somos unas preguntonas, hijo, no nos lo tengas en cuenta, y anda, bebe otro poquito de vermut. Deja ese que con tanto hielo no sabrá a nada, ya te sirvo

otro.

—Por Dios, Amelita, que voy a acabar piripi.

—Estás en tu casa hijo, si te pones piripi, te echas la siesta.

Me puse un vestido ancho, color gris, bastante cómodo, unos zapatos bajos y me recogí mi melena cuadrada en una coleta alta, unos pendientes de aro, un par de pulseras y brillo en los labios. Cuando entré en el salón ya estaba la mesa puesta, me estaban esperando. Herminia había preparado una fabada asturiana que olía a gloria bendita, al señor Riaño se le salían los ojos de las órbitas. Yo repetí dos veces y mojé pan en el chorizo y la morcilla, ante el estupor de mi madre y la abuela que no pararon de juzgar en toda la comida la mala alimentación que llevaba, lo tragona que era y el poco caso que les hacía. De segundo, por si nos habíamos quedado con hambre, unas perdices escabechadas con ensalada y para rematar, creps con nata y chocolate.

Mi novio no dejó de halagar en ningún momento la buena mano para la cocina de Herminia y las atenciones recibidas por parte de todas las mujeres de la casa, cosa que me causaba bastante estupor y me tenía todo el día dándole vueltas al tarro, después de que mis progenitoras quisieran perderle de vista, no me cabía en la cabeza tanto peloteo por su parte.

Nos sentamos en el sofá y mi querida Herminia le puso al señor Riaño su copita de orujo, que por lo visto y según ella, era buenísimo para la digestión, aunque más pareciera que quisieran emborracharle, porque nada más dar dos traguitos, se levantaba una de las tres para rellenarle la copa. Después comprendí porque. Al cabo de cuatro orujos comenzaron otra vez con un nuevo interrogatorio y pretendían que el señor Riaño tuviera la lengua floja para poder sonsacarle a gusto. Hasta Herminia se sentó con nosotras, con un café, cuando empezó la sesión de investigación. No sabía si irme, decirle a mi novio que se echara una siesta, o quedarme, no fuera que llevaran algo de razón y yo estuviera totalmente ofuscada. Opté por la tercera alternativa y le pedí a Herminia que me echara una copita de orujo a mí también. Solícita se levantó a por otra botella, alegando que la que estaba sobre la mesita estaba calentorra.

—Y cuéntanos, querido hijo, ¿la casa de San Sebastián será tuya cuando falten tus padres, no? Dios quiera que te duren muchos años.

—Pues sí, claro. Vamos de hecho ya es mía. La pusieron a mi nombre.

—¡Qué par de santos tus padres! ¡Y qué generosos! —dijo la abuela.

—¡Pero santos, santísimos! ¡Tan mayores ellos! ¡Y tan solitos! —remató mi madre.

—¡Ya está bien! ¿Queréis dejar de decir sandeces?

—Valentina, querida, ya te dije que no me molesta. Estoy encantado.

—¿Sabías, nena, que a Santiago no le gustan los niños?

—Pues no, no lo sabía. La verdad, es un tema que no habíamos tocado hasta ahora. ¿No te gustan?

—No es eso, cariño. Claro que me gustan, pero con mi trabajo no tendría casi tiempo de verlos, viajo tanto.

—¡Qué penita más grande! —dijo la abuela.

—¡Con lo que me hubiera gustado tener seis nietos! —replicó mamá.

—¡Seis nietos! ¿Por qué seis? —dijo el señor Riaño.

—Parece como si te hubiese asustado el número seis, hijito.

—¿Qué cosas tiene usted ¿Por qué iba a asustarme?

—Tú sabrás. Anda, Herminia, trae otro poquito de orujo para Santiago, con unas pastitas, de esas que hemos hecho especialmente para él.

—Pues a mí me hubiera gustado tener un pisito en el barrio de Moratalaz —dijo sin venir a cuento mi madre.

—¿Cómo dice? —contestó el señor Riaño.

—En Moratalaz, hijo, en Moratalaz, parece como si te asustara ese barrio Santiaguito.

—No, solo que me parece extraño.

—Pues claro que le parece extraño, igual que a mí. ¿A qué viene eso de tener un piso en Moratalaz? —contesté.

—Es un barrio monísimo. ¿No te parece suegra?

—Sí me lo parece, es monísimo. Un pisito en Moratalaz y con seis bisnietos. Además en un segundo, con una terracita en el salón y un tendedero pequeñito en la cocina, viendo como juegan los seis chiquillos en la calle, en un parque con columpios. Y llevarles a un colegio de esos de barrio, sin uniforme ni nada. Después de darles el Cola cao con galletas.

—Sí —siguió mi madre—, y bajarnos a un banquito cerca del portal con las vecinas para hablar de la colada, y de lo caros que están los boquerones en el mercado. ¡Qué glamour! ¡Qué chic! ¡Me encanta!

—¡Estáis totalmente chifladas! —dije sin poder contenerme—. No sé qué es lo que os traéis entre manos, ni a que juego estáis jugando, pero estoy perdiendo la paciencia.

—Ya lo vemos, nena, ya lo vemos. En cambio mira tu novio, se ha quedado blanco, no reacciona, será el orujo.

—O los recuerdos —dijo Herminia—. Como viaja tanto el hombre.

—Anda, cariño, será mejor que te eches una siestecita, que hay que ver cómo te has puesto de orujo.

—Sí, cariño, será lo mejor.

Cuando mi novio desapareció del salón, las tres se hicieron las locas. Herminia se fue dirección a la cocina y mi madre y la abuela, se retiraron a sus habitaciones, no sin antes mirarme fijamente y decirme:

—Será mejor que vayas tomando nota de los gestos del señor Riaño, cada vez que le hablamos.

—¿Queréis decirme de una santa vez que es lo que pasa? ¡Si sabéis algo, lo mejor es soltarlo cuanto antes!

—No cielo, poco a poco, tienes que ir asimilando lo que se te viene encima, todo de una vez sería demasiado. Pero tranquila cariño, déjanos a nosotras. Solo vete pensando que este señor no es para ti, mi vida.

Cada vez lo entendía menos. Esto no eran solamente celos de madre y abuela, había algo más. Pero si estaban en lo cierto y el señor Riaño se estaba guardando un as en la manga, ¿para qué lo invitaban una semana a casa? Lo mejor era que yo me enterara de lo que fuera que estuviera pasando y si estaban en lo cierto, ponerle de patitas en la calle. Por más que le daba vueltas a la cabeza, cada vez entendía menos su actitud. Lo mejor sería sonsacar a Herminia que, de las tres, era la más facilona.

Me colé en su dormitorio y haciéndole una carantoña de las mías, de esas que me salen tan bien cada vez que quiero hacer la pelota, le dije que me hiciera un hueco en su cama. Se echó hacia un lado y comenzó a acariciarme el pelo. Después de darle un montón de besos, le pedí por favor que me adelantara algo del asunto, ella se limitó a sonreír y a decirme que los acontecimientos venideros no serían buenos para nadie, pero que había cometido un error al enamorarme de Santiaguito y que había que subsanarlo y que lo mejor sería que prestara atención a las reacciones del señor Riaño durante la semana que iba a permanecer en casa. Estaba segura de que él solito se delataría. Decírmelo de sopetón, sería según ella, hacerme sufrir, mejor ir haciéndome a la idea de que semejante elemento no me merecía y que era mejor cogerle odio, que sufrir por amor.

Esperé a que Santiago durmiera la borrachera que le había producido el colocón de orujo y después de una ducha, y antes de salir al salón para la cena, abordé el tema con él.

—Cariño.

—Dime, mi cielo.

—¿Me estás ocultando algo? Porque si es así, será mejor que te sinceres en este mismo momento.

—¿Cómo se te ocurre, vida mía?

—No, si no es a mí a la que se le ha ocurrido. Pero te advierto que si hay algo que no me estás contando, es mejor que cantes ahora, tú no sabes de lo que son capaces estas tres mujeres que con tanto mimo te están cuidando.

—Tranquila, cariño. Soy transparente, en mi vida no hay nada de lo que pueda avergonzarme. No soy un terrorista, ni un ladrón, ni un asesino y tengo por costumbre no mentir. Deja que se diviertan un poco, yo me lo estoy pasando pipa con ellas. Tratan de sonsacarme si tengo dinero para mantenerte mi amor, ¿no te das cuenta? No te preocupes por nada, que no estoy molesto. Es normal que desconfíen, eres su niña del alma y saben que tarde o temprano te irás de aquí y vendrás conmigo y temen que te separe de ellas. Y Dios sabe que no va a ser así. Yo las considero ya como parte de mi familia y jamás sería capaz de separarte de ellas. Con lo que viajo, tendréis mucho tiempo de estar juntas.

La semana fue pasando sin darnos apenas cuenta. El señor Riaño, engordó más de tres kilos, se le veía feliz a pesar de los zarpazos que las tres mujeres de mi casa no paraban de darle y de las indirectas hacia mí. Su interrogatorio fue creciendo y le tenían prácticamente acorralado, hasta que las puse firmes y con actitud de sargento de caballería les di una última oportunidad. ¡O dejaban en paz a Santiago o me iba de casa a vivir sola en paz y compañía! Ni por esas las noté enfadadas, se limitaron a decir:

—Ha llegado el momento, cariño. Esta tarde cuando Santiaguito vaya a hacer

las visitas de su trabajo, tú te vas a venir con nosotras. El enamoramiento que tienes y esas mariposas que te suben y te bajan, además de los repetidos achuchones que recibes del señor Riaño, no te dejan ver la realidad. ¡Y no será porque no le hemos puesto entre la espada y la pared delante de ti! ¡Y tú, como si nada! Es igual, esta noche estará todo aclarado.

Después de una grata comida, esta vez algo más ligera, a base de panaché de verduras y pollo a la plancha, el señor Riaño se dirigió a ver a unos clientes, no sin haberse bebidos los dos orujitos con los que Herminia le obsequiaba después de cada comida.

A eso de los diez minutos de verle salir por la puerta, mi madre me dijo que cogiera una chaqueta y las acompañará. Al disponernos a bajar en el ascensor Herminia salió a la puerta y dándome varios besos me dijo:

—¡Valor, nena! ¡Ten valor! ¡Lo olvidarás!

—¿Pero puede saberse qué pasa aquí? ¿Qué es lo que estáis planeando? ¿Y dónde vamos?

—Tú déjanos a nosotras, nena. Calla y observa, nada más.

Cogimos un taxi y mi madre le dio una dirección que no había escuchado en mi vida, pero para darle pistas al taxista le dijo que estaba en el barrio de Moratalaz. Después de unos veinte minutos, llegamos a aquel barrio, que conocía de oídas pero que jamás había pisado. El taxista aparcó a unos metros del portal, donde le había indicado mi madre. Le dijo que parara el taxi y esperara y que no se preocupara por los honorarios, ni por el tiempo, que ella pagaría lo que fuese menester.

—¿No salimos?

—No, nena, no. Paciencia, hija, es cuestión de paciencia.

Cada vez estaba más liada, podría ser que mis progenitoras no estuvieran bien de la cabeza y que a causa de mi noviazgo se les hubieran revolucionado las

neuronas e imaginaran cosas que solo estuvieran en su cabeza. Lo mejor sería esperar a ver lo que tramaban. Después de una media hora sentadas en el taxi en plan detectives, abrí la puerta dispuesta a salir, me dolía el trasero y estaba harta de escuchar charlar a la abuela con el taxista de lo mal que estaba la vida y de lo bajos que eran los salarios, pero mi madre me tiró de la chaqueta y me obligó a permanecer sentada. Pasada otra media hora, cuando ya estaba casi dormida, escuché decir a la abuela:

—¡Ya lo tenemos! ¡Observa, nena, observa!

El señor Riaño salía del portal que constantemente vigilaba mi madre, al lado de una señora de unos cincuenta años, ataviada con una batita de flores, zapatillas de casa y un moño en lo alto de la cabeza, no llevaba adorno alguno y tan siquiera iba pintada. Unos cuantos niños, de distintas edades, rodeaban a mi novio, que sostenía en sus brazos a uno de ellos, que no tendría más de un año. Con el otro brazo rodeaba a la señora de la batita de flores, que repentinamente se abrazó a mi Santiago y le plantó un beso en los morros llorando a todo llorar mientras le decía:

—¡Ay, Santiaguíño mío, cuánto te voy a echar de menos! Los niños te añoran, tendrías que buscar otro trabajo que no te mantenga fuera de casa tanto tiempo. No te olvides de enviar algo de dinero, que Pablito necesita los libros del colegio, que todavía no los hemos comprado, y pásate a ver a tus padres, pobriños, allí solitos en la residencia, que va a hacer dos años que no los visitas. Menos mal, que me voy a arreglando con la costura, y los lunes y jueves voy a hacer la plancha a dos casas.

—No sufras, Carmiña, que mi jefe dice que va a ascenderme, y tengo un par de negocios en marcha, que a lo mejor nos traen algo más de dinero. Venga sube para arriba y no llores mujer, que todo se arreglará, en un par de semanas estoy aquí otra vez. Te llamaré. Anda, dame un beso. Ya iré enviando lo que pueda. No sabes lo mal que lo paso sin vosotros, por ahí en pensiones de mala muerte, para ahorrar todo lo que puedo y mal comiendo. Pero vendrán tiempos mejores, ya lo verás mujer.

Me iba escurriendo en el asiento por momentos, el señor Riaño estaba casado. ¡Casadooo! Y con una purrela de niños harapientos esperándole en casa, mientras él se daba la gran vidorra y mantenía un apartamento en la mejor zona de Toledo y un cochazo que quitaba el hipo, sin hablar de la ropa de marca y complementos varios que lucía, mientras su mujer, que debía ser la señora del moño y la batita de flores, iba a planchar a casas y cosía para las vecinas. ¡Maldito cobarde asqueroso! ¡Cerdooo! ¡Perro sarnosooo! ¡Explotador de mujereees! El taxista volvió la cabeza y me miró fijamente, al igual que mi madre y la abuela, lo que me hizo descubrir que los halagos referidos al señor Riaño los había dicho gritando y no retenidos en mi mente como yo pensaba.

La sonrisa de triunfo de mis progenitoras era radiante y total.

—Nena, esperamos que tu desamor se convierta en odio visceral y no en esa clase de sufrimiento banal, de esos que suelen padecer las personas poco inteligentes. Nosotras te hemos enseñado que la venganza es el mejor de los éxitos y cuando alguien estorba y hace daño al prójimo hay que darle su merecido. ¿No te parece, cariño?

—¿No habréis pensado...?

—Pensado, asimilado, medido y comenzado.

—¿Cómooo?

—Antes de que se cumpla la semana, que por cierto es mañana, el trabajo estará terminado.

—¿Y vosotras habéis sabido? Bueno... Ya comprendéis a lo que me refiero — dije, mirando al taxista, que además de divertido se frotaba las manos pensando en la tarifa que iba a cobrar.

—Mi vida, ¿cómo no vamos a saber? Si lo tienes todo anotado.

—Está bien, volvamos a casa.

Les dije que necesitaba pensar en lo sucedido, precisaba tiempo para asimilar lo que me había hecho esa rata de cloaca asquerosa, que había fingido durante un año ser mi novio. Tenía que recopilar el odio, meditando cada día, cada minuto y cada segundo en que había sido engañada, para no caer en el desamor, como decían mis progenitoras y convertirlo en un odio de esos que se disfrutaban. Pero tampoco podía dejar que ese rencor me cambiara la vida, ni mi forma de ser, debería seguir siendo la misma persona, solo faltaba que me convirtiera en una solterona amargada. El señor Riaño no iba a amargarme la vida bajo ningún concepto, sino todo lo contrario, un reflejo involuntario de inquina comenzaba a instalarse en mi cerebro, que me hacía incluso sentirme casi feliz pensando en mi revancha. Sentía como si fuera un grifo que no cierra del todo y deja caer una gota tras otra dentro de mi mente, e iba forjando ideas nuevas, con lo que el señor Riaño, no se esperaba ni por lo más remoto, lo que estaba a punto de caerle encima.

Mi querida Herminia me dio miles de besos, a los que yo le correspondí. Les dije a las tres que necesitaba algo de aire libre y me fui a mi querido parque del Retiro a relajarme, quería seguir pensando y sentir aquellos árboles en los que me había criado y que me habían proporcionado tanta información para mi trabajo. Les dije que no debían de preocuparse por mí, que efectivamente, me habían enseñado bien, les comuniqué que el odio estaba comenzando a instalarse en mi cerebro y necesitaba que mi mente lo fuera diseminando, para que la venganza fuera más efectiva. Se despidieron de mí prometiéndome una opípara cena, no fuera a ser que con el desgaste, mis neuronas sufrieran deterioro.

Al entrar en el parque del Retiro, me sentí como nueva, me senté en un banco dejándome proteger por los castaños de indias y observé pasear a los caminantes, alguno dando solo un paseo y otros disfrutando del footing, pensando recomponer sus cuerpos machacados de trabajo y tratando de liberar de problemas su entendimiento. Sentí una brisa fresquita acariciar mi rostro, las hojas, ya amarillas, dejaban formar una alfombra que cubrían los paseos, anunciando el otoño. Me puse la chaqueta del chándal, cerré los ojos, y me dejé llevar por los recuerdos que me llevaron a los halagos, mimos y agasajos del

señor Riaño. ¿Cómo había podido el muy asqueroso regalarme un colgante con un brillante que le habría costado un dineral, mientras sus hijos no tenían ni libros para el colegio? ¿Se podía ser más vil? ¿Hacer eso a sus propios hijos? ¡Rata asquerosa! ¡Vas a enmendar lo que has hecho! ¡Ya lo creo que lo vas a enmendar! ¡No sabes con quien te las has jugado!

Me levanté y comencé a pasear como tantas y tantas veces desde que tenía uso de razón. Conocía tanto aquel parque, que sería capaz de recorrer hasta sus más escondidos recovecos con los ojos cerrados. Me senté en aquel quiosco que tanto me gustaba, cerca del estanque, desde dónde podía observar las barcas de remos. Pedí una Coca cola y un bocata de jamón, que aunque estaba invadida por la indignación, las ganas de comer no las perdía. Me dio por recordar la historia que contaba un célebre bodeguero de Madrid, que iba relatando por los corrillos de la villa como había visto nadar por el estanque una ballena, los chascarrillos populares fueron aumentando la historia contada por aquel hombrecillo, hasta que en el decir de las tabernas de la zona, ya se repetía que el monstruo del lago Ness se había trasladado al estanque del Retiro, que con tan buen ojo mandó construir Felipe IV. Y no andaba aquel bodeguero muy desencaminado, cuando en el año 2.001, mandaron vaciar sus aguas para limpiarlo, se encontraron con una carpa de 12 metros de largo, a la que llamaron Margarita, y que vaya usted a saber lo que pasó con ella.

La de historias que había traído a mi vida el parque del Retiro, allí me llevé una decepción de las grandes cuando conocí al señor Culillo Prieto, cuantas veces había venido con mi padre a patinar, a merendar con la abuela, a jugar con amigas del colegio, a seleccionar hojas de las distintas especies de la flora que puebla el parque. Creo que de pasear por sus distintas zonas me vino la inspiración de ser investigadora. Ya de muy pequeña, arrancaba hojas de los árboles, las metía en una caja y después en casa las comparaba con las de la enciclopedia para averiguar a qué especie pertenecían. Cuántas veces las miraba a través de la lupa, o las dejaba secar para ver cuál de ellas aguantaba más tiempo sin resquebrajarse. Me encaminé hasta el monumento al Ángel Caído, llamado vulgarmente la estatua de Lucifer, realizada por Ricardo Bellver, donde se reúnen cantidad der turistas debido a sus leyendas. Dicen que alcanza una

altura de 666 metros sobre el nivel del mar, según muchos el número de la bestia, con lo que allá por los años treinta y cuarenta, se reunían a su alrededor numerosas personas aficionadas al esoterismo y al culto a Satanás, hasta llegaron a ofrecer misas negras nocturnas, con lo que el ayuntamiento, a solicitud de la iglesia, estuvo a punto de retirar el monumento, cosa que al final no se logró, aludiendo a que es la estatua más bella del mundo colocada en exteriores con la estampa del ángel caído. Al final la iglesia, según he leído, dejó de dar la matraca, aludiendo que pertenecía a un pasaje de la Biblia.

Después de terminarme el bocadillo que me supo a gloria, enfilé el camino que me llevó a la Puerta de la Independencia, salida a la célebre Puerta de Alcalá, que me recibió sonriente con sus parterres repletos de flores y sus turistas japoneses sacando fotos. Di toda la vuelta a la plaza y me puse a observar aquella maravilla construida por Sabatini. Bendito Carlos III, qué cosas tan estupendas hizo por Madrid, y aquello me hizo pensar que ante tanta belleza, que importancia tenía un señor Riaño más o menos, todos ganarían con su pérdida, no sin antes regocijarme en la venganza que mi mente estaba elucubrando toda la tarde. Mala persona sería yo si dejara a esos pobres niños y a la señora de la batita de flores sin compensación. Cada vez más animada llegué a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Mis queridas progenitoras se miraron, dando una sensación de tranquilidad al verme llegar serena y sonriente.

El señor Riaño ya estaba en el salón, tomando un vermut con un suculento aperitivo servido por mi querida Herminia. Sin tan siquiera saludarle me fui directa a la ducha. Después de unos minutos debajo del agua que me dejaron como nueva, me pasé un poco el secador por el pelo, dejándome la melena un tanto alborotada y me puse un conjunto de pantalón tobillero con una camisa de seda a juego en tonos beige, dos pulseras, brillo en los labios y mi perfume de Carolina Herrera.

Mi cariñito nada más verme se levantó y dándome un beso en los morros me dijo lo muchísimo que me había echado de menos, a lo que yo le correspondí con otro besazo de esos peliculeros y un ligero abrir y cerrar de pestañas, además de mostrarle la mejor de mis sonrisas.

Nos sentamos a la mesa y Herminia nos sirvió una sopa de marisco, de esas que resucitan un muerto, y lenguado a la menier acompañado de trigueros. Los postres los había traído el señor Riaño, unos pastelitos variados, que la verdad, estaban exquisitos, creo que me comí media bandeja. Mientras Herminia recogía la mesa con la ayuda de mi madre, la abuela hizo que Santiago se sentara en el que ya era considerado su sillón y le sirvió el café y ese orujo que tanto le gustaba.

A mí me puso una copita de licor de hierbas mallorquinas, e hizo lo mismo en otras tres copas, para ella, mi madre y Herminia, que una vez recogieron, se sentaron con nosotros para comenzar la tertulia nocturna de la que tanto disfrutaba Santiago. Qué poco se imaginaba que la de esa noche iba a ser totalmente distinta.

—¿Qué has hecho hoy, cariño, has tenido muchas visitas?

—Sí, bastantes. Para que los negocios sigan a flote hay que estar siempre dispuesto, no puedes dejar pasar nada. No te puedes figurar que día, mi vida, no he parado. Y vosotras, ¿qué tal vuestro día?

—Ha sido un día muy positivo, mi amor. Hemos ido las tres de paseo.

—Cuánto me alegro. ¿Y qué tal lo habéis pasado?

—Estupendamente, Santiaguito —dijo la abuela—. Hemos cogido un taxi y le hemos pedido que nos mostrara algunos barrios de Madrid, que mi nieta no conocía y que era primordial que visitara.

—¿Y qué barrios han sido esos?

—Al final solo nos ha dado tiempo a ver uno, cariño. ¡He conocido el barrio de Moratalaz!

Al escuchar el nombre de ese barrio el señor Riaño se quedó blanco, y hasta se atragantó con el orujo.

—¡Hijo, por Dios, que te vas a ahogar! Deja, deja que te ponga un poquito más de orujo —dijo Herminia.

—Hemos visto cosas fantásticas, mi vida. Hemos conocido algo realmente alucinante.

—¿Y qué es, cariño?

—A ti, mi cielo, te hemos conocido a ti.

—¿Pero qué dices, Valentina?

—No te hagas el tonto, Santiaguito —dijo mi madre—. Sabemos de qué pie cojeas. Mientras tú te pegas una vidorra de marqués, disfrutas de un apartamento de lujo en Toledo, de un pisazo en Santander, de tres cochazos, uno de ellos deportivo, que te han debido de costar un riñón, de varias amantes, dónde te las apañas para vivir alternativamente con unas y otras y en donde además te tratan a cuerpo de rey, tus padres están en una residencia de caridad en un pueblecito de Cantabria y la que debería ser tu verdadera esposa, porque ni tan siquiera te has casado con ella, para que no pueda poseer nada de tu fortuna y a la que has preñado cinco veces, no tiene ni para comer, ni para comprar los libros del colegio de los niños.

—Pero... pero...

—Ni pero, ni peras.

—Está bien, no quiero escucharos más. Ahora mismo recojo mi maleta y me voy.

—No tan deprisa, señor Riaño —dijo la abuela—. Si sales por esa puerta en 48 horas morirás.

—¡Estáis completamente locas! ¡Cómo se os ha podido ocurrir que vais a poder conmigo!

—Nena, acompaña a Santiaguito a tu laboratorio.

—Ven conmigo Santiago, te voy a mostrar algo que nunca te he enseñado y que nadie conoce a parte de las personas que habitamos esta casa.

Cuando el señor Riaño contempló mi laboratorio, su gesto cambió por completo, daba vueltas de una estantería a otra, cogía los frasquitos, miraba sus nombres, iba de allá para acá, sin saber muy bien lo que hacía, nos miraba a las cuatro, sin saber muy bien que decir. Estaba asimilando lo que tenía delante y su mente todavía no había procesado lo que le queríamos transmitir con esas imágenes.

—¿Aquí es dónde trabajas?

—Sí, cariño, ya te lo dije. Aunque no lo hago precisamente para encargos de laboratorios, sino para mí misma. Ya te comenté que lo mío era la investigación.

Salió de allí como una bala y se sentó de nuevo en el sillón, se bebió tres orujos de golpe y dijo:

—¡Me habéis envenenado!

—Algo así, cielito, pero tranquilo, puedo salvarte, existe el antídoto, siempre y cuando hagas lo que te digamos. Ahora te vas a ir a dormir tranquilito, no te preocupes, lo harás sereno y relajado, ya nos hemos ocupado de mezclar un relajante en el orujo y mañana cuando te despiertes, ya hemos preparado un traspaso de todas tus cuentas, el apartamento de Toledo, tus coches y los dos apartamentos que posees en la costa a la mujer con la que te deberías haber casado. Ah, y el piso de Santander volverá a ser propiedad de tus padres, junto con una cantidad de dinero para puedan vivir holgadamente lo que les reste de vida. En la notaría nos esperan a las once y la madre de tus hijos ya está avisada, te sugiero que no te arrimes demasiado a ella, va a ir al notario con dos de sus hermanos que quieren ajustarte las cuentas. En caso de que todo salga tal y como tenemos pensado, te pondré el antídoto. No te molestes en ir a la policía, ni contratar matones, ni nada por el estilo, el veneno no deja señal en tu cuerpo

y si lo haces, en 48 horas sufrirás un infarto mortal.

Mi queridísimo Santiago nos miró profundamente a los ojos, a la vez que intentaba decir frases que resultaron incoherentes, debido a la mezcla del alcohol con los sedantes. Recorrió el salón tirando al suelo todo lo que se ponía a su paso, hasta que cayó rendido sobre el sofá, donde delicadamente le tapamos con una manta, no fuera a coger frío y se nos desbarataran los planes que teníamos preparados para el día siguiente.

Nuestro proyecto alcanzó el tono deseado. Los viejecitos de Santander estarían felices el tiempo que les quedara de vida, y la señora de la bata de flores y los niños, vivirían desahogadamente. Nuestro vecino el notario se había portado estupendamente. La abuela ya se había encargado de enviarle una caja de champaña francés. La cara del señor Riaño era la viva estampa del desconsuelo y del temor, semejante a los que esperan la guadaña desde su celda del corredor de la muerte. Una vez firmados todos los papeles, a Santiaguito comenzaron a entrarle las prisas, pero hacía un día tan estupendo que decidimos tomar un aperitivo en una terraza de la plaza de Colón que tanto le gustaba a la abuela. Por su puesto mi querido novio se negó en rotundo, aludiendo a que había cumplido su palabra y que era hora de cumpliéramos la nuestra, pero le tranquilizamos entre todas.

—Todavía no es hora, querido —le dijo mi madre—. Ven, siéntate a mi lado y disfruta de este día maravilloso, observa lo feliz que es la gente, como fluye la vida en el centro de Madrid, mira los chiquillos de la mano de sus madres, que pocas preocupaciones. ¿Verdad, Santiaguito? Qué felicidad sentir la infancia. Vamos, hijito, tómate el vermut que tanto te apetece disfrutar a estas horas, y piensa que acabas de realizar el mejor acto de tu estúpida vida, quizá Dios te perdone por ello, y piensa que ha sido gracias a nosotras, que no hemos dejado de velar por ti. Querido ex yerno, ¿pensabas que podías engañarnos? ¿Qué íbamos a dejar que nuestra niña cayera bajo tus influencias? No, querido, no. Mi viaje no fue de negocios, sino que lo realicé para investigar un poco tu vida, y lo primero que descubrí fue a tus padres en esa residencia de las hermanitas de la caridad, que se mantienen gracias a la bondad de las personas influyentes, mientras que tú ya te habías encargado de escriturar el piso a tu nombre y

ponerlo a la venta, y así hubiera sido, a no ser por mi rápida intervención. Tampoco fue nada difícil descubrir tus múltiples amoríos con unas y otras y a la pobrecilla esa que hasta ahora se creía tu mujer y a la que explotabas de mala manera, haciéndole limpiar casas y coser para el vecindario, mientras que tú te dabas la gran vida. Pero eso se acabó, señor Riaño, se acabó para siempre, y ahora ya te puedes ir, querido, y desaparecer de nuestras vidas para siempre.

—¿Y el antídoto? ¿Vais a dejar que me muera?

—Que tonto eres Santiaguito querido. Qué fácil ha sido hacerte creer todas esas patrañas. ¿Nos crees capaces de semejante capacidad? Si la niña tuviera esa facultad le habrían dado el premio Nobel.

—¿Entonces no me habéis envenenado?

—Claro que no, querido, eres libre como el viento.

—¡Sois todas unas malditas asquerosas! ¡Unas farsantes! ¡Y tú, Valentina, eres una niñata mimada, una vaga, una cara dura! ¡Y además estás gorda! ¡Comes como una posesa! ¡Y acabarás como una vaca! No quiero veros en toda mi vida, y que sepáis que voy a arreglar todo lo que me habéis hecho, de un plumazo voy a despojar a todos del capital que con tanto esfuerzo he ganado y que habéis repartido entre unos y otros.

Y con la cara roja como un tomate y a punto de que le diera un patatús, el señor Riaño se alejó como alma que lleva el diablo. Al día siguiente nos llamó la señora de batita de flores, para comunicarnos que Santiaguito había fallecido de un infarto en plena calle, cuando se dirigía a la notaría dónde había firmado todos los papeles. Pobre ignorante, no sabía que su destino estaba sellado.

El tiempo es nuestro más mortal enemigo, incluso más que la propia muerte. Estaba en lo mejor de la vida, contaba con una salud estupenda y no sentía remordimiento alguno por las cosas a las que me había llevado mi existencia. Sé que había quitado estorbos de en medio, pero lo merecían, las personas sin principios están predestinadas a tener un mal final, y la mayoría de las veces no

se hace justicia; igualmente sabía que mi forma de ganarme la vida no era totalmente la adecuada y ni siquiera digna, pero de alguna manera tenía que mantenerme. Estudiaba muy bien los casos para que no sufrieran daño alguno, y jamás tuve ningún fallo, además esos pobres huerfanitos del asilo se beneficiaban con mi trabajo, aunque algo dentro de mí me seguía reprochando las actividades a las que me dedicaba y los honores con los que me recibirían si diera a conocer mi secreto. Durante mucho tiempo estuve totalmente negada a la amistad con hombres, salvo mi padre, todos habían resultado ser la decepción de mi vida. No quiero decir con esto que no disfrutara de alguna aventurilla que otra, pero de esas que no dejan transcendencia alguna.

Tuve que hacer frente a la vida yo sola, ya hacía diez años que había recibido la amargura más grande que me había ofrecido la vida. Mi madre y la abuela Valentina me dejaron, cuando cogidas del brazo, paseaban por la calle Atocha camino al Brillante a comerse un buen bocadillo de calamares, cuando aquel taxista perdió el control y arremetió contra ellas, llevándose a las dos por delante. Mi madre murió en el acto, pero la abuela Valentina me esperó. Sonó el teléfono y cuando escuché aquella voz anunciándome lo que nunca hubiera querido escuchar, mi cuerpo no me respondió. No sabía si era verdad o solo una triste jugarreta de mi imaginación. Cuando llegué, la abuela Valentina todavía vivía, tomé su mano y le acaricié aquel pelo que mantuvo tan negro hasta el último momento. Su cuerpo estaba aferrado a unas cuantas máquinas que emitían sonidos raros, reposé mi cabeza en su regazo y solo supe decir:

—¡No me dejes, abuela! ¡Sé que mamá se ha ido, pero tú no, tú estás todavía aquí! ¡Por favor, abuela, no me dejes!

Escuché su voz, tranquila y serena, y sentí que apretaba mi mano.

—Nunca te dejaremos, nena. Vienen a buscarnos, no sufras, vamos a estar bien, pronto volveremos a vernos.

Y con esas palabras se me rasgó el alma, me quedé absolutamente sola y vacía por dentro. La casa se me hacía enorme y los silencios eran mi único refugio. No rompí a llorar hasta pasado un mes, y desde ese momento, dejé que saliera

toda la pena acumulada en mi interior y traté de limpiar mi espíritu, dejando escapar toda la congoja que me poseía.

El tiempo fue borrando la tristeza y la transformó en recuerdos agradables y amenos, hasta aquel día en el dentista, cuando el odontólogo tiraba con todas sus fuerzas de mi muela del juicio. Las vi a las dos, tal y como eran cuando se fueron, guapas y risueñas, vestidas con aquellos trajes elegantes y refinados, los que les gustaba tanto lucir. Me miraban fijamente y me sonreían. Podían haber esperado a que llegara a casa, o a que pasara por el Retiro, pero ellas siempre habían sido imprevisibles. Di un alarido tétrico de los que se dan en el cine cuando estás viendo una película de terror. De un manotazo mandé a hacer gárgaras la tenaza que el dentista estaba utilizando, que cayó al suelo junto a mi muela del juicio, mientras me miraba con cara de pánico.

—¿Pero tanto daño le he hecho?

—No, claro que no. No he gritado por usted.

—¿Ah, no? ¿Entonces por quién?

—Por ellas.

—¿Quién son ellas?

—Las dos señoras que están a su lado.

—A mi lado no hay nadie, señorita.

—Sí que lo hay.

—Que no, que no, que no hay nadie.

—Que sí, que sí, que están ahí mirándome y me sonríen.

—¡Ay, Dios mío, creo que me he pasado con la anestesia!

—Ya estamos aquí nena, te dije que volveríamos a vernos.

—¿Estáis vivas?

—¿Quiénes? —preguntó el dentista.

—Mi madre y mi abuela, les pregunto que si están vivas.

—No, nena, claro que no, pero tenemos permiso para bajar a verte.

—¿Bajar? ¿Cómo que bajar? ¿De dónde?

—¿Quién tiene que bajar, señorita? —volvió a interrumpir el dentista.

—¡Cállese un poquito, que no me deja hablar con ellas!

—Con que sepas que bajamos a verte vale, y vete acostumbrando, nunca te dejaremos sola, nena.

—¿Estáis en mi imaginación?

—Eso es, señorita, ahora lo está comprendiendo, es un efecto secundario de la anestesia —siguió diciendo el médico.

—No, cariño, no es tu imaginación.

—¿Entonces estáis muertas?

—¿Cómo que muertas? ¿Pero quién se ha muerto?

—Quiere usted callarse de una vez, no ve que están aquí mi madre y mi abuela, que han bajado a verme.

—¡Enfermeraaa! ¡Enfermeraaaaa! Venga rápido y cárgueme un Valium.

—Ya voy doctor, pero que sepa que se ha ido todo el mundo, no queda nadie en la sala de espera. Al escuchar el grito ese tan profundo emitido por esta señorita, han soltado las revistas y han salido como escopetillas escaleras abajo.

—¡Lo que me faltaba! Relájese, señorita, relájese que le voy a pinchar un relajante.

—¡Déjeme en paz de una vez, no necesito ningún relajante!

—Te esperamos en casa, nena, tienes que acostumbrarte a guardar las formas en público, van a pensar que estas majareta.

—Me voy doctor, no le molesto más, ya se han ido.

—¿Quién se ha ido? ¿Las muertas?

—Sí, ya se han ido, van para casa.

—Debería usted dejarme que le pinche el Valium, necesita usted descansar.

Y así fue el primer contacto que tuve con las dos personas a las que más he querido en mi vida. A partir de ese día se presentan en cualquier momento y en cualquier parte, sobre todo cuando notan que las necesito. Procuo no hablar con ellas delante de gente. Pero ellas no tienen ningún cuidado en bajar a verme en los sitios más imprecisos, como en el cine, en un taxi, en una cafetería. Y cuando les pregunto por qué no dejan sus visitas para cuando me encuentro sola en casa, me dicen que donde ellas están, el tiempo y los momentos no existen, y empiezan con ese rollo de la relatividad y cosas de ese sitio donde viven, y por mucho que me esfuerzo, no entiendo nada.

Estuve varios años viviendo de las rentas, dedicándome exclusivamente a mis investigaciones científicas, aprendí muchísimo sobre el poder y efectividad de los venenos y sus antídotos. Le cogí el tranquillo de tal manera, que los tenía clasificados por orden de agresividad y efecto. Pero, no me quedaba más remedio que pasar a la acción, si no quería pasar el resto de mi vida trabajando en una triste notaría o en el laboratorio de alguna clinicucha. Sabía que me iba a resultar mucho más difícil, puesto que estaba sola, y por supuesto no podía confiar en nadie, salvo en mi querida Hermina. Lo primero era elaborar un plan de ataque, para lo que esperé la próxima visita de mis progenitoras que eran como máquinas de pensar.

La primavera dejó caer en Madrid una buena temperatura. Pasear por el parque del Retiro era mi deporte favorito, me sabía de memoria sus plazuelas, sus fuentes, las múltiples terrazas, los bancos en los que me sentaba a leer, incluso los lugares donde el sol bañaba las mañanas, o las zonas de sombra que más me convenían. A veces me acompañaban mis dos progenitoras, que no paraban de reprocharme la soledad a la que me sometía voluntariamente, llamándome: antipática, solitaria, solterona y un montón de improperios que no hacían justicia para nada a mi imagen.

Procuro vestir con comodidad dentro de lo que me permiten mis medidas algo rechonchas. Los vaqueros son la prenda preferida de mi indumentaria, con camisas amplias de varios colores y texturas que disimulan mis lorzas. Soy forofa de los complementos, me encuentro elegante con gafas de sol, pañuelos, cinturones, fulares y toda clase de adornos de los que tengo los armarios llenos. Sé que mi pelo negro y mis grandes ojos azules llaman la atención, las personas me encuentran guapa, a pesar de no ser alta y estar algo metida en carnes, qué se le va a hacer, no se puede tener todo. Según fueron pasando los años fui perdiendo esa forma de hablar chulesca que utilizaban constantemente mi madre y mi abuela y que ellas dejaron de usar, se conoce que donde ellas vivían o no gustaba ese acento madrileño, o no lo usaba nadie, y con el tiempo lo fueron perdiendo.

Habiendo cerrado casi todas las habitaciones de la casa, solamente conservé conmigo a mi querida Hermina. La pobre mujer se fue convirtiendo con el tiempo en una segunda madre. Al no tener familia me cogió todavía más cariño del que me tenía, al igual que yo a ella. No tenía un día fijo para librar sino que cogía los días que ella necesitaba, como si fuera una integrante más de la casa, aunque tuviera que ocuparse de esas labores ingratas a las que tan poco aprecio tenía. Además de sueldo, ella manejaba el dinero, como hacía mi abuela, iba apuntando las cuentas en un cuaderno, e incluso ahorraba lo que podía y me lo daba para que lo metiera en la cuenta. Su única preocupación era pensar en lo que sería de mí cuando ella faltase.

Herminia se desvelaba por mí, y aunque todavía no lo he contado, había nacido en Talavera de la Reina, un precioso pueblo de la provincia de Toledo,

cercano a Madrid, hija única, se casó con un buen hombre. Según ella, trabajador y honrado a carta cabal. Nunca le faltó un buen plato en la mesa, ni vestido que ponerse, jamás escuchó de él una voz más alta que otra. Pero lo que sí escuchó cuando él murió repentinamente de un infarto fue, como una mujer a la que nunca había visto, apareció por su puerta con tres niños de la mano, reclamándole el piso que con tanto esfuerzo había comprado su difunto marido, alegando, que ella era la primera y verdadera esposa del finado. La pobre Herminia casi se muere de un patatús, hasta las vecinas tuvieron que entrar a prestarle auxilio, porque no era capaz de despertar, creyendo que todo aquello era un mal sueño, pero no lo era. Aquel marido modelo cometió bigamia, penada por la ley, y en el juicio que se celebró a los pocos meses, la pusieron de patitas en la calle, acompañada tan solo de una triste maleta.

Cuando mi madre y la abuela escucharon lo que le había ocurrido, nada más presentarse en la casa de la calle Goya, al verla llorar con esa desesperación que sale de dentro solamente cuando algo muy gordo te oprime el alma, no dudaron en contratarla, y jamás se arrepintieron de haberlo hecho, que ya iban para veinte años que estábamos juntas, y si no hubiera sido por ella, seguramente hubiera sucumbido a la pena.

Herminia que no tenía un pelo de tonta, para cualquier cosa que no fuera tratar con hombres, en lo que la pobre no daba ni una, se imaginó rápidamente lo que me traía entre manos en aquel laboratorio que me había fabricado, y en el que entraba solamente una vez al día para dejármelo limpio como una patena. Al leer tantas veces la palabra veneno en los múltiples frasquitos que llenaban las vitrinas y estanterías, comenzó fina y sagazmente a preguntarme cosas, que yo involuntariamente respondía, sin darme cuenta de que Herminia no era tan boba, como yo la tenía catalogada. Hasta que un buen día se plantó delante de mí, con los morros torcidos y los brazos en jarras, y me preguntó:

—¡O me cuentas ahora mismo lo que te traes entre manos, o me largo de aquí y os dejo a las tres más solas que la una!

—Pues qué me voy a traer, Herminia, estoy investigando con venenos, para después hallar sus antídotos.

—¿Y quién costea todo este material?

—Mi abuela Valentina y mi madre.

—Mirando los extractos del banco, hay cifras astronómicas. Vamos, del millón parriba, que personas ingresan en la cuenta y que luego ellas donan a una casa de cuna, dónde recogen niños abandonados. Lo que quiere decir, que tus progenitoras, como tú las llamas, se quedan con casi todo lo que las buenas personas tenían a bien donar a esos niños sin padres.

—Es que las cosas no son así, Herminia, ese dinero es de ellas, de su trabajo, que mucho se juegan para conseguirlo.

—Pues ya estás soltando la lengua, que sabes que eres para mí como la hija que nunca tuve, y que jamás sería capaz de hacerte daño. ¡Qué se me lleve la Virgen de los Desamparados si te miento!

—Está bien, Herminia, está bien, no te pongas melodramática y no formes la repanchinchina con lo que voy a contarte, que nada malo hemos hecho.

Y así fue como mi querida Herminia al entrometerse en lo que no le importaba, al fallecer mis progenitoras, se convirtió en cómplice de mis siguientes negocios, simplemente por no denunciarme y porque al ver como su cuenta se engrandecía considerablemente, me sugirió convertirse en mi ayudante, con lo que tuve que ponerle al día, durante varios meses, sobre el efecto de los venenos y sus antídotos.

La abuela Valentina, en una de sus visitas, me confirmó la fiabilidad de Herminia, además de cerciorarse de que su cariño hacia mí era totalmente sincero, aunque me dejó un poco perjudicada, cuando me comentó que en las próximas semanas descubriría algo que nublaría en parte mi tranquila existencia y me complicaría la vida. Le rogué que me adelantara un poco de los hechos que me esperaban, pero su negativa fue total, me dijo que bastante había hecho anunciándome algo del futuro, cosa que no estaba permitido en el sitio donde residían, pero que mi madre se había empeñado en que me lo contara y así lo

había hecho jugándose una regañina considerable si llegara a oídos de los de arriba.

Se lo conté a mi querida Herminia, y resolvió estar alerta en las próximas semanas ante cualquier imprevisto que se saliera de la normalidad de la casa.

Y no tardó mucho en presentarse el hecho anunciado por la abuela. En uno de mis paseos por el parque del Retiro, admirando la flora autóctona que tanto me apasionaba, observé como una mujer, más o menos de mi edad, paseaba con un perrito de esos muy pequeños, de pelo corto y ojos algo saltones, pero que por su tamaño resultan graciosos y bonitos; un chihuahua, eso, así se llaman. El pequeñín iba dando saltitos y se entrometía en el andar de su dueña que le regañaba, cariñosamente, cada vez que se cruzaba en su camino. Según se iba acercando, no sé por qué, pero su cara me resultaba bastante familiar. Me quité incluso las gafas de sol de Carolina Herrera que tanto me favorecen, para observarla mejor. Llevaba el pelo corto, de color castaño, con mechas cobrizas, que tan de moda estaban ese año. Sus ojos impresionantemente azules resaltaban su cara, bastante morena, como si acabara de llegar de la playa. Era muy guapa y sabía sacar partido de su físico, aunque desde luego era de una estatura normal, más bien bajita diría yo. Lucía un traje de chaqueta de tipo ejecutivo gris, con falda estrecha, hasta la rodilla también de color gris, una camisa azul marino y una gargantilla de piedrecitas tipo Esvarosky, zapato bajo, gafas de sol a modo de diadema y un bolso de Hermès auténtico, totalmente inconfundible para mí. Seguía acercándose y todavía no sabía a quién me recordaba. Me levanté y me hice la encontradiza, así, como si no me diera cuenta, y al pasar por su lado dije:

—Dios mío, ¡qué perro tan mono! ¡Qué chiquitín, me superencanta!

—Es un cachorrito, tiene cuatro meses, me tiene loquita.

—No me extraña nada, pero nada. Para comérselo.

Cuanto más la miraba, más me recordaba a alguien y además a alguien cercano, no podía quedarme con la duda, lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó.

—Es mi segunda casa, si algún día no puedo venir lo echo de menos una barbaridad.

—Me pasa lo mismo, y eso que vengo desde hace poco, me he trasladado a Madrid, hace tres meses. Antes vivía en Segovia con mis padres. Soy hija única, hice oposiciones a comisario de policía, y mira por dónde me acaban de conceder una plaza en Madrid, claro está, no podía rechazarla. Es como si me hubiera tocado la lotería.

—¿Y ya has empezado?

—Llevo dos semanas, oye, eres la primera persona que conozco desde que llegué a Madrid. ¿Quieres que tomemos un café?

—Me encantaría.

Me encaminé a una terraza frente al estanque que conocía de sobra, el café era estupendo y lo preparaban de varias formas, pedí un vienés y ella otro.

En un momento entablamos una conversación totalmente amigable, parecía que nos conociésemos de toda la vida, incluso el perrito que por lo visto era un antisocial y no hacía migas con nadie, se hizo amigo mío en un segundo. Me dijo que estaba en la comisaría de Ventas y aunque tenía horario fijo, por lo visto la vida de un comisario es un poco como en las películas, si ocurre algo, tienes que llegar el primero y marcharte el último después de dar las órdenes oportunas. Le puse al tanto de mi trabajo como investigadora de antidotos y se quedó perpleja de lo inusual de mi trabajo, nos reímos cuando descubrimos que teníamos la misma edad, 43 años. Seguía con las mosca detrás de la oreja. Estaba totalmente segura de que la había visto antes, se lo comenté y me dijo que a ella le pasaba lo mismo que tenía la misma sensación.

—¿Has paseado alguna vez por la calle Goya?

—Nunca.

—¿Tu trabajo no ha tenido relación alguna con asilos de huérfanos o algo por el estilo?

—No.

—Por cierto, me llamo Valentina, llevamos un rato y no te lo había dicho.

—Yo Amelia.

—¡Qué casualidad, mi madre se llamaba Amelia! Y también soy hija única.

—¿Te has dado cuenta de que nos unen bastantes cosas? Los gustos por la lectura, los complementos, incluso por la investigación, aunque sea sobre cosas diferentes.

Se nos pasó la tarde, sin que nos diéramos cuenta, era la primera vez en toda mi vida que congeniaba con alguien tan afín a mí. Fue un auténtico placer conocerla. Al separarnos, no sin darnos los teléfonos, nos dimos un abrazo en el que noté que algo me unía a ella, algo así como una amistad profunda, como si la conociera de antes, sensación que había sentido nada más verla y que no terminaba de descifrar. Quedamos para comer al día siguiente. Cuando llegué a casa le relaté a mi querida Herminia lo que me había pasado y se alegró de verme tan feliz, recomendándome que le pidiera ayuda a las progenitoras, sobre aquella nueva relación de amistad, quizá ellas pudieran aclararme a quien me recordaba.

Caí en la cama como un cesto, feliz, muy feliz, creo fue el día más feliz que había pasado en los últimos años.

Amelia dejó a su querido Tachenco en su camita, con agua fresca al lado y un poquito de pienso, después de mezclarlo con una cucharadita de carne de una lata que olía a gloria bendita, y a continuación se encaminó a la cocina, en donde se preparó una ensalada y una tortilla a la francesa, que metió en un trozo de pan a modo de bocadillo que la deleitó con una coca cola. Dejó el vaso en la pila de fregar y se dio una ducha, que la dejó como nueva. Se puso su camisola de dormir, cogió su libro y se metió en la cama. Pero sin darse cuenta,

sus pensamientos no se centraban en la trama del libro, sino en aquella chica a la que acababa de conocer y parecía como si la frecuentase de toda la vida. También a ella le recordaba a alguien y por más que exprimía su cerebro desde que la vio no lograba ubicarla.

El siguiente fin de semana tendría que ir a ver a sus padres, aunque la llamaban todos los días, los echaba de menos. Todavía no se podía quitar de la cabeza la cara de su madre cuando se fue de casa para instalarse en Madrid, la pobre debía de pensar que se iba a la guerra. Desde que llegó ya había recibido cuatro paquetes con latas, embutido y todas las chucherías que sabía que le gustaban.

Tuvo mucha suerte al encontrar por internet un alquiler tan magnífico y adecuado a sus necesidades. Un chalecito en la avenida de los Toreros, a tres minutos de la comisaría, antiguo pero reformado, de dos plantas, dos dormitorios, no necesitaba más, un gran salón, una cocina espléndida y dos baños. Y lo mejor, un trocito de jardín donde podía echarse en su tumbona a leer, si el tiempo lo permitía. El precio, una ganga, setecientos euros, que además sus padres se habían empeñado en pagar. No necesitaba más, era feliz al contemplar cómo Tachenco salía cada mañana a jugar a la pelota. Sus libros, el cine y su trabajo colmaban su felicidad y además hoy había encontrado una amiga con sus mismas aficiones. ¿Qué más podía pedir?

Al principio pensó que por su edad y su condición de mujer no la iban a recibir bien en la comisaría, pero no fue así. Todos sus colaboradores, y personas bajo su mando, mostraron su empatía hacia ella nada más conocerla. Reorganizó todo el sistema de trabajo y adjudicó cada caso según la competencia de cada uno, cosa que le agradecieron y no se hizo esperar la buena funcionalidad del equipo. En tan solo dos semanas, había resuelto varios robos, encontrando el dinero y joyas robadas, dos voyeur que estaban causando pánico en el parque, tres casos de violencia de género, estaban casi a punto de coger al cabecilla de la droga del barrio y se había puesto a estudiar un caso que traía a la policía de todo Madrid de cabeza. Era el caso más insólito y misterioso con el que se había topado a lo largo de toda su carrera. Solo eran sospechas, indicios, ni tan siquiera había acusación por parte de persona alguna, tan solo se trataba

de conjeturas que se pasaban de una comisaría a otra. Recelos y preocupación sobre varias personas, que en los últimos años eran presas de ataques al corazón en plena calle, y como si de un ángel se tratara, aparecía una mujer y le salvaba la vida. No se había encontrado ni un solo testigo que hubiera descrito correctamente el físico de esa mujer, y las víctimas, si se las podía llamar así, se negaban en redondo a hablar de su salvadora. Una vez investigados, se sabía que los damnificados, emitían talones al portador de sus respectivas cuentas, de cantidades que oscilaban entre los mil y doce mil euros, que por supuesto negaban a confesar su destino. Se pidió una orden al juez para obligar a estas personas a confesar a quien iban dirigidas todas aquellas cantidades, pero todos los magistrados a quienes se les solicitó la orden, la rechazaron, al no ver ni delito, ni víctima, ni causa.

Quizá había aparecido una supergirl en Madrid, una especie de Robin Hood, o salvadora, o a lo mejor todo eran pesquisas falsas, pero su intuición le decía que todo el cuerpo de policía de una ciudad no podía estar equivocado. Solo le dedicaba a este caso, el tiempo libre que le dejaban los trámites de la comisaría. Le atraía como profesional que era y su intuición le decía que detrás de aquella mujer había una persona muy inteligente y con conocimientos de medicina que se estaba lucrando con aquellas enigmáticas salvaciones de infartos repentinos.

Amelia nació en Segovia, hija de Pedro y Salvadora, que ya habían perdido la esperanza de que Dios les concediera el hijo que tanto deseaban. Cuando nació aquella niña morena y con esos ojos azules que no le cabían en la cara, recibieron el regalo más maravilloso que les guardaba la vida. Dueños de una casona a las afueras, se ganaban el sustento con el ganado.

Leche de las vacas y carne de los muchos terneros que nacían a lo largo del año y que vendían a las mejores carnicerías de Segovia. Todo lo que necesitó, aquella bendición que Dios les había enviado, se lo dieron multiplicado por dos. Aquella niña guapa y avispada fue creciendo con el amor de unos padres que tanto la habían deseado. Después de ir a la escuela del pueblo, Amelia, intrigante y sagaz, aficionada a leer cuanto libro de novela negra caía en sus manos, a la cual era no solo aficionada, sino apasionada, decidió estudiar criminología, carrera que con todo placer costearon sus padres en una

universidad privada. Tal era su constancia y afición por el estudio, que nada más acabar la carrera, y presentarse a cuantas candidaturas ofrecían para tal fin, logró entrar en unas de las múltiples comisarías de Segovia como una simple policía, aun habiendo sido la mejor de su promoción para la categoría de comisario. Bien sabía que le faltaba experiencia para demostrar en su currículum y ni corta ni perezosa, se dejó el alma en aquel trabajo ingrato, en el que además de demostrar su buen hacer y a pesar de su condición de mujer, sobrepasaba y con mucho las pesquisas de todos sus compañeros.

Se presentaba a todos los requerimientos que el B.O.E. anunciaba continuamente en internet, ya fuera en su provincia o en cualquier lugar de España. Hizo másteres que aprobó con sobresaliente en práctica presencial, consultoría de delincuencia juvenil, violencia de género, justicia penal, prevención de crímenes, ciencias forenses, y justicia y educación penal. Tal era su sapiencia en criminología, que aunque a sus compañeros les costase aceptarlo, le dieron un homenaje preparando una fiesta en la comisaría para agasajarla, como la persona más preparada y la que merecía el ascenso a comisario. Amelia se sintió como una princesa en aquella fiesta que prepararon sus compañeros. Ella sabía que aquellos hombres habían hecho un esfuerzo sobrehumano al considerarla la mejor del grupo, pasando por alto su condición de mujer.

No tardó mucho en recibir la petición firmada por su jefe, recomendándola para comisario de la comisaría de Ventas en Madrid. Después de todo lo que había estudiado no se pudo negar, aunque sus sentimientos y su fidelidad a sus padres y compañeros le aconsejaban lo contrario.

Entre lloros de sus padres, fiestas de despedida, agasajos de los vecinos y dudas, se trasladó a Madrid, a aquella comisaría de Ventas, que pese a su juventud había requerido sus servicios, por sus estudios y buena preparación.

Habíamos quedado en la plaza Mayor, lugar estratégico y fácil de encontrar. Como Amelia no lo conocía le dije que se pusiera cerca de la estatua ecuestre de Felipe III, que aunque me pareció una chica espabilada y desde luego culta, no fuera a ser que resultara como Alfredo Landa en aquella película en la que le

sueltan por Madrid, con la maleta y la boina. ¡Qué cosas se me ocurren! Me entra la risa floja. Cuando llegué estaba esperando. Vaqueros, camisa, chaleco y zapatillas de deporte. Me miré y me dije a mi misma:

—Ni que lo hubiéramos planeado. Menos mal que llevamos colores distintos, hasta las gafas de sol de Carolina Herrera a modo de diadema.

Antes de ir a comer la llevé al mercado de San Miguel, lugar totalmente turístico, pijo y chic, pero superior a casi todo en cuanto a calidad y servicio. Nos sentamos en la barra de una marisquería dónde eliges el marisco y te lo preparan al momento. Dos ribeiros fríos y un mini popurrí de marisco rico a la plancha. ¡Madre mía! Me chupé los dedos, las manos y hasta casi los brazos. Amelia reía sin parar al verme, pero sin dejar de comer.

—¿Te gusta el cocido madrileño?

—¿Qué si me gusta? Me encanta.

La llevé a comer cocido a la taberna de la Daniela, a un paso del mercado de San Miguel. De milagro quedaba una mesa sin reservar, aunque tuvimos que esperar unos diez minutos, pero mereció la pena.

A Amelia se le caían las lágrimas de placer. Después de repetir dos veces, nos metimos para el cuerpo helado con tarta de queso, y rematamos en el café de Oriente con una copita de orujo blanco. A pesar de que quise invitarla, no me dejó. Convinimos en pagar a medias, ya que era tal la amistad que hicimos en solo un par de días, que pactamos en seguir siempre esa pauta, suponiendo de antemano que este aprecio que habíamos sentido la una por la otra no tendría fin.

Fuimos andando hasta el Retiro para bajar un poco los garbanzos. En el camino me puso al corriente de su vida. Me dio un poco de envidia y aunque era hija única como yo, aún contaba con sus padres. Una vez nos sentamos en una terraza al lado del estanque, le conté un poco todas las peripecias que habían envuelto mi existencia, sin entrar en detalles íntimos, ni en la manera

real en que me ganaba la vida, para lo que tuve que inventarme que trabajaba haciendo pruebas de investigación para un laboratorio.

Pedí otras dos copitas de orujo, esta vez en vaso de tubo con hielo, por eso de la poca costumbre, y cuando volví la cabeza, la abuela y mi madre estaban sentadas en dos sillas, detrás de Amelia. ¡No me lo podía creer! ¿Es que no tenían otro momento?

—Hija, ya sabemos que no es el lugar adecuado, creo que incluso ahora mismo estabas pensando en ello. Pero tenía que venir, cariño. No he podido remediarlo, incluso los de arriba me lo han aconsejado. Es una larga historia.

—Sí, cariño —dijo la abuela. Si no llegamos a bajar a conocer a Amelia, reventamos de pena, y eso que aquí la pena es distinta.

—¿Te pasa algo, Valentina? —comentó Amelia.

—No, claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Hija, te has quedado más blanca que la leche.

—Será el orujo.

—Pues no lo bebas.

—Sí, sí que lo bebo. Ahora me hace más falta que nunca.

—¿Y por qué?

—¡Ay, Amelia, no sé cómo contarte lo que me pasa sin que me tomes por loca!

—Eso, cariño mío, ¡cuéntaselo! Tiene derecho a saberlo —dijo mi madre.

—¿Cómo que tiene derecho a saberlo? ¿Y eso por qué?

—¿Pero con quién hablas?

—¡Ayyy, Dios mío! ¡Te lo tendré que contar! Pero espera un momento que me centre, y aunque te parezca que estoy loca no lo estoy, dame un rato y te lo contaré todo. No te lo tomes a mal, pero es mejor que te des una vuelta, unos diez minutos, Amelia, no necesito más.

—¿Te ocurre esto cuándo te pasas con la bebida o es una faceta natural en ti?

—Te juro que te lo cuento cuando vuelvas.

—Vale, vale.

—¿Queréis aclararme por qué tiene derecho a saberlo?

—Es una larga historia, hija mía.

—Tengo tiempo.

—No, no lo tienes, está ella aquí. ¡Qué guapa es!

—Sería la primera vez que os importa contarme algo con alguien delante.

—Eso es, cariño, la primera vez —dijo la abuela—, pero ella es distinta, no pensábamos hablarte de ella, pero el destino está escrito y ha querido juntaros de nuevo. Todavía recuerdo cuando la cogí en mis brazos, fue la primera en nacer. Salió como el viento, con una fuerza tal, que fue a caer directa en mis brazos. Lloraba como un becerro la pobrecita, quizá imaginaba el destino que la aguardaba en ese pueblo, rodeada de vacas, con esos padres, que no digo yo que no fueran buenos, no, ni que no la quisieran, porque la quisieron. Pero con ese nombre: Salvadora se llamaba la que estaba destinada a ser su madre, bueno... su madre, la que la crió. Menos mal que el destino le dio una educación similar a la tuya. Mucho lloraron tus padres, cariño. ¿Y yo? ¡Yo casi no encontré consuelo! Menos mal que estabas tú, que naciste de pie, porque empujabas con todas tus fuerzas la cabeza de tu hermana. No es que seáis totalmente iguales, pero esos ojazos azules, que habéis heredado de vuestra madre, la altura, un poco rechonchas, y hasta en los gustos os parecéis.

Desde que dejamos este mundo cruel hemos seguido sus pasos, quisimos intervenir, pero los de arriba nos dijeron que es muy peligroso adelantar los acontecimientos, y cuando desde las alturas vimos que el destino había logrado hacer su trabajo, como dos escopetillas quisimos bajar. Pero nuestro jefe, que es muy sabio, dijo que era mucho mejor dejaros solas, que os conocierais, y por eso hemos esperado un par de días, nerviosas e intranquilas, aunque desde dónde venimos la intranquilidad se vive de otra forma y no lo pasas mal.

—¿Me estáis diciendo que es mi hermana? ¿Y además gemela?

—Eso es vida mía. Tu hermana, tu gemela, la que me robaron al nacer. ¿Es que no has visto en la tele esos casos de robos de niños?

—Sí, sí los he visto.

—Pues a nosotros nos tocó ser víctimas. Nos la robaron y nos dijeron que había muerto.

—¿Y por qué no la buscasteis?

—¿Cómo que no lo hicimos? Se nos fue el patrimonio en detectives, en indagaciones, en búsquedas, viajes. ¿Es que nunca te has preguntado por qué se nos fue tan pronto todo el capital? ¿Y por qué mandamos al otro barrio al tonto de Leandro Peláez? Pues para utilizar su dinero. Nunca hundió los hoteles, ni los apartamentos, ni echó a perder su capital. Fuimos nosotras las que lo gastamos todo en indagaciones para encontrar a tu pobre hermana, que estaba recluida en aquella casa de campo a la afueras de Segovia, haciendo de pastorcilla de ovejas como Heidi, y pensar que era sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne.

—Muy bien, todo está muy bien. Pues ahora dais la cara vosotras, porque a ver de qué forma le cuento yo todo esto sin que piense que estoy más loca que una cabra.

—Ya viene, menudo lío, no va a querer saber nada de mí, para una vez que encuentro a una amiga en condiciones, resulta que es mi hermana y no se lo va

a creer. ¿Quién se iba a creer todo lo que estoy a punto de contar? Pensará que no estoy en mis cabales, se irá, y como es comisario a lo mejor hasta me encierra, o llama al manicomio. Si se pone muy histérica le puedo decir que estoy borracha y que cuando bebo me da por ahí.

—Deja ya de decir bobadas, Valentina, siempre has sido una chica consciente, segura de ti misma y valiente.

—¿Queréis decirme que es lo que va a pasar? Estoy segura que lo sabéis.

—No estamos autorizadas a adelantar acontecimientos. Además, aunque estemos algo informadas del futuro, también va a depender de ti, que no todo lo puede solucionar el de arriba, todo a su tiempo, y tú, suerte y al toro. Es tu obligación, cariño. Es tu hermana, hija, debe saberlo y después decidir si te acepta como tal.

—Valentina, guapa, te he dado un buen rato para que hables sola, no sé si te has dado cuenta de que la gente te mira cuando pasa. Pareces una loca. ¡Ya me estás contando lo que te pasa! De verdad, te he cogido mucho aprecio, si es un trauma infantil lo entenderé. Por mi trabajo he tenido que hacer cursos de psicología y puedo ayudarte, hoy en día la medicina está bastante avanzada, y si te falta un tornillo te aceptaré tal como eres. Hay algo que me impulsa a ayudarte, lo haré te lo aseguro. Si tenemos que ir al psiquiatra, te acompaño, desde este momento te voy a decir que me consideres como una hermana.

—¡Qué gran psicóloga eres!

—Pues aunque esté mal decirlo, sí que lo soy.

—¡Esta bien! ¿Y si te dijera que veo a personas muertas?

—Ha habido casos, lo entendería, aunque no siempre son reales, tendría que analizar tu conducta y comportamiento, tu modo de vida. A veces la imaginación y la realidad se confunden y puede que seas presa de alucinaciones.

—Entonces, ¿no piensas que estoy tarumba?

—Desde luego que no.

—¡Ayyy, que feliz me haces! ¡Dame un beso! ¡Por favor! ¡Necesito el beso de una hermanaaa!

—Ya te he dicho que me consideres como una hermana. ¡Ven que te voy a dar el beso y un abrazo! ¡No sé porque, pero me lo pide el cuerpo!

—¡Ayyy, hermanitaaa queridaaa!

—Bueno... Bueno... Tranquilízate, amiga. Aquí estoy yo para ayudarte.

—¡Ayyy, qué feliz soy! ¡No sabes la falta que me hacíaas!

—Me alegro, amiga, me alegro de todo corazón. Yo también te he cogido mucho cariño, pero ahora, lo primero es lo primero. Tengo que estudiar tu caso.

—¿Queréis hacer el favor de dejaros ver? ¡No me cree! ¡No me cree en absoluto!

—Todo a su tiempo, cariño.

—Valentina, ¿sigues viendo a esas personas?

—Sí, están detrás de ti.

—¿Las conoces?

—Mucho. Son mi madre y mi abuela.

—¿Se te aparecen desde hace mucho?

—Sí, y con bastante frecuencia.

—¿Y tu presencia te reconforta?

—Sí, bueno, casi siempre, porque hay veces que se me aparecen en el metro.

—Tienes que dejarlas ir, cariño. No has hecho una despedida, ni has tenido un duelo como es debido por ellas. Te encuentras demasiado sola, y tu imaginación te está tendiendo una trampa que tendremos que corregir. Pero no te preocupes por nada, ahora estoy aquí yo.

—Escucha, Amelia, sé que no te lo crees, y piensas que estoy como una puñetera cabra, pero te digo que están detrás de ti. ¿Sabes por qué tú me recuerdas a alguien y yo a ti también?

—Pues porque en esta vida nos tropezamos, cada dos por tres, con gente parecida.

—No, no es por eso.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y entonces por qué es?

—Porque tú y yo, somos hermanas, y además gemelas.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Es extraordinario! ¡Tener una hermana! ¡Con las ganas que he tenido siempre! ¡Valentinaaaa! ¡Me estás asustandooo!

—Me lo han dicho ellas.

—¿Tu madre y tu abuela?

—Sí, han sido ellas. Dicen que te robaron al nacer, tú fuiste la primera, y les hicieron creer que habías muerto, por lo visto gastaron una fortuna en buscarte. Años y años lo hicieron, contrataron a los mejores detectives, pero no fueron capaces de conseguirlo.

—Esto está peor de lo que yo creía. Sé por los estudios que he realizado que el caso es más complicado con una persona inteligente, imaginativa y estudiosa y

tú lo eres, me va a costar más de lo que pensaba. A ver, cómo te lo cuento, es cierto que nacimos el mismo día, pero tú lo hiciste en Madrid y yo nací en casa, en la cama de mis padres, en una finca de ganado a las afueras de Segovia, atendió el parto una comadrona, que se llamaba Aurelia, que murió a los dos meses de un infarto. Tengo partida de nacimiento y todo es legal.

—¿Te han contado alguna vez porque te pusieron Amelia?

—¡Ahí le has dao! —dijo mi madre.

—Claro que sí, por el santoral, el trece de junio es santa Amelia, virgen y mártir.

—Anda, mira en internet.

—¡Anda, leche! El trece de junio es san Antonio de Padua y san Fandila de Córdoba.

—Eso es, y santa Amelia ni fue virgen, ni fue mártir, fue la hermana de Pepino el Breve y creo que la hicieron santa porque su hermano la obligó a casarse con no sé quién. ¡Cosas de la época en la que las mujeres no pintábamos nada!

—¡Cuánto sabes, hija!

—Me lo está contando mi madre, que dice que la ha conocido allá arriba donde vive, y que ha hecho amistad con ella por eso de los nombres. La pobre dice que aunque la atribuyeron milagros y no hizo ninguno, bien se merece el título de santa por aguantar a ese marido que tuvo, y al tal Pepino el Breve que creo que se las traía y que hacía lo que le daba la real gana, y que en ese tiempo las mujeres eran como objetos de padres, hermanos e hijos, que casaban y descasaban con toda la facilidad del mundo.

—¡Qué cosas!

—¡Ya te digo!

—¡Me estoy dejando llevar por tus fantasías, Valentina! Mañana te voy a llevar al psicólogo de la policía de Ventas, que me aprecia mucho. Y que sepas que se lo voy a pedir como un favor especial, porque para una vez que encuentro a una amiga como es debido, resulta, que dice tonterías, tiene alucinaciones, y encima trata de convencerme y llevarme a su terreno.

—Está bien, entiendo que no me creas. Pregúntame algo de tu pasado que hayas querido saber.

—¡Déjate de tontunas!

—¡Vamos, pregunta!

—¡Está bien! ¡Si te empeñas, lo haré! Y solo lo hago para que entres en razón. ¿Cómo se llamaban mis abuelos maternos?

—¡Abuelaaa, no me dejes mal!

—No lo haré, cariño.

—No lo sabes, tus abuelos abandonaron a tu madre al nacer.

—¡Joder, Valentina! ¿Cómo lo sabes? No me fío, puede que lo hayas investigado. Siguiendo pregunta.

—¿Cuál es mi comida favorita?

—La pasta, sobre todo, al pesto.

—¡Lecheee!

—Sigo sin fiarme, otra vez, esta es imposible que la sepas. Yo me enteré porque lo vi en una carta que envió mi padre a mi madre cuando eran novios. ¿Cómo le llamaba mi padre a mi madre de modo cariñoso, en las cartas que le escribía antes de casarse?

—Empleó un diminutivo de Salvadora y le llamó: Silvita.

—Estoy empezando a marearme, a pensar en acudir a la comisaría para indagar si mientes, o simplemente creerte. La última pregunta.

—Dime.

—¿Descubrió mi madre quiénes fueron sus padres después de abandonarla? ¿Por qué lo hicieron? Y, ¿cómo se llamaban?

—Tu abuelo era un terrateniente de la zona de Segovia norte, dejó embarazada a tu abuela, que como demostraré en realidad no lo era. Era la moza más guapa del pueblo, se llamaba Trinidad, y tu abuelo Ventura. La abandonó en cuanto se enteró que estaba preñada. A ella la echaron de casa y la pobre murió a los pocos meses de dar a luz a tu madre, que la recogieron las monjas del Sagrado Corazón de Segovia y la bautizaron con el nombre de Salvadora por el santo del día.

—¡Madre del amor hermoso! Tú me has estado investigando. ¡Vamos! ¿Qué quieres de mí? ¡Cuánto antes me lo digas mejor! ¿Quieres dinero? ¿Es por mi trabajo? ¿Tienes algún malhechor en tu familia?

—¡Amelia! ¡Deja de decir sandeces! Te llamas Amelia, porque de sobra conocía Salvadora el nombre de tu verdadera madre y pensaba que se lo debía después de hacer lo que hizo. Estaba compinchada con una de las enfermeras que atendió el parto, y al nacer dos, pensaron que era la mejor solución, así mi madre no sufriría tanto, y con el tiempo se le pasaría la pena. Pagaron por ti trescientas mil pesetas de la época que se repartieron, entre la enfermera y la de la limpieza, que también estaba en el ajo. Tus padres fingieron el embarazo ante la gente conocida de Segovia, clientes y amigos, y cuando llegó el momento dijo que había parido en casa con la ayuda de una partera que se llamaba Aurelia. Hicieron creer a todo el mundo que aquella comadrona murió a los dos meses, pero la verdad fue que aquella mujer nunca existió. Lógicamente arreglaron los papeles de tu nacimiento y te inscribieron como hija suya totalmente legítima. ¡Mírate bien! Y después fíjate bien en mí, lo único que nos diferencia es el color de pelo, tú llevas mechas y yo conservo mi color original, los ojos idénticos, las cejas, la nariz, incluso la boca. La misma figura, es verdad que tú eres uno o dos

centímetros más alta que yo, pero también se da en los gemelos. Llevas maquillaje y raya negra en los ojos, los labios en rosa y yo solo brillo en los labios.

—No sé, Valentina, de verdad, no sé qué pensar de todo esto, cada vez estoy más liada, ponte en mi lugar. ¿Qué creerías si te pasara a ti?

—Que estoy más loca que una cabra, pero no lo estoy. Eres policía, investigate a ti misma.

—Podría ser una solución.

—El día que cumpliste cinco años, te caíste encima del tirador de la lumbre y te quedó una cicatriz en la parte trasera del cuello. Tuviste un perro que se llamaba Chucho, le cogiste cariño, pero se murió ahogado en el pilón de las vacas, ese día lloraste mucho y todavía no lo has olvidado, por eso, te gustan tanto los perros. Tus padrinos fueron los dueños de la carnicería más importante de Segovia, en la que tus padres obtenían grandes beneficios en venta de carne. Ella se llamaba Eulalia y él Alfonso. Tuviste un noviete a los catorce años que te tenía embelesada, vivía en una granja cercana a tu casa, te enamoraste como una tonta, se llamaba Eustaquio y te dejó por otra. Cuando te enteraste de su infidelidad, le tiraste los zapatos a la cabeza, por cierto, con bastante buena puntería. Preguntaste un montón de veces de quien habías sacado esos ojos tan azules, y tu madre se limitó a decir que los tenía una abuela de tu padre. También te chocaba un poco tu estatura, tus padres son altos y larguiruchos, se supone que también la habías heredado de esa abuela, a la que nunca conociste. Tu afición a la investigación criminal te vino de novelas policiacas a las que eras no solo aficionada, sino que te las bebías. Ágatha Christie fue tu novelista preferida, de hecho has leído todas sus novelas, creo que casi te las sabes de memoria. Casi no has viajado, tus padres te llevaron una vez a Salamanca, para visitar una sala de despiece de carne de vaca y otra a Valladolid, donde tu padre había quedado con unos representantes. Tenían miedo a exhibirte por si alguien averiguaba la verdad y por último, para no aburrirte y para que te quede claro, dice mi madre que las dos tenemos una mancha idéntica en la cadera, semejante a una media luna, creo que la tuya es algo más oscura que la mía.

—¡Diles que las quiero ver! Si también son mi familia, tengo todo el derecho a conocerlas.

—Dicen que todo lleva su tiempo, que yo tuve que esperar dos años, hasta que me saqué la pena de su muerte de encima y que tú debes de aclararte por ti misma.

—Eso es demagogia barata. ¡Tonterías! Es cierto que me has dejado boquiabierto con las cosas que sabes de mí, pero que quieres que te diga, Valentina, puede que se deba a una investigación por tu parte. Sé que parezco desconfiada, será por mi profesión. Pero es que tener que creerme de repente, que fui una niña robada, que mis padres, no son mis padres, que los verdaderos están muertos y encima que son muertos que se aparecen y para rematar: Que tengo una hermana gemela. ¡Es mucho para un solo día! ¡No te parece?

—Sí, sí me lo parece, yo en tu lugar me sentiría igual. No quisiera que te enfadaras y que por esto perdiéramos la amistad y el lazo que nos une.

—Eso jamás. Es cierto que hay algo que me une a ti, es como si estuviéramos conectadas, como si un hilo que saliera de ti me atara, y no quiero que se rompa. Eso es lo que me hace dudar de mi misma. Esa unión que sin querer me lleva hacia a ti, desde el mismo instante en que te vi. Creo que lo único que puede convencerme es averiguar todo esto por mí misma y solo se me ocurre una cosa. Voy a ver a mis padres, se lo preguntaré y sé que solo con mirarles seré capaz de averiguar la verdad.

Amelia pidió un par de días libres en la comisaría y se encaminó a Segovia para ver a sus padres. Valentina la había dejado atónita con aquella afirmación, que aunque no acababa de creer, estaba empezando a hacer mella en su cerebro. ¿Cómo era posible que supiera tantas cosas de su pasado? Cosas que solo ella conocía. No dejaba de pensar en ello, casi no se podía concentrar en la carretera. ¿Podría haber sido un engaño toda su vida? Fuera como fuese ellos jamás dejarían de ser sus padres, los adoraba, y no dudaba ni un solo momento de que ellos sentían lo mismo por ella.

Todavía no le había dado tiempo a investigar el asunto, no le sería demasiado difícil averiguarlo, entrando en la base de datos del ordenador de la comisaría. Saber si Aurelia, la comadrona, había existido, sería relativamente fácil y solamente si Valentina tenía razón en ese punto, la cosa se pondría bastante seria y estudiaría de pleno el caso. Aunque lo mejor sería preguntar directamente a sus padres.

Su madre nada más verla llegar se abrazó a ella, como si no la hubiera visto en tres años y rompió a llorar, contando todo lo que la había echado de menos. Le tenía preparadas sus comidas y postres favoritos. Su padre que en ese momento estaba conectando el ordeñador a las vacas, nada más escuchar el motor del coche de su hija, salió a recibirla con una sonrisa de oreja a oreja y con lágrimas en los ojos, que rápidamente trató de ocultar.

¿Cómo no iban a ser sus padres? La adoraban y ella también sentía lo mismo. Habían sido maravillosos, la habían educado a su manera, lo mejor que sabían, le habían dado estudios, todo se les hacía poco para agasajarla. Su madre siempre la miraba con esa adoración con la que solo saben mirar las madres y qué decir de su padre. ¡Si había sido el mejor padre del mundo! Desde que nació trabajaron como burros, con la intención de aumentar el capital que sería solamente para ella cuando ellos faltasen. No había noche en la que se metiera en la cama sin antes escuchar la voz de su madre dándole las buenas noches. No podía olvidar todo eso y cambiar toda su vida en un solo momento.

—No tienes por qué cambiar nada —le había dicho Valentina—, ellos van a seguir siendo tus padres, nadie puede variar tus sentimientos, pero tienes todo el derecho a conocer la verdad, y sobre todo tenemos que saber si somos hermanas, creo que es lo más importante.

Y tenía razón, no podía dejar de querer a sus padres, aunque hubieran hecho algo malvado en su nacimiento, los sentimientos se llevan dentro del alma, te atrapan y te impiden variar tu forma de querer, pero debía de conocer sus orígenes, descubrir la verdad, aunque sabía que si todo lo que decía Valentina era verdad, a su madre le iba a costar una enfermedad.

Después de llevar la pequeña maleta a su dormitorio, se dio una ducha rápida y bajó a la cocina. Su madre estaba preparando el cordero asado que tanto le gustaba, con esas patatas aliñadas con ajo que la volvían loca y le aumentaban las lorzcas, pero aun así, no podía resistir degustar. Su padre había cortado un poco de jamón y queso y saboreaba el vino en la bota, que rápidamente pasó a su hija, cómo cuando era pequeña, que bien sabía lo que le gustaba recibir en la boca aquel vino tan rico de la Ribera del Duero que su padre encargaba cada año. Su madre puso en la mesa un plato de olivas que ella misma aliñaba y mientras percibían el aroma que desprendía el horno de leña, se sentaron los tres, rodeando la mesa camilla, en la que tantas y tantas veces se había sentado.

—¿Cómo tan pronto por aquí, hija? No sabes la alegría que me diste anoche cuando llamaste.

—Os echaba de menos, mamá.

—Claro, cariño, acostumbrada a estos campos, es difícil que te hagas a la capital. Pero tú no pases penas, hija, que si no te adaptas, te vuelves para Segovia, que para eso estamos nosotros. Nada me daría más alegría que te volvieras. Bien sabe Dios que aunque lo llevo mal, lo hago por ti, por tu futuro, porque sé que lo que has luchado para abrirte camino. Bueno, ¿y qué nos cuentas? ¿Qué tal el trabajo? ¿Te gusta Madrid? ¿Has hecho amigos?

—Deja a la muchacha, Salvadora, que la estás agobiando con tanta pregunta. No sé de qué te valen todas las llamadas que le haces, que a veces me creo que va a explotar el teléfono.

—Parece que no tengas sangre en las venas, Pedro. Mejor será escucharlo de ella. Vamos digo yo. ¡Qué hombre este, como si no estuviera deseando de escucharlo él también!

—Ya te lo he contado todo, mamá. El trabajo mejor no puede ir, mis compañeros estupendos. Madrid es una maravilla, no os podéis ni imaginar cómo es. La Plaza Mayor, el Parque del Retiro, la Puerta de Alcalá, la Gran Vía. El cocido madrileño que sabe a gloria bendita, el mercado de San Miguel, y

nada más os puedo contar, porque nada más conozco, y lo he visitado, gracias a una amiga madrileña, con la que he congeniado a las mil maravillas y es la que me lo ha mostrado.

—¡Ay, qué alegría, hija! Ya has encontrado una amiga, no sabes lo que me alegro, porque mira que te ha costado toda la vida hacer amistades.

—Es verdad, pero con ella es distinto, además tenemos los mismos gustos y las mismas aficiones, hemos conectado a la primera. Es química y se dedica a la investigación, trabaja para un laboratorio.

—Qué interesante.

—Nos encanta pasear por el Retiro y la buena comida.

—Entonces no dudo que congeniéis, si le gusta comer tanto como a ti.

—He pensado en traerla la semana que viene, no tiene ni idea del mundo rural, será divertido verla entre vacas y ovejas.

—¡Ay, cariño! Nos encantaría. No sabes lo tranquila que me dejas, por lo menos sé que ya no te encuentras tan sola.

—Te ha salido el aliño de las olivas de cine, mamá.

—Cuánto me alegro. Para la vuelta ya te tengo preparadas unas cuantas, y mira, voy a preparar unos botes de cristal para esa amiga tuya. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Valentina. ¿Mamá, me gustaría que me contestaras una cosa?

—Dime, hija.

—¿Por qué no tuvisteis más hijos? Me hubiera gustado mucho tener una hermana.

—Anda esta, mira que cosas se le ocurren ahora. Nunca me lo habías dicho,

pensaba que estabas tan a gusto sola.

—Pues no, siempre eché de menos tener una hermana, y a veces hasta soñaba que tenía una hermana que no conocía.

Noté la mirada entre mis padres y el nerviosismo que se produjo repentinamente en mi madre, que con un ligero temblor de manos dejó caer al suelo el plato de las olivas.

—Mira que tonta, ¡pues no se me ha caído el pocillo de las aceitunas!

—Ya lo recojo yo, mamá. No te preocupes, pero contéstame, ¿por qué no tuve una hermana?

—¡Qué cosas dices, hija! ¿Por qué va a ser? Porque no tuvo Dios a bien enviárnosla, que bien que lo intentamos y hasta la capital marchamos a los mejores médicos. Tú fuiste una bendición, como caída del cielo, porque mucho tuvimos que penar hasta que te encontramos.

—¿Hasta que me encontrasteis?

—Mujer, es una forma de hablar.

—Nunca me has contado nada sobre el embarazo, ¿te di mucha lata?

—Mira que ocurrencias ahora, al cabo de los años. Pues ya casi que no me acuerdo, tantas eran las ganas de que nacieras, que nada más verte se me olvidó todo. Eras tan bonita. Lloramos como dos tontos cuándo te pusieron en mis brazos.

No pude evitar que me embargara la pena, notaba como se les crispaba el gesto a medida que seguía con mi conversación. No podía hacerles esto. ¡Eran mis padres! Los mejores padres del mundo y les adoraba, aunque no me había pasado por alto el rictus de mi madre y la cara de mi padre al hablarles del tema. Algo ocultaban eso estaba claro, lo decían sus ojos, mi madre estuvo a punto de llorar y noté como se miraban. Valentina tenía razón algo estaba pasando. Me

inundaba un dolor inmenso solo con pensar en hacerles sufrir, sin embargo tenía que saber de alguna manera si Valentina era mi hermana, todo mi interior vibraba al nombrarla, algo me unía a ella desde que la vi, incluso antes de conocerla, la soñaba, era esa amiga invisible que te hace tanta falta cuando eres niño, y que siempre veía como si fuera una copia de la imagen que admiraba de mi misma cuando me miraba al espejo, incluso le puse un nombre y la dibujé. Con que facilidad la mente fabrica sueños y esperanzas, que después con el tiempo se disuelven en el olvido, y según vas creciendo vuelves a quedarte sola, con tus recuerdos. Aunque ahora que lo pienso, yo no me acordaba de nada de esto. Debía de estar muy escondido en mi cerebro y alguna neurona me lo acaba de mandar para que lo rescatara, a lo mejor es que es el momento de recordar todo aquello y comenzar a analizarlo.

—Anda, tira a darte un baño a la alberca, que siempre te ha gustado. Ayer la limpió tu padre a sabiendas de lo que te gustan los chapuzones.

—Mamá, ¿te acuerdas que cuando era pequeña tenía una amiga invisible?

—Como si fuera hoy mismo que me acuerdo, pues no eras fantástica ni nada. Hablabas con ella, como si de la mano la llevaras, no abultabas una miaja, unos seis años tendrías, yo le decía a tu padre, ¿será que la muchacha ve fantasmas? Y al médico le consultamos. Pero muy tranquilos nos dejó, cuando nos dijo que eso era cosa de chicos, que raro era al que no le pasaba, y hala, pues nosotros te seguíamos la comedia, hasta pusimos otro plato en la mesa. ¡Y no te pienses que te duró poco! ¡Que no fue así! Que ya mocita eras y la nombrabas en sueños, cierto que se te había olvidado, pero soñar, soñabas mucho con ella, que más de una noche tenía que dormir contigo de lo agitada que te veía y ya ibas para los quince o los diez y seis.

—Recuerdo que la dibujaba.

—Todavía guardo los dibujos. Pero que sepas que no la dibujabas a ella, sino a ti misma, porque los garabatos que hacías eran un calco tuyo. ¡Te la inventaste así!

—¿Y recuerdas qué nombre le puse?

—Pues fíjate, que te parecerá chocante, pero la llamabas Valentina.

Algo me invadió dentro, después de escuchar aquel nombre de labios de mi madre era imposible que la duda me inundara, tenía claro que siempre había existido una conexión entre las dos, una especie de cable que me unía a aquella hermana gemela desde el momento de nacer, no cabía la menor duda. Siempre había escuchado que los gemelos están atados mediante un hilo invisible, aunque se encuentren lejos, sienten en sí mismos los sentimientos del otro. Cuando había leído en alguna novela estas cosas sobre gemelos, pensaba que era ficción, literatura barata, pero no, no lo era, lo estaba experimentado por mí misma. ¡Dios mío! ¿Cómo podría contarles a mis padres lo que me estaba pasando? ¿Lo entenderían? ¿Serían capaces de tratarme de la misma manera cuando descubrieran que había averiguado lo que hicieron? ¿Podrían entender que no les culpaba de nada? ¿Qué jamás podría dejar de quererlos? ¡No podía! ¡No podía hacerlo! Lo mejor sería esperar a la semana siguiente, consultar con Valentina, traérmela el fin de semana y entre las dos estudiar la situación.

Aquellos dos días que pasé con mis padres fueron maravillosos, no sé si porque hacía tiempo que no les veía, o por las circunstancias de mi viaje. Me colmaron de atenciones, que me parecieron excesivas, o quizá eran las de siempre y mi estado de ánimo las convertía en exageradas. Hablé con Valentina dos o tres veces al día para comunicarle la situación en la que me encontraba. Resolvió conmigo en que no debía forzar mis sentimientos y ni mucho menos hacer daño a mis padres, estábamos de acuerdo en que el motivo que nos llevaba a adoptar aquella situación era solamente hacerles saber que éramos hermanas, en ningún momento había pasado por mi mente reprocharles nada. Me puse morada a comer, además de los guisos maravillosos de mi madre, sus postres fueron memorables. A la hora de volver me llenó el maletero del coche con exquisitos manjares y el arroz con leche, con la leche recién ordeñada de las vacas, sería el mejor regalo para Valentina.

Después de un montón de pesquisas, que naturalmente a través de la comisaría me fueron más fáciles de resolver, terminé de convencerme de que

Valentina era mi hermana. Una vez consultadas las fichas del médico de Segovia que trató a mi madre, los resultados fueron definitivos, no podía concebir hijos. Efectivamente, la comadrona que según ella le atendió en el parto, no había existido nunca. Después de consultar todos los cuadernos de nacimiento de Santa Cecilia, di con la fecha del parto de Amelia de Caoba, parió dos niñas gemelas, y consta como que una de ellas murió a los pocos minutos de nacer. También pude comprobar como ella y la abuela Valentina, estuvieron años y años tratando de averiguar mi destino, sin tener éxito alguno, tuve incluso en mis manos las múltiples facturas que habían pagado a detectives e investigadores y diversos sabuesos que pusieron sus cinco sentidos en el tema, sin éxito alguno.

No sabía cómo asimilar lo que me estaba ocurriendo, por un lado estaba loca de contenta al haber encontrado una hermana gemela, que era como mi otro yo, con la cual me compenetraba a las mil maravillas, con una madre y una abuela que se presentaban desde el otro mundo cuando les daba la real gana y saber que ya no me encontraba sola; pero por otro lado, temblada solo con pensar que mis padres pudieran sufrir lo más mínimo. Valentina y yo estuvimos trazando un plan para decírselo de la manera menos dolorosa posible. Creímos que lo mejor eran comenzar el asunto diciendo que no habían perdido una hija, sino que habían ganado otra, o algo así, para que no se sintieran tan mal cuando les diéramos la noticia, la cual decidimos dársela poco a poco, en el siguiente fin de semana en el que viajaríamos a

Segovia, para que Valentina los conociera, como ya le anuncié a mi madre.

Durante esos días Valentina y yo pasamos todo el tiempo juntas, incluso dormíamos en la misma casa, un día en la suya y otro en la mía. Tachenco la adoraba, creo que veía en ella mi reflejo. Nos pusimos al corriente de toda nuestra vida y la felicidad nos embargó por completo. Ella derrochaba alegría. ¡Saber que no estoy sola! Decía, ¡Esto ha sido como un milagro! Recorrimos el Retiro de punta a punta, fuimos al cine, al teatro, cenábamos fuera todas las noches, la pobre Herminia me adoptó como una segunda hija, y no había día en el que no me preparara exquisiteces para que mi nevera nunca estuviera vacía. En solo un par de semanas había cambiado toda mi vida, tan solo sentía

en mi cabeza aquel punto negro, ese interrogante que no resolvería hasta el sábado siguiente, cuando le diera la noticia a mis padres.

Valentina puso los brazos sobre la almohada, cruzados detrás de la cabeza. Ya tenía el bolso de viaje preparado con cuatro cosas que iba a necesitar. Amelia, dormía como un tronco a su lado. ¡Hay que ver el calor que daba esta chica, se retorció como un churro y enroscaba las piernas alrededor de las suyas! ¡Y vaya ronquidos! ¡Igual que la abuela! Su fiel Herminia les había dejado sendos vasos de leche fría encima de cada mesilla, sabía que ella no podía dormir sino lo tomaba, y se sorprendió al saber que Amelia hacía lo mismo.

—¡Hija mía! ¡No se cómo habéis albergado alguna clase de duda! ¡No hay más que veros para saber que sois como dos gotas de agua! Si hasta el pobre perro hay veces que duda de quién es su verdadera dueña.

Sin duda me encontraba feliz. ¡Una hermana, y además gemela! Pero mi preocupación era otra. No era la ansiedad de afrontar el fin de semana con los padres de mi hermana, si no que ella descubriera mi verdadero trabajo, al fin y al cabo era comisario, quizá no le fuera tan difícil averiguarlo, ahora que nos habíamos convertido en almas idénticas, en amigas íntimas, incluso en un solo ser. Y me reconcomía por dentro, por tener ese secreto guardado y no poder compartirlo con mi hermana. ¡Qué pensaría si se enterase? Quizá la perdiera para siempre, y desde luego no estaba dispuesta a arriesgarme. Tendría que preguntar a mi madre y a la abuela el modo de afrontar ese tema, seguro que ellas sabrían, siempre tenían solución para todo, al fin y al cabo decían que bajaban para ayudarme.

Herminia nos tenía preparado un desayuno de esos, que más bien parece una comida, sabiendo que éramos tragonas por naturaleza. Zumo de naranja, café, leche, fruta, tostadas, bollería, mantequilla, ensalada, embutido, huevos fritos y salchichas. Al ver aquella mesa, sonreímos a la vez y no le pusimos ninguna clase de reparo, nos acercamos a Herminia y le dimos un beso en cada mejilla las dos la vez, a lo que ella correspondió con una sonrisa de satisfacción a la vez que decía:

—Qué tengáis suerte, hijas. Que Dios os acompañe en todo momento, anoche recé para que todo salga bien, y a la vuelta tus padres queden contentos de haber encontrado otra hija.

Vaqueros, zapatillas deportivas, camisas anchas sin mangas, yo en azul y Amelia en rayas multicolores, y con la cara lavada nos parecíamos más que nunca. Durante el camino traté de tranquilizar a mi hermana, la notaba inquieta y no era para menos, no sabíamos a lo que nos íbamos a enfrentar, ni cual iba a ser su reacción al contarles lo que nos unía y al hacerles saber lo que hicieron. Después de un par de paradas innecesarias a las que accedí, notando que Amelia necesitaba estirar las piernas y hacer pis, llegamos a la casa de campo donde se había criado mi hermana.

Nada más aparcar, salieron sus padres que nos recibieron con una sonrisa, besos y abrazos. Nos hicieron pasar al salón donde su madre nos tenía preparada limonada, mientras su padre se encargaba de la única maleta que llevábamos. Nos sentamos juntas en un sofá algo desgastado, repleto de cojines de colores, a la vez que su madre se aposentaba en uno de los sillones frente a nosotras. Me di cuenta que hablaba y hablaba sin parar de cómo había sido la semana, de lo mucho que había echado de menos a su hija, de los animales de la granja, de la cantidad de leche que habían dado la vacas, y lo hacía sin fijarse realmente en nosotras, hasta que de repente y sin venir a cuento, cortó en seco la conversación para quedarse mirándonos fijamente. Se iba de una cara a otra, con un gesto desconcertado y diría que algo angustioso.

—¿Pasa algo mamá?

—¿Cómo dices?

—¿Qué si te pasa algo? Te has quedado muy callada.

—Os parecéis mucho.

—Eso dicen.

—Si no fuera por el color de pelo, se podría decir que sois hasta hermanas.

¡Qué cosas!

—¿Gemelas?

—¡Tanto como gemelas! ¡Qué tontería, hija! Sí que os parecéis, sí. Un poco de diferencia en la altura, y no te molestes, Amelia, pero tú estás algo más gordita. ¿Y los ojos? Azules las dos, aunque los de Valentina son más intensos, y la nariz también es algo más ancha que la tuya. Pero sí, hija, sí, os parecéis. Os dais un aire.

—Mamá.

—Dime, cariño.

—¿Y si no fuera imposible? ¿Y si te dijera que Valentina es mi hermana?

—¿Cómo va a ser tu hermana? ¡Ay que ver las bobadas que se te ocurren! Digo yo, que si fuera tu hermana, yo lo sabría, ¿no?

Observé cómo el padre de Amelia se había quedado inmóvil, fijo con un gesto de consternación, justo en la puerta, escuchando nuestra conversación.

—Mamá, lo sé todo, no te molestes en negarlo porque lo he comprobado en comisaría. Me comprasteis, sabías que éramos gemelas, por eso nos elegiste, para que la madre de Valentina no sufriera tanto y por eso también me llamo Amelia, como mi verdadera madre, supongo que me pusisteis ese nombre para acallar un poco vuestras conciencias.

—¡Pero, hija! ¡Qué tonterías estás diciendo! ¡Hermanas gemelas! ¡Y que te compramos! ¿Estás loca? Pedro, ¡di algo! ¿Pero que le está pasando a esta niña? ¿Es una broma? Porque si lo es, desde luego es de muy mal gusto.

—Vaya, pensaba que esto iba a ser más fácil. Te juro, mamá, que no voy a reprocharos nada. Sé por lo que pasasteis y las ganas que tenías de un hijo que nunca llegaba, y hasta cierto modo te comprendo. ¡Quién sabe! ¡Quizá yo hubiera hecho lo mismo! Sobre todo después de que el médico que dijera que

no había remedio alguno que era estéril.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿De dónde te has sacado que soy estéril? Es cierto, que tardaste en llegar, pero de estéril nada. Y si no tuvimos más hijos fue, porque no quisimos.

—No es eso lo que me dijiste la semana pasada, mamá. Si recuerdas, me contaste que lo intentaste muchas veces y que Dios no tuvo a bien enviarte otro hijo.

—No recuerdo nada de eso.

—Puedes seguir negando, mamá, puedes decirme lo que quieras, siempre has sido bastante obstinada. ¡Pero la verdad! No creía que tanto. Te inventaste un parto en casa que jamás se llevó a cabo, incluso una comadrona que nunca existió. No me parezco en nada a vosotros, y según tú, los ojos azules los heredé de una antepasada de la que nadie ha oído hablar en absoluto.

—¡Vamos a ver, cariño! —dijo Pedro—. Si fuera como tú dices, ¡te juro por lo más sagrado que te diríamos la verdad! Pero es que no sé de dónde has sacado esas ideas. Yo mismo estuve en el parto, en nuestra cama, vi como nacías y como te pusieron inmediatamente en los brazos de tu madre. Fue un 13 de junio a las ocho de la mañana, después de una larga noche llena de espera e ilusión y aunque tu madre sufrió lo indecible para traerte al mundo, nada más ver tú cara, nos colmaste de felicidad. Nuestra vida ya estaba completa. No necesitábamos más. Y eso de que tu madre es estéril, ¿de dónde te lo has sacado? Fue nuestra decisión no darte un hermano, no queríamos que te faltase de nada. Quizá fuimos demasiado egoístas y puede que lo echaras de menos, pero queríamos darte todo lo que nosotros no tuvimos. Los ojos azules los heredaste de mi abuela, ella tenía tus mismos ojos, y respecto al nombre, cuando naciste, teníamos un montón de dudas y entonces fue cuando la comadrona que asistió a tu madre en el parto dijo: Hoy es santa Amelia, ¿no les gusta? Nos miramos y nos echamos a reír, porque efectivamente nos gustó a los dos. Después descubrimos que el 13 de junio no es santa Amelia, pero bueno, ya estabas bautizada y además es un nombre precioso. Puedes seguir en tus trece y

creyendo lo que quieras, pero te aseguro que todo lo que te estoy contando es la pura verdad.

—Si os obstináis en negarlo no seré yo la que os lleve la contraria, quiero que sepáis, que no por ello vais a dejar de ser mis padres y que os quiero como si lo fuerais de verdad, pero tengo todas las pruebas en mi mano y las he traído.

—¿Puede saberse como te has enterado de todas esas patrañas?

—Lo descubrí yo, doña Salvadora —dijo Valentina.

—No me llames así, hija, Salvadora y de tú.

—Está bien, te lo agradezco. Pues eso, que fui yo, la que lo descubrí.

—¿Y cómo?

—Es difícil de contar, no se lo creería.

—Si lo ha creído mi hija, no será tan difícil.

—Es que a su hija, según yo lo iba descubriendo, le dije dónde y cómo podría encontrar las pruebas. Quizá sería mejor que las vieras.

—Está bien, ¡enséñamelas!

Amelia sacó un montón de papeles que traía archivados por fechas en una carpeta. La muerte de mi gemela, la investigación por parte de mis padres y de la abuela Valentina durante toda su vida, las pesquisas para encontrar a la comadrona, de la cual no existía paradero alguno, ni certificado de defunción, ni partida de nacimiento, el recibo de compra firmado por ellos con la cantidad de trescientas mil pesetas que figuraban como donadas al hospital un 13 de junio, la complicidad de la enfermera y de una señora de la limpieza, plasmadas en un documento en el cual recibían una importante cantidad de dinero cada una de ellas, y lo más importante un escrito en cual se comprometían a no revelar jamás haber recibido ese dinero.

Después de leer todo lo que Amelia había traído para que sus padres no negaran la evidencia, Salvadora se levantó sin decir palabra alguna y se preparó una tila. Una vez ocupó de nuevo su asiento en el sillón solo dijo unas palabras, para a continuación levantarse y salir al jardín de la parte delantera de su casa:

—¡Todo esto es una burda mentira! ¡Jamás he firmado documento alguno! ¡Y nunca, nunca te he mentado! ¡Te lo creas o no, tú eres mi hija legítima, nacida de mí! No tengo nada contra Valentina, ni sé cómo habrá llegado a sus oídos esas falsedades, pero te aseguro, que ella no es tu hermana.

Y a continuación salió lentamente sujetando la taza en la mano, a la vez que dejaba caer las lágrimas por su cara. Pedro, al ver el estado en el que se encontraba su esposa, salió con ella, echándole un brazo por los hombros de modo cariñoso.

Amelia se acurrucó en mis brazos y se echó a llorar, la pena la invadía, y sin querer, a mí también. No soportaba ver sufrir a mi hermana, ni estaba dispuesta a consentir que nadie nos separara. Sabía que fingían, quizá Amelia, por el cariño que sentía hacia ellos no se diera cuenta, pero sabía que mentían, estaban interpretando una especie de teatro delante de su hija, para con ello, conmover sus más hondos sentimientos. ¿No habría sido más fácil confesarlo todo? Ninguna de las dos iba a reprocharles nada, y solo Dios sabía la falta que me hacían unos padres.

Cuando separé mi cara de la de mi hermana para acariciarla el pelo y tratar de calmar su dolor, me di cuenta que en los sillones que antes habían ocupado Salvadora y Pedro, se encontraban mi madre y la abuela Valentina.

—¿Qué es eso de que te hacen falta unos padres nuevos? ¿Qué crees que no te escuchamos? Pues sí, lo hacemos. Estamos nosotras, ¿o lo habías olvidado? Antes de que nos contestes te diré que son dos falsos, dos personas incultas que han tenido a mi pobre nieta ordeñando vacas toda la vida. ¿Cómo se atreven a decir que no han tenido más hijos para dárselo todo a Amelia? ¿Qué es lo que le han dado? ¿Y qué le van a dejar? ¿Un pedazo de tierra lleno de boñigas? ¿Y una casa que huele a choto, con unos muebles del año de la polca? Ni lavavajillas

tiene, ni una criada que le eche una mano, son de otra clase, hija. ¿No te has dado cuenta? Amelia ha sabido salir adelante porque ha heredado su inteligencia de nosotros, al igual que tú, por eso ha logrado el puesto de comisario siendo tan joven, porque lo lleva en los genes, tiene la dedicación de tu padre, la soltura de tu madre y mi inteligencia.

—¿Has visto cómo iba vestida Salvadora? Llevaba una batita gris y unas zapatillas de esas de cuadros de los pueblos. ¡Miente como una bellaca! ¡Ahora eso sí, disimular, se le da un rato bien! Y a su marido le tiene comido el tarro. ¡Dios mío! ¡Pobre nietecita mía! ¡Dónde fue a caer! ¡Gente malintencionada! ¡Por qué lo niegan? ¡Si la pobrecita Amelia estaba dispuesta a quererlos! ¡Ayyy, qué pena tenemos! Bueno, no es la misma pena de la tierra, es de otra manera, pero sí, se podría llamar así.

—¿Valentina están ahí?

—Sí, están las dos. Mamá y la abuela.

—¿Qué hacen?

—La abuela me dice que todo lo que dicen tus padres es mentira y mamá intenta acariciarte el pelo, aunque no lo consigue, creo que no pueden tocarnos.

—¿Pregúntales que hago?

—Ya lo he hecho, Amelia. Dicen que al fin y al cabo te han criado y que lo más importante para ellas es que tú no sufras, saben que les quieres mucho y no es nada fácil aceptar una situación así. Creo que lo mejor que puedes hacer es reconciliarte con ellos. Lo cierto es que te quieren como a una hija, y aunque sigan negando la evidencia, tú y yo sabemos que somos hermanas y nadie nos va a separar.

—¿Qué buena eres, Valentina!

—Creo que deberías salir, darles un beso y decirles que les crees, que son tus

padres y que les quieres por encima de todo. Es lo que me está diciendo la abuela que te diga.

—Dile a la abuela y a mamá que las quiero mucho. ¡Quiero verlas! ¡Soy su hija y su nieta! Y que seguiré su consejo.

—¡Todo a su tiempo! Eso es lo que me han dicho que te transmita.

Después de un gran abrazo y mil perdones por parte de mi hermana hacia sus padres, parecía que todo había vuelto a la normalidad. Los padres de Amelia se fundieron en un abrazo con las dos, que hasta a mí lograron conmovirme. Por mucho que dijera la abuela, estaba a falta de unos padres y de una nueva familia, no se daba cuenta de que las había perdido demasiado pronto.

Pusimos la mesa para la cena entre las dos. Amelia puso música, Salvadora había puesto los cinco sentidos en prepararnos un ágape, que aunque no reunía las condiciones exquisitas a las que yo estaba acostumbrada, tengo que decir, que me chupé los dedos, cosa que en esa casa estaba totalmente permitido.

Unos entrantes a base de ibéricos, sopa castellana y unas chuletillas de cordero lechal con patatas recién fritas que casi me hacen llegar al placer absoluto. Para postre tarta de queso elaborada con leche recién ordeñada de las vacas. ¡Eso me podía! ¡No había remedio! Una buena comida me desbarataba, no tuve más remedio que levantarme y plantarle dos besos a Salvadora para convertir aquella cena en una felicidad completa.

—Quiero que sepas, que desde este momento, eres otra hija para nosotros.

No sé si fue por el licor de endrinos que preparaba ella misma, y del que había degustado tres copas, o por la forma que tuvo de llamarme hija, que dejé correr mis lágrimas con un sentimiento que me inundaba, al poder sentir que alguien tangible, al que podía tocar con mis manos, y además besar, se preocupara por mí. Hacía mucho tiempo que esos sentimientos no afloraban en mi interior. Al verme llorar, Amelia sintió ese contagio que sienten las hermanas gemelas que se quieren de verdad y me abrazó llorando. Creo que las dos encontramos un

mismo sentimiento: ¡Teníamos dos familias! Y rogaba constantemente porque la abuela y mi madre se dejaran ver, para que Amelia pudiera contemplarlas y sintiera lo que yo sentía al verlas.

Salimos al jardín delantero, yo con la cuarta copa de endrinos en la mano, y nos sentamos en un balancín de esos que salen en las películas americanas que todos tienen en el porche. En frente se sentaron Salvadora y Pedro en unas tumbonas, que aunque algo viejas, seguían intactas.

—Valentina, cariño, ¿querrás contestarme a una pregunta?

—Claro que sí.

—Sé que deberíamos olvidar lo que ha pasado esta mañana, pero me queda algo de duda. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que había comprado a mi hija?

—Es que...

—Mamá, es difícil de entender, vas a pensar que estamos locas —dijo Amelia.

—Bueno, solo tenéis que probar, ya decidiré yo si los estáis o no.

—Pienso que tienen derecho a saberlo, Valentina ¡Cuéntaselo por favor!

Me serví la quinta copa de endrinos y algo ida, dejándome llevar por el alcohol que inundaba mi mente, dije:

—Está bien. Conocéis mi historia. Sé que os la ha contado Amelia, la muerte de mi padre, de mi madre y de mi abuela, y que me quedé sola, sin familia, tan solo al cuidado de mi querida Herminia, que es como una madre para mí.

—Lo sabemos, cariño.

—Bueno, sé que lo que os voy a decir os va a parecer inverosímil y vais a pensar que estoy loca, incluso que soy una mala influencia para vuestra hija, yo también creería lo mismo, incluso cabría sospechar que por falta de cariño me

imagino las cosas que me pasan, pero no es así, es tan real como la vida misma. No sé porque me pasa a mí, creo que hay personas a las que también les sucede, pero como a mí, nadie las cree.

—¡Vamos hija, suéltalo ya!

—Mi madre y mi abuela Valentina se me aparecen, hablan conmigo y me cuentan cosas reales, cosas que después suceden.

—¿Las puedes llamar?

—No, solo bajan cuando ellas pueden.

—Está bien, cariño. No pienses que no te vamos a creer, a mi abuela también le pasaba algo así y yo siempre la creí.

—¿De verdad me creen?

—Desde luego es algo insólito, pero cosas más raras pasan en esta vida. ¡Y quien somos nosotros, unos pobres paletos, para no creerte!

—No digas eso, Salvadora, tú no eres ninguna paleta.

—¿Han sido ellas las que te han dicho que sois gemelas?

—Sí.

—¿Y eso fue porque a tu madre le robaron a tu hermana, no?

—Sí, así fue.

—Estará hecha polvo la pobre.

—Sí, sigue fatal. Aunque dicen que donde están sentirse mal es de otra manera.

—¿De qué manera?

–Me lo explican pero no lo entiendo.

–Está bien, cariño. Si fuera posible que vinieran estando nosotros.

–Bajan cuando pueden, o cuando quieren, la verdad es que lo sé a ciencia cierta.

–Vale, no te preocupes por eso. Creo que va siendo hora de irnos a dormir, os he preparado una habitación doble, la de la buhardilla, ya que por lo que veo no queréis separaros ni por la noche.

–Gracias, mamá, eres un encanto.

–Salvadora.

–Dime, Valentina.

–Están aquí.

–¿Quién está aquí?

–Mi madre y la abuela Valentina. Cómo querías que bajasen han decido hacerlo.

Mi hermana Amelia miraba hacia todos los lados tratando de cerciorarse de su presencia, al igual que Salvadora y Pedro, pero por lo visto a la única que hacían gala de su presencia era a mí, cosa que me tenía bastante disgustada, pues la verdad, parecía una loca.

–Me preguntan que expliques por qué Amelia tiene una mancha en la cadera en forma de luna, al igual que yo.

–Esas cosas no prueban nada, son demasiado comunes.

Dicen que no tienen nada contra ti, aunque sufrieron mucho tratando de encontrar a mi hermana, mi madre casi se muere de pena.

—¿Puedes preguntarles algo?

—Claro que sí, lo que quieras.

—¿Dónde viven ahora?

—No te molestes en hacerles esas preguntas, ya se las he hecho yo, y no les está permitido contestarlas.

—¿Cuál fue la hora exacta del nacimiento de Amelia?

—Mi madre dice que no estaba en ese momento como para ver la hora, pero que el médico que asistió al parto dijo que Amelia nació a las ocho en punto, con muchas prisas porque yo la empujaba con los pies y que yo salí a las ocho y cuarto, y que la abuela Valentina fue la primera en cogernos a las dos.

—Cierto, mi Amelia nació a las ocho de la mañana.

—¿Puedes preguntarles cual era el juego favorito de Amelia al cumplir los tres años, y que después se convirtió en una especie de obsesión? —dijo Salvadora.

—Los puzles.

—¡Santo Dios! ¿Cómo pueden saberlo?

—Te lo he dicho, Salvadora, ellas lo ven todo.

—¿Cómo se llamaba el primer colegio al que la llevé?

—La Sagrada Pastora.

—¿Y su primera amiga?

—Aurora.

—¡Dios mío! ¡Esto no puede ser posible!

—Me están diciendo que les encantaría mostrar su físico, pero no pueden, son normas de arriba, incluso tiene que pasar un tiempo para mostrarse a Amelia, pero lo harán cuando llegue su momento. Me cuentan que Pedro tuvo una novia antes de conocerte a ti, que se llamaba Antonia, pero que te vio en la feria del ganado y ya no pudo pensar en otra cosa. Hasta el padre de la chica fue a pedirle dispendios a lo que él se negó, alegando que jamás había pedido relaciones a su hija. Dicen que le preguntes a Pedro si es verdad, porque ellas están seguras de que tú no sabes nada de eso.

Pedro bajó la cabeza y lo único que se ocurrió decir fue:

—Todo eso es cierto, Salvadora, tan cierto como que estoy aquí en este momento.

—¡Dios mío! Si por lo que escucho a través de tu boca, me hace pensar que ellas están aquí, ¿cómo dicen que mi Amelia es su nieta cuándo no lo es?

—Dicen que sigues negando lo evidente.

—No es verdad.

—Está bien mamá, mañana será otro día. Dice Valentina que se han ido. Realmente me da lo mismo que sea verdad o no lo sea, vamos a dejarlo, vosotros sois mis padres y siempre lo seréis y os quiero, os quiero mucho.

—¡Dame un abrazo, cariño, y tú también, Valentina!

Los padres de mi hermana nos habían preparado una de las habitaciones de la planta alta. Tenía dos camas con dos colchas iguales de florecitas, al igual que las cortinas, una mesilla en medio con una lamparita con una tulipa forrada de la misma tela. En la pared encima de cada cama dos cuadros con unas santas, que no sabía quién eran, pues la verdad es que yo en santos no he estado nunca demasiado puesta, pero Amelia dijo que eran: Santa Águeda y Santa Cecilia. En la pared del frente una cómoda de madera de esas de estilo años sesenta con cajones y un espejo repujado, con estampitas de santos sujetas al cristal. Desde la ventana se podía apreciar una bonita vista del jardín y al fondo un bosque

repleto de pinos. Amelia sacó nuestra ropa interior de la maleta y la metió en uno de los cajones de la cómoda, a continuación colocó, los pijamas encima de la cama y las zapatillas sobre la alfombra colocada entre las dos camas. Le di un beso a mi hermana, y después de las cinco copas que me había echado para el cuerpo, creo que me quedé dormida inmediatamente.

Un aroma a café recién hecho me llegó de la planta de abajo. Abrí los ojos y comprobé que Amelia ya se había levantado. Miré un momento el móvil, las nueve. Seguro que para ellos, que madrugaban tanto, ya sería media mañana. Salté de la cama y sin tan siquiera lavarme la cara, bajé siguiendo la llamada del café. Amelia y Salvadora estaban sentadas en la mesa de la cocina. Una bandeja con unos bollitos recién horneados que olían a gloria, una bandeja de ibéricos, tostadas, mantequilla, mermelada de varios sabores, zumos varios y un plato esperándome en mi sitio con dos huevos fritos, me levantaron el ánimo y me quitaron de un golpe la resaca.

—Come Valentina, hija, que están recién hechos.

—Pero, Salvadora, no te has fijado en mis lorzas. ¡Madre mía, y quien se puede resistir a todo esto!

—Yo no, desde luego. Me he comido dos huevos con tocino, dos bollos, una tostada y dos cafés.

—Amelia, no podemos seguir así, que comemos como fieras.

—¿Y qué tenéis pensado para hoy? ¿Conoces Segovia, Valentina?

—Sí, he estado varias veces.

—¿Y si vamos a pasar el día a la Granja?

—Pues mira, por mi genial, porque allí no he estado.

—Mientras os vestís os preparo bocadillos, algo de embutido y estos bollitos que han quedado.

—Mamá, por favor, deja ya de embutirnos. Ya pararemos a comer por ahí.

—De eso nada, os lo meto en una bolsa que en el coche no abulta nada.

—¿Por qué no venís con nosotras?

—Deja, deja, menuda paliza, y con las cosas que tengo que hacer por aquí. Id vosotras y divertíos, que a eso habéis venido a pasarlo bien.

Nos pusimos cómodas, yo me recogí el pelo en una coleta alta y me puse una gorra, Amelia se echó el pelo hacia atrás con gomina, para estar más fresca. Metimos el cargamento de comida en el coche y después de despedirnos de Pedro y Salvadora enfilamos para la Granja.

En unos 15 minutos habíamos llegado a nuestro destino. Me quedé embobada cuando vi tanta belleza. ¡Alucinante! Amelia fue a sacar unas entradas para que nos mostraran el interior del palacio, pero antes me comí un bocadillo de chorizo con una Coca cola, me percaté que me había entrado hambre al contemplar el encanto y perfección que se abría ante mis ojos. Después de esperar una cola de mil demonios, por fin entramos con un grupo de japoneses que hablaban en japonés, no es que los japoneses hablen en arameo, sino que al escucharlos hablar en japonés me di cuenta que no sabían nada de español, con lo cual no se iban a enterar de las explicaciones del guía. ¡Bueno, y realmente a mí que me importaba! A veces me da por pensar unas cosas. Un chico estupendísimo, encantador y guapísimo comenzó a darnos explicaciones sobre el palacio. Nada más empezar con la retahíla, me di cuenta que la abuela Valentina se encontraba al lado del chico buenorro, interesadísima en sus explicaciones. Le hice una seña, pero nada, insistí, y siguió haciéndose la tonta, le saludé con la mano a la vez que le chistaba y tampoco.

—¿Le ocurre algo, señorita? Señorita, sí, usted, usted, la que no para de hacerme señas.

—¿Me dice a mí?

—Sí, claro, lleva usted un rato tratando de decirme algo.

—¿Yooo?

—Sí, sí, usted.

—¿Qué haces, Valentina? ¿Quieres dejar de hacer tonterías? Es verdad que llevas un rato haciendo bobadas y chistando.

—Jolín, Amelia, es que está aquí la abuela.

—¿Me ha oído, señorita?

—Sí, sí, perfectamente. Pero no era a usted a quien yo llamaba.

Instintivamente, el guía buenorro volvió la cabeza para comprobar si había alguien detrás de él.

—¿Y entonces a quién chistaba, a Felipe V? Es solo una pintura, señorita, no puede contestarle.

—¡Ayyy, qué graciaaaa! ¡Ayyy, qué me parto! ¡Qué chistoso es usted! ¡Quiere dejar de decir tonterías y dedicarse a hacer su trabajo!

—Felipe V se enamoró de estas tierras y compró los terrenos. Mandó construir un palacete para pernoctar en los días de caza, pero fue después con su segunda esposa, Isabel de Farnesio, cuando ampliaron y mandaron hacer los maravillosos jardines estilo versallesco y el monumental palacio de arquitectura palatina. Se convirtió en residencia de verano de todos los monarcas hasta Alfonso XIII.

—No sabes lo tacaña que fue Isabel de Farnesio, hija. Tacaña y perversa, y lo sigue siendo, no sé cómo el de arriba la deja vivir con nosotros, no lo entiendo la verdad —dijo la abuela.

—Sería porque construyó este palacio y estos jardines tan estupendos.

—¿Y eso qué? Con dinero, todo se puede. ¡No te haces a la idea como le hizo la

vida imposible a su hijastro! ¡Hasta que no metió en el trono a su hijo, no paró la lagarta, que era una lagarta.

—¿A Carlos III?

—A ese mismo.

—Valentina, quieres callarte, te está mirando todo el mundo.

—¿Quiere saber usted algo sobre Carlos III, señorita?

—No.

—Como estaba preguntando usted por él.

—No era a usted a quien preguntaba.

—Pues siempre que habla me mira usted a mí.

—Qué chico más memo, Valentina, qué metomentodo, todo lo que te vaya a decir te lo puedo contar yo, cariño —comentó mi abuela.

—Ya, ya lo sé, pero esta un rato buenorro.

—¿Quién está buenorro, señorita, Felipe V o Carlos III?

—Valentina, por favor, dile a la abuela que se vaya.

—¿Dónde está su abuela, señoritas?

—Fíjate si era agarrada la Farnesio, cariño, que cuando se murió, encontraron un dineral y un montón de joyas que tenía escondidas. ¡Hay que ser tacaña! Y el pueblo, seguramente, pasando hambre.

—Pues sí, en eso tienes razón.

—Claro que la tengo señorita.

—Oiga, quiere usted dejar de hablar conmigo y seguir con las explicaciones.

—No, si no soy yo el que habla con usted, es usted la que habla conmigo.

—Lo que te digo, cariño, tonto de remate —dijo la abuela.

—Un poco tonto si es, la verdad. ¡Pero está tan bueno!

—¿Eso va por mí? ¿Me está usted llamando tonto?

—No, yo no he sido.

—¿Ah, no? Pues se lo acabo de escuchar.

—Ha sido mi abuela.

—¿Qué abuela?

—La verdad es que tiene razón la abuela, es usted un poco tonto.

—¡Valentina, vámonos de aquí! Nos van a tomar por locas.

—Abuela, nos vamos, cuando puedas nos terminas de contar la historia.

—Sí, cariño. Cuando baje con tu madre os la contaremos entre las dos.

El guía buenorro no paraba de volver la cabeza y mirar hacia todos los sitios, sobre todo al que yo dirigía la mirada, que era precisamente detrás de él.

—Adiós, señoritas, es una pena que tenga usted una abuela imaginaria y ande un poco chaveta de la cabeza, con esos ojos tan bonitos.

—No le hagas caso, cariño, que te está engatusando.

—¡Abuelaaa! ¡Vete, anda! ¿No ves que está como un queso?

—Eso, eso que se vaya ya su abuela. Y a propósito, ¿quién está como un queso?

—Pues usted, leche, quien va a ser.

—Aquí al lado hay una cafetería, tardaré más o menos una hora, si fuerais tan amables de esperarme os invitaría a comer.

—Claro que te esperamos. Eso está hecho, ¿y no tendrás algún amigo?

—Por supuesto que lo tengo, en una hora estamos ahí los dos.

—¿Te has vuelto tarumba, Valentina!

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Es que tú no ligas nunca?

—Cualquier día nos encierran en un manicomio. La verdad es que está que no veas el tío. ¿Y si el amigo es una birria?

—Pues que nos inviten a comer y nos largamos.

—Vale.

Nos sentamos en una terraza con una gran sombrilla y un ventilador de esos que echan agua, pedimos dos vinos blancos bien fríos y una ración de bravas para ir abriendo boca, mientras esperábamos a nuestros adonis. Al recordar el episodio del palacio nos entró a las dos un ataque de risa de esos contagiosos. ¡Anda que la abuela elegía unos momentos para bajar a vernos! No se daba cuenta de mi situación, era imposible mantenerme callada, mientras ella no paraba de preguntarme cosas, y siempre lo hacía cuando más gente había, ¡claro cómo a ella la única que la ve soy yo! No tardamos ni diez minutos en hacer gala de las bravas que estaban buenísimas, no nos atrevimos a pedir nada, no fueran a pensar los chicos que éramos unas gordas tragonas, y aunque el estómago me rugía, me aguanté y lo arreglamos con un segundo vino y unas cortezas. Nada más dar el primer sorbo, vimos llegar a nuestra cita. Si el guía estaba bueno, el amigo, estaba todavía mejor. El encargado de los turistas, era alto rubio, ojos grises y un cuerpazo que quitaba el hipo y su amigo igual, pero en moreno. Aparentaban unos cuarenta y tantos y vestían de modo informal, aunque algo pijos, porque yo entendía de algo era de marcas, y desde luego, los vaqueros

eran buenos y los polos de Lacoste.

Se sentaron y pidieron cerveza, el guía dijo llamarse Guillermo y el morenazo Rubén. Después de otro vino y dos raciones de queso y jamón, dijeron de ir a comer al parador, donde sabían que nos iban a dar una comida estupenda. Nosotras a pesar de las tres raciones y la media barra de pan, todavía nos pedía el cuerpo algo más, así, no pusimos pega alguna a su sugerencia.

Pedimos una buena ensalada y cochinillo para todos, acompañado con una botella de Ribera del Duero. Nosotras nos lo comimos absolutamente todo. El camarero nos mostró unos postres de la casa de elaboración propia, que solo de escuchar sus nombres se me hizo la boca agua.

A lo largo de la comida nos percatamos, ampliamente, de que Guillermo estaba quedadísimo conmigo y Rubén con Amelia, que continuamente le miraba embobada y le ponía ojitos, moviendo las pestañas como hace Minny en las películas de Mickey Mouse. Nos pusieron al día de sus vidas. Guillermo, había estudiado turismo y llevaba la dirección de la ruta turística del palacio de la Granja, los dos vivían en Segovia capital, compartían un piso en el centro. Rubén era ingeniero de telecomunicaciones y trabajaba para la central de conexión de redes de la zona. Los dos estaban solteros y por lo que me di cuenta, difíciles de cazar. Se hicieron amigos por casualidad, en una fiesta en la que coincidieron nada más llegar a Segovia. Rubén era de Bilbao y Guillermo de Pamplona. Nosotras también les pusimos al tanto de nuestras ocupaciones y por supuesto les dijimos que éramos hermanas gemelas, sin entrar en más detalles.

—¡Ay, madre qué rico todo! Creo que me voy a decantar por el arroz con leche con costra de chocolate, aunque también me gusta la tarta mil hojas de nata y fresa. ¡Los dos, que me traigan los dos!

—Pues yo también, Amelia, el arroz con leche seguro, pero en vez de la tarta mil hojas prefiero la de tres chocolates.

—Oye, ¿vosotras coméis siempre tanto?

—No, siempre no, es por no hacerlos un feo.

—Ah, pues muchas gracias.

—Bueno, Valentina, ¿me vas a contar de qué iba el espectáculo que has formado en el palacio?

—Pues, debería, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no me ibas a creer.

—Prueba.

—Deja, deja, mejor hablamos de otra cosa.

—No, estoy empeñadísimo en saber lo que te traías entre manos.

—Me tomarías por loca.

—Te prometo que no.

—Está bien.

—Valentina, estarías más guapa callada.

—Déjame, Amelia, ya que insiste se lo voy a contar. Hablaba con mi abuela.

—¿Y dónde estaba? Yo no la he visto.

—Nadie la ve, solo yo. Lleva muerta muchos años.

—Valentina, hemos pedido tres botellas de vino y vosotras solitas os habéis bebido dos, así que tranquilas, que nosotros nos vamos a creer todo lo que nos digáis.

—¡Serás capullo! Te he dicho que me ibas a tomar por loca y tú has insistido.

—¿Y tú también la ves Amelia?

—No, yo no, solo ella.

—¿Y eso por qué?

—Es largo de contar, pero si no la queréis creer, allá vosotros. Os aseguro que la abuela y mi madre se le aparecen.

—¿También vuestra madre?

—Sí, también, a veces las dos juntas.

Me di cuenta enseguida de cómo se miraban entre ellos, al igual que me estaba dado cuenta de lo bolinga que estábamos, en cuanto me levanté de la mesa. Rápidamente pasaron a la acción y nos invitaron a tomar una copa en su casa. Yo me negué rotunda al notar mi estado tambaleante, pero la guarrona de Amelia les plantó un sí contundente, alegando que nos dejaran aunque fuera un sofá para dormir la mona.

Decidieron llevarnos en su coche, ya que el estado en el que nos encontrábamos no era el adecuado para conducir.

El apartamento estaba amueblado con muchísimo gusto, dos dormitorios con sendas camas enormes, un salón gigantesco con unas cristaleras que daban a una amplia terraza desde donde se contemplaba casi todo Segovia.

Sin decir nada, Amelia se me aposentó en uno de los dormitorios y prácticamente cayó encima de la cama boca abajo, quedándose profundamente dormida. Cuando se despertó estaba anocheciendo y se dio cuenta de que a su lado un chico moreno espectacular la miraba, tumbado a su lado sin más atuendo que unos gayumbos de color negro, que le hacían, si cabe, aun más atractivo. Y ella con sus braguitas tanga blancas, sin vaqueros, ni camisa, ni nada de nada, dejando ver todas sus espectaculares lorzás, que debían de ser del

agrado del morenazo que no paraba de mirarlas de arriba abajo. Instintivamente se tapó con la sábana.

—¿Puede saberse quién eres? Y ¿qué hago yo aquí?

—Soy Rubén, hemos comido juntos.

—¿Solo hemos comido juntos, o hemos hecho alguna cosa más juntos?

—¿No crearás que me iba a aprovechar de ti, con la castaña que llevabas encima?

—No, pero bien que te has dado prisa en quitarme la ropa.

—Es que con todo lo que has comido te explotaban los pantalones.

—¿Y mi hermana?

—Sigue dormida y Guillermo duerme también.

Se acercó a ella y mientras le acariciaba el pelo, le quitó la sábana de encima. Comenzó con unos besitos suaves en el cuello, a la vez que le decía lo bella que era. Comenzó a derretirse y a deshacerse, creo que ya no quedaba nada de ella cuando su boca bajó de su cuello y sus manos se aferraron a su espalda empujándola hacia arriba. La besó largamente en los labios. Ya había languidecido del todo, no encontraba su voluntad, ni el poco seso que le quedaba. Sintió como se echaba encima de ella, se quitó esos calzoncillos tan monos y notó algo encima de sus tangas queriendo colarse por un ladito. Ella, la pobre, que estaba como la dama de las camelias en la escena de su muerte, le hizo un huequecito con la mano. El empujaba pero no atinaba, seguía empujando, pero no había manera, aquello no quería entrar de ninguna manera. Hasta que su mente recuperó la consciencia y le gritó:

—¡Soy virgeen!

Al escuchar aquello, Rubén dio un salto y se sentó sobre su lado de la cama.

—¿Cómooo?

—Que soy virgen.

—¿Pero eso como puede ser?

—Pues ya lo ves, te habrás dado cuenta que tu cosa no entra ni patrás.

—Oye, vamos a ver, ¿tú cuántos años tienes?

—43.

—¿Y cómo es que sigues siendo virgen?

—Cosas de la vida.

—A mí me parece que no estás tan mal, algo gordita, pero apetecible.

—¿Pues claro que no estoy mal! ¡Está bien, desvígame!

—Pues no sé qué decirte.

—¿No te ves capaz?

—No, si yo por intentarlo, pero es que a lo mejor con esa edad, va a costar trabajo.

—No te pases, vamos empieza otra vez.

Volvieron a la carga, con los besitos y caricias, esta vez la despojó del tanga para darle más facilidades a la cosa. Sus manos comenzaron a acariciarla por dónde nadie lo había hecho nunca. Estaba en un estado de esos de cuando Buzz

Lightyear dice: ¡Hasta el infinito y más allááá! ¡Madre mía! ¿Por qué no habré practicado estas cosas antes? Le agarró la cara con las dos manos y le plantificó un beso en los morros de esos de película, de esos que dejan sin respiración. Ella notaba como aquella cosa iba creciendo e intentaba colarse,

por donde jamás se había colado nada.

–Vamos, hombre, empuja un poquito más.

–Si lo hago, te lo prometo. Pero es que, chica, lo tienes como cosido.

Ella puso la mano en aquella cosa que se había crecido a una velocidad emergente y trató de empujarla hacia dentro, hasta que por fin entró.

–¡Ayyy! ¡Lecheee! ¡Qué dañooo! ¡Me cago en tóóó!

–¿La saco?

—¡Noooo, joer! ¡Ahora que ha pasado lo malo, ni se te ocurra!

Aquel morenazo comenzó a moverse y a moverse con un ritmo gimnástico y emergente, metió sus manos detrás de su espalda, como intentando que ella no se moviera igual, pero por lo visto no lo hacía bien, cuando él subía, ella bajaba. ¡Madre mía, que lío! Así que de cualquier manera y por voluntad propia, creo que le pidió el cuerpo que cruzara las piernas por su espalda y se quedó como colgada de un andamio, como si fuera un mono cuando suben a los árboles, pero eso debió de dar un resultado estupendo, porque a la quinta embestida aquello fue como un estallido que le nubló el cerebro, y le paralizó las extremidades, le agarrotó las manos y le dejó cara de tonta mirando al techo como si un volcán imaginario hubiera explotado encima de ella. ¿Sabría la gente que pasa esto cuando haces estas cosas? Se preguntó: ¿Estará mi hermana enterada? Seguro que no, porque si lo supiera estaría enganchada a todas horas. Al momento sintió como aquel morenazo, cerraba y abría los ojos, se le ponían en blanco y embestía sobre ella con una fuerza descomunal, mientras gritaba:

—¡Ameliaaaa! ¡Ayyy! ¡Te quierooo! ¡Ameliaaa! ¡Eres míaaa! ¡Míaaa!

Y después se calló y se dejó caer encima de ella, así, como desvencijado, como Superman cuando le enseñan la kriptonita, y así siguió como un minuto que se le hizo interminable, porque el tío pesaba un rato y sentía como si estuviera aplastada por varias toneladas. Después hizo un sonido como una especie de ¡Auuu! Se levantó y se fue derecho al baño, dejándola allí revoltijada entre las sábanas. Cuando quiso levantarse se dio cuenta que estaba algo pringosa y que en las sábanas había dejado el rastro de su virginidad. Se moría de ganas de contar el episodio pasado. ¿Lo habría hecho ella alguna vez? Pensó... Nunca habíamos hablado de ello. ¡Dios mío! De repente se percató de algo en lo que no había pensado. ¿Y si se quedaba embarazada? No sería la primera ni la última a la que le pasa algo así en su estreno. A ver calcula, Amelia, calcula. ¿Cuándo tuviste la última regla? ¿Estaría en la mitad de la ovulación? No... no sería justo... Y no, no podía ser, recordó que había usado el último tampón cuatro días antes.

El morenazo volvió a la cama y ella aprovechó para entrar en el baño y darse una ducha para quitarse de encima cualquier rastro dejado por la pérdida de su virginidad, que aunque había sido algo insólito y podría calificar de maravilloso, le había dejado dolor de tripa y de chiribingui; aunque se aplicó un poco de Betadine, que fue lo único que encontró en el armarito del baño, no logró calmar ese desasosiego que deben sentir las primerizas en tales menesteres.

Se volvió a poner su ropa y le comentó a su adonis desvirgador que tenía un hambre feroz y que debería ir a ver como andaban las cosas entre su hermana y su amigo.

—¿Pero, otra vez tienes hambre?

—Pues sí, he notado que ha sido un ejercicio muy sano, que estoy dispuesta a repetir, y por lo tanto mis neuronas me recomiendan comida y mi estómago también.

Se dirigió al salón y dispuesta a sentarse en el amplio sofá divisó desde la cristalera una imagen estupenda de Segovia, pero antes se le ocurrió pasarse por el frigorífico por si había algo que pudiera calmar los ruidos de su estómago.

Botellas de leche, zumos, bebidas isotónicas y diversos botes de mejunjes raros de esos que toman los gimnastas. ¿Pero estos chicos no comen? No sé cómo están tan buenorros si no se alimentan.

Cuando se volvió me vio totalmente vestida y arreglada, me cogió de la cintura y me dio un beso.

—¿Tienes hambre verdad?

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué tal todo?

—Ya te contaré. ¡Ha sido la caña de España! ¡Y tú?

—Más o menos lo mismo, aunque ahora es urgente que vayamos a cenar algo y llama a tus padres, estarán preocupados, no hemos llamado en todo el día. Dile que en cuanto cenemos vamos para allá.

—Bueno, chicos, ha sido todo un placer vuestra compañía, pero nosotras nos vamos a cenar.

—¿Se puede saber a qué viene tanta prisa?

—A que vuestro frigorífico está sin existencias.

—Madre mía, ¿no os habéis dado cuenta de que sois unas tragonas?

—Sí, lo sabemos.

—Bueno, vamos a darnos los teléfonos, ¿no?

—Mejor nos dais los vuestros y ya os llamaremos nosotras.

—¡Pero qué urgencia tenéis chicas! Una duchita y nos vamos con vosotras.

—No, cielo, mejor no. Tenemos prisa, nos esperan los padres de Amelia.

—¿Pero no sois gemelas?

—Es una larga historia, ya os la contaremos otro día. Chao, guapos. Nos ha encantado conoceros.

Dimos un par de vueltas y encontramos un italiano con bastante buena pinta. Amelia llamó a Salvadora para que no preparara cena, pues conociéndola seguro que ya se había puesto con la cena sabiendo lo tragonas que éramos. Mientras caminábamos cogidas de la mano, me di cuenta en la cara de tonta que llevaba mi hermana, además de lo poco habladora que estaba. Pensé que a lo mejor sería por la reacción de sus padres ante nuestra confesión y nuestras averiguaciones. Era totalmente insólita su rotunda negación ante los hechos que les habíamos demostrado con papeles, fechas, firmas, incluso con el recibo de

las 300.000 pesetas que habían pagado por conseguir a mi hermana y que Amelia había demostrado mediante un experto en caligrafía que eran sus verdaderas firmas. ¿A qué se debía tanta negación? Seguramente la querían tanto que temían perderla. Mi madre y la abuela seguían en sus trece con el asunto, diciendo que los padres de Amelia mentían. Les dije que averiguaran porque lo hacían, si era por miedo a perderla, o por alguna clase de temor que les inculpara en el robo de un bebé. También les rogué que por favor se aparecieran ante mi hermana. Tenía todo el derecho a verlas, al igual que yo. Su contestación fue: Que estaban sometidas a designios superiores que no entendería, que todas esas cosas se comprenden cuando has dejado esta vida y pasas a la otra y que por eso todavía no podían cumplir mis deseos y que ellas también estaban locas porque Amelia pudiera verlas y hablar con ellas.

El restaurante estaba situado en un sitio privilegiado, desde dónde podíamos divisar el Alcázar, la Catedral de Santa María y el Acueducto. La vista de la que estábamos disfrutando desde aquella terraza, iluminada y repleta de mesas adornadas con velas, era magnífica.

Nos trajeron la carta y coincidimos en pedir una ensalada de mozarella y unos espaguetis a la carbonara. Dos copas de vino blanco y a gozar de aquella cena y de la maravillosa vista que nos ofrecía ese lugar privilegiado. Mi hermana seguía con cara de tonta, y mientras degustábamos unos aperitivos variados de esos que ponen por cuenta de la casa, me atreví a preguntarle:

—¿Me vas a contar de una vez por qué desde que hemos salido del apartamento de los tíos buenorros tienes esa cara de boba?

—Ayyy, Valentina, ¡hemos hecho el amor!

—¿Y qué tal?

—Al principio doloroso, qué tío. Aquello no entraba de ninguna manera, pero una vez que pasó y me hizo polvo, todo se convirtió en sensaciones agradables, unas cosas que no había sentido nunca. El churruminguí me pedía más y más y al cabo de unos cuantos empujones y unas conexiones de movimientos, creo

que sentí un orgasmo.

—¿Qué quieres decir con creo?

—Pues eso, que me parece que esa sensación que he sentido es lo que se llama orgasmo.

—¿No lo habías sentido nunca?

—Jamás, era virgen

—Pero Amelia, hija, ¿en qué pensabas?

—Pues qué sé yo. Hasta ahora no te creas que me había seducido nadie y tampoco me había metido en faena como esta tarde. Nunca había llegado a tanto y me he dicho a mí misma: ¡De hoy no pasa! Y que quieres que te diga, pues eso, que me ha gustado un montón, es más, deberíamos volver a verles ahora otro ratito.

—¡Estás chalada! ¡Otra vez! No te preocupes, que ya ligaremos más veces, los tíos están locos por chingar, de eso no nos va a faltar no pierdas cuidado.

A eso de las diez volvimos a coger el coche y regresamos a casa de los padres de mi hermana. No conseguía que Amelia cambiara la cara de boba que se le había quedado después del revolcón.

—Cambia el gesto que te lo van a notar tus padres. Te has quedado con una cara de mema, que te pareces a la dama de las camelias.

—Me duele el tuchi.

—¿Qué tuchi?

—El chiribingui.

—¡Ah! Normal, hija, te han quitado la telilla, que por otra parte ya era hora. ¿Te has puesto algo?

—Un salva slip.

—Con eso vale. Estarás un poco molesta, pero mañana nada de nada.

—¡Ay, Valentina! ¿Esto lo hace todo el mundo?

—Pues creo que sí.

—No entiendo como no aumenta la población.

—Mujer, cuando le cojas el tranquillo verás que hay que darse un respiro de vez en cuando, que tampoco nos podemos ir con los primeros que encontremos como hoy. La verdad es que hemos sido un poco locas. No les conocíamos de nada.

—Si pero ahora ya les conocemos. Mañana les llamas y repetimos, si quieres te presto al mío, ya verás que bien lo hace.

—¡Madre mía, hija! ¿Te ha gustado, eh?

—Lo que me estaba perdiendo.

Llegamos en unos quince minutos. Sus padres salieron a la puerta, en cuanto escucharon el sonido del coche. Después de unos cuantos saludos y besos pasamos al salón. La noche estaba fresquita y se agradecía ver chisporrotear la chimenea, mientras degustábamos un café y el licor de endrinos que tan bien elaboraba Salvadora. Les pusimos al tanto de nuestra visita a la Granja y del paisaje tan maravilloso y de lo bien que habíamos comido. No omitimos la amistad que habíamos hecho con Guillermo y Rubén, por supuesto sin entrar en detalles, ni contar que habíamos ido a su apartamento así por la buenas.

Salvadora volvió con el tema que nos había traído a su casa, aludiendo que quería aclarar las cosas, para que no nos quedaran dudas. Dijo que en ningún momento recelaba de mí y mucho menos de su hija, pero que estaba segura de que había alguien detrás que nos estaba tratando de confundir, porque juraba y perjuraba que Amelia era su hija, que la había parido ella aquel 13 de junio y

que la comadrona que la ayudó se llamaba Aurelia y que habían estado todo día haciendo averiguaciones y habían dado con ella. Estaba vivita y coleando y vendría al día siguiente para contarles como atendió al parto de Amelia. Nos enseñaron la partida de nacimiento fechada al día siguiente del parto en el registro civil de Segovia y el certificado de bautismo de la iglesia de San Martín, situada en la plaza de Juan Bravo, donde fue bautizada Amelia, apadrinada, efectivamente, por Eulalia y Alfonso, dueños de unas de las mejores carnicerías de Segovia y a los que podíamos visitar cuando quisiéramos. No dudaban de las buenas intenciones de mi madre y la abuela Valentina y además me volvió a repetir que creía a pie juntillas sus apariciones, puesto que su abuela y su madre las habían sufrido y ella siempre las creyó. Sabía de la existencia de personas con ese don, pero podría ser que ellas fueran las engañadas, que alguien quisiera hacerles creer esa patraña, para sacarles dinero.

—Sí, mamá, si yo no digo que no tengas razón, pero existen indicios y pruebas. ¿Qué pasa con el recibo de las trescientas mil pesetas firmado por vosotros?

—Podría tratarse de una falsificación.

—¿Y la partida de nacimiento de Aurelia? No existe, jamás ha existido ninguna Aurelia López Manchado nacida en Segovia.

—Pues ella insiste en que ha nacido en Segovia, y que tiene en su poder la partida de nacimiento, es más, mañana os la enseñará. Además todo lo que contáis podría ser verdad y no tratarse de Amelia, sino de otra persona. Quizá sea verdad que tengas una hermana, pero no por eso tiene que ser precisamente Amelia.

—Mamá, por favor, razona un poco. Solo he encontrado un recibo de compra de un bebé y ese recibo está firmado por vosotros. Mis compañeros me han confirmado que están a la busca y captura de la enfermera y la señora de la limpieza que se repartieron el dinero. En cuando las encuentren tendré que tomarles declaración y cuando eso pase, no sé cómo me las voy a apañar para libraros de este lío, porque si confiesan os van a acusar de tráfico de menores, con lo cual tendré que cometer una falta grave y dejarlas libres para no

inculparos, porque de no ser así sería totalmente irremediable que acabarais en la cárcel.

—¡Pero es que no somos culpables de nada! ¡No sé de qué forma y manera decírtelo! Incluso estoy dispuesta a hacerme una revisión médica, dónde se confirme que he sido madre.

—Ya está bien, Amelia —dijo Valentina.— Lo único que nos ha traído aquí, además de conocer a tus padres, que desde luego por mi parte ha sido un gran placer, era conocer si realmente éramos hermanas, pero si esto va a ser un disgusto para ellos, es mejor que dejemos el tema. Tú y yo ya nos consideramos hermanas, me reconforta pensar que tus padres me van a considerar una hija más, y mi madre y la abuela Valentina están totalmente convencidas de que eres su hija y su nieta, con lo que sin prepararlo nos hemos encontrado con dos familias, y tú y yo con una hermana. ¿Qué más le podemos pedir a la vida? Pienso que es el momento de dejarlo, no lo lées más, deja la investigación, no sea que eso haga daño a tus padres. Y por mi parte le pueden decir a Aurelia que no venga, no necesito explicaciones. Yo sé que mi cerebro me dice que ella es mi hermana, quizá no lo sea, pero yo lo siento así, es como si estuviéramos unidas por un hilo, por una conexión inexistente, y aunque hace apenas dos semanas que nos conocemos, a mí me parece que la conozco de toda la vida y no necesito nada más.

Salvadora rompió a llorar y me abrazó. En ese momento sentí como si la liberara de un gran peso que llevara encima y no supiera como soltar, también noté como a Pedro se le saltaban las lágrimas, quizá por la misma razón, por librarse de la culpa, o quizá por todo lo contrario. Estaba hecha un lío, solo había una cosa que podía decirnos la verdad: Una prueba genética.

Después de tanto sentimiento compartido nos tomamos otro café y algún licor de endrinos de más, con lo cual los cuatro comenzamos a contar un poco de lo que había sido nuestra vida. Salvadora y Pedro nos contaron como se conocieron. Los padres de Pedro, dueños de unas pocas vacas, eran los encargados de llevar la leche a los padres de Salvadora, tarea que le encomendaban a su hijo, que ya de muy pequeño comenzó a llevar tan

encomiable labor. Salvadora le esperaba a su puerta a las ocho en punto de la mañana y así, ya de chicos, intercambiaban cromos, canicas y chapas, mientras Pedro dejaba la leche en su puerta. Así siguieron las cosas hasta que ya de mocitos comenzaron a salir a las ferias de la región, incluso acudían a algún baile cogidos de la mano, con lo que las lenguas de los vecinos se encargaron en hacerlos novios, con las alabanzas por parte de los padres de ambos. Después de la boda Pedro se hizo cargo del poco ganado que poseían los padres de Salvadora, logrando convertir lo que era una pequeña granja en un próspero negocio, con la intención de dejarle a su hija el patrimonio que ellos no tuvieron.

Valentina les refirió su feliz niñez con sus padres y su abuela. Aquel hogar donde siempre había sido tan feliz, su temperamento solitario, su afición desde pequeña al estudio de las plantas y sus ensayos de investigación que la convirtieron en una gran química, además de la carrera de abogacía que estudió un poco por genética. Su padre fue un gran abogado, y aunque nunca lo había ejercido, tampoco se había arrepentido nunca de haber cursado esos estudios. Se le saltaron las lágrimas al relatar la pérdida de todos sus seres queridos, de cómo perdió a su madre y a la abuela Valentina al mismo tiempo en aquel estúpido accidente, y como con ello perdió parte de su vida, que había vuelto a recobrar al conocer a Amelia, pues estaba segura de que jamás nada podría separarlas y que eso que sentían la una por la otra, solo podía llamarse amor filial. Amelia dejó resbalar unas cuantas lágrimas por sus mejillas al escuchar a su hermana. Ella sentía absolutamente lo mismo por ella. Fuera verdad o no, aquello había resultado un auténtico milagro, y nada ni nadie podrían impedir que dejaran de sentir lo que sentían la una por la otra.

Serían las dos de la mañana cuando nos fuimos a la cama. Estábamos agotadas. ¡Vaya día! Había resultado ser bastante completo: Cultura, chicos guapos, revolcones, buena comida y sinceridad absoluta con los padres de Amelia, que era lo único que importaba, a estas alturas ya tenía poca importancia si eran sus padres o no, había quedado clara la unión que había entre ellas y eso era lo primordial. Echó una mirada y observó cómo Amelia dormía plácidamente, después de un día tan ajetreado y mucho más para ella,

que seguía con cara de boba, incluso dormida. Se dio la vuelta y metió las manos debajo de la almohada, cuando sintió unos sonidos como de muelles que provenían de su colchón. Se dio la vuelta y allí estaban: Su madre y la abuela.

—¿Vas a dejarte convencer? ¿Piensas que tienen razón? ¿Qué nuestro trabajo fue en vano? ¿Crees que no la siento como a una hija? No tienes ni la más mínima idea de lo que he sufrido durante tantos años y lo difícil que fue saber la verdad cuando ya había fallecido, cuando nada tenía remedio, cuando estaba muerta y no podía ni tan siquiera abrazarla. ¿Crees que no me gustaría dejarme ver? Hay cosas que no podemos explicarte, hija. Porque no podrías comprenderlas desde tu mundo. Lo que para ti es toda una vida, para nosotras es un soplo, un suspiro, un momento. Por eso tengo el consuelo de que podré tenerla aquí conmigo, al igual que podré tenerte a ti. Sabemos por lo que has pasado al perdernos, lo difícil que ha sido para ti y lo que necesitas aferrarte a una nueva familia. Por eso te conté lo de tu hermana, para que no te encontraras tan sola. Pero no queremos que tengas dudas, cariño. ¿Piensas que podríamos mentirte desde donde nos encontramos? Ella es tu hermana, sois gemelas, ella fue la primera en nacer y la primera que tuve en mis brazos hasta que aquella enfermera me la quitó. Cuando me dijeron que había muerto, fue el golpe más duro que he recibido en la vida.

—Nada más entrar la enfermera a darnos la noticia, enseguida me di cuenta de que mentía, mi nieta estaba viva, lo leí en sus ojos. Tu madre se echó a llorar, te tenía en sus brazos y tuve que cogerte, porque la pobre se deshacía de pena. ¡No podía ser verdad! Nació espléndida, idéntica a ti, queriendo comerse el mundo, lloraba, como queriendo decir, ¡Aquí estoy yo! Tu padre me miró con una cara que dejaba ver la pena y la rabia que estaba sintiendo. Enseguida fue a buscar al médico y no estaba, pero no nos conformamos, quisimos ver el cadáver y nos enseñaron un certificado de defunción y nos dijeron que se habían llevado a la niña al anatómico forense, pues así era lo que dictaba la ley. Nos dirigimos allí y nos recibió una empleada que nos dijo que una vez hecha la autopsia se había dictaminado una parada cardíaca, por falta de oxigenación cerebral, al preguntarle que queríamos ver el cadáver de la niña nos contestó que lo habían

devuelto a la clínica para que los familiares comenzaran con los trámites del entierro. No sé cómo tu padre el pobrecito tuvo la entereza suficiente para enfrentarse a todo aquello. Mientras tanto tu madre se deshacía en llanto y temíamos que no le subiera la leche que tan necesaria era para tu crecimiento.

—Pero me subió, tú eras mi único consuelo. ¡No sé qué habría sido de mí si también te hubiera perdido!

Cuando la abuela y tu padre volvieron al hospital y reclamaron el cadáver, les dijeron que la niña ya había sido enterrada, que era costumbre para no hacer sufrir más a los , que ellos siempre se encargaban, incluso corrían con todos los gastos. El médico seguía sin aparecer por el hospital y tanta era nuestra desesperación que decidimos ir a su casa. Después de hacer varias averiguaciones a través de unos abogados, compañeros de tu padre, supimos donde vivía. Al vernos nos hizo entrar con mucho cariño y amabilidad y nos refirió que efectivamente el dictamen fue: Muerte por parada cardíaca, a falta del fallo de la autopsia. Nos confirmó haber visto el cadáver, aunque él no había atendido el parto, puesto que lo atendían las comadronas, a no ser que fueran partos complicados. En cuanto a lo del entierro nos dijo que eran normas del hospital. A los pocos días nos mostraron una especie de fosa común donde figuraban los apellidos de la niña, puesto que había fallecido sin bautizar.

Tu padre removi6 Roma con Santiago para averiguar la verdad y se le fue la vida en ello, pero no por eso nosotras nos quedamos paradas, seguimos y seguimos, hasta el último día de nuestra vida. Pero era como si se la hubiera tragado la tierra. Nos gastamos un verdadero dineral en contratar detectives e investigadores, pero todo fue inútil. Hasta que después de abandonar este mundo pudimos dar un empujoncito para que os conocierais, siempre con permiso, que aquí no se pueden hacer las cosas así como así. Solamente con variar un fragmento de tiempo podríamos cambiar el futuro. Pero bueno eso es otra cosa, que ya entenderás cuando llegue tu momento. Lo importante que es no dudes de nosotras y mucho más importante es que ella tampoco lo haga. Es primordial que os hagáis una prueba genética, eso dictaminará la razón y os hará sentirnos verdaderamente hermanas.

Duerme, cariño, solo queríamos que te quedaran las cosas más claras, nunca te lo habíamos explicado tal y como ocurrió. Lo único que nos preocupa es la felicidad de las dos. Pero quiero que sepas que mienten, tienen miedo de perderla, cuando nosotras sabemos que no la perderían, pero mienten, ya lo comprobarás. Al igual que te irás enterando de muchas más cosas que debes saber, pero todo en su momento.

Me quedé dormida en un segundo, no sé si se me aparecieron de verdad, o esta vez se trataba de un sueño. Estaba tan sumamente cansada, el día había sido tan completo, que mi mente no daba más de sí. Quizá fuera normal que mantuvieran su mentira, al fin y al cabo nadie podía negar que adoraban a Amelia, quizá estaban mal aconsejados, pero sobre todo les cegaba el amor que sentían por su hija y eso no era malo. Aunque el resultado de los análisis de ADN dieran positivos, ella jamás dejaría de quererles como padres, y aunque mi madre y la abuela quisieran convencerme, no habría hecho falta, ellas jamás me habrían mentado en algo así. Además había algo que me unía a ella, yo lo sabía, mi interior me decía que habíamos estado unidas dentro de mi madre y que era imposible que yo sintiera por alguien aquel cariño repentino que nacía del alma y que me decía que era mi hermana, y algo más, mi hermana gemela.

Caí en un sueño profundo, las actividades del día anterior y los acontecimientos pasados me habían dejado completamente agotada. No recuerdo tan siquiera si soñé algo, solamente sé que me desperté descansada, como si mi interior estuviera en paz consigo mismo, como si mi vida fuera ahora más perfecta que hacía solamente unas pocas semanas.

El olor a café envolvía casi toda la casa, mi hermana todavía dormía y seguía con la misma cara de mema con la que se acostó. ¡Si es que no existe nada como un buen polvo! Me levanté de la cama, me di una buena ducha y bajé a degustar el café que desprendía ese maravilloso aroma.

Salvadora con cara sonriente me recibió con dos besos y me puso en la mesa una bandeja con unos bollitos con una pinta estupenda. Hacía un día realmente espectacular, la vista desde las ventanas de la cocina eran la viva imagen de una postal. Los quercus y los abedules formando una especie de

corrillo entre ellos, situados en varios grupos dejaban que el sol de la mañana reflejara los rayos en sus hojas, que caían en el pequeño arroyuelo que limitaba la propiedad de la granja. Salvadora me echó una toquilla por encima y me empujó hacia el pequeño porche, desde donde se podía contemplar aquella vista en todo su esplendor. Nos sentamos en unos sillones de mimbre, con el café en la mano. Cerré los ojos y me dejé invadir por la maravillosa situación. Era como sentir la naturaleza en la palma de la mano. Que distinto era todo aquello de la ciudad, el silencio reinante casi se dejaba escuchar. Desde el poche salía un camino embaldosado que llevaba directamente al riachuelo que rodeaba la finca, donde Pedro la tarde anterior pescó dos truchas que Salvadora tenía marinando para asar.

—Esta es nuestra vida, hija. Te estarás preguntando cómo podemos aguantar la soledad, pero para nosotros es un gran privilegio. Valoramos el paisaje, los animales, los árboles y la naturaleza en su conjunto y damos gracias a Dios todos los días por la vida que nos ha proporcionado. Al principio fue más duro, tuvimos que sacar adelante la granja entre los dos, pero con el tiempo fuimos contratando algunos peones. El negocio se hizo más grande de lo que habíamos calculado y todo lo hicimos por Amelia. Daba gusto verla jugar por aquí de pequeña, había que ver lo que le gustaban los animales, en cuanto volvía la cabeza, ya se había metido al perro en la habitación, incluso un día se llevó a un ternerito recién nacido para bañarle al arroyo. ¡Qué muchacha esta! Lo que habrá disfrutado por estos parajes. Nuestra ilusión hubiera sido que siguiera al mando de la granja cuando nosotros faltáramos, pero hemos perdido la esperanza. Le dio por leer y leer y así pasaba el día con esas novelas de crímenes y de detectives en la mano, las llevaba a todas partes. Pero si Dios lo ha querido, por algo será, lo importante es que cada uno sea feliz con lo que le ha tocado vivir.

—Sois unas personas maravillosas, no sé cómo daros las gracias por la amabilidad y cariño con el que me habéis acogido. Y es cierto, esto es un remanso de paz, de vez en cuando conviene sentir esta tranquilidad, es como renovar el espíritu, y con lo que te voy a decir no quisiera estropear esta gran amistad que parece que ha surgido en mi interior hacia vosotros, es como si os

conociera de toda la vida, pero sigo pensando que Amelia es mi hermana. Cuando lo niegas de esa manera tan rotunda, incluso a veces me haces dudar, pero las pruebas que traemos no mienten, Salvadora. No creas que con esa negativa tan categórica quedas mejor ante los ojos de Amelia, a ella no le importa lo que hicisteis, para ella siempre vais a ser sus padres, jamás podría dejar de quereros, lo que pasó, pasó, y ya está olvidado, lo que importa es el presente y nuestro futuro como hermanas. Todo esto ha sido como un milagro, nos ha cambiado la vida a las dos, encontrarte de repente con tu otro yo, con alguien en quien puedes confiar, la otra parte de ti, es algo maravilloso, no sé bien cómo explicártelo, pero quiero que sepas que para Amelia significa lo mismo que para mí, y sería sumamente importante que dejaras de negar lo evidente, porque es como negar que somos hermanas.

Salvadora se levantó, dio un pequeño sorbo al café. Me miró y después dejó resbalar su mirada hacia el horizonte, como si su pensamiento se fundiera con aquellos árboles que casi formaban un bosque al que regaba el riachuelo, era como si hubiera entrado en contacto con otro mundo. En un tic involuntario separó unos mechones de pelo de su frente y los echó hacia atrás, parecía como si rememorara las escenas del pasado, aquellas que sabía que no volverían a repetirse. Su hija ya no era su pequeña niñita y se le estaba escapando de las manos. Allá a lo lejos se podía contemplar entre la bruma mañanera la catedral de Segovia y el Acueducto que lucía en todo su esplendor. El silbar de los pájaros se cruzaba con algún que otro balido de las ovejas que ya habían tomado camino al monte acompañadas del pastor. Aquel silencio solo era interrumpido, de vez en cuando, por el ruido que emitía la maquinaria de la granja puesta en funcionamiento desde el alba. Salvadora pareció reaccionar, envolvió la taza de café con las dos manos, como si con aquel gesto quisiera darse calor, me miró y me dijo con una mirada que pareció como si me taladrara el alma.

—El pasado, pasado está.

A continuación me arrebató la taza de café de la mano y entró hacia la cocina, donde las depositó en el fregadero, y sin decir una sola palabra comenzó a fregarlas y a pasar la bayeta por la encimera de la cocina.

Comprendí que a veces estoy más guapa callada, pero mi intención no estaba basada en querer enfadarla, lo único que trataba era hacerle comprender su mal hacer y el disgusto que con ello le estaban causando a Amelia. Creo que mis palabras acababan de estropear el buen ánimo con el que me había levantado, debería de haber pensado más las cosas. Mi forma de expresarme no le había gustado nada, la había dejado algo pensativa, más bien demasiado pensativa. Nada más escucharme su primera reacción fue alejar su mirada hacia el horizonte. El rictus de su cara había cambiado por completo, no parecía ella, era como si se hubiera convertido en otra persona, como si hubiera entrado en un pasado que por mucho que deseara, jamás volvería. Sus ojos no parecían los mismos que vi cuando nos recibió, ni los que reflejaban esa mirada cariñosa con la que me había recibido al levantarme y al ponerme la toquilla para salir al porche, ni tan siquiera sus palabras reflejaban su voz, tan afectuosa y dulce, sino más bien parecía que las hubiera pronunciado otra persona, sonaban a rencor, a amenaza o quizá a una simple advertencia. Podía ser que mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada y simplemente fuera la reacción de alguien que se ve atacada y sin salida. ¿Y si Salvadora no era tan buena como aparentaba? Pero si fuera así y Amelia lo hubiera notado, aunque tampoco tenía porque, al fin y al cabo era su hija, y quizá su comportamiento maligno solo se reflejara si alguien quisiera apartarla de ella. ¡Otra vez le estaba dando rienda suelta a mi imaginación! No debería de pensar más en ello, ni comerme el tarro, mi fantasía a veces me llevaba a otros mundos, mundos irreales que creaba yo misma, debería haberme dedicado a escribir un libro, seguro que hubiera triunfado.

Le eché un vistazo al reloj, faltaban quince minutos para las nueve, lo mejor sería que subiera a despertar a mi hermana, seguramente su presencia suavizaría las cosas. Entré en la cocina y vi que Amelia bajaba las escaleras, estirando los brazos con expresión risueña, y decía que hambrienta. Se sentó en la mesa y después de darle dos besos, Salvadora le sirvió el café y le puso la bandeja con aquellos bollitos que yo todavía no había probado y que además no me atrevía a hacerlo, no fuera que Salvadora me arreara un manotazo después de la contestación anterior y su mirada maligna, pero Salvadora ya no era la misma persona de hacía unos minutos, su semblante había cambiado por completo y

comenzaba a comportarse como la persona encantadora que me había impactado al llegar, me sirvió otro café y me invitó a comer los dulces esos que había elaborado ella misma y que olían a gloria. No creo que el cambio de su expresión se debiera a la presencia de Amelia, sino que era una especie de transformación, estaba completamente segura que en aquellos minutos anteriores en el porche, ella no era la misma persona. Tendría que preguntarles a mis progenitoras en cuanto tuvieran a bien visitarme de nuevo.

Después del desayuno subimos a vestirnos y optamos por dar una vuelta por los alrededores de la granja. Salvadora nos cogió del brazo y nos condujo por el camino que llevaba hasta el arroyo que dirigía sus aguas por entre aquella frondosa arboleda. El tiempo nos acompañaba, el sol lucía en todo su esplendor, tan solo tapado por alguna nube que paseaba de vez en cuando, dejándonos observar aquellas formas de algodón que adornan el cielo. Nos sentamos en un recodo, acogidas por los arbustos y un claro que nos permitió dejar que nuestros pies se remojaran con el agua limpia y transparente. Aquello no tenía precio. Me dejé caer sobre la espesa hierba creada por la humedad de la zona y cerré los ojos. Que distinto hubiera sido todo si Amelia hubiera estado a mi lado desde pequeña, quizá mi vida sería otra. La amargura al perder a la abuela y a mi madre no hubiera sido tan fuerte, y mi niñez totalmente distinta. Amelia se tumbó a mi lado, mientras que Salvadora sacaba del capacho de paja, los bollitos que habían sobrado del desayuno. Me senté a coger uno porque la tentación era demasiado fuerte, cuando observé que al otro lado del riachuelo, mi madre y la abuela apoyadas en sendos árboles, nos miraban sonrientes. Traté de no mirar hacia ellas, pero de sobra sabían que ya había notado su presencia.

—Ya les has contado que puedes vernos, no tienes porqué ignorarnos.

—Mamá y la abuela están aquí.

—¿Dónde? —preguntó Amelia volviendo la cabeza hacia todos los lados.

—Frente a ti, en la otra parte del arroyo.

—Ya sabemos que sigue negando la evidencia, pero no la creas. ¡Miente! No

quiere que su hija pierda la confianza en ella.

—Mamá, ¿por qué le tienes tanta manía?

—En el sitio en el que residimos no nos está permitido tener manía a nadie, así que no digas bobadas. Le tuve manía cuando estaba viva. ¿Te parece poco motivo robarme una hija? Y tenerme toda la vida buscándola, muerta de pena. Y muchas más cosas, que no debo contarte.

—¡Mamááá! ¡No me hagas esto! Si hay algo que debo saber cuéntamelo!

—No nos está permitido adelantar acontecimientos —dijo la abuela—. Ya te lo hemos dicho muchas veces, podríamos cambiar el rumbo de la historia. Tendrás que estar ojo avizor y empezar a preguntarte muchas cosas. Pero no te preocupes, cariño, darás con ellas. Eres muy lista, siempre lo has sido.

—¿Le puedo contar todo esto a Amelia?

—Deberías, y además tengo entendido que mañana vais a empezar a averiguar vuestro parentesco con una prueba de esas raras, ¿no?

—Sí, lo vamos a hacer.

—Bien, eso aclarará las dudas y esa señora tendrá que dar muchas explicaciones, muchas más de las que tú te crees. Tendrás que poner todo tu empeño en aclarar muchas cosas que no sabes, Valentina, tu hermana te puede ayudar.

—¿Cómo?

—Aprovechando el cargo que tiene. ¿No es comisaria? Pues aprovéchate del puesto que ocupa.

—¿Pero qué es lo que tengo que averiguar? ¿Y por qué ahora? ¿Por qué no me habéis puesto al día de todas estas cosas antes?

—Todo lleva su momento, hija, no se pueden adelantar los acontecimientos, solo un segundo podría cambiar el mundo. El tiempo no es importante ya lo comprobarás cuando te llegue el momento. Te hemos acercado hacia tu hermana, y no ha sido solo para que no te sintieras tan sola, sino porque ella puede abrirte la puerta a muchas dudas que se van a plantear.

Salvadora y Amelia me miraban muy atentas, metiéndose continuamente en la conversación que mantenía con mis progenitoras y tratando de que les hiciese caso y les preguntara un montón de cosas referentes a la otra vida. Yo sabía que a esas preguntas ellas no contestaban nunca, no les estaba permitido.

—Hay que ver lo que os parecéis —dijo mi madre—. Si sois como dos gotas de agua.

—Bueno, mamá, no exageres. No somos de esas gemelas idénticas, no tenemos los mismos rasgos y ella es un poco más alta que yo.

—Y menos mal que a pesar de haber sido criada por esa pécora, también tiene tu interior y tu buena fe.

—¡Amelita, te has pasado de la raya! —dijo la abuela— Ya verás la que nos va a caer. ¿Cuántas veces tienen que decirte ahí arriba que no puedes adelantarte al tiempo?

—Tienes razón suegra, no debería haber dicho nada. No me hagas caso, hija, hay veces que me dejo llevar, y es que toda la vida he tenido la lengua muy suelta, y son cosas que se nos quedan y cuesta quitarse de encima.

—¿No estará enferma?

—No, hija, no te preocupes, está como un roble.

—Vaya, me quedo más tranquila.

Me volví a mirar a Salvadora que me observaba extasiada con cara algo rara, enseguida me di cuenta de lo que se le estaba pasando por la cabeza, como

pensaría cualquiera... Que estoy como una cabra. Cuando quise recobrar la conversación con mis progenitoras, ya no estaban, habían desaparecido como por encanto. Jamás me habían dejado ver como se iban, aprovechaban cualquier momento en el que no estuviera atenta para irse, calculando exactamente el instante en que cerrara los ojos o volviera la cabeza. Tendría que preguntarles el porqué la próxima vez que bajaran a verme.

Antes de pensar seriamente en lo que habían venido a advertirme, tuve que poner al tanto a mi hermana y a Salvadora de la conversación, omitiendo por supuesto lo que más intrigada me había dejado. ¿Qué porras habían querido decir con eso? ¿Por qué tenían que venir a enredarme cuando mi vida estaba en su mejor momento? Ya sabía yo que Salvadora estaba mintiendo, de ninguna manera iba a reconocer que compró a Amelia, por lo menos hasta que le mostrásemos la prueba de ADN.

Después de ponerlas al tanto con pelos y señales de la conversación, omitiendo la ojeriza que le tienen a Salvadora, iniciamos el camino de vuelta. Pedro ya nos esperaba sentado en una de las butacas de mimbre del porche, tomándose una copa de vino blanco, acompañado de unas olivas, que tenían una pinta estupenda. Nos sentamos a tomar el aperitivo para acompañar a Pedro y de nuevo insistieron en la anterior conversación, todo su afán era saber qué había después de la muerte, si estaban en el cielo, o era otra cosa, si tenían que pagar por sus pecados, si eran ellas solamente las aparecidas, o hay también más muertos que se aparecen y porqué. No pude satisfacer su curiosidad, eran unas preguntas prohibitivas, había cosas que no podían contestar y entre ellas estaban todas esas incógnitas que los mortales tenemos para saciar nuestra curiosidad sobre el misterio más grande que tiene el hombre. ¿Qué hay después de la muerte? Desde luego otra cosa había, ellas eran la contestación a esa pregunta, pero el cómo, el porqué y el dónde, era algo enigmático y secreto.

Salvadora nos puso unas truchas marinadas acompañadas de ensalada que estaban de muerte y después tarta de queso y arroz con leche, salida del ordeño del día anterior. Tuvimos una sobremesa de tertulia bastante agradable, en ningún momento sacamos el tema de la prueba genética a la que nos íbamos a someter al día siguiente, la verdad es que estuve tentada un par de veces, pero

no quise estropear el último rato que íbamos a estar con ellos, ya llegaría su momento cuando tuviéramos los resultados. A eso de las seis de la tarde subimos a empaquetar en la maleta las cuatro cosas que habíamos llevado y nos preparamos para la vuelta. Salvadora nos llenó el coche de tarta, arroz con leche y varios embutidos maravillosos, que se concentrarían en mis robustas lorzas. Nos dio miles de besos, con la firme promesa de que tendríamos que repetir la visita, al menos dos veces al mes. Pedro me abrazó diciéndome que desde ese momento me considerase una hija para ellos. Salvadora no se despegaba de Amelia, las lágrimas de la despedida comenzaron a aflorar. Amelia la correspondió y en el último abrazo pareciera que no se iban a volver a ver. Estando ya mi hermana en el coche, Salvadora me dio el último abrazo, mientras muy bajito rozando su boca en mi oído, me dijo con una voz que me pareció convertirse de repente en un sonido gutural y hasta algo terrorífica, algo parecido a la niña del exorcista cuando la cabeza comienza a girarle:

–Te conviene dejar el pasado, hija. El pasado, pasado está.

Después se separó de mí, y como si no hubiera dicho absolutamente nada, la sonrisa volvió a florar en su cara diciendo en voz alta:

–Ha sido un placer conocerte Valentina, desde este momento esta es tu casa y te querré como a una hija.

Mi hermana me miró con una cara que denotaba una profunda alegría al comprobar la reacción de sus padres, y por no disgustarla, yo la correspondí devolviéndole una sonrisa. Me acomodé en el asiento de al lado del conductor, me puse el cinturón y me despedí nuevamente, diciéndoles adiós con la mano, sintiendo una sensación extraña. Algo dentro de mí me decía que aquello no iba tan bien como como parecía, una sensación de intranquilidad comenzó a invadirme, una especie de desasosiego que me estaba empezando a rasgar el alma. Era un total desconcierto, jamás había sentido algo así, una alarma interior, algo dentro de mí me pedía precaución. Mientras mi hermana charloteaba por los codos, yo no podía prestarle atención alguna, solo tenía dentro de mi mente las últimas palabras de Salvadora: “Te conviene dejar el pasado. El pasado, pasado está”.

Mi hermana me dejó en la puerta de casa y decidió ir a dormir a la suya, tenía que recoger al pobre Tachenco, que había dejado al cuidado de una vecina y poner todo en orden para el trabajo del día siguiente. Quedamos en llamarnos por la mañana para comer juntas y hablar del tema del análisis de genética. Metí la pequeña maleta en el ascensor y cuando llegué al descansillo del piso, mi querida Herminia, me estaba esperando con la puerta abierta de casa. Me dio un abrazo y montones de besos y cogió mi maleta dispuesta a vaciar casi todo su contenido en la lavadora. Había preparado una mesita pequeña en el saloncito con algo de picar para las dos, un surtido de esos a los que yo jamás me negaba.

Le puse al tanto de todo, del estupendo recibimiento, de la acogida tan maravillosa que me habían dispensado, de la negativa a reconocer su participación en el robo de Valentina, habiéndoles puesto delante de la cara todas las pruebas que demostraban su culpabilidad y pasé a contarle, con todo detalle, cada momento y cada segundo pasado en aquella casa. Le confié la visita de mis progenitoras y aquel sentimiento que me invadía desde que salí de ese lugar.

—Esa mujer miente, nena. Miente como una bellaca.

—Eso ya lo sé, Herminia.

—¡Pero, niña! ¡Eso que te ha dicho es muy grave! ¡Suena como una amenaza!

—Sí, lo sé. Por eso estoy tan intranquila, y además no me atrevo a contárselo a Amelia, no me creería.

—Claro que no, no se lo cuentes, por lo menos de momento, espera a tener las pruebas de ADN. Y lo que está muy claro es que tu madre y tu abuela han bajado a advertirte, te han venido a decir que hay algo más que no sabes y que debes descubrir por ti misma y para eso debes de aprovechar el cargo de tu hermana.

—¡Pero qué es lo que tengo que averiguar, Herminia? ¡Si estoy hecha un lío! No tengo ni idea por dónde empezar.

—Lo primero es lo primero, hay que tener la prueba de que sois hermanas y después ya veremos. De momento te voy a ayudar, cariño, ya lo creo que voy a ayudarte, voy a ponerme a revisar todos los papelotes que guardaba tu madre, a ver si por casualidad encuentro algo que nos dé la pista.

—Ni se lo que haría sin ti, Herminia.

—Anda, anda, zalamera. Termina de cenar, que te veo algo desganada.

—¿Desganadaaa? Pero si me he comido media barra y un montón de embutido. Y espera que nos vamos a comer el arroz con leche recién hecho de Salvadora.

—¡Ay, nena, a ver si va a estar envenenado!

—¡Por Dios, Herminia, qué cosas se te ocurren!

Nos comimos entre las dos todo el arroz con leche, aún a sabiendas de que podíamos morir envenenadas, y me fui a la cama hecha un mar de dudas, aunque eso no impidió que cayera en la cama y durmiera toda la noche como un leño.

A eso de las once mi querida Herminia me despertó con un café, un zumo y tostadas que la pobre me llevó a la cama. Me lo zampé todo, me levanté, me di una ducha y según salía liada en el albornoz sonó el móvil. Era Amelia, había quedado a comer con tres o cuatro compañeros y quería que fuera con ella. Quedamos en la comisaría a las dos.

Me puse los vaqueros, una camisa tipo leñador y un chaleco de esos acolchados en color azul de Ralph Lauren, mis mocasines, cuatro baratijas, mis gafas inseparables y mi maravilloso perfume de Carolina Herrera. Me atusé mi melena cuadrada y me alisé un poco el flequillo con el secador, me pinté con eyeliner para que mis ojos adquirieran una forma achinada y brillo en los labios.

—¿Cómo estoy, Hermina?

—Divina, como siempre, niña. Pásalo bien y no se te olvide comentarle a

Amelia lo de las pruebas genéticas.

—Claro que no, dame un beso que me voy ya.

Cuando llegué a la comisaría, mi hermana ya salía acompañada de dos hombres que no recordaba haber visto hasta ese momento.

Uno era el inspector Mario Miranda, un hombre de unos sesenta años, no estaba nada mal para su edad. Alto, morenazo, el pelo algo rizado, no presentaba signos de calvicie, buen cuerpo, se notaba que lo trabajaba, seguro que iba al gimnasio, no demasiado guapo, pero muy atractivo, me cayó bien desde el momento que me dio la mano; y el sub comisario Fernando Ribera. No era tan alto como el otro, pero me sacaba la cabeza, claro que para sacarme a mí la cabeza no hay que ser muy alto, aparentaba entre 45 y 50 años, moreno, el pelo liso, algo largo y esas canas en las patillas que hacen tan atractivos a los hombres, tampoco era guapo, pero también era atractivo, moreno y los ojos tirando a verdosos. Bien vestido, dockers color claro, camisa blanca sin corbata y chaqueta marrón, con unos botones en azul marino que resultaban algo llamativos. No me dio la mano sino que me plantó dos besos, que recibí de buen talante. Mi hermana nos llevó a un restaurante de la zona, escondido en una de las múltiples calles que cruzan la zona de Ventas y que resultó encantador y con una comida deliciosa. Amelia ya había encargado arroz con bogavante para cuatro, pedimos una ensalada y rápidamente observé las miradas de Fernando. En un principio la conversación la llevó mi hermana hacia un caso en el que estaban trabajando, en todo momento se tutearon, se notaba la confianza entre ellos, yo me limité a escuchar y asentir de vez en cuando. Ni sabía si aquellos hombres estaban al tanto de nuestro asunto, ni conocía tan siquiera si era conocedores de nuestro parentesco, aunque no había que ser muy listo para darse cuenta, pero en cuanto cesó un poco la conversación policial me dirigí a mi hermana para preguntarle:

—¿Crees que mañana podremos hacernos las pruebas?

—No está claro que pueda, en cualquier caso, no te preocupes que ya me ocupó yo del tema, en cualquier momento envío las muestras al laboratorio

judicial y caso resuelto. Tranquila que de esta semana no pasa. Primero tengo que llamarles para ver si me pueden hacer el favor y no creo que me pongan problemas.

—Amelia, te olvidas de que soy bióloga y química, puedo hacerlas yo y así no tienes que pedir ningún favor a nadie.

—Bueno, esta semana lo decidimos. Ah, otra cosa, tranquila que ellos están al corriente de nuestra historia, es más, están sumamente sorprendidos.

—¿Entonces no hay problema si hablamos del tema?

—Claro que no, Valentina.

—La verdad es que es un suceso sorprendente —dijo Fernando—. Nos tiene atónitos y tranquila que fuimos nosotros los que estuvimos investigando las pruebas que confirman que sois hermanas, con lo cual puedes hablar del tema abiertamente.

—Hay algo que sigo sin entender y es la aptitud de tu madre, Amelia. Se niega rotundamente a decir la verdad.

—Es lógico, Valentina. Teme perderme y además date cuenta que lo que hizo está penado por la ley, estuvo metida en un caso de tráfico infantil, y ya sabes las consecuencias.

—Pero si le hemos dejado claro por activa y por pasiva que no iba a pasar absolutamente nada, que jamás te perdería, es más ganaría otra hija.

—Sí, pero de cualquier manera, ya te ha ganado. Acuérdate como te trató, lo contenta que se puso al saber de tu existencia, eso la reconforta, le hace ver que no me encuentro sola, y poco a poco te apreciará como a mí, ya lo verás. Pero, ¿qué quieres que haga? No la voy a detener y tampoco puedo obligarla a confesar.

—¿Y tu padre? ¿No sería mejor hablar con él?

—No, Valentina, mi madre es la voz de mi padre. Él la sigue como si fuera un corderito, la adora, siempre ha sido así, mi madre ha sido siempre la voz cantante de los dos. A él le pare bien cualquier decisión tomada por ella.

—¿Entonces qué sentido tienen las pruebas de ADN? Lo seguirá negando.

—Probablemente, pero en su interior comprenderá que por mucho que diga, y por muchas historias que se invente, nosotras no podemos creerla. Llegará un momento en que todos nos olvidemos del tema, porque al fin y al cabo no puedo olvidar de que son mis padres y todo seguirá igual que ahora, pero contigo formando parte de nuestras vidas. Creo que en este viaje les he dejado muy claro que sé que eres mi hermana y nada ni nadie podrá separarme de ti.

—Vaya historia la vuestra —comentó Mario—. Parece increíble. Otra cosa, perdona que dude Valentina, pero lo más inverosímil son las apariciones de tu madre y tu abuela, aunque he de decir que tengo a Amelia por una persona recta y cabal y ella creé en ellas.

—Ya sé, lo sé. Sé que puedo parecer una loca y hasta no estoy segura de que no lo esté, pero he dado sobradas pruebas de que ellas bajan a verme, es más si estuvieran aquí os lo podría demostrar.

—¿Cómo? —dijo Fernando.

—Porque ellas saben cosas que yo no podría inventarme, y lo comprobaríais, por lo menos os haría dudar.

—Pues sería estupendo que aparecieran.

—Ya está aquí, Fernando. Ha bajado la abuela, no sé porque no está mi madre. ¿Se encuentra mal mamá?

—Cariño, a ver si lo entiendes de una vez, donde estamos nunca nos encontramos mal, pero tenemos cosas que hacer, siempre agradables. Ayudamos a los humanos, les damos algunos empujoncitos sin que ellos lo noten, eso nos hace sumamente felices, no lo entenderás hasta que estés aquí con nosotras.

Sabía que me necesitabas, por eso he dejado a tu madre cumpliendo con un trabajo que se nos había encomendado, pero me he dado cuenta de que es totalmente preciso de que ese señor, ¿cómo se llama? Ah sí, Fernando, el sub comisario, te crea, te crea a pie juntillas, concéntrate en él, cariño, te va a ser de mucha ayuda.

—¿Y dónde está? —preguntó Fernando.

—Al lado derecho de Amelia, la mira, casi puede rozarla, aunque no lo hace, no puede. Me dice que le preguntes lo que quieras, Fernando.

—No voy a creer por mucho que te esfuerces, pero está bien, lo haré. Voy a pensar mucho en las preguntas que le hago, tienen que ser cosas que solo yo conozca.

—Vale, como quieras, dice que comiences... Espera, mejor no, es ella la que quiere hablarte. Por lo visto la persona a la que más has querido ha sido a tu abuela Pilar, que falleció hace diez años, dice que la ve de vez en cuando, no tienes que preocuparte por ella. Me está contando que el día que murió estuviste toda la noche con ella y poco antes de fallecer te apretó la mano y te dijo una palabra que nadie conoce, solo tú y ella. Me está preguntando si quieres que la diga.

La cara de Fernando se transformó tomando una especie de tono de angustia, abría y cerraba los ojos constantemente, pestañeando con tal fuerza, que casi se veían sus lágrimas.

—¡Eso no puede ser posible!

—Lo es Fernando.

—Está bien, que lo diga. Es una palabra que usábamos solo nosotros a modo de contraseña, quería decir: “Te quiero”

—Dice que la palabra era: “Siempre”

—Perdonad un momento, por favor.

Fernando se levantó camino del baño, no pudo reprimir las lágrimas, que resbalaban por sus mejillas, al escuchar aquella palabra tan entrañable para él, y que tantos recuerdos le traía. Se dejó vencer por la impresión del momento, por la tristeza y creo que por la duda.

Todos nos quedamos algo desorientados, sin saber si cortar la conversación, o acudir a la puerta del aseo en busca de Fernando, pero no fue así. La cara de Mario también reflejaba una mezcla de aflicción y pesadumbre y me dijo que si aquello no era verdad, me rogaba que no siguiera con el tema.

Enseguida se adelantó mi hermana en la conversación, aclarándole que ella pensó lo mismo cuando le hice la primera demostración, incluso llegó a creer que estaba loca, pero había pruebas indiscutibles recabadas por ella, había temas imposibles de averiguar por Valentina, incluso las pruebas que les habían llevado a conocer su identidad como hermanas, habían sido guiadas por su madre y su abuela. Al momento, vimos aproximarse a Fernando. Se notaba que se había mojado la cara y el pelo, aún seguía algo pálido, aunque la impresión se había borrado de su rostro.

—Fernando —me atreví a decir—, si el tema es doloroso para ti, es mejor que lo dejemos y hablamos de cualquier otra cosa. Eso no quita para que la abuela siga ahí, porque no consigo que se vaya, pero si le digo algo, o la miro, no me hagáis caso.

—¿Puedes preguntarle algo?

—Lo que quieras.

—¿Qué le contesté yo después de escuchar aquella palabra?

—Le contestaste, lo que le contestabas siempre: “Idem”.

—Todo es cierto, es imposible que nadie sepa esas dos palabras, ni que nadie nos escuchara nunca pronunciarlas, nos las decíamos al oído, era como nuestra

forma de decirnos lo mucho que nos queríamos, lo que significábamos el uno para el otro. Ella fue lo mejor que tuve en la vida, me quiso, me ayudó y se hizo cargo de mí cuando mis padres murieron en un accidente de coche, cuando yo solo tenía seis meses. La adoraba, ha sido mi única familia, la que me hizo ser como soy, la que me inculcó el cariño y el respeto por los demás. El día que la perdí, se me cayó el alma encima, fue como entrar en un laberinto sin salida, como caminar a ciegas. El primer año me faltaba hasta la respiración, estuve en tratamiento a base de pastillas para paliar la depresión en la que estaba entrando, hasta que, ya sabéis, el tiempo va paliando la pena y va cerrando las heridas. Me has hecho mucho bien, Valentina, ahora por lo menos voy a tener la seguridad que ella está bien, y si todo esto es verdad, la veré algún día. ¿Dónde está ahora tu abuela?

—Detrás de Amelia.

—Dale las gracias, dile que me ha hecho muy feliz.

—Dice la abuela que no hace falta, ha venido adrede y lo ha hecho por ti. Ella ya estaba enterada de esta comida, sabía que ibas a estar y quería decirte que estuvieras tranquilo, que tu abuela estaba muy bien. Te manda un beso muy fuerte y está a la espera de saber cómo te ha encontrado. Aunque no esté contigo, se preocupa por ti, siempre lo hace.

—No sé si pensar que estoy loco, si estoy en la mitad de una película, o si las locas sois vosotras, pero me habéis convencido. Creo que a partir de hoy incluso mi vida va a tomar otro sentido.

La abuela siguió insistiendo en lo de la prueba de ADN y me advirtió que estuviera preparada para lo que se me venía encima, me iba a enfrentar a sucesos, e iba averiguar algunos temas de los que no tenía ni idea. Era precisa la ayuda de Fernando, no debía perderle de vista y tendría que fomentar mi amistad con él. No podía adelantarme nada más, había reglas y tendría que ser yo quien las fuera descubriendo. Me dijo que de momento no informara a Amelia de mis futuras pesquisas, por ahora no era conveniente, estaba demasiado influenciada por su madre, y debería tener mucho cuidado con esa

señora. Me rogaba que recordara que estaba mintiendo y que poco a poco me iría enterando de los motivos que tenía para hacerlo.

Me estaba empezando a invadir la preocupación, la abuela me estaba alarmando con tanta averiguación y tanta pesquisa. Primero me presenta a una hermana, que es lo único que había deseado en toda mi vida, y ahora me dice que no confíe en ella, por culpa de su madre. ¿Es que nunca iba a vivir tranquila? Con lo feliz que era hacía unos días, parecía como si las cosas comenzaran a torcerse. Además estaba el tema de mi trabajo, no me atrevía a contárselo a Amelia, sabía que ella me quería mucho y no sería capaz de denunciarme ni nada por estilo, pero al saberlo seguro que bajaría el concepto que tenía de mí como persona. De momento no le diría nada y menos ahora con lo que se me venía encima, con las cosas de las que iba a enterarme y por lo visto tenía que ser con la ayuda de Fernando, el sub comisario de mi hermana. Me lo quedé mirando fijamente. Desde luego el tipo no estaba nada, pero que nada mal, tenía estilo, era atractivo y me iba bien por edad, pero claro la atracción tendría que ser recíproca. Me di cuenta de que mi hermana no perdía ripia de mis miraditas hacia Fernando, me sonrió y me guiñó un ojo, se había percatado exactamente de lo que estaba pensando, para eso éramos hermanas gemelas.

Salí de allí algo escamada por la visita de la abuela, con la tripa más llena que nunca, lo que hacía que mis lorzcas rebosaran el pantalón y medio enamoriscada del sub comisario. Me despedí de Amelia y le dije que la llamaría al día siguiente para lo de las pruebas, de momento no podía ir con ella, tenía trabajo en casa. Herminia me esperaba con los papeles que había encontrado entre las cosas de mis progenitoras.

Fernando había acabado su jornada y se ofreció a acompañarme a casa, no sin antes proponerme a parar para tomar un café. Bajamos al parquin y me llevó hasta su coche, un Ford no sé qué, no era un deportivo, pero tampoco estaba mal. No sé lo que ganaba un sub comisario, se lo tendría que preguntar a Amelia. Parecía que las cosas retomaban algún color. Si no le hubiera gustado no se habría ofrecido a acompañarme, o a lo mejor era simple peloteo para quedar bien con mi hermana, cómo era su jefa. Bueno, no le iba a dar más

vueltas al tarro, me lo estaba pasando bien, y eso era lo más importante. Dejó el coche en un aparcamiento en la calle Goya y nos dirigimos a una cafetería de esas pijas con buena pinta. Nos sentamos en un lugar al fondo, cerca de una gran cristalera que dejaba ver todo el tráfico que a esa hora era imposible evitar en las calles del barrio de Salamanca. Las personas paseaban calle arriba y calle abajo, casi todos portando bolsas del Corte Inglés, parejas de novios cogidos de la mano, y estudiantes con libros en la mano y mochilas a la espalda, coincidiendo con la hora de la salida de los colegios. Le había cogido cariño a esa zona, me conocía la calle de memoria. Todo estaba a mano en aquella arteria de Madrid; boutiques de marca pija, grandes almacenes, cines, teatros, fruterías, tiendas de exquisiteces, grandes joyerías, cafeterías, restaurantes. El barrio de más alcurnia de la capital. Las personas vestían con clase y los coches que abarrotaban la calle eran de marcas caras, incluso de lujo. Hacer notar que vivías en el barrio de Salamanca, era como decir que eras una pija redomada. Así es como siempre me había hecho sentir mi familia, como una redomada niña pija. Eso era lo que habían soñado para mí. Después de que mi abuela lavara sábanas en el Manzanares y mi madre trabajara como telefonista en una casa de muebles.

—Te has quedado muy pensativa, Valentina.

—Es cierto, me han venido a la cabeza otros tiempos, yo también lo pasé muy mal cuando perdí a mis seres queridos. Me quedé sola, sin familia alguna, menos mal que tengo a mi querida Herminia que se porta como una madre y ahora a mi hermana. Ha sido maravilloso, como un milagro, no te puedes hacer idea de lo que ha significado para mí encontrarme de repente con una gemela. Ha sido el mejor regalo que me ha hecho la vida.

—Te entiendo. Yo fui hijo único, solo tuve a mi abuela, sé de lo que hablas y cómo te sientes.

—Parece que tenemos cosas en común. Háblame un poco de tus aficiones.

—A parte de mi trabajo que es un come cocos, y me deja poco tiempo libre, me encanta leer, la música clásica, la ópera, viajar, la naturaleza.

—Vaya, es como si estuviéramos hechos el uno para el otro, deberíamos casarnos.

—¿Sabes que eres muy divertida? Tienes un carácter estupendo ¿Quieres otro orujo?

—Vale, vamos a por el segundo y que sea lo que Dios quiera.

Y lo que Dios quiso es que sonara mi móvil y a través de aquel aparato escuchara la voz de Herminia. Me pedía que no tardara mucho que había descubierto un montón de papeles que le hacían dudar de algunas cosas y que era indispensable que nos pusiéramos a ordenarlos cuanto antes. Me terminé el orujo y me despedí de Fernando, no sin antes darnos los teléfonos. Me acompañó hasta el portal y según cogí el ascensor pensé que en realidad no había sido un mal día. No me imaginaba que acababa de conocer al hombre de mi vida.

Después de darme una ducha, ponerme el pijama y contarle a mi querida Herminia todos los pormenores del día, nos sentamos en el salón delante de dos cajas enormes repletas de papeles que no había visto nunca. Ella había escogido unos cuantos que le habían llamado la atención y los había separado en una carpeta. Valentina se dispuso a mirarlos para saber si en verdad había que darles importancia, aunque si los había seleccionado Herminia por algo sería.

Había varios recibos a nombre de don Mariano de la Vega Hernández, detective, con pagos desde 10.000 hasta 50.000 euros, grapados a dichos recibos, unos folios escritos a máquina dónde este buen señor contaba los resultados obtenidos en la búsqueda de mi hermana. Fotocopia de un recibo de 300.000 pesetas pagadas a María Isabel López López, comadrona de la maternidad de Santa Cecilia, hospital en el que nacimos mi hermana y yo. En el justificante solo figuraba la firma de la enfermera, pero no decía nada de la persona o personas que habían efectuado el pago. Un certificado de defunción a nombre de mi hermana con causa de muerte: fallo respiratorio. Un certificado solicitando al cementerio de la Almudena la situación de la tumba. La

contestación fue: No hallada. Y un resumen de todos los desplazamientos y viajes que había hecho el investigador para averiguar su paradero. Varias solicitudes para saber el destino de la comadrona sin resultado alguno.

Una solicitud de la partida de nacimiento y defunción de Aurelia María Gómez Jurado, con el resultado de: No hallada.

Un recibo de pago de 20.000 euros a nombre de don Emilio Grande Olivares, comisario jefe de la comisaría de Ventas, por la búsqueda de Amelia, un resumen del trabajo realizado por tan insigne señor con resultado nulo. Este hallazgo me causó algún recelo, era mucha casualidad que hubieran encargado las averiguaciones del paradero de mi hermana, precisamente, a un comisario de la misma comisaría donde trabajaba Amelia, quizá el anterior, tendría que preguntárselo.

Un recibo de 40.000 euros a don José María Hernández Cristo, detective por la investigación de la muerte de Antonio Violín.

¿Cómo podía ser? ¡Mi madre y mi abuela no estaban seguras de la causa de la muerte de mi padre! ¡Tenían dudas! ¡Pero por qué no me contaron nada de eso? ¿Cómo puedo enterarme ahora de tantas cosas? ¡Cuando bajen a verme se van a enterar! Tenía sabido de siempre que mi padre falleció de un infarto, pero por lo visto ellas no quedaron a gusto con el resultado de la autopsia. Herminia me dijo que antes de decir bobadas y gritar como una loca, siguiera leyendo, que encontraría la razón de sus dudas.

Como en los anteriores recibos encontrados, grapados se hallaban varios folios con los resultados de la investigación, que venía a decir que: El día antes del fallecimiento de mi padre, en el bufete se sintió mal, un leve dolor muscular y un mareo repentino que le hizo casi perder la conciencia, ante lo cual, llamaron a un médico para que le revisara. Aquel médico se llamaba Joaquín Suárez Medina y según varios testigos le dio a beber un tónico. El detective indagó sobre el galeno que le atendió y descubrió que no figuraba como médico en ninguna parte, sino que regentaba una portería en una finca de la calle Algeciras número 4 de Segovia y su verdadero nombre era Hipólito Cárcel García.

Cuando el buen hombre que prestaba servicios de investigación se presentó en la conserjería de aquella calle de Segovia, don Hipólito había desaparecido y no se supo nada más de él. Ante tales pesquisas confirmadas, mis progenitoras pusieron al tanto al comisario jefe de Ventas que había colaborado en la búsqueda de mi hermana, con lo que no le quedó más remedio que abrir una investigación, porque era su obligación y porque mi madre le soltó otros 20.000 euros. El juez dictaminó una segunda autopsia, cuyos resultados dieron una gran cantidad de estricnina en sangre, con lo cual se llegó a la conclusión de que mi padre había sido envenenado por el portero Segovia. A continuación el comisario abrió una investigación completa, según él, colocando a todos sus más insignes cargos de la comisaría a trabajar en ella, pero el resultado fue que después de varios años, se cerró la investigación porque al supuesto asesino se lo había tragado la tierra, y por falta de más pruebas que le aportaran más sustancia a los informes que ya poseían.

¡Mi padre fue asesinado! ¡Fue asesinado por un porteroooo! ¡Por un portero que se hizo pasar por médico! Un portero que ese aprendiz de comisario no supo, o no quiso, encontrar. ¡Y por falta de pruebas! Aquello era totalmente intolerable. ¿Cómo no se les ocurrió preguntar de dónde salió aquel médico ficticio? Alguien tuvo que avisarle. ¿Quién? Lógicamente alguien del bufete donde trabajaba mi padre, puesto que el mareo le dio en su mesa de trabajo, y está claro que alguien había provocado el mareo y que el falso galeno le suministró la estricnina. ¿Es que es tan difícil? ¿En qué pensaba el comisario de mierda ese?

Y otra casualidad, el portero era de Segovia. ¿Por qué todo me llevaba hasta esa ciudad? Mis progenitoras me habían advertido varias veces sobre Salvadora, la madre de Amelia. ¿Pero por qué esa señora quería quitar del medio a mi padre? ¿Era una asesina? Tendría que poner al tanto de todo a mi hermana, sin sugerir mis recelos en contra de su madre, me lo negaría todo y además no le sentaría nada bien, daba igual, ya caería todo por su propio peso. No esperé ni un segundo, cogí el móvil y en tan solo unos minutos puse al tanto a Amelia de todos mis hallazgos, la pobre no daba crédito. Me citó en la comisaría al día siguiente a primera hora, era de suma importancia que nos pusiéramos manos a

la obra, iba a tratar por todos los medios de reabrir el caso, y se pondría en ese mismo momento a buscar todo lo que hubiera archivado sobre el asesinato de mi padre. Después me acordé de que la abuela me había aconsejado que no le contara nada a mi hermana de las averiguaciones, pero ya era tarde, además eso era una bobada, necesitaba su ayuda.

Eso solo era el principio, si solo con mirar por encima los papeles que guardaban mis progenitoras en aquella caja, ya me había encontrado con que habían matado a mi padre, no quería ni pensar lo que podría encontrarme si seguía mirando, y estaba claro que no me quedaba más remedio que hacerlo. Mi querida Herminia se había quedado blanca y me aconsejó que no me precipitara en hacer conjeturas, que era muy dada a fantasías y a cuentos que yo misma me creía, y quizá tuviera algo de razón, pero las pruebas eran las pruebas, eso no me lo podía negar. Mi padre no había muerto de muerte natural, con lo cual en su asesinato estaban metidos en el ajo, en primer lugar, el patólogo que hizo la autopsia, ya que dio resultados falsos, alguien del bufete de mi padre y el portero, lógicamente pagados por alguien, por el verdadero artífice, por la persona que no quería que mi padre siguiera con vida.

Aquello me estaba resultando demasiado fuerte, digerir las últimas noticias era complicado, tan solo en un par de meses mi vida había cambiado por completo. Recuerdo que me lo avisó la abuela, me dijo que tenía que estar preparada para lo que se me venía encima. Y lo más triste es que ellas ya sabían todo, conocían quién había sido, quien mató a mi padre y porque lo hizo, y aunque se lo preguntara mil veces, no me lo iban a decir.

Miré el reloj, eran casi las once, y parecía como si hubiera pasado tan solo un segundo, me bullían tantas cosas en la cabeza que pareciera que me fuese a estallar, pero no por dolor sino porque notaba que ya no me quedaba espacio para asimilar tantas noticias. Le dije a Herminia que no me apetecía cenar, le di un beso y me fui a la cama llevándome un vaso de leche.

Decidí tomar una pastilla para dormir, ya que de que otra forma sería totalmente imposible conciliar el sueño. ¡Mi padre envenenado! ¿Por qué? ¿Qué había hecho? Era un hombre bueno, y me lo habían quitado en plena juventud.

Pero lo iba a encontrar, iba a encontrar al asesino, al que lo había ordenado y a todos los que hubieran participado en su muerte, y me iba a vengar. Me vengaría de forma despiadada, dicen que la venganza es un plato que se sirve frío, y eso es lo que iba a ser de ahora en adelante, en lo tocante a las averiguaciones una persona fría y constante. Tendría que conquistar a Fernando, según la abuela necesitaba su ayuda, y encontraría la verdad a través de él. La pobre Amelia se había quedado estupefacta al enterarse, entre lo de sus padres y ahora lo del mío lo llevábamos claro. La vida se estaba encargando de que no pudiéramos gozar de ella tranquilamente. Fui entrando en una especie de sopor, producido por el tranquilizante, que me hizo dormir como una marmota toda la noche.

A eso de las ocho de la mañana entró Herminia con la bandeja del desayuno, porque aunque estuviera muy triste al saber que mi padre había muerto envenenado, no había forma de que se me quitaran las ganas de comer. Me eché la bata por encima y me senté en la mesita pequeña, donde degusté con todo placer el zumo de naranja, el café, las tostadas, la fruta y dos ensaimadas que me supieron a gloria bendita, ante la mirada risueña de Herminia que bebía su café con leche mañanero a mi lado.

Después de una ducha rápida, me puse un traje de chaqueta y pantalón color gris, con una camisa blanca de seda, zapatos negros de medio tacón y me retoqué la cara como siempre, con una fina raya sobre los ojos y brillo en los labios. Herminia, después de darme su aprobación y un beso, me dijo que dejaba comida suficiente en la nevera, iba a aprovechar para hacer unos recados y comprarse algo de ropa. Le di un abrazo deseándole que lo pasara bien y me dirigí a la cita con mi hermana, no sin antes guardar todos los documentos en una carpeta que encajaba perfectamente dentro de mi bolso.

Entré en el despacho de mi hermana, que parecía un hervidero de papeles, unas cristaleras lo dividían del resto de la comisaría. Una vez leídos todos los documentos, los escaneó y los metió en su ordenador. Me comentó que efectivamente Emilio Grande Olivares, era el comisario jefe anterior a ella. Se jubiló y falleció al poco tiempo de un ictus que se lo llevó en unas horas. La comisaría estuvo un par de años sin comisario, al cargo de Fernando que era al

que le correspondía por ser el sub comisario, y en ese mismo momento hizo acto de aparición, me dio dos besos y después de preguntarme qué tal había dormido se puso manos a la obra con el expediente del caso de la muerte de mi padre. Por lo visto él se acababa de incorporar a la comisaría cuando el juez mandó reabrir ese caso, pero no conocía absolutamente nada de los hechos. En la carpeta había grapada una nota que decía: Caso rigurosamente reservado al comisario Emilio Grande Olivares. Al comprobar los documentos que contenía aquel portafolios, no había que ser muy tonto para darse cuenta que el comisario lo había obviado por completo, no había averiguación, ni pesquisa alguna, tan solo los resultados de la autopsia y poco más.

—Esto es completamente intolerable —dijo mi hermana. ¡No hizo absolutamente nada! Lo que nos dice porqué no dejó meter mano a nadie en el asunto. Este señor estaba metido en el ajo, y eso que tu madre le dio un buen fajo de billetes. Habrá que empezar de nuevo, lo malo de todo es el tiempo que ha pasado, esperemos que quede vivo algún testigo y podamos llegar hasta el final.

—Yo me ocupo —insistió Fernando.

—No, ya te diré según te vaya necesitando. De momento este caso lo voy a llevar yo, se trata de mi hermana, es lo menos que debo hacer. No te preocupes, Valentina, que voy a llegar hasta el final y el artífice de todo esto lo va a pagar muy caro. ¿Comemos juntas?

—Claro que sí. Pero es un poco pronto, ¿no te parece? Creo que me voy al Retiro a dar una vuelta, que es el único sitio donde se me aclaran las ideas.

—Valentina, te conozco, no metas la nariz en esto, déjame lo a mí que sé por dónde hay que empezar, si te necesito te lo diré.

—¡No te estoy diciendo que me voy al Retiro!

—Está bien, no te enfades. Te llamo más tarde para quedar a comer.

—De acuerdo, nos vemos. Hasta luego Fernando.

Al salir de la comisaría pensé en ir dando una vuelta hasta el Retiro, pero me vino a la memoria que me encontraba muy cerca del parque de la Fuente del Berro, un sitio maravilloso para relajarte, otro pulmón de Madrid, con 13 hectáreas, repleto de una flora maravillosa. Me encaminé hacia allí y me recibieron sus caminos y praderas y aquellas especies magistrales, hayas, alcornoques, acebos, pinos piñoneros, olmos, cipreses y un tejo tan bonito, y no tuve más remedio que sacar mi móvil y hacer una fotografía, para guardarla en la carpeta de mi colección de especies maravillosas. Seguí caminando, pasé por esas espléndidas cascadas y estanques repletos de patos, donde los niños se entretenían en echarles trozos de pan. El camino me llevó hasta la estatua de Bécquer y un poco más adelante hasta la del poeta Pushkin. No me cansaría nunca de pasear por los parques de Madrid. Me senté en un banco y cerré los ojos. ¿Qué me depararía todo aquello? ¿No sería mejor dejar las cosas como estaban? Sabía que si lo dejaba jamás podría volver a dormir tranquila. ¿Y dónde quedaría mi venganza? Esa venganza que se guarda en un rinconcito del cerebro de cada uno, que te pone el vello de punta, y te hace gozar preparando el cómo y el dónde. Quizá con aquellos pensamientos tan perversos no podría descansar en el lugar donde se encuentran mi madre y la abuela, pero si son ellas las que me animan por algo será. Debe de ser que allá arriba, donde ellas viven, a la venganza la llaman justicia. Estas últimas conclusiones me dejaron algo más tranquila y con menos remordimientos.

Era temprano, tenía tiempo de hacer cosas antes de que me llamara mi hermana. No sabía porque no quería contar con mi ayuda, ésta debe de estar pensando que es más lista que yo, todavía no me conoce bien. Tomé un taxi y me dirigí al bufete dónde trabajaba mi padre en la calle Maldonado. En el portal figuraba una placa. Mario Gil Bueno, abogados- 6º D. Dos señoritas, con mucho estilo y muy bien vestidas, trataban de atender a las numerosas personas que esperaban su turno. Pedí la vez como se hace en el mercado y me senté en un sofá estupendo, que hacía juego con cuatro butacones tapizados en seda color granate con dibujos de flor de lis, eran una maravilla. Unos cuadros de arte moderno surrealista contrastaban con el decorado un tanto clásico, con jarrones tipo japonés, que descansaban sobre unas mesitas pequeñas de estilo isabelino, que habían matizado en tonos plata. La entrada era muy amplia y de

cada lado del mostrador salían dos pasillos, estos mostraban varias puertas con placas grabadas con los nombres de cada abogado. La decoración estaba totalmente cambiada. Recuerdo haber visitado a mi padre y todo era más cutre y oscuro. Me puse a pensar en cómo entrar en el tema, lo primero sería preguntar si quedaba alguien de la época, porque si todos eran nuevos, mi gozo en un pozo. Después de una media hora, una de las señoritas que atendía me llamó. No tendría más de 25 años, parecía que las habían elegido en una agencia de modelos. ¡Qué complejo! Eso no se hace, seguro que más de una se había dado la vuelta. Con una sonrisa que dejaba ver una dentadura digna de un anuncio de dentífricos, me preguntó de una forma educadísima, en qué consistía mi problema. Esta chica se había pensado que le iba a contar a ella toda la historia. Con la misma educación le comenté que mi padre había trabajado allí como abogado, y quería saber si quedaba alguien de aquellos años.

—Déjeme ver, tengo que consultarlo, hace poco que trabajo aquí y no estoy familiarizada con ese tema.

Cogió el teléfono y con una voz tipo susurro hizo la consulta.

—Me comentan que la persona más antigua es don Mario, el fundador del bufete, pero está jubilado, viene pocas veces y solo a casos muy concretos.

—Pues si no le importa, es con él, con quien quisiera hablar. ¿Sería tan amable de decirme cómo lo puedo contactar?

—Por supuesto, ahora mismo le paso su teléfono.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Salí de allí, con una tarjeta que guardé en mi bolso, esperando a sentarme en una cafetería para hablar con tan insigne señor.

Pedí una copa de vino blanco y marqué el teléfono. Me contestó una voz de mujer que se presentó como su secretaria. Al principio me puso algunas pegas, pero en cuanto le dije quien era, me dijo que esperara unos instantes. Una voz algo ronca y ruda, pero con tono amable me saludó, dándose a conocer como

Mario Gil. Le saludé con la misma amabilidad y le dije que me urgía hablar con él en persona. Me contestó que tratándose de la hija de Antonio, tenía siempre las puertas abiertas. Me dio a elegir, si prefería el despacho o un té cordial, esa misma tarde en su casa. Elegí la segunda opción y me despedí lo más gratamente que supe.

¡Bien! La cosa comenzaba a ponerse a tiro, me quedaba la duda de si debía informar a mi hermana de la cita. De momento no diría nada hasta haber hablado con el dueño del bufete, después ya se me ocurriría algo.

Me di cuenta que tenía una llamada perdida de Herminia. Inmediatamente contacté con ella y cuál fue mi sorpresa al enterarme que había hecho la misma gestión que yo. Había estado en el bufete y había hablado con un tal Jerónimo Valverde, pasante del bufete. El buen hombre se acordaba perfectamente de mi padre y estaba presente el día aquel que le dio el mareo. Había descrito físicamente al falso médico, y lo mejor de todo, es que había averiguado que cuando mi padre sufrió el desmayo, acababa de llegar de desayunar de una cafetería próxima que todos ellos frecuentaban llamada: Café del Norte, y lo hizo acompañado por un compañero, también abogado, del que después de pensar un poco pudo recordar su nombre: Práxedes Ventura del Río. Mi querida Herminia había tenido más éxito que yo, había averiguado algo importantísimo: El tal Práxedes podría haber sido el que hubiera provocado el mareo de mi padre, para que el asesino le pudiera administrar el veneno. Claro, que existía la posibilidad que fuera alguien que estuviera en la cafetería. En principio pensé que podría haber sido el mismo Práxedes, pero tenía que haber una segunda persona, sino, no tendría sentido, le podía haber echado el veneno directamente en la cafetería, sin necesidad de provocarle un mareo anterior. Claro, que a lo mejor lo hizo para no dejar huella en el bar. ¡Ufff! Esto se ponía cada vez más difícil. Le conté la cita con el dueño del bufete y me advirtió que tuviera mucho cuidado y le tratara con pies de plomo, al fin y al cabo no sabíamos a ciencia cierta quienes eran las personas implicadas en el asesinato de mi padre y nadie nos decía que el propio dueño del despacho pudiera estar implicado. Las personas por dinero son capaces de muchas cosas y en aquellos tiempos el bufete no era lo que es ahora. Esta Herminia no tenía precio y la

muy ladina me había engañado diciéndome que se iba de compras. ¡Ayyy, Dios mío, que me durara mucho tiempo! Era la única persona, además de mi hermana, en la que podía confiar y que estaba segura que me quería como si fuera su propia hija.

Pedí un sándwich vegetal, porque el estómago comenzaba a rugir, y saqué mi ipad. Fui tomando nota de las averiguaciones.

Mi padre, el día antes de su muerte, bajó a desayunar con un compañero llamado Práxedes Ventura del Río al café del Norte. Podría ser que este señor le hubiera echado algo en el desayuno para producirle el mareo que tuvo después. Alguien, que no sabemos de quien se trata, llamó al falso médico, que resultó ser portero de una finca de Segovia y que está desaparecido. Lo más probable es que este galeno simulado, pusiera la estricnina en el tónico que le dio a beber para que se recuperara. El veneno hizo efecto esa misma noche y le produjo un falso infarto. Bueno, ya teníamos algo, aunque eso no iba a hacer que desestimara la invitación del dueño del bufete, que por lo visto le tenía mucho cariño a mi padre. Tendría que ir con pies de plomo y pensar muy bien en las preguntas y de qué manera afrontar el tema. Mi madre y la abuela no aparecían, ahora que es cuando más las necesitaba, solo ellas podían decirme si hacía bien en ir a ver a Mario Gil, propietario del bufete.

Sonó el móvil, era mi hermana, me dijo que todavía no tenía nada, que la mañana había estado sumamente liada, me citó en el mismo restaurante del día anterior, cercano a la comisaría. Tomé un taxi, cuando llegué, me dijeron que había mesa reservada para cuatro a nombre de Fernando Ribera. Me senté y mientras esperaba pedí otra copa de vino blanco, no sin antes pasarme por el aseo y retocarme un poco, nunca está de más sentirse guapa. Nada más tomar asiento los vi entrar, eran los mismos del día anterior. Perfecto, la velada había resultado muy agradable. Fernando y Mario me dieron un beso a modo de saludo, al igual que mi hermana. Nos mostraron la carta, esta vez había que elegir, aunque yo me hubiera comido otro arroz con bogavante, comencé a leer las exquisiteces que tenía ante mis ojos, escritas en aquella carta. Me decanté por una sopa de marisco, un solomillo con salsa de roquefort y tarta de Santiago. No me extrañaba nada que mi hermana hubiera considerado aquel

restaurante como uno de los mejores de la zona, contando con que a mí había pocas cosas a las que le hiciera ascos, si además estaba todo tan bueno, para mí resultaba todo un manjar. ¡Dios mío, qué saque tenía! No lo podía evitar, miré a mi hermana y vi como hacía barquitos en la salsa del pollo que había pedido. Mario y Fernando nos miraban y noté como se hacían señas, advirtiéndome cómo dejábamos el plato más limpio que una patena.

Cuando nos sirvieron los cafés puse al tanto a los comensales de las pesquisas hechas por Herminia, le di todos los datos a mi hermana para que los adjuntara al caso y le comenté la invitación a tomar el té por parte del dueño del bufete donde había trabajado mi padre. Insistió en acompañarme, no sin antes regañarme un poco, por meterme en camisa de once varas sin habérselo comentado antes.

Después de una larga tertulia en la que me cayeron dos orujos y múltiples miradas y agasajos por parte de Fernando, Amelia y yo, nos fuimos a casa de Mario Gil pasadas las cinco de la tarde. El dueño del bufete vivía en un chalet precioso en la colonia del Viso, nos recibió una chica uniformada, que nos pasó a una especie de antesala del despacho, dónde rápidamente salió a saludarnos una señora de unos cincuenta años, alta, muy estilosa y educada que se presentó como la secretaria del señor Gil. Nos acomodó en sendos sillones de piel, y a eso de los cinco minutos nos llevó a una salita de estar donde un señor más bien bajito, calvo, con bigote, mayor, pero con buen porte, nos esperaba sentado al lado de una mesa, donde otra sirvienta, uniformada exactamente igual que la que nos había abierto la puerta, comenzaba a servir el té. Nos presentamos y como si de un acto reflejo se tratara nos besó la mano. Nos sentamos alrededor de aquella especie de mesa camilla, vestida con una mantelería de piqué bordada a mano, que lucía un juego de café maravilloso de la cartuja en tonos azules. Los muebles de aquella salita estilo francés, junto al precioso bargueño pegado a la pared, hacían que me sintiese como si hubiera retrocedido tres siglos en el tiempo. En una bandeja diversos tipos de pasteles y bollería y en otra, un poco más pequeña, canapés variados.

—No sabe lo que me alegra volver a verla señorita Violín. Me figuro que no se acordará de mí, era usted una niña cuando la vi por última vez.

—Pues no, la verdad es que no le recordaba. Le presento a mi hermana Amelia.

—¿Hermana? Si la memoria no me falla, creo recordar que era usted hija única.

—Es una larga historia que le contaré después, sino le importa. Lo que me trae a su casa es otra clase de asunto. Mi hermana es comisario de policía y enseguida le pondrá al corriente.

—Pues usted me dirá.

Amelia, sin miedo alguno a que aquel buen hombre estuviera implicado en la trama, le puso rápidamente al corriente de todo, usando las palabras adecuadas del motivo que nos había llevado a su casa, alegando que teníamos pruebas de lo sucedido, además de referirle que ya se había solicitado al juez que se reabriera el caso.

El abogado se quedó pasmado al escuchar el asunto que íbamos relatando entre las dos, porque la verdad sea dicha, aquellos canapés y los pastelitos variados estaban de cine, y así mientras una tenía la boca llena, la otra hablaba. Nos íbamos turnando, hasta que pasados unos minutos, habíamos dejado las bandejas totalmente vacías. Al darme cuenta le di a Amelia una patada por debajo de la mesa, que pareció no haber percibido en absoluto, porque la señora uniformada volvió con otras dos bandejas de aquellas exquisiteces y ella siguió comiendo como si tal cosa.

El señor Gil no se preocupó en absoluto por el saque de mi hermana. Le sirvió una taza de té por tercera vez, porque de no ser así, seguro que se le hubiera hecho una especie de nudo en el estómago difícil de quitar.

Aquel buen hombre nos refirió que se acordaba perfectamente del incidente. Efectivamente mi padre sufrió un mareo. Él en ese momento estaba en su despacho, cuando oyó jaleo en la sala de abogados. Al sentir tanto ruido se levantó, fue a comprobar lo que pasaba, y es cuando vio a mi padre en el suelo, pálido y con dificultades para respirar, gritó algo asustado para que alguien avisara a un médico. Sin determinarnos con seguridad, pensaba que el mismo

Práxedes fue el que avisó al facultativo, cuando llegó le hizo un reconocimiento total, de tal manera que en ningún momento hizo dudar a nadie que no fuera médico. No le dio importancia, se limitó a decir que se trataba de un simple mareo, debido a una bajada de tensión, sacó un frasco de su maletín y nos mandó traer un vaso de agua, donde vertió unas cuantas gotas de aquel brebaje y se las hizo beber a mi padre. Sentía mucho no acordarse del nombre del galeno, pero lo describió físicamente, algo que nos serviría de poco habiendo pasado tantos años. Más o menos de unos treinta años, poco pelo y negro, bigote y barba, de estatura mediana y recordó una cosa que sí nos podía ayudar. Tenía una cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara.

Después de recordar varias anécdotas sobre mi padre y mi familia, nos despidió ofreciéndose para ayudar en cualquier cosa que pudiéramos necesitar, al igual que su despacho de abogados, que nos lo ofrendó como si de nuestra casa se tratase.

Después de salir de aquella mansión nos acomodamos en una cafetería para tomar nota de todas las averiguaciones. Mi hermana comentó que lo primero era encontrar al tal Práxedes, compañero de mi padre y al falso galeno, que resultó ser un portero de Segovia, y tener la suerte de encontrarlos con vida. Le sugerí otra vez lo de las pruebas de ADN, pero me dijo que con los últimos acontecimientos se le había olvidado por completo y que aquello era secundario. Lo principal era ponerse a investigar el asesinato de mi padre y esperar que la notificación del juez fuera positiva y nos dejaran reabrir el caso, de no ser así tendríamos que investigar a escondidas y si encontráramos al verdadero culpable, no podríamos hacer que le dieran el merecido castigo. Me invitó a dormir en su casa, pero preferí pernoctar en la mía, tenía que seguir indagando en las cajas de los papeles de mis progenitoras. La acompañé hasta la comisaría donde me encontré a Fernando, que rápidamente salió a saludarme y sin dudarle un momento me invitó a cenar. Ya estaba escamada de los hombres, pues mis dos últimas conquistas, no se podía decir que hubieran sido fructíferas, pero tampoco era de piedra y el sub comisario estaba comenzando a hacer mella en mí, cosa que en realidad no me hacía demasiada gracia. Sabía que los hombres, al final, solo traían problemas y no te dejan capacidad de

concentración, pero también recordaba los consejos de la abuela, según ella, sería Fernando la persona que más ayuda iba a prestarme para conseguir información y me convenía tenerle contento, además de que ya me estaba dejando arrastrar por su sonrisa franca, sus piropos y por esas miraditas que me echaba que me estaban empezando a taladrar más de lo normal.

Quedamos a las nueve y media en el restaurante, elegí uno cerquita de casa, por eso de la pereza del desplazamiento, llevaba todo el día de allá para acá y me estaban empezando a doler los pies de tanto paseo de un sitio a otro. Me fui para casa. Después de contarle a Herminia los últimos acontecimientos me preparé un baño caliente, le eché un montón de espuma y sales, encendí un montón de velas, me preparé una copa de vino blanco y me sumergí como si fuera una artista de cine. En realidad nunca he comprendido lo de las velas en la bañera, no sé quién lo inventaría, creo que debió de salir en alguna película, la cosa gustó y ahora dicen que es relajante; dan un ambiente íntimo, sí, quizá lo del ambiente íntimo sea verdad, pero bastante íntimo es bañarse, vamos digo yo, en todo caso si te bañas con tu pareja, la cosa sería distinta. Me imaginé bañándome con Fernando. ¡Ay, madre! ¡Qué cosas me daba por pensar! ¡No podía enamorarme ahora! Claro que la cosa no estaría mal. Me figuré su cara enfrente, sumergido en la bañera, con los pies encima de mis hombros, y los míos... Los míos no llegarían tan arriba, quedarían a la altura del pecho más o menos, a no ser que me sumergiera más, pero si lo hacía metería la cabeza debajo del agua, y con lo patosa que soy me llevaría todas las velas por delante y se me caería la copa de vino dentro de la bañera, y vería todas mis loras. Demasiado complicado, además a mí me gusta restregarme bien, sobre todo los talones y después pasarme la maquinita de las durezas y eso no es demasiado romántico, y en esos momentos tan tiernos el hombre te frota con la esponja acariciándote, y claro no sería cosa decirle: Oye eso a mí, no me vale, insiste en los talones que me salen durezas.

—¡Qué burra eres, Valentina!

Era la voz de mi madre. Descorrí la cristalera de la bañera y la vi sentada en la taza del váter.

—¿No crees que la mejor solución es que siempre lleves arreglados los pies por si te surge lo que estás pensando? ¿O qué quieres, que sea el quien te pase la maquinita de la durezas en plan romántico? Como vas a conseguir pareja, hija, lo primero que tienes que hacer es bajar esa cintura, que va a llegar un momento que te vas poner cuadrada.

—¿A qué viene eso ahora?

—A que comes como una cerda de Extremadura, hija. Y tienes que ir pensando que los años no pasan en balde, según vayas siendo más vieja, más gorda te vas a poner.

—Anda que, eres única para dar ánimos.

—Para eso soy tu madre. ¡Haz el favor de apuntarte a un gimnasio! Y modera lo que comes, que no tienes medida. ¿Cómo vamos a conseguir que Fernando entre en tu vida? Tendrás que poner algo de tu parte, vamos, digo yo.

—Está bien, te haré caso, procuraré hacer algo con estas lorzas, intentaré hacerlas desaparecer.

—Fernando es primordial en tu vida, él te va a indicar el camino.

—¿Qué camino?

—El camino de la verdad.

—¿Me va a llevar hasta el asesino de papá?

—Y más cosas.

—¡Mamáá! ¿Qué cosas? Por favor, que esto es un sin vivir.

—Sabes que no puedo adelantarte más, ya me he pasado tres pueblos.

—¡Halaaa! Vaya forma de hablar. ¿Dónde vives ahora te dejan expresarte así?

—¿Pero tú que te crees? ¿Qué donde vivimos estamos ancladas en el pasado? Pues no, hija, no. Nos adaptamos a las nuevas épocas.

—¿Y la abuela?

—La he dejado hablando con Catalina de Aragón, estaba muy interesada enterándose que lo que le hizo a la pobre el maquiavélico ese de marido que tuvo, que la encerró en la Torre de Londres, como si fuera una pordiosera.

—¿Y el marido está ahí con vosotras?

—¿Pero cómo va a estar ahí ese malvado?

—No sé, mamá, solo preguntaba. Como no me pones al tanto de las normas.

—Estoy hablando demasiado. Cuídate, cariño, abre bien los ojos y no confíes demasiado en nadie. De momento Fernando va a ser tu aliado, procura no espantarlo.

—¡Mamáá! ¡Mamááá! Leche, ya se ha ido. Desde luego, vaya maneras que tienen, se supone que ahí arriba deberían de enseñarles buenos modales y tendrían que ser ángeles de esos que salen en las películas, y decirles que no está bien presentarse así de cualquier manera, ni irse dejándote con la palabra en la boca. Debe ser que en el sitio ese dónde viven ya tienen ganado hacer lo que les venga en gana en cada momento.

Ya estaba bien de baño, me depilé a fondo, me arreglé los pies, me puse crema hidratante por todo el cuerpo. Las uñas de las manos, me limpié bien dentro de las orejas, no sea que le diera por hacer cosas extrañas y saliera cera. Me pasé el secador dejando mi melena perfectamente cuadrada, me alisé el flequillo y me esmeré al pintarme, mi eyeliner negro para resaltar el azul de mis ojos, rímel del que alarga las pestañas, un suave y poco perceptible maquillaje, y un ligero rubor en las mejillas. En vez de brillo en los labios, esta vez me los pinté con carmín permanente de un tono grosella, que quiere decir que aunque me morreara, no se quitaría el color, ni le pondría perdido. Abrí el armario, quedaba lo peor, llamé a Herminia para que me aconsejara. Sacó un vestido en

azulón de tirantes, que dejaba ver un poco mi sobresaliente canalillo, medias finas transparentes y unos zapatos negros de tacón alto de Pura López que eran una auténtica maravilla. Una chaqueta corta negra y bolsito pequeño de cadena de Channel, pendientes, pulsera, sortija y gargantilla de perlas de bisutería fina. ¡Madre mía! ¡Estaba estupenda! ¡Y qué alta!

—¿Te das cuenta, nena? Estas guapísima, tienes que empezar a cambiar los hábitos en tu forma de vestir, siempre con esos vaqueros y esas camisas que pareces un pintor de brocha gorda.

—Tienes razón, me veo genial.

—Le vas a dejar boquiabierto. Vete a la salita que te voy a dar una copita de vino blanco, para que te entones, además tienes que llegar algo tarde.

—¿Y eso por qué?

—Ay hija, que bobiña eres a veces. Eso se llama: ¡Hacerte desear!

—Ah, vale. Pues iré una hora después.

—Que no boba, con diez minutos estará bien.

Mi querida Herminia le echó un vistazo al reloj y me dijo que ya podía salir. Me separaban pocos metros del restaurante, por lo que no había necesidad de tomar locomoción alguna, y mientras daba ese pequeño paseo, no me pasaron desapercibidas las miradas, sobre todo las de género masculino. Eso me dio la confianza en mí misma que necesitaba, la verdad es que para que me voy a andar con remilgos. ¡Estaba cañón!

Entré en el restaurante y todas las miradas de las mesas se volvieron hacia mí. Sobre todo la de Fernando, que en un segundo separó mi silla para que pudiera sentarme con más comodidad.

Después de una copa de vino blanco y una ración de jamón de bellota, que me supo a gloria bendita, el camarero nos ofreció la carta. Antes de pedir, recordé

los consejos de mi madre sobre mis lorzas y sobre el efecto que producía en los demás sacar a pasear mis tragaderas en público, pero aquella carta me ofrecía cosas tan sumamente maravillosas que no podía resistirme a su encanto. Solicité al amable camarero, sí, a mí todos los camareros me parecen amables, porque me dan de comer y eso es una de las cosas que más satisfacen mi vida, aún a costa de tener que aguantar las charlas de mis progenitoras; a lo que iba, pedí rollitos de primavera rellenos de gambas, langostinos y toda clase de crustáceos, parientes y colindantes y de segundo plato degustaría unas codornices en salsa de arándanos con arroz tostado. ¡Ay, madre! Jamás había probado ese plato tan rebuscado. ¡Qué gusto da comer bien! ¡Es lo mejor que puede pasarte en la vida! ¡Es como un buen polvo en un hotel de cinco estrellas! ¿Cómo sería un polvo con Fernando? ¡Qué cosas me daba por pensar! Cada vez estaba más enfadada conmigo misma por pensar tanto en el sub comisario, no quería enredarme otra vez en juegos amorosos, pero es que el tío me miraba de una manera, que sabía que al final no iba a poder resistirme.

—Me encanta mirarte, Valentina

—Gracias, ¿pero qué tengo de interesante para que me mires tanto?

—Belleza, simpatía, encanto, elegancia, gracia innata. Eres una personita especial.

—Una personita especial que come como una vaca gallega.

—Sí, la verdad, eso también.

Las últimas palabras las dijo mostrando una sonrisa preciosa y una sonora carcajada. Este tío me tenía ganada, pero, ¿por qué seré tan facilona con los hombres? Además tendría que pensar en mi hermana. ¿Y si a ella no le parecía bien que me liara con su segundo de a bordo? Si la cosa se ponía tierna, tendría que llamarla. Al fin y al cabo una hermana es una hermana y me hacía mucha falta. Sí, decididamente le pediría permiso.

—¿Están buenos esos rollitos?

—¿Qué rollitos, los míos? —dije con picardía— ¡Ayyy, qué cosas se me ocurren!
¡Si me vieran mis progenitoras!

—Te vemos, cariño, te vemos.

Efectivamente, allí estaban detrás de Fernando, con la misma ropa de siempre y con aquellas caras tan estupendas que llevaban, cuando cogidas del brazo iban a comerse el bocadillo de calamares y aquel taxista rompió mi vida en mil pedazos.

—Esto último te ha quedado gracioso. Sigue así, que esas salidas tuyas tienen mucho arte.

—Tendría que probarlos —contestó Fernando.

—Y yo tendré que estudiar tu propuesta.

—Muy bien nena, sigue por ese camino.

—¿Es que ahí donde vivís os permiten decir cosas picantes? Y no solo eso, ¿incitarme a mí a que las diga? Debería de daros vergüenza.

—¿Me estás hablando a mí, Valentina?

—No, ya sabes a quien.

—¿Están aquí?

—Sí, concretamente detrás de ti.

Inmediatamente, como si de un tic se tratara, volvió la cabeza.

—¡Pero bueno, niña! ¡Tú qué te has creído! ¿Qué vivimos en una dictadura militar? Allá arriba las cosas van al mismo ritmo que aquí abajo, nena. Tenemos que estar preparadas con los avances, con la tecnología. ¿Te has pensado que los que pasamos a la otra dimensión estamos todo el día tocando el arpa? ¿Cómo podríamos ayudar entonces a los que se quedan aquí? Además nuestro deber es

recopilar almas, no podemos variar las cosas. A las personas con malas intenciones, envidiosas y perversas, procuramos darles un empujoncito, para que se den cuenta que cambiando su forma de ser, serán más felices. Hay quien lo entiende y quien no, pero juzgarlos no es nuestro cometido. Nuestro cometido es procurar convertir a los humanos en buenas personas y reparar injusticias que se quedaron sin resolver, y se acabó, que estoy hablando de más y después me darán un toque.

—¡Vale, abuela! ¡No hace falta que te pongas así!

—¿Te están regañando?

—Más o menos, pero tranquilo, solo están aquí para ayudarme.

—Diles que den un empujoncito a la investigación.

—Oye, cuéntale a este novio tuyo que el investigador es él.

Al escuchar la última frase de mi abuela, Valentina, no pude ocultar la risa sincera y espontánea que me produjeron sus palabras.

—Sabes que no podemos, nena —dijo su madre—. A veces hay señales que te indican el camino y tú las estás pasando por alto.

—¿Señales?

—Sí, mi niña, confía en ellas. Él también las verá.

—¿Fernando también las notará?

—¿Qué es lo que notaré?

—Las señales.

—¿Qué señales?

—Ahora te lo cuento.

—Vale.

—Nena, nosotras en vida ya notábamos las señales que nos mandaba tu padre. Siempre hemos tenido buena percepción para esas cosas. Tú, desde luego, muy espabilada no has salido, porque no te enteras de cosas que te pasan por delante de la nariz, hija. Menos mal que el de arriba te dio buena mano para las matemáticas.

—¿Me las enviáis vosotras?

—Por supuesto que no, hay otras almas dedicadas a eso.

—¿Y quiénes son?

—Almas que en vida tuvieron mucha sensibilidad, ya las habían percibido, antes de que les llegara la hora de pasar a la otra dimensión. Por eso también las notará Fernando, él está dotado de la sensibilidad que a ti te falta, aunque ahora que te lo hemos contado, esperamos que le pongas más atención a las cosas y no te pasen desapercibidas.

—Amelita te estás pasando, que luego tendremos que dar explicaciones.

—Vale, suegra, vale. Las daremos, pero ya sabes lo bobalicona que es la niña. Solo otra cosa, cariño, dile a Fernando que su abuela es un alma sensible, será ella la que envíe las señales, él lo notará por la forma en que las recibirá.

—¡Pero Amelita, por favor! ¡Qué nos lo han avisado muchas veces!

—Tienes razón suegra, ya no le digo nada más.

—¡Valentina, me tienes en ascuas! ¡Cuéntame algo! —preguntó Fernando.

—Hablan entre ellas.

—Bueno, nena, nos vamos que tenemos cosas que hacer.

—¿Cómo que tenéis cosas que hacer? ¿Qué cosas?

—Hemos quedado con la abuela de Fernando, tenemos que estar coordinadas, y con esto se acabó la charla, nena. ¡Sé prudente! ¡Presta atención a todo! ¡Déjate llevar por la intuición! Y pásalo bien, cariño.

Y se fueron tal y como habían llegado, sin dejar constancia alguna de su existencia, o lo que fuera que se llamara su forma vivir en la otra dimensión. Ellas físicamente estaban igual que en vida, incluso llevaban siempre la misma ropa que la última vez que las vi. ¿Sería así como se mostrarán por ahí arriba? ¿O serían solo materia? ¿Cómo se comunicarían unos con otros? ¿Podrían volar? ¿Sería Dios su jefe? Nunca me lo decían, no le nombraban, no decían quien les encomendaba el trabajo, incluso no me decían quien las reprendía por hablar de más, aunque desde luego felices eran, se les notaba en la cara y en la sonrisa con la que siempre me hablaban.

Otra vez notaba esa sensación de soledad y abandono que sentía cada vez que me dejaban, solo duraba unos segundos, pero volvía a encontrarme sola y sin protección alguna, como si estuviera expuesta a peligros a los que no pudiera enfrentarme. Sentía como si aquel comedor hubiera crecido, no escuchaba las voces de los comensales y todo se hubiera teñido de blanco y negro, hasta que Fernando me sacó de mi ensoñación.

—¡Valentina! ¡Valentina! ¿Se han ido, verdad?

—Sí, hace unos segundos.

—Te has quedado pensativa y quieta, como si te encontraras sola en el restaurante, con la mirada fija. Parecía que no formarás parte del entorno.

—Así es como me siento cada vez que se van. Menos mal que dura poco la sensación de abandono.

—Ahora me tienes a mí. No voy a dejar que te sientas abandonada nunca más.

No me quedó más remedio que echarle una sonrisa y una mirada de esas que mis ojos azules emiten a veces, para que llegue directamente al corazón de la persona con la que estoy hablando. Noté como un escalofrío recorría su

cuerpo, aquella mirada intensa le había hecho el efecto deseado.

No por la tristeza del momento de abandono se me quitaron las ganas de comer, y al sentirme tan reconfortada por las palabras de Fernando, seguí comiendo como una posesa, mientras le ponía al tanto de la conversación con mis progenitoras. Noté como rebosaba de felicidad al enterarse del tema de las señales que estábamos próximos a recibir y que era su abuela la encargada del envío.

—No sé si me estoy volviendo majareta, si estoy loco por ti, o si estoy soñando, pero si así fuera, de lo que estoy seguro es de que no me quiero despertar.

No pude esperar un segundo más, me levanté, me acerqué a él y sin importarme las miradas de los demás comensales le plantifiqué un beso en la boca, y él respondió de una manera de esas que te dejan desmayada, por lo que no tuve más remedio que sentarme encima de él y protagonizar una escena de esas de película, en las que en medio del restaurante todos los demás comienzan a aplaudir. Aunque cuando volví a mi silla me di cuenta de que nadie aplaudía, se limitaban a mirarnos, unos con expresión de rareza, y otros con una sonrisa. La suerte estaba echada, era inevitable que me enrollara con el sub comisario de mi hermana y mi intuición me decía, que aquello no se iba a tratar de un rollo cualquiera. Ya me lo habían anunciado mis progenitoras: Fernando se iba a convertir en el hombre de mi vida y en el padre de mis hijos. Bueno, de mis hijos, si es que no se me pasaba antes el arroz.

Se quedó totalmente pasmado y después del besazo, tipo peli, le dio por reír. Cuando se nos pasó el azoramiento, le conté íntegramente la conversación mantenida con mis antecesoras. Le cambió la cara cuando le dije que su abuela estaba metida en el ajo. Aunque sabía que me esperaban días complicados y la noticia del asesinato de mi padre había nublado un poco mi existencia, me sentía feliz, este hombre me estaba calando más de lo que me imaginaba. Lo primero que haría cuando llegara a casa sería contárselo a mi hermana, estaba deseando saber su opinión, claro que lo mismo me daba, cuando uno se enamora, si tiene que cruzar una pared, la cruza. Después de un capuchino pedimos los orujitos de turno a los que me estaba aficionando más de lo

debido, pero es que me dejaban un tonillo interior, un bienestar y una seguridad en misma, que sería capaz de escalar el Everest con tacones. Fernando tenía una conversación agradable, acercó su silla a la mía, me cogió la mano y, entre chupito y chupito, me contó los países que había visitado y lo que disfrutaba viajando. Yo le miraba embobada, como si estuviéramos solos en mitad del restaurante. Después del tercer orujo, pusieron de música de fondo una balada romántica de Roberto Carlos, y no sé si sería por el licor, que ya calaba en nuestro cerebro, por el embrujo de aquella noche, o porque nos habíamos vuelto locos de remate, separó la mesa y me sacó a bailar. Los demás comensales hicieron sitio para que pudiéramos danzar a gusto. Notaba la sonrisa en la cara de las personas que llenaban la sala, pero mi mente no estaba allí, estaba plenamente adosada a la de Fernando. Me cogió de la cintura y arrió mi cara a la suya. Cuando sentí su aliento en mi cuello, pensé que iba a desmayarme, jamás me había pasado algo tan romántico, apoyé la cabeza en su hombro, cerré los ojos y dejé que me besara delante de todo el mundo. Cuando los abrí, me pareció ver a mis progenitoras en una esquina sonriendo de oreja a oreja, pero volví a cerrarlos, me dejé llevar por el mágico momento que me había trasladado a una especie de sopor feliz. Sentía que volaba, que soñaba, y algo en mi interior me decía: “Valentina, te estás enamorando. Esto ya no tiene remedio”.

Esta vez sí que hubo aplauso, todos los comensales se pusieron de pie y nos dedicaron un plauso, que por un momento me hizo sonrojar. Dimos las gracias y después de pagar la cuenta, salimos del restaurante y simplemente me dejé llevar. Los pocos metros que me separaban de casa desaparecieron. Entré en su coche y dentro de aquel sueño maravilloso, y me encontré en su apartamento. Pequeño, pero deliciosamente decorado. Dejó una luz tenue y puso música suave, aquello iba a acabar, pues eso, como debía de acabar. En la cama, naturalmente. Entramos en su dormitorio, la cama era bonita, pero de Ikea, me di cuenta enseguida, pero no importaba nada. Las cortinas preciosas y unos cuadros surrealistas decoraban la pared, mitad madera blanca y mitad color gris plata. Las luces indirectas y frente a la cama un televisor enorme extraplano. Qué manía esta de fijarme en todo, traté de despejar mi mente y concentrarme solamente en él. Aquello parecía irreal, me dejé llevar y le dejé hacer. En ese

momento recordé que llevaba las mismas tangas que me había puesto por la mañana, y que lo más sensato sería ir al baño a ponerme el potorro en condiciones. Di un salto y le dije:

—¿Puedo ir al baño?

—Claro, cariño. Puedes ir donde quieras.

Cogí mi bolso y entré en el aseo del dormitorio. Realmente era grande y bonito, salvo por la cama de Ikea, lo demás estaba puesto con buen gusto, muy masculino, pero con buen gusto.

—¿Y ahora cómo me lavo?

Me acordé de las toallitas desmaquilladoras, saqué una y me la pasé bien por el sitio indicado, de paso, extraje algunas más y me di por todas partes. Me rocié de un perfume pequeño que llevo siempre en el bolso, por si acaso, y me eché también un poquito en las partes bajas, por si le diera por meter su cabeza por semejante sitio. ¡Lecheee! ¡Cómo escueceee! ¡Por qué se me habrá ocurrido? ¡Me pasan unas cosas! ¡Necesito otro orujo para ponerme a tono! ¡Debería salir en ropa interior como en las películas? ¡Y adoptar una postura sexi? ¡Agarrada a la esquina de la puerta y colocando las piernas como las modelos? ¡No, mejor no! ¡Que seguro que la lío parda! Decidí salir vestida, así como si nada. Vamos, como si la cosa no tuviera importancia.

—Ya estoy. ¿Serías tan amable de servirme otro orujo?

—¿Otro?

—Sí, amor. Otro y puede que alguno más.

Él se sirvió otro en un vasito de esos pequeños que se tienen en el congelador. Después del segundo me noté más a tono y segura de mi misma al notar que tenía el churruminguí limpio, esos detalles dan mucha confianza, y aunque me seguía escociendo un poquito, lo bien hecho bien parece. Mi querido Fernando comenzó a ponerse meloso y entró en faena suavemente, sin prisas, en plan

romántico. Besitos por el cuello, en la cara, en los ojos. ¡Ay, madre! ¡Y sin contárselo a mi hermana! Me despojó de la ropa poco a poco y lo que pensé, menos mal que una es previsor, enseguida fue bajando y bajando y mientras me decía cosas preciosas una de ellas fue: ¡Qué bien huele! ¡Lo sabía! ¡Sabía que podía ocurrir! Mientras él estaba en aquellos menesteres, yo le eché otro trago al poco orujo que quedaba en el vaso y que estaba encima de la mesilla y aquello fue, como si me hubieran encendido una hoguera. Saqué la cabeza de donde la tenía metida, le di la vuelta y le ofrecí una serie de masajes tipo oriental sexis y acalorados a los que no pudo resistirse. Se colocó encima de mí y rematamos aquello en medio de sofocos, gritos y ahogos, dignos de la mejor escena cinematográfica que se haya visto nunca.

Sin duda, había sido la noche más romántica de mi vida. Tenía que reconocer que era un amante de primera. Claro, que yo tampoco me quedé atrás. ¡Madre mía! ¡Las cosas que he hecho! ¡Ayyy madre, pero qué ricas! La recordaría siempre como la mejor noche de mi vida. Me acurruqué en la cama a su lado y me hice un ovillo abrazándome a él, en ese mismo instante, recordé que mi querida Herminia estaría preocupada. Me separé un segundo y le puse un mensaje cortito: “No voy a dormir”, ya le contaría mañana, de momento se quedaría tranquila. Volví a abrazar a mi querido Fernando, que dormía como un bendito y traté de quedarme dormida sintiendo esas mariposas en el estómago que hacen que vueles, y al cerrar los ojos centrada en mi felicidad, recordé que roncaba como una posesa, como si de un tic se tratara, me senté en la cama. ¡Qué iba a hacer? ¡Despertaría a mi querido sub comisario? ¡Qué fallo! ¡Por favor, queridas progenitoras, haced que no ronque! No lo harían, seguro que estaba fuera de su cometido. ¡Ayyy! Además Herminia decía que mis ronquidos adquirirían tres tonos distintos, uno aflautado, otro de soplido y el último y peor como si estuviera haciendo gárgaras. ¡Qué cruel es la vida conmigo a veces! ¡Qué pensará de mí mañana? Que sea lo que Dios quiera, tengo un sueño que me muero, a dormir se ha dicho.

Me despertaron una especie de cosquillas en mis lорzas delanteras. Abrí los ojos y vi su sonrisa mañanera y la bandeja del desayuno en la mesilla. ¡Qué felicidad! Ya comenzaba a sentir esas cosas maravillosas en mi estómago. Había

caído, estaba totalmente enamorada.

—¿Qué hora es?

—La de irme a la comisaría, cariño. Pero estás en tu casa, te dejo una llave, quédate hasta que quieras, incluso sería genial que te quedaras a vivir.

—¿He roncado?

—Sí, amor. Has roncado, pero tus ronquidos me han sonado a música.

—¡Ayyy, madre, cómo se nota que ha sido la primera noche!

Me dio un besazo de película y se marchó. Una vez que noté su marcha, llamé a mi hermana para que supiera la historia, antes de que se viesan en la comisaría, y le conté la historia con toda clase de detalles.

—¿Pero qué me estás contando? ¡Qué facilidad tienes para ligar, hija!

—Oye, ¿no me irás a decir que te gustaba Fernando y lo he estropeado todo?

—¡No cariño, cómo se te ocurre! Te lo hubiera dicho, sabes que te cuento todo.

—¡Bueno, venga! No le des tanto rodeo al asunto. ¿Dime de una vez que te parece?

—¿Qué me va a parecer, boba? ¡Geniaaal! Te has enamorado y él lo llevaba escrito en la frente desde el momento en que te miró por primera vez. Y ya que estamos de secretos, te voy a contar el mío, no te lo he dicho antes, por si eran imaginaciones mías y quería estar segura.

—¡Ayyy, me tienes en ascuas!

—Me estoy enamorando de Mario.

—¿Qué Mario?

—¡Valentina, por Dios, estás en la inopia! El inspector, hemos comido los cuatro varias veces.

—¿No es algo mayor para ti?

—Un poco, pero no me negarás que se conserva de vicio y que está como un queso.

—No, no te lo voy a negar. Es muy atractivo. ¿No estará casado?

—Divorciado y sin hijos.

—¿Y has notado algo?

—Sí, me tira los tejos, pero muy de vez en cuando. Creo que piensa que soy demasiado para él, soy su jefa y además pensará que demasiado joven.

—Pues vete dejando caer pistas, porque si seguimos así, se nos pasa el arroz y si no tengo hijos, me gustaría tener sobrinos.

—¡Qué cosas se te ocurren, Valentina! Cuando vuelvas a ver a mamá y a la abuela, ¿les podías preguntar algo y que nos dieran un empujoncito?

—Por supuesto que lo haré. ¡Qué noche, Amelia! ¡Qué noche! ¡Qué tío! ¡Cómo se lo monta!

—No me des envidia, leche. Que solo lo he hecho una vez.

—Es verdad, no me acordaba que eres principiante en artes amatorias. Esta tarde te voy a dar algunos consejos.

—Si por favor. Voy a procurar terminar pronto y dormimos juntas. Aunque nos vemos antes, voy a reservar mesa para comer los cuatro.

—Vale, pues nos vemos a las dos en el restaurante. Te quiero, hermana.

—Y yo a ti, guapa.

Me vestí como una escopetilla y me fui a casa. Puse al tanto a Herminia de lo pasado la tarde y la noche anterior y se alegró mucho, advirtiéndome que esta vez tuviera más cuidado y vigilara los pasos de Fernando, no fuera a resultar un cara dura como el otro.

Nos sentamos en la salita, con un aperitivo, y seguimos revisando la caja de los papeles de mis antecesoras.

En ese mismo momento sonó el timbre de la portería.

—Señorita Valentina, ya está aquí el taxi que había pedido.

—Lo siento, Juan, pero no he pedido ningún taxi.

—Espere un segundo.

—Perdone, señorita, efectivamente era una equivocación, debe de haber otra Valentina dos portales más allá.

—No pasa nada, Juan, y gracias.

Seguimos oteando los papeles de la caja y seguían saliendo recibos, varios de ellos, de pagos efectuados relacionados con la búsqueda de mi hermana. Los aparté para que los uniera al expediente, hasta que Herminia encontró algo que parecía importante. Un documento firmado por José María Hernández, uno de los detectives contratados para investigar todo lo relacionado con la muerte de mi padre, en el cual decía haber perseguido la pista del falso médico y probable asesino de papá: Hipólito Cárcel. Después de seguirle la pista hasta la portería de Segovia y creer que había desaparecido, este buen hombre, había hallado indicios y le había seguido la pista hasta Sevilla, donde al parecer trabajaba como chapista en un taller de reparación de automóviles situada en la calle Almonacid, 20. Era necesario seguir indagando en los papelotes por si aquel buen hombre hubiera logrado encontrarle, y si se trataba de la misma persona.

Hicimos montones, recibos de luz, de gas, de teléfono y un montón de facturas de taxis. ¿Para qué querían mis progenitoras factura cada vez que

tomaban un taxi? A nadie se le ocurre pedir esas cosas, a no ser que tengas una empresa, por aquello de la desgravación. Pero, ¿en su caso? Seguía sin entenderlo.

Después de una media hora ordenando, Herminia encontró un folio escrito a máquina que decía:

“Estimada doña Amelita:

Antes de ayer viajé a Sevilla, tal como quedamos. Nada más acomodarme en el hotel, me dirigí a la calle Almonacid, 20, donde efectivamente existe un taller de reparación de coches. En él me confirmaron que Hipólito Cárcel trabaja allí como chapista, pero que aquel día libraba. Les dije que era mi hermano al que no veía desde hacía mucho tiempo y fueron tan amables de darme su dirección, plaza de Santa Marina, 24.

Me dirigí hacia allí. Era un edificio más bien normal, llamé al portero automático al 2º B, y nadie contestó. Ya casi me marchaba, cuando aproveché la salida de un vecino. Subí hasta el piso y llamé a la puerta, nadie contestó. Me decidí por preguntar a la vecina de enfrente. Una señora muy amable de mediana edad, me comentó que como era su día libre habían aprovechado para hacer compras. Pude entablar conversación con aquella buena mujer y me refirió que era un matrimonio bien avenido y muy buenos vecinos a los que todo el mundo apreciaba, amigos de hacer favores. Tenían un chalet en Matalascañas, en primera línea de playa, que según ella era una preciosidad, la habían invitado a pasar 10 días de vacaciones con ellos y me aseguraba, que la vivienda era un auténtico primor, según sus palabras. Hacía ya unos cuantos años, lo habían heredado de una tía de ella, soltera, sin más familia, que les dejó aquella preciosidad que valía un potosí y un buen dinerito que les aseguraba la jubilación. El matrimonio no tenía hijos y disfrutaba de sus ratos libres sin preocupación económica alguna. Le agradecí sus palabras y le comenté que volvería a la noche, asegurándome de que no les mencionara mi presencia, ya que se trataba de una sorpresa.

Como ya se habrá dado cuenta, enseguida percibí que aquel dinero no

provenía de una herencia, sino del pago por el asesinato de su padre, que en paz descansa.

Hice tiempo visitando la ciudad, contemplando sus hermosos barrios y probando su famosa gastronomía. Hice un alto en el hotel para dormir un rato la siesta y asearme, y cuando consideré una hora prudente, nueve y media de la noche, acudí de nuevo al domicilio de Hipólito Cárcel. No llamé al portero automático por miedo a que no me dejaran pasar, hice tiempo y esperé la salida o entrada de algún vecino de la finca y a los diez minutos me dispuse a subir a hasta su piso. Llamé a la puerta y la verdad, doña Amelita, es que no las tenía todas conmigo, pero en contra de mi opinión personal, me abrieron la puerta y al decir que era imprescindible para su seguridad que hablara con él, me dejó pasar, me acomodó en el salón e incluso me preparó un café.

Una vez sentados, le dije que era mejor que habláramos a solas, la reacción de su esposa fue levantarse, con la disculpa de tomarse un descanso. Fui directo al grano y le conté punto por punto todo lo que sabía, aun arriesgando mi seguridad, pero guardándome un as en la manga. Al igual que en las películas, le dije que si me sucedía algo, la persona que me había contratado iría a la policía, cosa que no le convenía en absoluto. Le referí que el mal estaba hecho y que no se podía devolver la vida a su padre, pero que mi deber era investigar quién había dado la orden de su muerte; y para ser más exactos, le pregunté quién le había contratado. Al principio puso un montón de reparos, contándome mentiras que no le dieron ningún resultado, después optó por la agresividad moderada, y por fin, después de escuchar mis palabras y largas amenazas con denunciarle, o pasar por alto lo que había hecho si me contaba lo que quería averiguar, que solo quería saber el nombre del verdadero artífice del asesinato, la persona que había dado la orden, después del tercer café me relató lo siguiente:

Una persona contactó con él por vía telefónica. No tenía ni idea de porqué le habían elegido, quizá por su pasado no muy legal y por sus colaboraciones en algunos delitos, como robos y estafas, que ya había pagado con creces pasando varios años en prisión. Después de varias llamadas y cerciorándose de que aquello no era ninguna broma pesada, accedió a la petición de la persona que le había encargado matar a Antonio Violín, abogado y residente en Madrid. La

cantidad de dinero que le ofrecían no era nada desdeñable y le aseguraba el futuro. Le enviaron una fotografía de la persona a la que debía eliminar y por supuesto le dijeron que el crimen debería de ser limpio y no dejar huellas. En ningún momento preguntó el porqué, ni qué había hecho aquel hombre para merecer ese triste final, se limitó a preparar concienzudamente el asesinato, y para ello buscó la colaboración de uno de los abogados del bufete llamado Práxedes Ventura del Río, persona encargada de llevar a desayunar a la víctima y depositar un mejunje en su café para provocarle el mareo, que después serviría para llevarle a la muerte. Por supuesto, no hay que decir, que el tal Práxedes lo hizo por dinero, y creyó en todo momento que solo se trataba de darle un susto, jamás supo que iba a ser cómplice del envenenamiento. Después de todas las explicaciones pasé a las preguntas que más nos interesan y que deberían llevarnos al verdadero asesino. Según sus palabras, jamás vio a la persona que le contrató, solo tenía la constancia total, de que la voz era de una mujer que se expresaba con corrección y mucha precisión. El tono era de persona joven o mediana edad y el dinero no fue enviado a una cuenta, sino que recibió un paquete en forma de regalo, que resultó ser un joyero repleto de billetes a través de una empresa de transportes. Al final de esta misiva encontrará la compañía y dirección de la misma. Fueron diez las llamadas recibidas con las instrucciones que llegaron al final requerido y siempre sonaban pasadas las doce de la noche. Una vez cometido el crimen se fue de la portería de Segovia y se trasladó a Sevilla, sin volver a tener noticia alguna de aquella mujer. Al final de la carta una reseña con el nombre de la empresa referida:

Empresa de transportes Buen viaje, situada en la calle Valencia, 60 de Madrid”.

Me quedé atónita, al igual que mi querida Herminia. Mis progenitoras estaban enteradas que la asesina de mi padre era una mujer, probablemente de Madrid, puesto que era aquí donde había contratado la compañía transportista. ¿Tendría mi padre una amante? ¿Le amenazaría con dejarla y por eso le asesinó? Mis antepasadas jamás me habían contado que hubiera sucedido nada de eso, según ellas, mi padre era un hombre bueno, honesto y cabal. Yo era joven cuando el murió, pero le recuerdo como el hombre más maravilloso del mundo. No podía ser. ¿Cómo iba a tener una amante? Inmediatamente llamé a mi hermana y le leí

la carta. Me dijo que la llevara a la comida para adjuntarla al expediente. Según ella era un logro maravilloso, podía investigar la empresa y con una orden pedir archivos de aquellas fechas, con lo cual podríamos averiguar quién mandó el paquete del dinero, y a través de telefónica podríamos obtener el número de teléfono desde el que la asesina se puso en contacto con el sicario.

Herminia no paraba de santiguarse mientras decía:

—¡Válgame Dios! ¡Las cosas que escondían estas dos mujeres! ¡Un asesinato en esta familia! ¡No estaría tu padre metido en algo ilegal?

—Que yo sepa no.

—Bueno, nena, muy legales, lo que se dice muy legales, nunca habéis sido.

—¿Cómo que no?

—Que yo recuerde, la vida no os la habéis ganado con mucha limpieza. Y tu abuela se cargó a su marido, a doña Marita y al novio ese tuyo que era tan sinvergüenza.

—¡Eso fueron obras de caridad, Herminia! ¡Y creo que en lo de mi novio estuviste metida en el engranaje! ¡O no fue así? ¡Cómo se te ocurre pensar otra cosa? ¡Y todos los huerfanitos que han comido gracias a ellas? ¡De eso no te acuerdas? Y nuestra forma de ganarnos la vida no ha hecho mal a nadie, algún sustillo que otro sí, pero nada más, y quiero recordarte que las dos comemos gracias a eso, y que tú eres arte y parte de mi trabajo. ¡Cómo estarían en el cielo, o como se llame donde viven ahora felices mis progenitoras, si su vida no hubiera sido un ejemplo?

—Lo que tú digas, niña. No voy a llevarte la contraria, si tú dices que lo que hacemos está bien, pues eso, estará bien. ¡Y cómo tu abuela y tu madre viven felices ahí arriba? Es algo que todavía no me explico, será que allí las cosas se ven de otra manera. Anda vamos a dejarlo, recoge todos estos papelotes y mete lo que interesa en la carpeta para llevárselo a tu hermana y arréglate que vas a llegar tarde a comer.

Me puse unos vaqueros, una camisa de franela tipo leñador y un chaleco acolchado de Ralph Lauren, mocasines marrones, eyeliner negro para resaltar el color de mis ojos, rímel, brillo en los labios y algo de colorete. Marqué un poco con el secador mi melena cuadrada, tipo japonesa y marchando. Estaba estupenda, para que voy a andarme con remilgos. Algunas pulseras, pendientes de aro pequeños, un par de anillos y lista.

Después de un par de besos de Herminia, bajé en el ascensor, saludé a Juan, el portero, y nada más salir del portal paró un taxi justo delante. ¡Vaya días de taxis que llevaba! Montones de recibos de mis antepasadas, uno equivocado que no había pedido y ahora se para uno justo en la puerta, como si hubiera adivinado que lo estaba buscando. Aproveché y lo cogí, le di la dirección del restaurante y el taxista, la mar de simpático, fue describiéndome el paisaje, edificios y tipos de árboles del camino como si de un guía turístico se tratara y yo una recién llegada del aeropuerto. Sin embargo le dejé hablar, por un momento me sumergí en aquella voz que me resultaba envolvente y precisa. Iba detallando cada árbol que yo me sabía de memoria, pero era tal su descripción, que me sentí enseguida atraída por sus elocuentes explicaciones. Al llegar a la plaza de Roma, llamada antes de los años 60 plaza de Manuel Becerra, me relató que el parque de Eva Perón, situado detrás de la parroquia de Nuestra señora de Covadonga, antiguamente era la Quinta de los Leones, estaba dividida en tres quintas y a mediados del siglo XX, la convirtieron en la maravillosa arboleda, donde los ancianos y niños pueden gozar de un buen paseo. Al llegar al restaurante, me di cuenta de que se me había hecho corto el paseo, por lo que le di una buena propina a aquel taxista tan eficiente. El buen hombre me dio su teléfono, por si en cualquier momento necesitaba sus servicios, y cogí la tarjeta sumamente complacida, comentándole que había sido una grata experiencia viajar en su taxi, aunque fue de un tramo tan corto.

Según me acercaba al restaurante, pensé que todas las pruebas llevaban a una mujer residente en Madrid. Empezaba a desechar los indicios que me dirigían a Salvadora, la madre de mi hermana, aunque era pronto para descartarla, quizá pudo haberse trasladado a Madrid para no dejar huellas de su crimen, algo dentro de mí me llevaba siempre hasta ella. Aquella mirada, sus palabras, sus

cambios de humor. Y estaba claro que tenía un motivo importante: Su hija. Si en algún momento averiguó que mis padres estaban siguiendo su pista, como principal artífice del robo de mi hermana, matar a mi padre sería un aviso para que mis progenitoras dejaran la investigación. Claro está, que no podía poner al tanto a mi hermana de mis sospechas, al menos de momento, hasta que no encontrara más pruebas, y aunque yo pensaba seguir investigando por mi cuenta, sería estupendo que ella misma llegara a la verdad, y conociera como era su madre en realidad: “Una asesina”. Mis progenitoras me habían advertido sobre ella, y sin duda alguna seguiría indagando hasta encontrar la verdad. Esta misma noche haría partícipe a Fernando de lo que me dictaba la razón, y aquella corazonada que siempre me llevaba hasta Salvadora, mis antepasadas me habían puesto al tanto de que la verdad me llegaría a través de él, por lo tanto le confiaría todo lo que hasta ahora me perturbaba, sin ningún tipo de desconfianza.

Casi sin darme cuenta, me vi entrando por inercia en el restaurante, allí mi hermana y sus compañeros me esperaban tomándose un aperitivo. Nos saludamos con un beso, Fernando se adelantó y fue a mi encuentro, galantemente colocó mi silla y me besó en la boca. Rápidamente vi la sonrisa socarrona que mostraba mi hermana y se la devolví con un guiño.

Patatas guisadas con bacalao, paletilla al horno y tarta de chocolate. ¡Qué felicidad, qué comida, madre mía! Mi hermana pidió lo mismo, cómo se notaba que éramos gemelas.

¡Qué saque! ¡Y qué rico nos sabía todo! Fernando y Mario nos miraban con cara placentera, notaba como se hacían señas a modo de risa.

—Me da igual lo que estéis pensado —dijo mi hermana—. Esto está buenísimo y no se puede andar con remilgos. Ya sé que somos un par de tragonas, que le vamos a hacer, lo llevamos en la sangre. Quizá nos sobren unas cuantas lorzcas, pero el placer de una buena comida es inigualable. ¿No opinas lo mismo, Mario?

—Lo que tú digas, jefa. ¡Tú mandas! Solo me reía porque da gusto veros comer,

da igual lo que pongan, todo lo encontráis rico y hay que ver lo que tragáis, desde luego no tenéis fondo.

—Por lo que veo tú tampoco, y además tienes la suerte de no engordar, porque no se puede negar que tienes un buen cuerpo.

Miré a mi hermana y le hice un gesto, para que comprendiera que iba por buen camino, que debía seguir coqueteando con Mario para que notara la chispa que producía en ella.

—Bueno, jefa, me lo tomo como un cumplido.

—Es la verdad, Mario. Tienes un cuerpazo envidiable, no entiendo como sigues viviendo solo, seguro que tienes un montón de admiradoras.

—No lo sé, no me he fijado. Pienso que soy algo mayor para eso, y quien sabe, a lo mejor la mujer de mis sueños no está a mi alcance.

—¿Cómo lo sabes, se lo has preguntado?

—No me atrevería.

—¡Por Dios, Mario! Te tenía por un hombre con más ímpetu. Lo único que te puede pasar es que recibas un no por respuesta.

—¿Piensas que podría optar a una mujer mucho más joven que yo, guapísima, inteligente, que sabe estar en todo momento, brillar por sí misma, con un carácter maravilloso y dotes de mando?

—Así que esa es tu mujer ideal.

—Lo es. Lo malo es que la he encontrado y no me atrevo a decirle nada.

Fernando y yo intercambiábamos miradas de complicidad, no había duda alguna de que se estaba refiriendo a Amelia, y mientras, le daba pataditas a mi hermana por debajo de la mesa, para que siguiera metiendo caña.

—¿Cómo es posible? ¿Tan poca confianza tienes en ti mismo? Cualquiera mujer estaría encantada de que le tiraras los tejos.

—Cualquiera sí. Pero ella no es una mujer cualquiera, es especial.

—Vaya, eso es que te has puesto el listón muy alto.

—No te equivocas, es alguien excepcional.

—Pues, chico, ¡decídate de una vez! —dije yo—. No dejes pasar el tren, que la oportunidad definitiva se presenta una vez en la vida. Quizá ella sea la mujer que esperabas, la que el destino ha elegido para ti.

—Sí, Valentina, eso se dice muy fácil, pero me veo tan poca cosa a su lado.

—Eso te lo estás diciendo tú mismo, te infravaloras. Eres un hombre guapo, atractivo, buena gente, tu trabajo es impecable, tienes una buena posición.

—Cariño, me voy a poner celoso —dijo Fernando.

—No digas bobadas. Solo quiero infundirle los ánimos que le faltan, quizá sea la oportunidad de su vida y no debe dejarla escapar.

—Lo más probable es que tengas razón, pero creo que no soy capaz de recibir un “no” por respuesta.

—¡Por favor, Mario! ¡Me estás decepcionando! —dijo mi hermana, mientras se metía en la boca un trozo de paletilla con patatas revolconas, que casi no la dejan expresarse—. Te tenía en un concepto mucho más alto —siguió hablando mientras un mechón de pelo se le iba adentrando poco a poco en su ojo derecho.

Mario, sin dudarle un momento, dando por sentado que aquel gesto no estaba preparado y que le había salido del alma, le retiró a mi hermana aquel mechón a modo de caricia, colocándoselo de nuevo detrás de la oreja. Fernando y yo nos dimos una patadita por debajo de la mesa. Aquel ademán lo decía todo.

Denotaba que las palabras dichas anteriormente iban dirigidas a mi hermana, tal y como yo esperaba. Ella, le miró tiernamente y le dedicó un “Gracias”, que había que ser muy tonto para no ver los sentimientos que se encerraban en aquella palabra tan escueta, pero a la vez tan envolvente. Las miradas del uno al otro lo decían todo, había pasado un ángel, el ambiente se transformó en película de los años cuarenta, solo faltaba que sonara la música y bailaran un vals, pero no les hacía falta, sus caras expresaban sus sentimientos. Sin tan siquiera tomar el postre, cosa que me pareció fatal, Fernando me cogió de la mano y me condujo a la salida, no sin antes, dejar su tarjeta para abonar la cuenta. Salimos agarrados de la cintura y nos dirigimos a una cafetería cercana a saborear un capuchino y una copa de orujo. Creo que ellos no se dieron cuenta de nuestra marcha. El destino estaba marcado, el ambiente y el amor mutuo hicieron lo demás.

Aprovechando nuestra escapada le puse al corriente con todo detalle de mis últimas pesquisas.

—Esto quiere decir que el asesino es una mujer.

—Eso parece.

—Amelia dice que con estos datos es suficiente para comenzar. Podréis averiguar su número de teléfono y a través de la empresa de transportes podríamos localizar a la persona que envió el joyero con el dinero.

—Esta misma tarde me pongo con ello. Tengo previsto terminar a eso de las siete. ¿Cenamos juntos?

—Claro que sí

—Perfecto, paso a por ti y decidimos donde vamos.

En la misma puerta de la comisaría paró un taxi. “¡Qué oportuno!” —pensé—, y en un momento me llevó a casa. Después de saludar a Herminia, me fui directamente a la cama, el cuerpo me estaba pidiendo una siesta. Me desnudé y me metí dentro de mis agradables sábanas de seda de Modesto y Lomba que me

produjeron un bienestar absoluto, aunque no por eso concilié el sueño tan rápido como hubiera querido. Mi vida estaba dando un giro tremendo, el flechazo de Fernando me había tocado directamente el corazón, ya no concebía la vida sin él, al igual que tampoco la concebía sin la presencia de mi hermana. Recordé que con tanto desorden en mi vida, había dejado abandonado el laboratorio, no es que me faltara para comer, pero la cuenta del banco iba disminuyendo, mis gastos del día a día estaban superando el remanente acumulado. En los próximos días tendría que comenzar a investigar en alguna ciudad no muy cercana a Madrid, y para eso tendría que preparar un viaje y elegir el hotel adecuado. Una semana mínima para la indagación sobre futuras víctimas y otra para la curación y poder conseguir un cheque, lo más alto posible, contando que tenía que apartar una cantidad para los huerfanitos. Tendría que inventarme alguna razón que justificara mi próximo viaje. Seguramente algún laboratorio de cualquier ciudad requeriría mi presencia, ya me inventaría algo. Antes de envolverme en un sueño profundo me acordé del taxi que había parado, precisamente delante de la comisaría, era como si me estuviera esperando. ¿Qué les pasaba a los taxistas conmigo desde hacía un par de días? Era como si me persiguieran. Con tantas cosas repentinas en mi vida sentía que estaba algo tarumba. ¡Qué tontería! ¡Qué los taxis me persiguen! Me da por pensar unas cosas, y en ese momento se me cerraron los ojos, hasta que escuché la voz de Herminia recordándome que Fernando no tardaría en llegar. Si no fuera por ella, qué sería de mi vida.

Me cambié de ropa y cuando estaba terminando de retocarme, escuché como Herminia le hacía pasar a la salita. Le sirvió una copa de vino blanco y le puso unas patatas fritas y unas olivas que le mandaban de su pueblo. Cuando entré estaba ojeando una revista de esas de cotilleo que le gustan tanto a Herminia. Se levantó y me dio un beso en la boca de esos de tornillo, que me supo a gloria bendita.

Salimos del portal y de nuevo un taxi paró, abrió la ventanilla y se dirigió a Fernando, diciendo:

—¿Le va bien un taxi, amigo?

—No, gracias, pero es usted muy amable. —Y dirigiéndose a mí me dijo— ¿Sabes que desde hace unos días me doy de bruces con todos los taxistas del mundo?

—¿Tu también?

—No me digas que te pasa lo mismo.

—Lo mismo.

—¿Es raro, no? Y las frases que utilizan conmigo son siempre las mismas. ¿Le va bien un taxi, amigo? Creo que me estoy obsesionando y hago una montaña de un grano de arena.

—No, cariño. Me pasa lo mismo, no es lógico, algo está pasando.

—Espera, ¿Le va bien un taxi, amigo? Esa era una frase muy común en mi abuela. ¿Le va bien dejarme pasar? ¿Le va bien venderme un kilo de castañas, amigo? ¿Le va bien tenerme el bajo cogido para esta semana? ¿Le va bien comerse todas las lentejas, amigo? Lo decía refiriéndose a mí. Esto es muy extraño, Valentina.

—¡Ya lo tengo! ¡Las señales, Fernando! Ellas dijeron que estuviéramos atentos a las señales, y que sería tu abuela la que las haría llegar. ¡Tu abuela nos está enviado algo que tenemos que descifrar!

—¡Taxis! ¡Taxistas! Algo relacionado con esas palabras. No sé lo que querrá decir, Valentina, no me dice nada ese mensaje.

—Yo tampoco lo capto. ¡Piensa, Valentina, piensa! ¿Qué hay en mi vida o en la tuya relacionado con un taxi? Me encuentro perdida, no sé lo quiere enviarnos tu abuela.

—Entremos a cenar. Con el estómago lleno seguro que piensas mejor.

—¡Qué gracioso!

Pero tenía razón, con el estómago lleno soy capaz de cualquier cosa.

Sopa de marisco y solomillo a la pimienta, creps de crema con chocolate caliente, café y orujo. Me sentía en plena forma, era capaz de descifrar cualquier cosa que me pusieran delante.

—¿Habéis comenzado con la investigación?

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Es algo de lo que se ocupa tu hermana personalmente, no nos deja meter baza. Últimamente está en las nubes, con el reciente idilio entre ella y Mario, las cosas andan manga por hombro. No quiero pensar mal, pero si te dijera que me está pareciendo que trata de atrasar el tema, ¿qué pensarías?

—¿Te estás refiriendo a que no quiere saber quién asesinó a mi padre?

—Sí, a eso me estoy refiriendo.

—Imposible.

—Serán imaginaciones mías. Pero el expediente está intacto, de hecho no ha salido del archivo, y teniendo en cuenta que el juez ha abierto nuevamente el caso, es algo sorprendente.

Me quedé un poco alelada al escuchar la opinión de Fernando. ¿Estaría mi hermana atrasando la investigación? ¿Con qué fin? ¿Su madre? Tendría gracia que mi intuición sobre ella fuera acertada.

En un momento puse al tanto a Fernando de mis sospechas sobre Salvadora y de las advertencias de mis progenitoras. Si como todo indicaba, ella robó a mi hermana de la maternidad, no sería muy desacertado pensar, que al averiguar que mi familia estaba investigando para encontrar a Amelia, ella hubiera mandado matar a mi padre para detener su plan, y de paso meter algo de miedo

a mi madre y a la abuela para que no siguieran con sus pesquisas, aunque si fue así, no surgió el efecto deseado. Ellas no se rindieron, siguieron con la investigación, hasta que desgraciadamente aquel taxista las arrebató de mi lado... ¡Taxistaaa! ¡Taxi! Ahora lo veía claro, las señales se referían a un taxi. ¡El taxista que las atropelló! ¡Me estaban queriendo decir que también ellas fueron asesinadas? ¡Sería capaz Salvadora de haber acabado también con ellas?

–Me parece, Valentina, que estás dando en el clavo, y has hecho un pleno. Creo que tu hermana sospecha y por eso no quiere seguir con la investigación. Si todo indica que su madre es una asesina, querrá atrasar las pesquisas y cortar todo tipo de pruebas.

–No nos olvidemos que son conjeturas. Nadie nos va a creer, no podemos demostrar nada, no vamos a ir al juez contándole las señales que estamos recibiendo de tu abuela.

–Desde luego que no. Pero eso no impide que tú y yo sigamos con la investigación. ¡No vuelvas a darle a tu hermana ningún tipo de información por pequeña que sea!

–Si estoy equivocada, me sentiré mal por lo que vamos a hacer a sus espaldas.

–Ya se te pasará. ¿Y si estamos en lo cierto? ¿Cuántas veces le has pedido que os hagáis las pruebas de ADN? ¿No es verdad que no hace más que poner pegas al asunto?

–Tienes razón, pero eso lo arreglo yo. La próxima vez que comamos juntos, cojo el vaso que esté utilizando y realizaré yo misma la prueba en mi laboratorio.

Después de tomarnos el segundo orujo, con la mente algo ofuscada por el alcohol, me entraron unas ganas terribles de besos y arrumacos. Llamé a Herminia para decirle que no se preocupara, que me quedaba con Fernando y nos fuimos a su casa a dormir.

Me di una ducha rapidita, por eso de quedar bien. Yo he sido siempre muy mirada para eso de los olores, no hay mejor cosa que un aroma agradable. Me

puse una crema de repuesto que llevo siempre en el bolso, que la fragancia que despidе te eleva a la quinta esencia. ¡Ayyy, madre! ¡Qué cosas pienso! ¡La quinta esencia! ¿De dónde me habré sacado la frasecita?

Cuando salí del baño, mi Fernando estaba encima de la cama totalmente desnudo. ¡Qué cosa me dio! Como una sacudida, una especie de calambre, con lo cual ni me lo pensé, me despojé de la toalla y la dejé caer al suelo, así... De aquella manera... Vamos... Como en las películas... Qué guarrona me estaba volviendo... Qué experta... Qué cosa... Qué todo...

Me recosté al lado de mi amorcito, que no tuvo que hacerse rogar, comenzó con besitos en el cuello y perdí la conciencia de todo lo que me rodeaba, me olvidé de los taxis, de la investigación, de mi hermana, de mi Herminia y hasta de mis progenitoras y pasé a experimentar la quinta esencia, que jamás había comprendido de que se trataba, pero que en ese momento estaba experimentando. ¡Este hombre es una máquina! ¡Qué manos! ¡Qué boca! ¡Qué aparato! ¡Qué todo! Decididamente Fernando tenía que ser el hombre de mi vida.

—¿Todo bien, cariño?

—Ummm, más que bien. Solo hay un problema.

—¿Un problema?

—Fernando, tengo hambre.

—¡No me lo puedo creer!

Y los dos rompimos en una carcajada, que nos unió en nuevo abrazo, y que nos hizo volver a repetir la experiencia anterior, aunque no había mentido. ¡Yo... tenía hambre!

Después de tomar un magnífico desayuno, a base de tortitas con chocolate y nata, que Fernando preparó en un segundo, y un buen café, salimos de su casa en direcciones distintas. Él hacia la comisaría y yo a casa, tenía que terminar de

ojear la caja de los papeles.

Una vez me hube despojado de la ropa del día anterior, llamé a mi hermana para darle los buenos días, contarle lo de la quinta esencia y ponerme un pijama de esos confortables que suelo usar para estar en casa. Puse a Herminia en antecedentes sobre mis sospechas de que mis progenitoras también habían sido asesinadas, me senté en la salita y seguí ojeando la caja de los papeles en busca de ayuda, de algún folio que me diera la prueba que necesitaba. En primer lugar para averiguar que mis conjeturas eran acertadas o no. Pensar que mi madre y la abuela habían sido asesinadas se basaba solo en suposiciones, necesitaba más datos y si los encontraba, deberían demostrar mis hipótesis.

La pobre Herminia no podía estar más asombrada.

—Pero, nena, ¿estás segura de lo que dices?

—Segura del todo no, Herminia. Pero, ¿tú qué pensarías?

—Pues, hija... Después de todo lo que está pasando, ya ni lo sé. Pero desde luego merece la pena averiguarlo, y sabes que te ayudaré, cariño. Eres como la hija que nunca tuve, y aunque me deje la piel en ello, como me llamo Herminia, que voy a ayudarte.

No me quedó más remedio que darle un abrazo, un abrazo que me pedía el alma. Qué sería de mí si ella no estuviera a mi lado.

Me preparé otro café bien caliente, y seguí ordenando papelotes, recibos varios, luz, agua, comunidad y extractos bancarios que iba colocando en montones perfectamente apilados. No tenía ni idea de donde me llevaría todo aquello, pero era la única pista a seguir. Como mis antecesoras no hubieran dejado algo por donde seguir la investigación estaba totalmente perdida. Herminia me puso encima de la mesita una cerveza y un aperitivo, no me había dado cuenta de la hora, la una. Se sentó a mi lado con idea de ayudarme, cuando me di cuenta que mi madre estaba sentada en el sofá.

—Vas a encontrar una sola pista. Procura que no se te escape porque no vas a

descubrir nada más, aunque tu intuición te ha llevado por el camino correcto.

—Estoy perdida, mamá. Es la única pista que me habéis dejado, si la caja de los papeles no me va a aportar nada más, ¿por dónde sigo? ¿Qué hago? ¿Merece la pena que siga con todo esto? ¿No sería mejor que dejara las cosas como están? He encontrado a mi hermana y era algo que jamás me hubiera imaginado, para mí ha sido la culminación, casi lo mejor de mi vida, ya nunca me encontraré sola, la tengo a ella. ¿Y Fernando? ¿Qué piensas de él? Mamá... por primera vez en mi vida soy feliz con un hombre, creo que en él he encontrado mi otro yo. Sé que en cuestión de amor no he dado ni una, pero pienso que es mi media naranja, me da lo que necesito. Por primera vez en años, desde que me quedé sola, soy feliz... Ya, ya sé, que algo quedaría incompleto, que queréis que acabe mi misión. He comprendido vuestras señales, papá fue asesinado y estoy muy cerca de descubrir al autor del crimen... Pero, ¿ahora? ¿Vosotras? ¿Os mataron? ¿No fue un accidente? No tenéis ni idea de cómo me siento, la espiral de mi vida se está convirtiendo en algo irreal, me siento como si estuviera metida en un parque de atracciones. A veces giro y giro en el túnel del tiempo, o doy vueltas en una noria, entro en el tren de la bruja y noto como me dan escobazos, o a lo mejor tengo suerte y me llevan al pasaje del amor y me olvido por unos momentos de lo que me espera. Me dais una hermana, que se convierte en la culminación de mi vida, pero cuando más confío en ella, me vienen las dudas... Mamá, por favor, ¡ayúdame! ¡Te necesito! ¡Ayúdame!

—Para eso he venido, cariño... Necesitas concentrarte y hallar soluciones a todos los enigmas que al final te llevarán a una sola persona. ¡Necesitas descubrirlo! ¡Por tu bien, mi amor! ¡Lo necesitas! ¡Abre tu mente! ¡Piensa! ¡Analiza los enigmas! ¡Mira hacia donde te llevan! Todas las pesquisas hallarán el mismo camino y un solo nombre, el nombre de la persona que ha ocasionado todo lo que estás investigando. ¡Pero solo tú! ¡Y solo tú deberás descubrirlo! Si no es así nada se resolverá, nada habrá tenido el efecto deseado. ¡Busca ayuda! Te hemos puesto a Fernando en tu camino... él será decisivo en tu decisión... El final de todo esto acaba en una sola persona ¡Búscala! ¡Lo necesitas! ¡Será decisivo para tu futuro! Soy tu madre, cariño. ¡Hazme caso! ¡Lo resolverás! Estoy segura... Sigue tu instinto... Vuelve al pasado... Procura recordar... Si no

lo haces estarás perdida...

No me dejó contestar, ni tan siquiera pude preguntarle a qué se debían esas conjeturas a las que había llegado. Herminia me miraba fijamente, me cogió la mano, sabía que algo pasaba, que había recibido la visita de una de ellas. ¡Tendría que seguir! Cada vez estaba más confusa, me dolía la cabeza, todo era un enredo, una confrontación de mi nublada mente, que ya no sabía cuál era la realidad y que parte se debía a un sueño, a pensamientos desenfocados y obtusos, a una maraña repleta de propósitos de razón incompleta o de simple inseguridad en mí misma, llena de siniestros pensamientos sin razón, que me llevaban a veces a una niñez incompleta, en la que no me sentí feliz, sino repleta de dudas, incógnitas, de elementos que me obligaban a hacer cosas que no quería realizar. Estudiar por encima de mis posibilidades algo que no me complacía, pero que según los resultados de un test de inteligencia, estaba dotada para ello. Mi conciencia se negaba a seguir, aquello no me gustaba, mi mente no quería encontrar fórmulas matemáticas que sirvieran a otros y que mi propia conciencia me reclamaría después. ¿Por qué yo? ¿Por qué tendían que servirse de mí? Quería ser una niña normal, como las otras, como las compañeras del colegio, las que sacaban bien y notable y no sobresalientes como yo.

Me desperté en el sofá, no sé cuánto tiempo había dormido, lo necesitaba, me notaba más relajada. Comí con Herminia un cocido madrileño que me supo a gloria bendita, me preparé un helado de chocolate y mientras tomaba el café y el orujo al que me había abonado, seguí con aquella caja en la que ya solo debía encontrar un papel, y esta sería la última pista a seguir. Lo demás debería analizarlo por mi cuenta con la única ayuda de Fernando. Por un momento me sentí culpable por sentir desconfianza hacia mi hermana, pero mi madre me había dicho que siguiera mi intuición, y esta me lleva siempre a la misma persona: Salvadora. Una llamada de Fernando me sacó de mi ensoñación. Quedamos en su casa a las siete, había invitado a mi hermana y a Mario y entre todos prepararíamos la cena, ya se había encargado de comprar todo lo necesario. Nada más colgar llamó mi hermana para repetirme lo que me había dicho Fernando, y para decirme que el fin de semana iríamos los cuatro a

Segovia a ver a sus padres, según ella, sería un fin de semana memorable. Fingí alegrarme, aunque pensándolo bien, sería una oportunidad para estudiar concienzudamente a Salvadora. Pensaría en ponerle un par de trampas, ya se me ocurriría algo, le preguntaría a Fernando. ¡Algo tienen que saber los comisarios de estas cosas!

Cuando me quise dar cuenta ya eran las seis, me di un baño y me arreglé para la cena en casa de Fernando. Esta vez elegí un vestido de corte sencillo, cuello barco, sin mangas, color rojo, media de cristal y zapatos de tacón negros con un bolso de Channel también negro, unas cuantas pulseras y un reloj de marca. Opté por una sortija de rubíes y un pañuelo negro al cuello. Me remarqué los ojos como de costumbre y me alisé un poco mi marcada melena cuadrada.

—¿Cómo estoy? —le pregunté a Herminia.

—Divina, cariño. Estás divina, ya es hora que luzcas esas piernas tan bonitas que tienes y que siempre escondes debajo de los vaqueros.

—Acuéstate pronto, Herminia, estarás cansada.

—¿Cansada? ¡Qué cosas tienes! Tenemos la mayoría de las habitaciones cerradas, solo me ocupo de la tuya y la mía. Rara vez comes o cenas en casa. ¡Pero, chiquilla, si ya te estoy terminando el ajuar!

—¿Qué ajuar?

—¡Vaya por Dios, con la niña esta! ¡Qué ajuar va a ser? Pues el tuyo, lo necesitarás cuando te cases. Ya que Dios ha tenido a bien llevarse a tu madre y a tu abuela, no voy a consentir que vayas sin nada a tu boda. Llevarás tus sábanas y mantelerías bordadas a mano, como Dios manda.

—Herminia, que tengo 43 años.

—Me da igual los que tengas, llevarás el ajuar y no hay más que hablar. Y vete ya, que llegarás tarde, y si duermes fuera llama para no preocuparme.

—Lo haré.

Eran las siete menos veinte, decidí dar un paseo, subir por Goya, hasta la plaza de Roma y bajar por la calle Alcalá hasta su casa. No me llevaría más de media hora y el tiempo era magnífico, aunque me eché la chaqueta de lana negra por los hombros, más por inercia que por frío. Los días eran cada vez más cortos y a esa hora ya comenzaba a reinar la oscuridad. La luna se dejaba ver y comenzaban a salir las primeras estrellas de la noche. La calle Goya lucía en todo su esplendor, las terrazas se veían abarrotadas de personas entretenidas, algunas en su charla y otras simplemente por ver pasear a los viandantes. De las tiendas de moda y los grandes almacenes entraba y salía constantemente una afluencia de gentío portando infinidad de bolsas, mientras que la maraña de coches dejaba sentir los ruidos de sus motores a los que ya estábamos acostumbrados. No podía remediar pararme en cada escaparate y mirar a las personas que charlaban amigablemente en las mesas que los bares ponían a su disposición en la vía pública, mientras tomaban su refresco. ¡Cuántas vidas! Y cada una distinta de la otra, pero seguro que ninguna tan complicada como la mía. ¡Recuerda tu niñez! Ese fue el consejo de mi madre en su última aparición. Pues claro que lo recordaba, cómo iba a olvidarme de mi laboratorio, de mi afición por las matemáticas, por las fórmulas químicas. Cómo olvidar los sabios consejos de mi padre, la persistencia de la abuela, o los cálidos besos de mi madre. El colegio, mis estudios y... aquello que tenía que hacer, la faceta que mi abuela descubrió en mí, la capacidad de encontrar venenos que no dejaran rastro de muerte, incluso sus antídotos. Yo quise darlos a conocer, que el mundo supiera de mi gran capacidad... pero... Ella supo sacarle más partido y montó mi laboratorio, con todo lo que yo le pedí, todo cuanto necesitaba para llevar a cabo el negocio que mi abuela planeó y en el que logró integrar a toda la familia. Yo no preguntaba, no pensaba, no quería saber el destino de todo aquello, solo estudiaba, estudiaba y estudiaba. Metía en mi mente todas las fórmulas matemáticas posibles que llegarían a hacerme alcanzar el triunfo. Un triunfo sin premio. Un triunfo que serviría para llevar a cabo las indignas acciones a las que estaban destinados mis estudios, mis horas en el laboratorio, mis libros, incluso mi tiempo libre. Nadie me obligaba a hacer aquello, nadie... es cierto... Pero una especie de compromiso, de carga, de tarea, de imposición,

me coaccionaba a hacerlo, incluso sin querer llevarlo a cabo, me sentía íntimamente presionada, aunque ellas nunca me lo pidieron, solo lo insinuaban, yo era parte del equipo, de su equipo. Debíamos conservar la casa, los bienes, los cuadros y todo lo que tanto le había costado conseguir a la abuela Valentina. ¿Cómo podía negarme? ¿Cómo podía tan siquiera insinuar que mis estudios eran mucho más que eso? Que lo que había logrado sería algo único, que personas insignes que estudiaban el tema, sabrían recompensar mi trabajo de una forma que reconocería el mundo entero... Pero ellas eran mi familia, mi gente, me querían, se preocupaban por mí. Yo era su riqueza, su aliciente, su valor total... Su vida entera.

Casi sin darme cuenta, entraba en el portal de Fernando. Ya estaban todos allí. Mi hermana me dio un abrazo tan grande que pareciera que no me hubiera visto en una década.

—¿Qué tenéis pensado cenar?

—Jolín, Valentina, podías saludar antes.

—Es verdad, Mario, ya sabes... Mi fama de tragona.

—Estoy preparando mi apreciado pato a la naranja, acompañado de ajos tiernos con gambas. Una ensalada de esas que llevan de todo y he comprado una selección de panes que están estupendos. Para abrir boca, ya tienes preparado en la cocina unos entrantes, para que vayáis picando mientras se termina el pato.

—¡Ay, qué pinta tiene todo, Fernando! Solo por esto, creo que eres el hombre de mi vida.

Carcajada general. Comencé por atacar a unos canapés variados de salmón y caviar, regados con una copa bien fresquita de vino blanco, y seguí haciendo boca con unos pimientos de piquillo rellenos de no sé qué, que eran una delicia. Mi hermana, a mi lado, disfrutaba de lo lindo tragando a dos carrillos, se sirvió la segunda copa de vino. En un instante que fue al baño, aproveché para meter su copa en una bolsa de plástico estéril que había cogido para ese fin y me

la guardé en el bolso. Le puse a ella mi copa medio llena y me dispuse otra de la vitrina. Solo Fernando se percató de mi acto, correspondiendo con un gesto de aprobación.

—¿Cómo van las investigaciones, Amelia?

—En ello estoy. No te preocupes, ya me he ocupado de hacer averiguaciones sobre el teléfono de la mujer misteriosa.

—¿Y qué me cuentas? ¿Sabes su dirección?

—Todavía no, pero es cuestión de días. Tranquila, la cogeremos y cantará, seguro que lo hará. Y hablando de otra cosa, ¿qué te parece lo que hemos planeado para el fin de semana?

—Genial, me parece magnífico. Lo pasaremos bien y me apetece saludar a tus padres.

—Iremos el viernes, nada más comer y podremos regresar el lunes por la mañana. Mis padres están encantados con la idea.

Me supo todo a gloria, como siempre. Ayudamos a Fernando a recoger y después nos sentamos en el salón a tomar la copa de orujo a la que tanto me había aficionado. Fernando se sentó en uno de los sofás y aproveche para echarme y recostar la cabeza sobre sus piernas. Mientras, mi hermana y Mario, aprovechaban para darse un beso de tornillo.

—Qué bien se siente uno con la tripa llena.

—Sobre todo tú —contestó Fernando— ¡Ay qué ver que saque tienes, chica! Y no le pones pegas a nada, todo te sabe rico. ¿Siempre has sido así?

—Creo que sí.

—¿Qué quiere decir creo que sí? ¿Eras tragona o no lo eras?

—Por las fotos estaba más bien llenita. Con lo cual, sí, pienso que era una tragaldabas.

—¿No lo recuerdas? —preguntó mi hermana.

—Pues la verdad es que no. Hay cosas de mi niñez que no recuerdo bien, tonterías supongo. No creo que tuvieran mucha importancia si no las recuerdo.

—Los recuerdos son siempre importantes —comentó Fernando.

—Hijo, por Dios, pareces un filósofo.

—Anda, boba, no me hagas reír. ¿Qué recuerdos tienes de tu padre?

—Era un hombre maravilloso, le encantaba su trabajo. Cuando llegaba por la noche me cogía en brazos y me contaba cómo había sido su día. Le encantaba echarse un rato en mi cama, me contaba cuentos y secretos que solo compartíamos él y yo.

—¿Qué secretos?

—Ufff, no los recuerdo. Supongo que serían bobadas para que durmiera pronto. En esos tiempos, estaban todas las habitaciones abiertas. Teníamos muchas personas de servicio, la señora Ernesta, que fue como una madre para la abuela, y Dominga, la cocinera, que me hacía todos los dulces que se me antojaban, hasta chófer que utilizaban para mandar a hacer los recados.

—¿De dónde salía tanto dinero? —preguntó mi hermana.

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—¿Qué pasa, Amelia? ¿Vas a hacerme un interrogatorio? Que no estás trabajando, guapa.

—Hija, no te pongas así, era solo curiosidad.

—Pues negocios, eso es lo que me decían. Además de que a la abuela le dejaron una importante herencia, que nos permitió vivir muy bien.

Mi hermana optó por no seguir preguntando, de lo cual me alegré, ni tan siquiera Fernando sabía la manera en la que nos ganábamos la vida. Nadie podía enterarse. Por un momento me dio la impresión de que Amelia sospechaba algo. ¿A qué venía tanta pregunta? Además siempre tenía en mente el tema que ocupaba sus ratos libres: Buscar a la persona que iba envenenando por ahí a diestro y siniestro para después curarles; aunque el juez no quiso abrir ese caso, al que no le dio la más mínima importancia, ni la suficiente veracidad. Sería mejor que olvidara el episodio. Me serví otra copichuela de orujo y los demás me imitaron. Dejaron el tema y comenzaron una conversación que terminó en una tertulia sobre cine y literatura. Nos dieron las dos de la mañana, cuando mi hermana y Mario se retiraron. Después de tres orujos estaba muerta de sueño, nos fuimos a la cama y dormimos abrazados como lirones hasta que sonó el desagradable despertador.

Casi no me di cuenta de la marcha de Fernando, y cuando me quise despertar eran casi las diez. Me vestí todo lo rápida que pude y me fui para casa, era indispensable que encontrara la última pista de la caja de los papeles, que según mi madre era verdaderamente importante. Cogí un taxi que, como por arte de magia, apareció con el taxista ese tan amable que parecía haber hecho turismo y que con tanta simpatía me contó la historia del parque de Roma y sus alrededores. ¿Casualidad? ¿Pista? ¿Mensaje de la abuela de Fernando? Podría ser. Le di una buena propina por su gentileza y me encaminé al ascensor, no sin antes saludar a Juan, el portero, que siempre era tan cortés conmigo. Debería hacerle algún regalo, que no se me olvidara, quizá un par de botellas de buen vino. No hay mejor cosa que quedar bien con las personas que se lo merecen.

Después de darle dos besos a Herminia y ponerle al tanto de todo lo que había sucedido el día anterior, me puse un pijama de los más cómodos que guardaba en el cajón, me senté en la salita con un café que aromaba toda la estancia y seguí clasificando papeles, mientras Herminia preparaba una lasaña de gambas que con solo pensarlo, se me hacía la boca agua.

Volví a colocar los montoncitos para seguir un orden y a eso de la media hora encontré varios recibos de taxis, esta vez con una firma clara: Gerardo Cruz Amador. Llegué a la conclusión que aquel taxista se había convertido en el favorito de mis progenitoras y que solicitaban siempre sus servicios. Llamé a Fernando y le puse al tanto del nombre del conductor. Solo tardó unos minutos en devolverme la llamada para contarme que ese buen hombre fue el que atropelló a mi madre y a la abuela y las mandó al otro barrio, por lo que cumplió un año de cárcel, acusado de homicidio involuntario. Se demostró que los análisis de alcoholismo y drogas fueron totalmente limpios y que fallaron los frenos por falta de revisión. Encontré una factura del seguro en la cual en el banco habían ingresado unos cuantiosos miles de euros, que quedaron a mi nombre, al igual que todas las propiedades, joyas, cuadros y objetos que mis progenitoras me había cedido en su testamento.

Recibí una nueva llamada de Fernando en la que me comunicaba la dirección del taxista, todavía vivía y por lo visto lo hacía acompañado de todo lujo. Residía en una urbanización de chalets cercana a Madrid y por lo que había podido averiguar, el precio medio de cada vivienda oscilaba en una media de 300.000 euros. Mucho tenía que haber ahorrado el taxista para hacerse con aquella propiedad, aunque tampoco podíamos adelantar acontecimientos, quizá la hubiera heredado.

Fernando tendría que andarse con cuidado al efectuar las pesquisas, era solamente una sospecha y no había caso abierto, con lo cual no tenía armas a su alcance para hacer un interrogatorio oficial. Aunque tomó la firme decisión de ir a visitarle haciéndose pasar por un inspector de hacienda, lo cual no le resultaría nada difícil, en la comisaría se guardaban un montón de documentaciones falsas.

Seguí registrando la caja de los papeles y encontré los resultados de las autopsias de mis progenitoras, en las que se especificaba su muerte debida a un atropello que les había causado múltiples fracturas, acompañadas de graves contusiones en órganos vitales.

Me dolía la cabeza, quizá de leer tanto papelote, o de darle tanto al tarro. ¿Sería

posible que mi madre y la abuela también hubieran sido asesinadas? ¿Por qué me había tocado a mí? ¿Tanto daño causó mi familia para que los quitaran de en medio? Ahora que había encontrado a mi hermana, que estaba viviendo el mejor momento de mi vida, surgían esas dudas que me llevaban directamente a su madre, a Salvadora. ¿Y si definitivamente fue ella la que mando eliminar a mi familia? Perdería a mi hermana, la única persona que me quedaba en el mundo. ¿Y si lo dejaba todo como estaba? ¿Para qué me iba a complicar la vida removiendo el pasado?

Cuando volví la cabeza, la abuela Valentina, estaba sentada en una de las sillas que acompañaban a la mesa del comedor. Me miraba fijamente con un gesto de censura.

—¿Dónde está mamá?

—Ya sabes que tenemos cosas que hacer.

—¿Por qué has venido?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Te han llegado mis pensamientos?

—Claro que me han llegado. ¿De qué vale que estemos detrás de ti todo el tiempo, aún a costa de llevarnos a veces alguna censura de los de arriba? ¿Crees que ha sido fácil pasarnos toda nuestra vida buscando a tu hermana? ¿No te has preguntado nunca por qué puedes vernos? Sencillamente porque tenemos permiso de los de arriba. ¿Y por qué nos han dado permiso? Pues porque lo único que queremos es simplemente realizar una buena acción.

—¿Y piensas que es una buena acción que meta en la cárcel a todos los asesinos que encuentre en el camino, aún a costa de perder a mi hermana?

—Nosotras jamás te hemos pedido que metas a nadie en la cárcel. Lo único que quiero es que llegues hasta el final, que descubras cosas que todavía ni te imaginas que vas a encontrar, hasta que llegues al final, hasta que descubras

quien hizo que nuestras vidas acabaran. Después podrás tomar la decisión que quieras, pero créeme, Valentina, si te digo que es crucial para ti. El resto de tu vida va a depender de desenmascarar al culpable, es vital para ti que lo hagas.

Esfuézate en recordar, deja que te inunden los recuerdos, piensa en cuando estábamos vivas. En cómo fue nuestra vida. Analiza bien a las personas que tienes a tu alrededor.

—¿Y por qué no me dices de una vez quien es el culpable y me ahorras todo esto?

—Lo haría, claro que lo haría, pero no valdría de nada si tú no lo descubres.

—No lo entiendo, abuela, de verdad que no lo entiendo.

—Ya lo entenderás. Te prometo que cuando llegue el momento, lo entenderás.

Bajé un momento la mirada, para analizar lo que me estaba diciendo y cuando quise responderle, ya no estaba. Era la primera vez que la veía tan seria y me dejó algo preocupada. Había dicho que era vital para mí que desenmascara al culpable. ¿Qué había querido decir con eso? Cada vez estaba más liada y todo se me hacía cuesta arriba. Estaba cansada de todo aquello, de la responsabilidad con la que me estaban cargando. Si sabían que habían matado a mi padre, ¿por qué no encontraron ellas al culpable? ¿Tengo que ser yo la que lleve la carga de descubrirlo? ¿Es vital para mí? ¿Cómo va a ser vital, si lo único que me va a pasar es que mi hermana no quiera volver a saber nada de mí? La palabra vital me golpeaba el cerebro una y otra vez. ¿En qué me iba a beneficiar saberlo? ¿Y si mi hermana estaba metida en el ajo? ¿Y si ella ayudó a su madre con los asesinatos? ¿Por eso decía la abuela que era vital para mí? Si fuera así, cambiarían las tornas. Sería yo la que me preguntaría si podría seguir con mi hermana sabiendo que había matado a toda mi familia.

Me recosté en el brazo del sofá, el dolor de cabeza se me estaba haciendo insoportable. La palabra vital siguió martilleando mi cerebro, hasta que entré en una especie de sopor que me reportó algo de tranquilidad, aunque duró unos

cuantos segundos. Me vi en el laboratorio, con mis libros, las jaulas repletas de ratones a los que inyectaba algún medicamento de prueba. Ellos, ignorantes, se acercaban a mí con cariño, hasta me sonreían, pero cuando introducía en sus pequeños cuerpos aquel líquido pastoso, se convertían en una especie de monstruos vengativos que querían salir de sus jaulas para reprocharme lo que les estaba haciendo. La abuela Valentina, me miraba desde la puerta con una sonrisa, repitiendo continuamente: Es vital, ¿entiendes? Vital, vital... vital... vital... Sigue con tus pruebas, no puedes dejarlo, jamás lo podrás dejar, es nuestro futuro, necesitamos dinero. Sigue... sigue... sigue... Es vital... vital... vital... vital. Detrás de ella, mi madre reía y reía. Mi padre permanecía escondido en un rincón del laboratorio, realizando fórmulas matemáticas en mi pizarra, como si estuviera accionado por un resorte, sus movimientos eran mecánicos, como si se tratase de un muñeco al que han dado cuerda. De repente me miró y me dijo: Es vital... vital... vital... vital. Los ratones desprendían sangre por los ojos y las orejas, gruñían e intentaban atraparme a través de los barrotes que les retenían. Se abrió la puerta de uno de los estantes del laboratorio y comenzaron a caer billetes de 500 euros, volaban y volaban por todo el habitáculo, mientras mi madre seguía con su risa histérica y la abuela y mi padre seguían diciendo aquellas odiosas palabras: Es vital... vital... vital.

Me desperté creyendo que aquello había sucedido de verdad, que había pasado de un estado a otro como si hubiera pasado por un agujero negro y me encontrara de nuevo a salvo de ellos.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Has tenido un mal sueño?

—Ha sido horrible, Herminia. Pensaba que era real.

—¡Cuéntamelo! Eso te aliviará.

Le conté aquel sueño espantoso que me había dejado totalmente desconcertada. Era la primera vez que me pasaba algo así.

—No nena, no es la primera vez.

—¿Cómo que no? Jamás he tenido un sueño tan penoso en el que estuviera mi familia.

—Quizá no lo recuerdes, pero los has tenido.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque hablas en sueños, cariño. Muchas veces he tenido que levantarme al escuchar tus gritos pidiendo ayuda, y en esos sueños que tanto te inquietan, están ellos, tus padres y la abuela Valentina, tus seres queridos, los nombras continuamente.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No le había dado importancia, al fin y al cabo todos tenemos pesadillas y no quería inquietarte. No pienses más en ello. Anda vamos a comer, que comiendo se te pasan todos los males.

Puse la mesa para las dos. La lasaña de gambas apareció de repente en mi plato, quitándome de golpe todas las preocupaciones. Repetí, era una pena dejar que quedara algo en la bandeja, con lo buena que estaba. Después me sorprendió con un conejo al ajillo que levantaba a un muerto. No utilicé los cubiertos, agarré las tajadas con la mano y las saboreé como si se tratara del mejor manjar de un restaurante de cinco tenedores. Y cuando llegó el arroz con leche, casi me da un infarto. No me quedaba más remedio que subirle el sueldo a Herminia. ¡Madre mía! ¡Qué manos para la cocina! Después del café me serví un orujo y encendí la tele para ver las noticias, andaba un poco desligada con el mundo, con el mío interior tenía bastante, pero ya iba siendo hora de enterarme de lo que sucedía a mi alrededor. Cuando me estaba enterando del tiempo que iba a hacer en Madrid, sonó mi móvil, era Fernando, quería invitarme a cenar de nuevo en su casa, pero rechacé su oferta. Estaba necesitaba de hogar, lo echaba de menos, hacía muchos días que no hacía una vida casera y francamente lo necesitaba. Le puse la excusa de que debía seguir revisando papeles y tenía que preparar la maleta, salíamos al día siguiente después de comer para Segovia y no había preparado lo que tenía que llevarme. Después de decirme mil veces todo

lo que iba a echarme de menos colgó y pude seguir viendo tranquilamente una película de vaqueros, porque ya había acabado el telediario.

Me levanté del sillón y me acerqué al laboratorio, hacía casi un mes que no entraba, y si quería seguir viviendo como lo hacía tendría que ponerme las pilas. Se notaba que Herminia había estado por allí, estaba todo limpio y ordenado. Comprobé que quedaba suficiente veneno y muchos antídotos. Todo estaba como a mí me gustaba. Ya no tenía ratones, pero era cuestión de tiempo que los volviera a adquirir. No podía quedarme estancada, debía de seguir con mis investigaciones. Ya no tenía a nadie que me forzara a seguir trabajando, quizá podría exponer mis tesis y con algo de suerte algún laboratorio reconociera mi mérito y mis logros. Por otro lado estaba la forma en que me ganaba el sustento, si como decía mi hermana, casi todas las comisarías estaban alertadas sobre las envenenadoras que después reanimaban a sus víctimas, sería fácilmente reconocible mi autoría si ofreciera mis éxitos al mejor postor.

Volví al salón y seguí viendo la película de indios y vaqueros, intentando por un momento concentrarme solo en ella y descansar la mente de problemas.

Al día siguiente a la hora acordada, el portero llamó por el telefonillo interior para decirme que mi hermana y dos señores me esperaban en el descansillo del portal. Me despedí de Herminia, aconsejándole que procurara divertirse un poco esos días que iba a estar sola y entré en el ascensor acompañada de mi pequeña maleta. Fernando me dio un beso y se ofreció a ayudarme con la carga.

Mi hermana conducía su coche, Mario se sentó en el asiento de al lado del conductor y Fernando y yo nos acomodamos detrás y fuimos toda la ruta haciéndonos todos los arregos posibles. El camino se me hizo corto y cuando me quise dar cuenta, vi salir a Salvadora mostrando la más espléndida de sus sonrisas, dispuesta a comenzar con los saludos y abrazos de rigor. Rápidamente Pedro se hizo cargo del equipaje y lo subió a las habitaciones. El día asomaba radiante, tan solo me hizo falta una rebeca de punto encima de la fina blusa de seda para sentirme de lo más confortable. Olía a pan recién horneado y a bollería de canela. La cocina tenía un fogón de leña encendido y Salvadora nos sirvió un café recién hecho y dejó la botella de orujo sobre la

mesa para que nos fuéramos sirviendo. Durante la hora y media que estuvimos todos de tertulia, cómodamente sentados alrededor de la mesa de la cocina, se mantuvo la mar de cariñosa con todos nosotros, al igual que su marido que ya tenía los dormitorios calientes y totalmente preparados. Estaba comenzando a anochecer y decidí tomar de la mano a Fernando y llevarle hasta la parte del arroyo que limitaba la finca. Los demás permanecieron en la cocina repitiendo una segunda copa de orujo y poniendo al tanto a los padres de mi hermana del reciente idilio.

Entre los árboles se filtraban los últimos rayos del sol del día, que reflejados en el agua del riachuelo formaban una especie de prisma maravilloso. Por un momento me recordó a las vidrieras de las iglesias, era como si multitudes de arcoíris se hubieran reunido para darnos la bienvenida. El agua limpia y transparente hacía un sonido al chocar con las pequeñas rocas, apenas imperceptible, pero suficiente para borrar el maravilloso silencio y convertirlo en una especie de música celestial. De vez en cuando algún petirrojo bajaba a beber, guardando una distancia prudente, pero sin casi inmutarse, como si estuvieran acostumbrados a nuestra presencia. A menos de diez metros un cárabo posado en la rama de un álamo blanco, dejaba escuchar su sonido, una especie de hu... hu, que realizaba cada tres segundos justos. Pudimos observar la maravillosa puesta de sol y a lo lejos se podían ver, bajo el reflejo de las últimas luces del día, los chapiteles de la catedral de Segovia. Fernando posó sus labios en los míos, dejándome saborear su beso casi infinito, mientras yo pasaba mis brazos alrededor de su cuello tratando de sentir plenamente su contacto, y así sin pudor alguno y sin temor a que nos descubrieran, hicimos el amor bajo la atenta mirada de las hojas plateadas de los chopos, y de la oscuridad que ya había dejado casi en tinieblas la campiña.

Como dos enamorados, mirándonos tiernamente y cogidos de la mano, regresamos a la casa. Amelia mientras ponía la mesa del salón para degustar la maravillosa cena que nos había preparado Salvadora. A pesar de todo lo que sacudía mi mente, me sentí inmensamente feliz. Mi hermana, mis amigos, Fernando y una buena cena. ¿Qué más podía desear? Me senté en una de las sillas al lado de mi hermana y la cogí de la mano. Ella me dejó ver una sonrisa y

me dio un beso. Me sentía bien, feliz y reposada, hasta que me di cuenta de la presencia de mi madre, sentada en el sofá que colindaba con el comedor. Pareció como si todo se derrumbara y comencé a escuchar en mi cerebro nuevamente la palabra vital. Vital... vital... vital.

—Se lo que estás pensando. Estás confusa. Solo vengo a decirte que te quiero mucho, que siempre te he querido y que jamás dejaría que te pasara nada malo, cariño. No desconfíes nunca de nosotras, solo queremos mostrarte el camino. Estás agobiada por el trabajo que te hemos encomendado, pero es la única manera, debes hacerlo, tienes que estar atenta. Sigue tu instinto, te iremos dando más pistas cuando llegue el momento. Sigue investigando, debes llegar hasta el final y descubrir quién nos mató, solo así lograras que tu mente descansa. Déjate llevar, piensa, saca tus propias conclusiones y sobre todo, trata de recordar.

—¡Mamá! ¡Mamá! No te vayas... Espera, dime algo más, cada vez estoy más liada.

—Estás rodeada de las personas que necesitas para encontrar lo que buscas. Escúchales a todos, piensa en sus palabras, contesta sus preguntas y satisface tus dudas. En ellos está la verdad.

—Valentina, ¿están ahí? —preguntó Salvadora.

—Solo mi madre.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, que lo pasara bien estos días.

—Pero, tú le has dicho que cada día estabas más liada. ¿Es qué te pasa algo hija?

—No, claro que no. Es el trabajo que a veces me absorbe.

—No nos has contado nunca nada de tu trabajo.

—No os quiero aburrir.

—De eso nada, guapa —dijo mi hermana—. Tiene razón mi madre, solo sé que trabajas por libre para varios laboratorios.

—Pues eso es, en eso mismo consiste mi trabajo.

—¿Qué es lo que haces? ¿Investigación? —preguntó Fernando.

Tenía que darle al tarro e inventarme algo sobre la marcha y que no se notara que les estaba mintiendo, sobre todo mi hermana y su madre, que eran muy sagaces, y Amelia me conocía demasiado bien.

—Investigo sobre varias enfermedades. Uno de los laboratorios me envía muestras para exploración sobre varios tipos de tumores infantiles. Sin embargo en otro averiguo datos sobre el Alzheimer, basándome en encuestas a pacientes que ellos me mandan y después saco mis propias conclusiones.

—¿Y cómo te pagan hermanita, por muestra, por encuesta?

—Por supuesto que no. Tengo un sueldo fijo al mes en cada laboratorio.

—¿Sabes qué las últimas investigaciones dicen que se podría evitar en un 40 por ciento los casos, si las personas llevaran una vida saludable? —preguntó Amelia.

—Claro, cómo no voy a saberlo. Lo que no sé es como lo sabes tú.

—Hija, porque en esta vida hay que estar informada de todo.

—Valentina, perdona que me meta donde no me llaman. Pero, ¿estás segura de que ves a tu madre y a tu abuela? ¿No serán recuerdos? No... sé, ¿cómo actos reflejos? La verdad, disculpa, pero me sigue costando mucho trabajo creérmelo.

—No te lo recrimino Mario, quizá me costara el mismo trabajo si se tratara de ti. Sé que resulta increíble, pero Fernando, o mi hermana, pueden contarte las pruebas que les di. Es imposible que sea mi imaginación. Las primeras veces

que se aparecieron, yo también lo pensé, creí que me había vuelto loca.

—¿No lo has consultado con algún especialista?

—¿Te refieres a un psiquiatra?

—Sí, a eso me refiero. Si me pasara a mí, desde luego, hubiera buscado uno lo más rápido posible.

—Pues no se me ocurrió. No creo que lo necesite, tengo la absoluta seguridad que son ellas. No es mi imaginación.

—¿Recuerdas mucho tu niñez con ellas?

—Cada momento, fui tan feliz. Siempre estaban ahí para mí, pendientes, jamás me faltó de nada, los mejores colegios, atracciones, cines, lecturas.

—¿Quién eligió tu carrera?

—¿Quién va a ser? Yo... Naturalmente... Bueno, la verdad es que lo primero que elegí fue la abogacía, me lo transmitió mi padre. Me encantaba verle detrás de su mesa investigando y resolviendo casos. Pero al ver la facilidad que tenía para las matemáticas, mi madre y la abuela me insinuaron que podría hacer las dos carreras a la vez y lo hice.

—¿Y no te has arrepentido?

—¿Por qué habría de hacerlo? Es lo que me da de comer.

—Bueno, hermanita, eso y la herencia que te dejaron.

—Sí, tienes razón. Pero ellas gastaron mucho, no creas que fue tanto el dinero que recibí. Si tuviera tanta fortuna, no trabajaría, me dedicaría solamente a la investigación que es lo que de verdad me gusta.

—¿Qué es lo que investigas? —preguntó Salvadora.

—Curaciones, cáncer, Alzheimer, Parkinson.

—¿Y todos esos ratones que guardas en laboratorio?

—Son para la investigación, Fernando. Sé que a lo mejor os parece cruel, y en parte lo es, pero si no fuera por esos pobres animalillos, estaríamos todavía en la edad de piedra.

—Cuando vi tu laboratorio, no me pareció ver nada sobre esas enfermedades de las que has hablado. Vi cientos de botecitos de cristal con nombres raros: Toxina botulínica, ántrax, sarín, tetrodotoxina, cianuro, mercurio. Y al lado de ellos tenías unos botes iguales donde ponía antídotos.

—Fernando, que yo recuerde, nunca te he mostrado mi laboratorio ¿Cómo sabes tantas cosas?

—Perdona, cariño, tienes razón. Uno de los días en los que te esperé mientras te arreglabas para salir, no pude resistir la tentación, y la verdad es que me quedé atónito. Tienes un laboratorio digno de la mejor empresa farmacéutica.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—En principio, por si te enfadabas, y tampoco le di tanta importancia.

—Pues tienes razón, no me gusta que nadie husmeé en mis cosas. Primero porque todo lo que guardo en mi laboratorio puede resultar peligroso para personas inexpertas en la materia, segundo: Tengo contratos de confidencialidad con los laboratorios en los que trabajo, y tercero: Me gusta tener intimidad con mis cosas.

—Perdona, amor, no pensé que te iba a sentar tan mal.

—Está bien, dejemos el tema.

—Bueno, ya que estamos hablando de ello. Somos como tu familia, podrías contarnos hasta donde han llegado tus indagaciones —preguntó Amelia.

—¿Te pregunto yo por tus pesquisas en tus casos?

—Pregúntame si quieres, eres mi hermana. Tengo toda la confianza en ti, si quieres te cuento los casos en los que estamos trabajando.

—Amelia, te acabo de decir que he firmado un contrato de confidencialidad.

—Hija, por Dios, ni que estuvieras investigando para la NASA.

—Como si lo fuera.

—O sea que mi hermanita es una investigadora importante, tan importante, que lleva todo en secreto y seguro que está a punto de descubrir algo sumamente exclusivo para el mundo mundial.

—Deja de decir tonterías, Amelia.

—Está bien hermanita, pero dime una cosa, tengo curiosidad, ¿de dónde te vino la afición a experimentar?

—Siempre me han gustado las matemáticas y la investigación. Fue por mis numerosos paseos por el parque del Retiro, recogía todas las hojas caídas de los árboles y cuando llegaba a casa, indagaba su procedencia. Al adentrarme en ese mundillo descubrí cuantas enfermedades podían curar las plantas. Me apasioné con ello y mis padres y la abuela rápidamente vieron potencial en mí, decían que era una investigadora nata y me animaron a hacer la carrera. Estaban encantadas al verme tan feliz estudiando lo que me gustaba realmente.

—Luego, ¿no fueron ellas las que te obligaron a estudiar esa carrera al notar tú capacidad?

—Claro que no, bueno... Quizá insistieran un poco al ver mi valía, pero yo estuve siempre de acuerdo con ellas.

—¿Estuviste de acuerdo en todo?

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—Jopé, Valentina, pareces boba. Mis padres hubieran querido que me quedara aquí y que siguiera con las vacas y me negué en redondo. A eso me refiero, ya sabes, de mi tendencia a resolver cosas y mi afición me costó unas cuantas regañinas por su parte, ¿verdad, mamá?

—Ya lo creo, teníamos todas nuestras esperanzas puestas en ella, y nada, erre que erre con esas noveluchas de crímenes. Qué le vamos a hacer, así es la vida.

—Bueno, a lo mejor me hubiera dedicado a la abogacía, pero... Nunca se sabe lo que te va a deparar el futuro.

—A eso me refería, Valentina. Puede que te hubiera gustado más trabajar de letrada que haciendo experimentos.

—Sí, creo que sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—No sé, la verdad es que no lo recuerdo.

—Seguro que ellas insistieron al ver que se te daba tan bien y quisieron aprovechar las dotes con las que contabas.

—Es curioso, no recuerdo demasiado esa etapa de mi vida, es algo que tengo borroso. A veces rememoro alguna discusión con ellas sobre mis estudios y mi trabajo, supongo que nos habrá sucedido a todos. Los padres y los hijos nunca se ponen de acuerdo y la juventud es rebelde.

—Es importante que recuerdes.

—Pero, ¿se puede saber qué te pasa, Amelia? ¿Te sientes psicóloga o algo así?

—¡Qué tonta eres! Por mi trabajo ya sabes que he dado cursos de psicología y es importante para el futuro de las personas tener claro su pasado.

–Está bien, para ti la perra gorda. Intentaré recordar, parece que os habéis puesto todos de acuerdo.

–¿Qué quieres decir?

–Mamá y la abuela llevan días diciéndome lo mismo: Es vital que recuerde.

—¿Te das cuenta? ¿Ves cómo tengo razón? Si te apetece hacemos una especie de terapia que me enseñaron en el curso.

—¡Qué pesada te estás poniendo!

—¡Qué boba eres, Valentina, si es como un juego!

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

—Pues lo que hacen en las películas. Túmbate y ponte cómoda.

—Hay que ver las tonterías que me hacéis.

—Vamos, boba, luego lo hacemos todos.

Me tumbé en el sofá y traté de relajarme, la verdad es que me sentía muy cómoda. Seguía sus palabras, esas típicas de las pelis donde imaginas que estás en una playa sola, escuchando las olas, el sol baña mi piel y todas esas cosas. Las repetía y repetía y su voz cada vez era más acariciadora y lejana. Me encontraba descansada, como si aquella terapia me estuviera haciendo el efecto deseado. Yo les seguí el rollo y me dejaba llevar. Por un momento hasta sentí el calor del sol en mi piel y el sopor comenzó a invadirme. Me sentía la mar de a gusto, por mí hubiera querido pasar así toda la noche.

Escuchaba la voz de mi hermana como si se tratara de un remanso de paz.

—Valentina, quiero que recuerdes tu juventud en casa, con mamá y la abuela. Quiero que me digas como eran aquellos días, como te sentías. Quiero saber si te complacían tus estudios, tus amigas, me gustaría saber en qué gastabas el tiempo libre, tus aficiones, tus recuerdos...

—La casa era grande, las puertas en aquellos tiempos no estaban cerradas, teníamos personas de servicio. Recuerdo a la señora Ernesta, y a Dominga, la cocinera. Ellas me querían, me querían mucho. Había mayordomo y chófer. No sé porqué teníamos tanto dinero, creo que la abuela lo heredó de una señora

que le dejó toda su fortuna. También se casó con un médico que al morir le dejó todos sus bienes, falleció antes de nacer yo. Me mimaban, tenía todo lo que podía desear. Me gustaba ir al parque del Retiro, era mi mayor diversión, llevaba los patines o la bici, y recorriamos todas las veredas y caminos, que llegué a conocer de memoria. Me encantaba recopilar todas las hojas que caían de los árboles y guardarlas en un álbum para después poder estudiar su procedencia. De ahí me vino la afición por la investigación.

—¿Qué me puedes contar de tus amigos de aquella época?

—No los tuve.

—¿No tuviste amigos? ¿Ni tan siquiera en el colegio?

—No, en el colegio mi única diversión era el estudio. Mamá y la abuela decían que no debía perder el tiempo, mi meta era cultivarme, memorizar y hacerme una experta en química, y a mí me gustaba, me gustaba lo que hacía. Me daban lo que quería, lo que les pedía, lo que necesitaba y más.

—¿Qué me puedes contar de tu padre?

—Papá era mi amigo, me adoraba, y yo a él. Contaba las horas para que llegara del despacho y me diera el último beso. Me leía cuentos en la cama, me acariciaba y me daba un montón de besos. Recuerdo sus ojos y su voz diciéndome lo mucho que me quería, no faltó ni una noche. A veces, cuando ya era una jovencita, se metía conmigo en la cama y me decía cosas al oído. Me gustaba que me hablara al oído. ¿Me gustaba? No... no es verdad. A veces no me gustaba... No recuerdo porqué no me gustaba. Un día entró mamá y se enfadó con él. Ya no volvió a contarme cosas al oído y casi no recuerdo nada más de él. Murió a las pocas semanas.

Salí de ese sopor que me tenía prácticamente inmovilizada. Como si hubiera regresado al pasado, sin darme apenas cuenta. Me sentía descansada y feliz con mis palabras, era como si hubiera soltado un lastre que mi cerebro guardaba en alguna parte profunda y escondida y no supiera como deshacerse de aquella

laca que tanto le estorbaba. Todo se volvió borroso, no me acordaba de nada, comenzó ese dolor de cabeza tan desagradable que a veces me embargaba y que últimamente me agredía con aquellas palabras que tanto me angustiaban... Vital... vital... vital.

-Valentina... Valentina... Valentina. ¿Me escuchas? ¿Qué te ha pasado? ¡Te has dormido!

Era la voz de mi hermana. Tenía razón, me había dormido y no recordaba absolutamente nada de lo que había pasado.

-Me duele la cabeza.

-Has bebido mucho.

-De eso nada, Amelia. Me duele del interrogatorio, no sé lo que me has hecho, creo que me has hipnotizado.

-Estás tonta, ¿cómo voy a hipnotizarte, si no tengo ni idea? Te voy a dar algo para el dolor de cabeza.

-Y yo te preparo un vaso de leche calentita —dijo Salvadora.

-Gracias, me vendrá bien, te lo agradezco. Y si me perdonáis, me voy a la cama. Te espero en la habitación, Amelia. Un beso a todos, pero no me encuentro demasiado bien.

-No te preocupes —respondió Fernando, a la vez que me daba un beso en la frente.

Me puse el pijama de franela, tenía frío, era una especie de frío interior. Entré en la cama sintiendo una sensación agradable, a pesar del dolor de cabeza. Mi hermana se sentó en mi cama y me hizo tomar el vaso de leche caliente con el calmante. Me dio un beso y bajó con los demás, aludiendo que para ella era demasiado pronto.

No recordaba demasiado la conversación anterior, creo que todo había comenzado como una especie de juego, Amelia me interrogaba sobre mi vida en la casa de Goya con mis padres y la abuela. Le hablé de la casa, de mis estudios, de Dominga y Ernesta ¿Y qué más? ¿Qué le había contado? Tengo que recordar, la abuela dice que es preciso recordar para llegar a saber algo sobre los asesinatos. ¿Hasta dónde quieren llegar?

¿Por qué volver al pasado? ¿El asesino formó parte de nuestras vidas? ¿Le conozco? ¿Se referirán a eso y si trato de hacer memoria estará en mi mente? Es así, todo toma sentido, el asesino ha formado parte de mi pasado, porque si no fuera así, no tendría ningún sentido tanto interés porque recuerde. ¿Y dónde queda Salvadora en todo esto? Si mi intuición me dice que pudo ser ella, ¿estaba equivocada? ¿Figuraciones mías? No, todas las averiguaciones me habían llevado hasta ella y si todo cobraba sentido relacionándola con mi pasado lo haría, recordaría.

La pastilla comenzó a hacer el efecto deseado, el dolor estaba desapareciendo y la leche me había sentado de fábula. Estaba a gusto arrebujaada entre esas sábanas de algodón y agradecía el tacto del edredón de plumas, las noches ya eran frías, sobre todo en aquellos lares. Me levanté un momento para bajar la persiana y al hacerlo contemplé las lejanas luces de Segovia, a lo lejos se encendían y apagaban ante mí vista, como si se tratara de una iluminación navideña. La catedral se dejaba ver sobrepasando la altura de los chopos que bordeaban el arroyo que hacía linde con la finca. Sentí la tentación de tomar una foto, pero para ello tenía que revolver de nuevo la maleta y no me apetecía. De un salto volví a alcanzar la cama, me tapé hasta las orejas, y me dejé llevar por el sopor del sueño que me llevó nuevamente hasta la época donde la alegría era constante en casa. Mi laboratorio recién estrenado, la abuela y mamá sonreían contentas al ver mi cara de satisfacción. Dominga llenó el habitáculo de bandejas repletas de croquetas de gambas, de jamón, de pescado. Y comencé a comer, iba de batea en batea comiendo sin parar. Papá me miraba con unos binoculares desde la puerta, como si no quisiera que le descubrieran observándome. Mis progenitoras reían y reían, me daban besos constantemente y celebraban lo felices que

íbamos a ser a partir de entonces. Amelia y Salvadora entraron con más comida, natillas, arroz con leche, cuajada y rosquillas de anís. Mamá portaba en la mano una jaula repleta de ratoncillos blancos, que rápidamente colocó en sus limpias y preparadas jaulas. En ese momento quise decirles que tenía que ponerme a estudiar derecho romano, pero ellas no me hacían caso, solo reían y repetían constantemente:

—Vamos, Valentina, es tu sueño. Ya lo tienes, investiga, vamos investiga, es vital que lo hagas. Vital... vital... vital... vital... Todo aquello formó una especie de dédalo en mi sueño, donde no encontraba la salida, quería escapar de aquello pero no podía, el laberinto era cada vez más retorcido. Me encontré corriendo de un sitio a otro, no encontraba el origen, por más que lo buscara, siempre llegaba al mismo sitio, solo Amelia podía indicarme el camino.

—Ven conmigo —decía—. Sígueme, escucha mis instrucciones, déjate llevar y encontraras el camino. —Pero el camino era serpenteante y sus álabes eran cada vez más complicados—. Sigue Valentina, sigue... busca... recuerda... Busca en el pasado y encontrarás el camino de vuelta... Solo el pasado te ayudará a encontrar la salida.

Yo puse todo mi afán en seguir las palabras de mi hermana y traté de recordar. Mamá me seguía con una bandeja de croquetas a las que no podía resistirme.

—Tengo que encontrar el camino, mamá, no puedo comer, ahora no puedo comer, no podré salir nunca de aquí si me distraigo. Tengo que seguir, seguir y recordar, debo recordar.

—Es vital... vital... vital... Recuerda, Valentina, es vital... vital... vital.

Fernando me cogió de la mano, iba vestido de un color blanco immaculado, me besaba y trataba de guiarme en aquel atolladero en el que había entrado, en aquella rémora que no dejaba que encontrara el camino de vuelta a casa. Volví a escuchar la voz de mi hermana, nítida y clara.

—Solamente en los recuerdos hallaras la verdad, déjame ayudarte, sigue

investigando. Sigue... sigue... sigue. Las pesquisas te abrirán el pasado y en el pasado está la verdad.

Fernando agarró mi mano y me dejó llevar. Todo me daba vueltas, no podía seguir. Las bandejas de croquetas se apilaron en la salida y no podía ver más allá. Volví a escuchar las voces de mis progenitoras.

—Es vital... vital... vital... vital.

Vi a mi hermana sentada al lado de mi cama. Me abrazaba, mientras decía:

—Vale ya, Valentina. Despierta, ha sido una pesadilla. Estás llorando.

—¡No podía salir, Amelia, no podía!

—Tranquila, ha sido solo un sueño. Tranquilízate, te he preparado otro vaso de leche caliente. Procura volver a coger el sueño.

—¿Te he hecho subir? ¿Tantas voces he dado?

—Cariño, son las cuatro de la madrugada. Estoy aquí, en la cama de al lado. Subí a la media hora de dejarte dormida y me acosté.

—¿Qué cosas más raras he soñado!

—¿Las recuerdas?

—Sí, claro que sí.

—Cuéntamelas mientras te bebes la leche.

La puse al corriente de mi horrible pesadilla, de cómo me sentía atrapada en aquel laberinto, del agobio que me producía no encontrar la salida, que me guiaba por su voz. Pero a ella le dio por reír.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? ¿Con lo mal que lo he pasado?

—¡Ay, Valentina! ¡Cómo no me voy a reír si hasta en sueños ves comida! ¡Mira que taponar la salida del laberinto con un montón de croquetas! ¡Ni en sueños te puede faltar la comida!

Y entre recuerdos del sueño y risas, nos quedamos profundamente dormidas, hasta que la claridad del día se posó ante mis ojos y desde la cama pude escuchar el mugido de las vacas y el piar de los pollos. Los rayos de sol, que casi me cegaban, confirmaron que hacía un día estupendo y sin casi acordarme de la pesadilla pasada, salté de la cama siguiendo el olorcillo del café que subía por las escaleras desde la cocina.

Salvadora me dio un beso y me puso un café. En la mesa había puesto zumo de naranja, tostadas, mantequilla, mermelada, macedonia de frutas y bollos de canela. Había bajado con mi pijama de franela y zapatillas y ella me echó su toquilla de lana por los hombros. El fogón ya estaba encendido y el calorcillo que desprendía me envolvió por completo.

—¿Te has caído de la cama?

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Ufff, qué pronto! Al ver la luz del sol pensé que era más tarde.

—Anda tira pá los corrales que Pedro te muestre los animales, que has estado varias veces y todavía ni los conoces.

—Tienes razón, voy a verlos.

—A la puerta verás botas de agua, cázalas, que si no pondrás perdidas las zapatillas.

—Vale, lo haré.

Pedro me echó la mano por el hombro y me fue mostrando los corrales y las

instalaciones ganaderas. Como todo estaba tras el vallado de la casa en su parte trasera, jamás se me había pasado por la imaginación la industria que tenían montada. Varios peones hacían su trabajo dentro de las naves, mientras un veterinario reconocía a las vacas preñadas. Separados en otra corraliza, varios corderillos acudieron a la llamada de Pedro, cogí uno recién nacido y le acurruqué conmigo sintiendo en mi cuello esa lana calentita y un pequeño lametón que me hizo reír. Vacas, gallinas, conejos, cerdos, ocas, perdices, codornices, faisanes y algunos caballos. Qué distinta era aquella vida, la naturaleza en estado puro. No alcanzaba a creer como mi hermana, habiendo vivido la niñez en aquel paraje inigualable, hubiera preferido la ciudad. Pedro hablaba sin parar contándome sus increíbles experiencias con los animales, me preguntaba constantemente mi parecer sobre cada uno ellos, como si yo supiera algo sobre fauna, parecía un juego. ¿A quién te recuerda este, o aquel? ¿Qué harías si fueras uno de ellos? ¿Serías capaz de vivir en una granja? Y cosas así. La verdad es que el tiempo se me pasó sin darme apenas cuenta.

Los demás acudieron a buscarme para ir un rato al riachuelo con una nevera en la que habían metido cosas ricas, además de un par de botellas de vino blanco. Nos sentamos y abrimos el mantel cerca del regato. ¡Qué maravilla! Aquello era un sueño. Una temperatura maravillosa, el canto de los pajarillos que acudían a beber y los rayos de sol que se filtraban a través de las hojas de los altos álamos que bordeaban la finca, siguiendo el curso del riachuelo que dejaba correr aquellas aguas limpias y frías. Mi hermana había previsto toalla y cojines para cada uno. Me tumbé y coloqué mi almohadilla en la base de uno de los árboles.

Una vez extendido el mantel, me hicieron los ojos chiribitas al contemplar los manjares que llegaron hasta mis papilas gustativas:

Panecillos recién hechos, patés, queso de cabra, embutidos varios, salmón ahumado y croquetas. ¡Croquetaas de bacalao! ¡Ay madre, qué placeres te ofrece la vida, cuando menos te lo esperas!

Salvadora y Pedro se habían quedado en la casa terminando de hacer la comida, mientras nosotros degustábamos el sabroso aperitivo que, con tanto

acierto, había preparado mi hermana, aunque habían prometido acercarse al riachuelo, una vez hubieran acabado las faenas de la granja.

Amelia y yo no esperamos ni un segundo en empezar a preparar los canapés y servir copas de vino. Una vez noté que mi estómago había dejado de quejarse, opté por quitarme las zapatillas, remangarme el pantalón de pijama, del que todavía no me había desprendido, y me puse a caminar por el agua, dejando que la frialdad traspasara mis pies y parte de mis pantorrillas. Me lavé la cara con aquellas aguas tan claras y limpias y fui siguiendo el curso del riachuelo, hasta que las figuras de mis amigos dejaron de verse.

Salí del agua cruzando el regato y comencé la vuelta por la otra vera del riachuelo, para lo cual tomé un camino bordeado por arbustos, que distaba poco más de un metro del caudal del agua. La temperatura era maravillosa y las flores todavía se sostenían en las diversas ramas de los matojos y matorrales: mahonias, lilos, celindas, espireas, dejaban salir sus colores que mezclados con los rayos de sol que se filtraban a través de las frondosas ramas de los chopos, hacía de aquel lugar una estampa maravillosa. No pude por menos que quedarme sentada un rato, apoyada en uno de los álamos plateados y cerré los ojos para degustar completamente aquella ración de libertad. Cerré los ojos y sentí como el eco traía hacia mí unas voces que reconocí al instante: Salvadora y Amelia. No debían de encontrarse demasiado lejos, aunque me sentí un poco malvada, no pude remediar caer en la tentación de escuchar las frases que se pasaban la una a la otra.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Salvadora.

—A dar una vuelta por el río, no te preocupes.

—Deberías de poner más cuidado.

—Lo tengo, mamá.

—No tiene un pelo de tonta.

—Lo sé. Es mi hermana gemela, la conozco bien.

—A veces cuando se me queda mirando fijamente, pienso que lo sabe todo.

—No me extraña, tampoco pones nada de tu parte, eres demasiado fría con ella.

—No puedo remediarlo.

—Pues remédialo o lo descubrirá antes de tiempo.

—¿Cómo quieres que me comporte cuando dice que su madre y su abuela están detrás de mí? ¿Y cuando habla con ellas? Bastante hago con disimular que me lo creo.

—¿Y si fuera verdad?

—Por favor, Amelia. Parece mentira que digas eso tú, precisamente tú.

—Lo dice tan entusiasmada.

—Pero, nena, claro que lo dice entusiasmada. Quizá no mienta y su mente le esté jugando una mala pasada.

—Está bien, mamá, creo que vamos por buen camino. Te ruego que pongas un poco más de tu parte.

—Está bien, lo haré. Aunque no sabes lo que me está costando.

—Lo sé mamá, a todos nos está costando, pero no hay otro remedio. Es mi hermana.

—Lo sé, nena, lo sé.

En ese momento, cuando las escuché alejarse, se me vino el mundo encima. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué habían querido decir? No me creían, no creían absolutamente nada y se limitaban a seguirme la corriente. Lo sabían todo, Salvadora había reconocido que éramos hermanas y Amelia era su cómplice, por eso estaba retrasando todas las investigaciones. Salvadora era la asesina de

mi familia y mi hermana lo sabía, la estaba protegiendo y algo se traían entre manos. Comencé a sentir otra vez aquel dolor de cabeza que me invadía en los malos momentos. Un dolor profundo se instaló dentro de mí. La persona a la que más quería en el mundo... mi hermana... mi gemela, me estaba engañando, estaba jugando conmigo... Dios mío, me preguntaba, ¿por qué yo? ¿Por qué la vida se empeña en castigarme? ¿Qué he hecho mal? No tenía lógica todo aquello, ni aquello, ni nada. En un momento todo había dejado de tener sentido y mis sentimientos estaban cayendo por una especie de pozo interminable, en un hueco oscuro donde me veía a mí misma tratando de sujetarme, de agarrarme a algo o a alguien, pero nadie acudía en mi ayuda, todo se estaba derrumbando a mi alrededor. Las caras de mis progenitoras se hundían conmigo sin hacer el mínimo esfuerzo por darme el impulso que necesitaba para volver a subir. Me acordé sin venir a cuento de aquella historia de Lewis Carroll, en el que Alicia cae a lo más profundo de un pozo y aquel vacío se va llevando con ella, todas sus cosas, las más queridas. El dolor de cabeza se me estaba haciendo insoportable y notaba como caía en una especie de sopor casi inaguantable producido por el dolor interior, por el dolor del alma. Me sentía como el día fatídico en el que me comunicaron el accidente de mis progenitoras, como si ya nada tuviera sentido, como si no tuviera ningún motivo por lo que subir de aquel pozo que me absorbía poco a poco, produciéndome aquella angustia infinita, que clamaba por salir y no podía. Cuando estaba tocando fondo y aquella congoja me estaba venciendo casi por completo, sentí la mano de mi madre. Noté como su contacto me quería transmitir la valentía que necesitaba para tomar impulso y no dejarme vencer. Enseguida me vinieron sus palabras acariciadoras y firmes: “Recuerda, hija, piensa en el pasado, no dejes que tu mente te atormente. Eres fuerte. Nadie es tan malo como parece, ni tan bueno como creemos. Llega hasta el final, sigue investigando, a veces las palabras se enredan entre sí y pueden confundirnos. Tu hermana te quiere, cariño, te quiere mucho. No dejes que se acumule en ti la soledad, no puedes permitirte. Sigue como hasta ahora, no dejes reflejar tus sentimientos ante los demás. Sigue tus pistas, ellas te harán completar la verdad, no te dejes llevar por pensamientos engañosos. Las palabras que escuchamos a veces se enredan en nuestra mente, haciendo un ovillo que va rebotando en nuestro cerebro, y nos hace interpretar palabras que nos dan un significado

totalmente equivocado. Quizá lo que has escuchado no te lleve a la verdad, ella te quiere, no lo olvides, te quiere mucho y sobre todo recuerda, cariño, es vital que recuerdes”.

El canto de un jilguero, que libremente estaba posado en una de las ramas del chopo que me servía de apoyo, me sacó de aquella especie de ensoñación. Cada vez estaba más confusa. ¿Habría sido un sueño? El dolor del alma había desaparecido, me sentía feliz tal y como estaba cuando comencé el recorrido del regato. Pero aunque mis sentimientos negativos hubieran desaparecido, no podía olvidar las palabras de mi hermana y su madre, y todo aquello me llevaba a determinar por fin que Salvadora era una asesina y mi hermana la estaba protegiendo. Decidí volver, no sabía cuánto tiempo había pasado y me estarían echando de menos, tampoco quería que Amelia y Salvadora sospecharan que las había escuchado. Tendría que buscar un rato a solas con Fernando y contarle lo que había pasado. Era totalmente esencial que siguiéramos con la investigación, después de lo que había escuchado no me quedaba duda alguna de que Salvadora era una asesina y mi hermana la protegía. La consideraba su madre, y había sido muy buena, entendía su postura, no podía condenarla, sabía que si no se hubiera deshecho de mi familia tarde o temprano la habrían separado de ella. Pero no estaba dispuesta a quedar por boba, incluso mis sentimientos me llevaban a perdonarles a todos, pero era crucial poner los datos y las averiguaciones delante de sus narices. Eso es lo que Fernando me decía, que tendríamos que llegar hasta el final, era totalmente preciso probar nuestras sospechas. Tendría que someterme a algún tipo de terapia para recordar, estaba claro que todo estaba relacionado con mi pasado, en algún punto aparecería Salvadora en mi memoria y eso me ayudaría. Esa tenía que ser la causa a la que se referían a cada momento mis progenitoras, con ese afán suyo de que recuperara mis recuerdos. Pues lo haría, hasta ahora no se habían equivocado con sus avisos y eso es lo que ellas querían. Lo haría, recordaría, ya lo creo que recordaría, fuera como fuese, pero recordaría. Aunque había algo que había dicho mi madre que me tenía confundida: “Que a veces las palabras no querían decir lo que nuestra mente traducía al interior”. ¿Quería eso decir que estaba malinterpretando la conversación entre mi hermana y su madre? ¿Aquellas frases me estaban confundiendo? Que no creían en mis visiones, lo habían

dejado claro, y que estaban de acuerdo también... Pero, ¿esa conversación me decía que Salvadora era la asesina? Recordé como Amelia decía: “No hay otro remedio, es mi hermana”. Y lo había dicho con un tono protector, como de ayuda hacia mí. ¿Estarían ayudándome y había interpretado mal sus palabras? Eso es lo que había querido decir mi madre cuando me sacó de aquel pozo sin fondo al que mi cerebro se había empeñado en conducirme. Si lo pensaba bien, en ningún momento de la conversación Salvadora había confesado la autoría de los asesinatos. ¿Qué pensar? ¿Qué creer? Debía de terminar mi investigación y descubrir al verdadero asesino.

Estaba tan embebida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de la presencia de Fernando, caminaba a mi lado y ni tan siquiera había percibido que estaba ahí.

—Has tardado mucho, me tenías preocupado. Te estábamos buscando. La comida nos está esperando en la cocina y como eres tan tragona, he pensado que tendrías hambre.

—Pues ahora que lo dices, tienes razón, estoy muerta de hambre, y mientras caminamos te voy a poner al corriente de algo que debes saber.

Según seguíamos el curso del río camino a la casa, le conté con pelos y señales lo que había escuchado, aquella conversación entre mi hermana y su madre, lo que había sentido, incluso le puse al tanto de los consejos de mi madre y de cómo ella había sido capaz de sacarme del estado en el que me encontraba.

Fernando me miró profundamente a los ojos, me besó, con un beso dulce, de esos que se notan que vienen del alma, de lo más profundo, de esos que transmiten amor y me dijo:

—Tu hermana te quiere, no lo dudes nunca, te quiere mucho. ¿Está protegiendo a su madre? Quizá sí, es lo que haríamos cualquiera de nosotros. Pero tranquila, para eso estoy yo. Estamos llegando al final, pero tenemos que probarlo. Vamos a constatar quien es la mujer que ha contratado a los sicarios que mataron a tu familia y vamos a presentar las pruebas pertinentes. Se las

daremos a tu hermana, y después serás tú la que decidas si vamos a denunciar o no. Yo te creo, cariño, creo en tu madre y en tu abuela, me lo has demostrado y con ello me has hecho feliz, sé que mi abuela está en paz y es feliz, solo con eso has conseguido que mi vida sea mejor. ¿Cómo iba a dudar, si me has dado múltiples pruebas? Ellas no lo creen... Pues que no lo crean, no es fácil creer algo así. Sé que te duele haber descubierto que te están engañando y te siguen la corriente con ese tema. No te lo tomes tan a mal, creo que Amelia lo hace por ti. Porque te quiere, piensa un poco en ella, ponte en su lugar, está entre la espada y la pared.

Fernando tenía la capacidad de relajarme y hacerme volver a la normalidad, su voz era como un remanso y su mano aferrada a la mía era como el apoyo que necesitas cuando notas que el alma cae sin remedio.

—¿Vas a estar siempre conmigo? —pregunté.

—Siempre, amor, siempre. Te quiero y lo sabes, pase lo pase y aun cuando esta historia acabe mal, no te dejaré, no puedo hacerlo porque eres la razón de mi vida. Sé a lo que me enfrento, y sé en lo que estoy metido, pero no puedo remediar quererte tanto.

—¿Qué quieres decir con eso de que sabes en lo que estas metido?

—¿Qué boba eres! Pues todo este jaleo que os traéis las dos hermanas. ¿A qué iba a referirme?

—No sé, tus palabras me han sonado algo tristes, como si esto no tuviera un final feliz.

—Y puede que no lo tenga, Valentina. Todavía no tenemos más que indicios, pero siempre estaré a tu lado.

—¿Les digo lo que he escuchado?

—No, actúa como siempre, eso nos dejaría un paso detrás de ellas, se darían cuenta que sospechamos de Salvadora. Nosotros a lo nuestro. Cuando

volvamos a Madrid te voy a necesitar en la investigación, ya no podemos contar con Amelia, está claro que protege a su madre.

—Haré lo que digas, cariño.

Tardamos menos de cinco minutos en llegar a la casa. De la cocina se desprendía un aroma exquisito a asado. Ni una bomba sería capaz de quietarme las ganas de comer.

—¿Se puede saber dónde andaban los tortolitos?

—Paseando.

—¿No piensas quitarte el pijama, guapa?

—Es verdad, estoy tan bien así. Pero voy a cambiarme, ahora mismo bajo.

—De eso nada —dijo Salvadora—. Estamos en confianza, ¿cuántas veces he de decirte que eres como una segunda hija para mí? Déjate de líos de cambios de ropas que se enfría el asado.

—Pues si tú lo dices que eres la dueña de la casa, me quedo como estoy.

La mesa estaba preparada en el comedor colindante a la cocina. Encima de una mesa de roble antigua, habían puesto una mantelería de panamá, que por lo visto había bordado mi hermana cuando era niña, y que nunca se había querido llevar, porque la verdad, muy bien no estaba, se notaban algunas puntarrajás, en algunos trozos el punto de cruz era sencillo, y en otros dobles, porque según nos dijo, le aburría y le entraba la prisa por terminarlo.

—Desde luego, Amelia, Dios no te ha dado el don del bordado.

—¡Jopé, Valentina! ¡Estuve tres años con él!

—Pues más vale que hubieras gastado el tiempo en otra cosa.

—Mira que graciosa, habría que ver los tuyos.

—No los verás, ni me ocurriría, por algo somos gemelas, tampoco estoy dotada para esas artes.

Sobre el mantel, una vajilla antigua de loza blanca, cuyos bordes hacían ondas y estaban pintados en oro, resultaba bonita.

Salvadora nos sorprendió con una sopa castellana que resucitaba a un muerto, y aquel olorcillo que se desprendía del horno resultó ser cochinito asado, que Salvadora se encargó de dividir en trozos ayudándose del canto de un plato, estilo Cándido, el cocinero más famoso de Segovia. En otra bandeja unas patatas panaderas con ajo y perejil hicieron que mi felicidad fuera completa. Se me habían pasado de repente todas las penas. Mi hermana me guiñó un ojo al darse cuenta de cómo le metía mano al cochinito y al ver que a ella, casi no le cabían en la boca los dos trozos de carne que se había embuchado a la vez, nos dio una especie de ataque de risa, que Amelia transformó en una tos de esas que parece que la comida se te ha ido por otro lado.

—Por Dios bendito, Amelia hija, que nadie te va a quitar tu ración. ¡Será tragona! —dijo Salvadora.

Explotó una carcajada general, por lo que el ambiente se convirtió en una distendida comida familiar, entre risas, chistes y chascarrillos. Mi interior se preguntaba cómo era posible que estuviera pasándomelo pipa con los asesinos de mi familia, pero una vocecilla inusual también me dictaba que iba por buen camino. En medio de mis pensamientos vi como, después de retirar el segundo plato, ante mí se posaron dos tartas, una de queso y otra de orujo, chocolate caliente y helados varios, y este hecho hizo que de repente se me borraran de la mente las preocupaciones y que se precipitara la palabra postre, palabra que hizo que consiguiera olvidar todo lo demás.

Dos raciones de una y dos de la otra, al igual que mi hermana. La miré fijamente y a pesar de la conversación escuchada, a pesar de saber que no creía ni una palabra de las apariciones de mis progenitoras, no podía remediar quererla, no se pueden cambiar los sentimientos. Era mi hermana, mi sangre, eso era real como la vida misma. No hacían falta pruebas de ADN, aunque sería

lo primero que hiciera al volver a casa, y algo me decía que ella ya las había hecho, además de sentir la confirmación en su interior. En la conversación que escuché en el bosque, las dos lo afirmaban, sabían a ciencia cierta que éramos gemelas.

Sentí el aroma del café, y aunque estaba embebida en mis pensamientos, me di cuenta de cómo Mario había puesto sobre la mesa distintos licores y una hielera repleta de esos cuadraditos helados que acababa de sacar del congelador.

Desde hacía algún tiempo parecía como si mi vida se dividiera en episodios, planos de película, que de repente paran cuando el director dice: ¡Corta! Cuando mis pensamientos invadían mi mente, era como si el tiempo se hubiera parado, como si los minutos saltaran y de repente me viera en otra esfera y otro momento. Los últimos minutos no habían ocurrido, hasta que de repente me vi con la copa de orujo en la mano, dentro había dos hielos que alguien había servido, pero mi memoria me negaba saber de quién se trataba.

Mejor no darle vueltas, bastante tenía encima, decidí vivir el presente, aun a sabiendas de lo que me esperaba a la vuelta, cuando regresáramos a Madrid.

Me di cuenta de que a un lado de la mesa, estaban preparados dos servicios de taza y plato sin tocar.

—¿Esperamos a alguien?

—Sí, vienen unos amigos a tomar café —contestó Pedro—. Son conocidos de muchos años. Les contamos tu historia y están interesadísimos en conocerla de primera mano. Ella es psicóloga, ha escrito varios libros sobre el más allá y cuando les dijimos que venías, nos pidieron por favor acudir a tomar café, para poder conocerte, espero que no te importe.

—Pedro, qué pesado te pones —comentó Salvadora—. Si ya lo sabe, se lo comenté esta mañana y estuvo encantada con el tema.

No recordaba que Salvadora me hubiera comentado tal cosa, estaba mintiendo como una cosaca. ¿Podría ser que no me acordara? ¿Qué con tanto

acontecimiento mi memoria estuviera fallando? No sabía que creer, a veces pensaba que me estaba volviendo tarumba.

Fernando se adelantó al notar la duda en mi cara.

—Claro que no le importa. Pedro. Ya lo sabe, es cierto que se lo comentó tu mujer esta mañana.

Pues era cierto, mi memoria fallaba. Si Fernando se acordaba de aquella conversación es que Salvadora no se la estaba inventando, a lo mejor era verdad que estaba necesitando un psiquiatra y ni yo misma me daba cuenta.

Fernando acercó su boca a mi oído y me susurró bajito que Salvadora lo había comentado, pero que como yo a veces estaba en la inopia, pues eso, que no me había enterado de nada. ¡Menos mal! ¡Por un momento pensé que me estaba volviendo loca!

Entre líos, charla y espera de la visita, me encontré en la mano con mi segundo orujo, seguro que me estaba volviendo una alcohólica de esas que necesitan ayuda. ¡Madre mía! ¡Vaya vida la mía! No sabía si estaba tarumba o borracha.

Otra vez sin darme cuenta saltaron los minutos y observé como me presentaban a un matrimonio de mediana edad. Buena pinta, bien vestidos, elegantes, pero así como para el campo, vestuario de marca, pantalones dockers, chalecos como si fueran a una cacería, pero de esos que quedan bien en el campo. Ella con sombrero tipo caza color camuflaje que le quedaba de cine, simpatía a raudales, mostrando una belleza de las que reflejan el interior y que por mucho que la quieras cambiar, siempre resultas guapa en cualquier ocasión. Se sentó a mi lado después de darme dos besos, de esos que parecían que salían de dentro, vamos, que no me parecieron artificiales. Noté que sabía quién era y venía a por mí. Por lo visto su nuevo libro trataba de conexiones con el más allá y le había venido de cine conocerme. Se presentó como Reyes, no aparentaba más de cincuenta años, se le notaba solo un poco mayor que yo. Su piel cuidada, su pelo y sus manos, denotaban a una mujer preocupada por su aspecto. Algo bohemia, pero con clase, el pelo teñido a mechadas medio rubias, lo

llevaba recogido en una trenza de medio lado que alcanzaba el final del busto, unos mechones descuidados alcanzaban su frente, dándole un aspecto de elegancia intelectual. Ojos negros con pestañas largas y abundantes y unos labios finos, pero remarcados por un carmín rojo putón, que aunque era putón, tengo que decir que a ella le favorecían bastante y le daban un aspecto muy español. El marido, un sesentón de esos canosillo, que dejan ver un físico agradable y algo sexy, fue el primero en tomar la conversación. Después de saludarnos efusivamente, sirvió un café a su mujer y otro para él, además de dos licores de endrinos, que Salvadora elaboraba ella misma en sus ratos libres y que sacaba en ocasiones indicadas. Me resultaron curiosas las presentaciones, no sé porqué me parecieron prefabricadas, vamos, cómo explicarlo, pues como si todos se conocieran, todos menos yo, incluso Fernando, aunque cuando le di a conocer mi parecer, me dijo que eran figuraciones mías, según él era la primera vez que veía al matrimonio, incluso me prometió que jamás había escuchado reseña alguna sobre ellos.

Ante mi duda me acerqué a mi hermana y le puse al tanto de mis interrogantes. Me aclaró que efectivamente Fernando y Mario no los conocían, pero que era habitual la visita de aquellos personajes en la granja, y que aunque se tratara de intelectuales, no sabía porqué habían hecho tantas migas con sus padres. Creía recordar que los conocieron en un viaje que realizaron hace muchos años a Sevilla, en algún aniversario de bodas, donde a ella la dejaron con sus padrinos los carniceros. Desde aquel día se hicieron íntimos amigos, con lo cual recordaba hasta algunas navidades en las que ellos estaban presentes, y los regalos maravillosos con los que la obsequiaban, indicándome que la casa de muñecas que adornaba nuestro dormitorio, se trataba de un regalo de ellos. Me confirmó que su visita se debía a que querían realizar una investigación sobre mi vida, para documentar el libro que escribiendo Reyes. Sabía que era un coñazo, notaba que estaba deseando echarme una buena siesta, pero me pedía por favor que colaborara, era importante para sus padres. Además, por lo visto, yo había accedido esa misma mañana al acontecimiento que me esperaba, aunque la realidad era que no me acordaba de tal acuerdo. Pero la confirmación de Fernando me decía que no había estado atenta a la petición y accedí a ello sin darme apenas cuenta, ajena a todo menos a los pensamientos que de vez en

cuando invadían mi mente.

La conversación comenzó con una tertulia sobre la célebre escritora Nieves Martín Velasco. Un boom en las redes literarias de Facebook, conocida por sus relatos sobre las causas que producen las drogas al organismo. Tanto clamor había causado esta escritora, que había publicado su primer libro basándose en una historia real. Al parecer, la célebre escritora en sus páginas, reflejaba su vida y tanto había calado su historia que no sé qué productora le había ofrecido comprar su libro para una serie de televisión. Por una vez los contertulios, que medio tumbados en el sofá degustábamos nuestros chupitos, estuvimos de acuerdo en que era una buena lectura y seguramente sería el libro del año.

Me di cuenta que Reyes había sacado una libreta de su bolso y tomaba notas constantemente. Acabada la conversación sobre literatura, se dirigió a mí y me preguntó si no me importaba ser la protagonista de su próximo libro. Me aclaró que le apasionaban los temas del más allá y que podíamos cambiar nombres, direcciones y todas las cosas que pudieran implicarme. Me explicó que lógicamente la trama no se ceñiría totalmente a mi historia, que solamente sería la base, que estaría totalmente novelada. Lo único que pretendía es que le contara mi vida con pelos y señales. Se refería a mí, como si mi existencia fuera única, una historia digna de ser contada, refiriéndose a ella como una trama repleta de peripecias y altibajos. Nunca había pensado que mi vida fuera distinta a las demás, y mucho menos merecedora de ser contada, ni de ser la protagonista de ningún libro, y eso, que la buena señora no sabía de la misa la mitad. No era cosa de ponerle al tanto de las sospechas de los asesinatos de mi familia, y mucho menos de la forma en que me ganaba la vida. Antes de comenzar con mi tema Reyes sacó de su bolso tres libros de los cuales era autora, me los dedicó con unas frases encantadoras, y al ojearlos un poco por encima y leer la sinopsis de uno de ellos, entendí que estaba basado en una mezcla de criminología, thriller y misterio. Sí, la verdad es que era algo parecido a mi vida. Mi hermana preguntó que si queríamos quedarnos solas, a lo que le respondí que no hacía falta, mi vida era de sobra conocida por todos los presentes, que eran libres de irse o quedarse.

Reyes se sentó a mi lado, Salvadora nos sirvió dos cafés y me puse manos a la

obra. Comencé con las andanzas de la abuela Valentina, su época, la lucha para sobrevivir en aquel tiempo donde nadie regalaba nada. La inteligencia de la que estaba dotada y como supo usarla para conseguir ser alguien en la vida y saber sacar adelante a su único hijo. Omití la forma en que quitaba de en medio a las personas que le estorbaban y dejé que pensara que su fortuna la adquirió a base de trabajo y a la herencia legada por doña Marita y por su marido el médico. Fernando no perdía ripia de la historia, aunque no era la primera vez que la escuchaba. Mi hermana entraba y salía cambiando las bandejas de bollos por canapés variados, según iba pasando el tiempo. Yo, le cogí el tranquillo a la cosa, no sé si porque me halagaba ser la protagonista de un libro, o porque aquello me empezó a gustar. Me serví otro orujo y me enrollé como las persianas, ante la complacencia de Reyes que, al darse cuenta de que no le daba tiempo a coger notas en su libreta, optó por sacar una especie de grabadora de su bolso y ponerla en marcha. Llegó un momento en el que mi vida se había convertido en una especie de tertulia, en la cual, cada uno de los presentes daba su opinión, como si se tratara de un programa de la tele de esos de debate.

Todos preguntaban y todos respondían, dejándome a mí la última palabra. Seguramente pensaban que al ser la protagonista tenía más derecho que los demás. Una vez terminé mi historia comenzó con la sesión de preguntas, por supuesto pidiendo antes mi permiso, que por supuesto no le negué en ningún momento.

—Me gustaría que reflejaras algo más de tu juventud, en aquella casa, hay algo que no me cuadra. ¿Cómo una persona jovial y extrovertida como tú no tuvo amigas?

—Bueno, eso no es del todo exacto, alguna tuve. Íbamos al Retiro, siempre en compañía de mi padre, no les gustaba que fuera sola, quizá se debía al miedo ese que sienten los padres al ser hija única. A veces invitaba a alguna compañera de clase a merendar y la abuela nos sorprendía con meriendas espectaculares.

—¿Y eso era todo?

—Sí, eso fue todo.

–¿No te aburría estar tanto tiempo en compañía de personas mayores?

–Supongo que sí, de eso no me acuerdo bien.

–Pues me vendría de perlas que recordaras, estaría bien saber lo que piensa una adolescente que solo se relaciona con su familia y tiene tan poco trato con personas de su edad, me refiero a trato fuera del ámbito colegial, ya sabes, la clásica amiga con la que hablas de novios y de esas cosas que siempre se ocultan a los padres en la adolescencia.

–Últimamente le ha dado a todo el mundo con que recuerde.

–¿Por qué lo dices?

–Nada, cosas mías. Verás, hay etapas de mi vida que tengo borradas, quizá no las recuerdo por pereza, pienso que eso nos pasa a todo el mundo.

–Sí, claro que sí, pero cómo psicóloga te diría que es bueno recordar, a veces nuestra mente las guarda, porque no quiere volver a vivirlas.

–Bueno, creo que eso de tener pocas amigas no me gustaba mucho.

–Eso tenía solución. ¿Por qué no te relacionaste más?

–Ya sabes, los estudios, mi afición por la investigación, mi álbum de hojas de árboles. La abuela decía que me quitaban tiempo para el estudio.

–Pienso que hay tiempo para todo. ¿Qué edad tendrías entonces?

–Ufff, no recuerdo bien. Pero haciendo cuentas, y pensando que era cuando mi padre me llevaba al Retiro con alguna amiga, debería de tener unos 14, más o menos.

–La edad de los novietes.

–A veces hablábamos de eso, de novios, pero como el colegio era femenino, no había chicos que me enamoraran. ¡Qué tiempo más perdido!

—¿Eso crees que fue, un tiempo perdido?

—En cuanto a estudios no, y es verdad que tampoco me faltó de nada, pero los chicos no cabían en mi vida en aquella época, ni las amigas. Debía de poner los cinco sentidos en aprender y estudiar, eso era lo que decía la abuela, los cinco sentidos, ¿o no? Era otra frase la que empleaba.

—¿La recuerdas?

—Déjame pensar un segundo. Creo que es una frase que últimamente se repite mucho en mis sueños. Voy a echarme otro chupito, a ver si me viene la memoria.

—¡Valentinaaaa! —dijo mi hermana—. Te estás pasando tres pueblos.

—¡Calla! Mira quien fue a hablar. Espera... lo recuerdo, la frase me refiero, me ha venido de repente. ¡Es vital! Vital... vital... Valentina, es vital que estudies... Está en juego tu futuro... Ya llegará tu momento para novios y amigas, ahora es vital... vital... vital... vital. Eso es lo que repetía la abuela constantemente.

—¿Y no te fastidiaba?

—Claro que sí, como no iba a fastidiarme. Me gustaba estudiar, he sido una especie de pitagorina, pero bien sabe Dios lo que eché de menos, por aquella época, salir y entrar con amigos, como hacían mis compañeras de clase. Claro que ellas no sacaron nunca las notas que saqué yo.

—Y el laboratorio, ¿cuándo pensaste en tener un laboratorio?

—No creo que lo pensara yo, fue un regalo de la abuela y de mi madre. Decían que como me gustaban tanto los experimentos, habían pensado que sería el regalo ideal para mí, y acertaron, esa fue siempre mi verdadera vocación y gracias a él me gano la vida.

—¿Te gusta la forma en que te ganas la vida?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada. En realidad es una pregunta como otra cualquiera, parece que no te gusta. ¿Estás aburrida de tu trabajo?

—No he dicho que no me guste, puede que en alguna etapa de mi vida no me gustara, pero después se convirtió en parte de mi vida. Disfruto mucho con mi laboratorio, me encanta el estudio de las plantas y sobre todo el descubrimiento. Descubrir cosas nuevas, experimentar, lo siento por mis ratoncitos pero...

—¿No habrás descubierto algo nuevo?

—Pues en realidad... ¡Qué tontería! ¡Me habrían dado el premio Nobel!

—Hubiera sido maravilloso, ¿verdad?

—Sí... pero... a veces los deseos no se hacen realidad. Me figuro que a ti también te gustaría ganar el Nobel de literatura.

—Ya lo creo, pero me temo que estoy muy lejos de ese premio, de ese y de ninguno.

—Bueno, creo que estoy algo cansada, se nos ha pasado la tarde sin darnos cuenta. Si os dais cuenta es de noche.

—¡Madre mía! Me embebo en el trabajo y no me doy cuenta de lo pesada que puedo resultar.

—De pesada nada, ha sido todo un placer conocerte y responder a tus preguntas, he sentido una especie de terapia, creo que me ha venido bien. Ya te he contado que mi madre cuando baja, no para decirme que es vital que recuerde, y la verdad es que me has ayudado a hacerlo.

—Pues no sabes lo que me alegro. De todas formas, si no te importa tendremos que contactar más veces. Si voy a hacerte protagonista de mi novela, será de ayuda contar contigo más veces.

—Eso no es problema, ya te he dicho que me ha encantado servirte de ayuda. Estoy a tu entera disposición.

—Eres un encanto, Valentina... La verdad no entiendo como...

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Nada, bobadas mías. Tengo tantas novelas en la cabeza, que a veces las mezclo y me confundo de personaje.

No me pasó desapercibida la mirada que mi hermana echó a Reyes, algo tramaban. ¿Qué había querido decir? ¿Sería real la confusión? ¿Se estaba refiriendo a mí? Cada vez me parecía más extraño el comportamiento de mi entorno, era como si me estuvieran ocultando algo. Solo me faltaba que estuvieran todos de acuerdo y fueran cómplices de los asesinatos. ¿Por amistad? ¿Por encubrimiento? ¿Figuraciones mías? ¿Podría fiarme de Fernando? Cada vez lo entendía menos, me estaba convirtiendo en Rebeca, la protagonista de la película de Alfred Hitchcock, una mujer que se enamora de una persona enigmática y ve peligros donde no los hay.

Entre unas cosas y otras se nos había pasado el día. Eran las ocho de la tarde y decidimos no salir. Me di una ducha, me sequé el pelo rápidamente, sin darle forma, me volví a poner el pijama y las zapatillas, cogí el libro que estaba terminando y me tenía enganchada de una autora novel pero estupenda: Gemma Olmos. Era su primer libro, pero desde luego no sería el último. Cuando cerré la puerta del dormitorio, dispuesta a bajar la escalera, pude escuchar una conversación, que al igual que la que pude oír en el riachuelo entre Salvadora y mi hermana, me tuvo desconcertada todo el fin de semana:

—Es mejor que dejéis de preguntar tanto o sospechará —escuché susurrar a mi hermana dirigiéndose a los demás, que desde la posición en la que me encontraba, no podía ver.

Procuré no hacer nada de ruido para poder oír el resto de la conversación.

—¿Pero que preguntas ni que preguntas? Son cosas naturales, no veo de dónde

va a venir la sospecha. Te preocupas demasiado — contestó Salvadora.

—Mamá, no sé de qué forma decirte que se trata de mi hermana, que me importa, que la quiero mucho y que mi intención es solamente ayudarla.

—Al final te meterás en un buen lío.

—¿Cómo me voy a meter en un lío si es mi trabajo?

—Vamos a dejar el tema, no sea que nos esté escuchando y nuestro gozo en un pozo.

Entré de nuevo en el dormitorio procurando hacer el menor ruido posible, dejé pasar unos cinco minutos y bajé al salón haciéndome la tonta. Me tumbé en el sofá y respiré tranquila al comprobar que no estaban Fernando ni Mario.

—¿Dónde andan estos?

—Han ido a la capital a por provisiones, le hemos hecho una lista, espero que te guste lo que les he pedido.

—Me gustará, sabes que hasta en eso nos parecemos —contesté, aparentando toda la tranquilidad que mi interior dejaba salir, aunque por dentro me reconcomía hasta el alma.

Abrí mi libro y disimulando estar concentrada en la lectura dejé actuar a mi cerebro, esperaba que me dictara una solución coherente a lo que acababa de escuchar, porque si no lo hacía, acabaría volviéndome totalmente tarumba, si es que no lo estaba ya, después del día que estaba pasando.

¿Qué es lo que mi hermana se traía entre manos con su familia? ¿Cuál era el motivo de su engaño? No me cuadraba absolutamente nada, ni tan siquiera la visita esa de la escritora que se había interesado por mi vida, me daba la impresión de que todo estaba preparado. ¿Estaría Fernando metido en el ajo? ¿Querrían volverme loca? En realidad, si me pasara algo, la beneficiaria de mi fortuna y de mis bienes sería mi hermana, estábamos a punto de demostrarlo.

Los resultados de las pruebas de ADN estaban en Madrid en mi ordenador. Si me tomaban por loca, ella sería la única persona a la que el juez otorgaría mi tutela y más siendo comisario de policía. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué últimamente el tiempo daba saltos a mí alrededor y brincaba de una escena a otra? ¿Dónde estaban mi madre y la abuela? ¿Por qué no me ayudaban a recordar si era tan importante que lo hiciera? Realmente, ¿podía confiar en alguien? En realidad escuché a Amelia decir que me quería, que era su hermana y quería ayudarme. ¿A qué se refería con eso? ¿Sería un doble juego? ¿Alguna treta hacia su madre, para sacarle la verdad? ¿Y si me arriesgaba a contarle todo lo que había escuchado?

Pasé varias hojas del libro, dando la impresión de que mi mente se centraba en él. Mi hermana iba y venía con Salvadora, me pareció intuir que le estaba ayudando a preparar la cena. Yo me hice la tonta y seguí con mis divagaciones mentales que en realidad, no me llevaban a ninguna parte. Lo que parecía estar claro es que mi hermana me quería, que sentía cariño por mí, era lo único que me reconfortaba en aquellos momentos en los que estaba a punto de soltar el libro y ponerme a saltar, a gritar, o a comer como una posesa para que desapareciera de mi interior aquel estado en el que me encontraba, ese pozo sin fondo en el que me veía caer de nuevo sin control, y no podía dejar que pasara. Siempre había sido una persona fuerte, tendría que poner mis cinco sentidos en averiguar la verdad, en tener las pruebas que llevaran al verdadero asesino de mis padres y de la abuela, sin ellas, me encontraba como pez fuera del agua, lo demás eran paparruchadas.

Dejé mi libro a un lado del sofá y pregunté:

—¿Os ayudo en algo? Me siento algo culpable de no hacer nada.

—¿Cómo que nada? ¿Estás leyendo, no? Pues disfruta de la lectura, que para eso has venido, para pasarlo bien —contestó Salvadora, poniendo énfasis en sus palabras, como para que parecieran verdaderas.

—No seas plasta, Valentina, sigue con lo tuyo —comentó mi hermana.

—Está bien, seguiré leyendo. Procurad que esté todo muy rico.

Sentí el sonido de un coche y me figuré que eran los hombres que volvían de hacer la compra.

Efectivamente, después de dejar las bolsas en la cocina, sentí como Fernando se sentaba en el sofá y colocaba mis piernas encima de sus rodillas, después de haberse tomado la molestia de servirme una copa de vino blanco fresquito y colocar en la mesita pequeña unos cuencos con olivas y patatas fritas.

No esperé ni un segundo para coger mi copa y echar un trago. ¡Qué ricas las patatas! Me preparé una especie de bocadillo con dos de ellas y una oliva en el centro. Ya volvía a sentir mi estómago vacío. ¡Qué cruz! Ni las penas, ni las contradicciones, ni los enredos a los que estaba sometida mi vida, me quitaban el hambre, mi existencia estaba condenada a convertirme en una vieja chiflada y gorda.

Seguí con mis pensamientos mientras que Fernando se entretenía en acariciarme las piernas por debajo del pijama. ¡Madre mía, qué gustito! Pensé que tendría que buscar un momento para estar a solas con él, no para echar un kiki, que también, sino para ponerle al tanto de lo que había averiguado en las conversaciones mantenidas entre mi hermana y su madre. Sabía que era un riesgo, quizá también estuviera implicado, pero lo averiguaría mirándole fijamente a los ojos, y creo que si estaba implicado, sería capaz de sonsacarle la verdad. Pensé que lo que más me convenía era pasar del tema y procurar pasarlo lo mejor posible lo que quedaba de fin de semana, por muchas vueltas que le diera a la cabeza, no iba a resolver absolutamente nada hasta que siguiera con las pesquisas que comenzamos en Madrid, con lo cual, hasta la vuelta, era totalmente inútil tratar de averiguar algo. La clave consistía en saber quién era la mujer que había contratado a los sicarios que mataron a mi familia, y para eso debía de confiar en Fernando, era el único que podía ayudarme.

No sé si llegué a quedarme algo traspuesta, pero cuando me quise dar cuenta, tenía a mi novio despertándome con besos en el cuello y mis papilas olfativas estaban descubriendo un aroma delicioso a no sé qué, pero totalmente

delicioso.

Me enganché al cuello de Fernando y le devolví todos los besos que me había dado. La mesa presentaba un aspecto magnífico, los entrantes bailaban en mi cabeza preguntándome que esperaba para comerlos. Una bandeja de ibéricos presidía la parte central, adornada por diversos platitos con exquisiteces como: Ensaladilla rusa, salmón ahumado, ensalada de pasta, croquetas, trigueros con jamón, rollitos rellenos de verduras. Con todo aquello delante, no podía razonar, la vida era maravillosa, no sé si esa frase me la dictaba mi corazón o mi estómago, pero mis manos no daban abasto entre un plato y otro. ¡Qué placer! ¡Qué rico estaba todo! Me di cuenta que quedaba una sola croqueta en medio del plato y saltándome el decoro me lancé a por ella, chocando con la mano de mi hermana, a la que la educación ante tal objetivo también le tenía sin cuidado. Nos miramos y nos entendimos con la mirada, partimos la croqueta en dos ante las risas de los demás, que demostraron con su gesto, como si no pudiesen creer lo que estaban viendo.

Una vez estuvieron los platos vacíos, Salvadora recogió la mesa y mi hermana sacó dos tortillas de patata a la paisana que resucitaban a un muerto, y sin vergüenza alguna y ante la mirada de los demás comensales, menos la de mi hermana que procedió a comer lo mismo que yo, me zampé tres trozos, y hubiera comido más, pero decidí no hacerlo por no dejar a los demás sin nada, que una aunque sea tragona, tiene educación. Pero lo mejor de todo, con lo que disfruté casi más que si estuviera echando un polvo, fue con unos creps rellenos de crema con chocolate caliente, casi estaba por perdonarle a Salvadora los asesinatos de mi familia ante la comilona que acababa de darme. ¡Qué cosas se me ocurren! Espero que mis progenitoras no hubieran tomado en cuenta mi última frase.

Ayudé a recoger, por eso de quedar bien, mientras Salvadora fregaba toda la platada a mano porque carecía de lavavajillas, tendría que decirle a mi hermana que se lo comprara, o a lo mejor no lo quería, como era tan rarita para esas cosas, porque la verdad, la casa en la que estábamos parecía sacada del siglo pasado, aunque en eso quizá destacaba su encanto.

Mientras terminaban de limpiar entre todos, puse un par de cafeteras y unas botellas de orujo casero, licor de endrinos y pacharán. Una vez había colocado los licores, subí al baño y le hice a Fernando una seña para que me acompañara. Aproveché la circunstancia y le acomodé en mi dormitorio, le di una copa de orujo y le conté todo lo sucedido, lo que había escuchado, mis dudas, mis debates internos, incluso le referí mi desconfianza hacia él. Me senté a su lado en la cama y esperé su contestación mirándole fijamente a los ojos, para percibir si con su mirada podría averiguar la verdad. Su reacción fue totalmente impensable. Ante mi estupor, sé echó a llorar, dejándome totalmente perpleja, aunque me quedé algo impasible, no me esperaba su modo de actuar, ni su reacción, no sabía si tomármelo como una forma de inocencia o de culpabilidad. Dejé que se desahogara y esperé a que pudiera explicarse, lo hice sin mostrar demasiada sincronización hacia él, solo me limité a cogerle la mano y sujetarla entre las mías, mientras observaba como le resbalaban las lágrimas por la cara. Una vez se hubo tranquilizado le escuché decir:

—¡Te quiero tanto, Valentina! ¡Tantooo, que casi ni soy dueño de mí mismo!

No pude remediar sentir una atracción inmediata hacia él, le besé en los labios, traté de calmarle y le referí palabras cariñosas, mientras acariciaba su cara y le secaba las lágrimas con mis manos.

Siempre he sido muy floja para este tipo de situaciones, me puede el cariño y el enamoramiento y además tiendo siempre a ver la botella medio llena, aunque con eso de que me quería mucho no había resuelto absolutamente nada, estaba igual que al principio, no sabía si me creía o no, con lo que aunque pareciera algo dura después de la escena anterior le pregunté si estaba al tanto de las elucubraciones de mi hermana.

Me miró fijamente, ya sin lágrimas, me acercó hacia él y me abrazó mientras decía:

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? Me duele, Valentina, me duelen mucho tus sospechas. Yo solo quiero tú bien, que seas feliz, y que lo seas a mi lado.

—Pues entonces, ¡ayúdame! ¿Qué está pasando? ¿Por qué mi hermana me está mintiendo?

—No te comas más el tarro, Amelia, es tu hermana, lo sabe y te quiere, te quiere mucho, eso te lo puedo asegurar. ¿Qué es lo que se trae entre manos? Eso no lo sé, lo único que puedo intuir es que, tú y yo, tenemos que llegar hasta el final y para eso debes confiar en mí. Estamos terminando con la investigación, nos falta el último tramo. Deja de crearte dudas que no existen. ¿Qué quieres que piense tu hermana? ¿Qué denuncie a su madre? La persona que lo ha dado todo por ella ¿Qué deje de quererla? Pides imposibles, Valentina, tú tampoco lo harías. ¿Que está fingiendo? No lo veo imposible, seguro que lo hace... Y quizá por tu bien, para que no te sientas insegura ante ella. Nadie está obligado a creer que ves muertos y que se comunican contigo. ¿Lo has pensado bien? ¿Lo hubieras creído de mí? ¿Si te hubiera contado que me suceden esas cosas? Lo más probable es que me hubieras seguido la corriente, por muy enamorada que estuvieras de mí. Amelia está entre la espada y la pared. Olvida todo lo que has escuchado y vamos a lo que interesa: Descubrir la verdad, estamos a un paso, y entre tú y yo lo vamos a resolver. Solo cuando tengamos las pruebas en la mano podrás sincerarte con tu hermana, hasta entonces, déjalo estar. Confía en mí. Deja descansar tu cerebro, lee, camina, báñate en el río y haz el amor conmigo. Lo demás puede esperar.

No pude evitar, que después de escucharle, las lágrimas ahora fueran mías. Era tanto lo que se me venía encima, tantas las dudas y los interrogantes, que fue como un remanso de paz descubrir que él estaba a mi lado, que no acumulaba dudas hacia mí. Que podía confiar en alguien, no estaba sola y me quería, sabía que me quería mucho, como yo a él.

Me abrazó y me besó suavemente, poniendo el alma en lo que estaba haciendo. Hicimos el amor, despacio, gozando de cada momento, como si fuéramos los únicos habitantes del mundo y no tuviéramos prisa, como si no existieran los demás y fuéramos la única realidad. Disfrutamos de cada caricia, de cada beso, de cada palabra y de cada abrazo, como si aquella fuera la última noche de nuestra vida. Nos quedamos dormidos, juntos, apoyé mi cabeza en su pecho, el me abrazó, y esa noche no hubo sueños raros, ni laberintos sin salida, ni

preguntas sin respuesta, tan solo hubo paz, amor, y una felicidad inmensa que envolvía tanto mi cuerpo, como mente. Cuando desperté, Fernando me miraba, mientras acariciaba mi pelo, noté como de nuevo dos lágrimas resbalaban por su cara. Le abracé y sentí de nuevo su cariño, no podía negar su amor hacia mí. ¿Por qué lloraba?

—Son lágrimas de amor.

—¿Te quiero, Fernando, te quiero! Das a mi vida el sentido que le falta.

—Y yo a ti, cariño. Por eso lloro, porque no quiero que nadie me arrebate lo que estoy sintiendo, porque no sé si esto será una equivocación, porque no quiero que nadie te aparte de mi lado, porque quiero que estemos juntos, siempre, pase lo que pase. No lo olvides, siempre estaré contigo.

—Me estás asustando, cariño. ¿Qué puede pasar? ¿Te refieres a tu trabajo? ¿A qué te despidan si averiguamos que Salvadora es una asesina? Es mi hermana, no lo haré. Jamás querría causarle nada malo, si corroboramos que fue su madre, por ella lo callaré, no diré nada, lo haré porque es mi hermana y porque la quiero. No puedo resucitar a mi familia, lo único que puedo hacer es demostrarme a mí misma la verdad. No sufras, nadie va a separarnos, te lo aseguro... Nadie... Como me llamo Valentina que nadie nos va a separar.

—Eso espero, cariño, por nuestro bien, lo deseo con toda mi alma.

—¿Qué te parece si bajamos a desayunar?

—Lo que tú quieras, amor. Está visto que me voy a casar con la mujer más tragona del mundo.

—¿Eso es una petición de matrimonio?

—Claro que sí. Siempre estaremos juntos. En cuanto tengamos este asunto algo más adelantado, deberíamos comenzar con los preparativos. Pase lo que pase viviré contigo, en cualquier sitio, me da igual, pero no me separaré de tu lado.

—Estás algo rarito esta mañana. ¿Cómo que en cualquier sitio? Tenemos una casa cada uno, podemos elegir. ¿A qué viene tanta duda?

—No me hagas caso, será el amor, me tienes tan tonto, que a veces digo bobadas. Vamos, que estás muerta de hambre. Bajamos y cuando estén todos les anunciamos lo de la boda.

—¡Halaaa! ¿Es un poco precipitado, no crees?

—No, no lo creo. Quiero que lo sepan todos, que entiendan que eres mi amor, la persona que más quiero en el mundo y que nadie va a separarme de ti.

—Actúas como si pensaras que ellos quieren separarnos.

—Tonterías, ¿cómo voy a pensar eso?

—Está bien ¡Al ataqueee!

Me sentí tan feliz que todo lo demás pasó a un segundo plano. ¡Le quería tanto! Y mis progenitoras sin bajar. ¿Estarían enteradas de la noticia de mi boda? Seguro que sí, y por lo que me habían dicho Fernando les gustaba, es más, dijeron que era primordial que estuviera a mi lado. Bueno, no era momento de preocuparme por eso. Seguro que si tuvieran algún reproche que hacerme ya habrían venido a decírmelo.

Todos al completo desayunaban en la cocina, disfrutando del calorcito que desprendía el horno, donde Salvadora había elaborado sus famosos bollos de canela. El café ya borboteaba en la cafetera y las tostadas no paraban de salir del tostador.

Mi hermana se acercó mí y me dijo al oído:

—Cuando subí a acostarme, estabas dormida hecha un ocho con Fernando, así que me fui a dormir con Mario. No sé si mi madre se habrá enterado, con lo antigua que es para esas cosas.

—Lo tiene que intuir, ¿no?

—Claro que sí, pero ya sabes, en las zonas rurales está mal visto todo lo concerniente al sexo antes de pasar por la vicaría.

—Me tenías que haber despertado y habría mandado a Fernando con Mario.

—De eso nada, guapa. ¿Y lo bien que he dormido yo gracias a ti?

—No creo que se haya percatado de nada.

—Esperemos.

Planeamos una excursión después del desayuno. Salvadora nos contó que cerca de Valsain se encontraban unas piscinas termales al aire libre, pero que siempre estaban muy solicitadas, con lo cual decidimos reservar hora por teléfono. Nos citaron a las doce, así que decidimos que nos vendría bien un bañito y después buscar en Segovia un restaurante al azar, a veces las cosas que no se preparan salen mejor y dejaríamos a Salvadora libre de guisos.

Nos dijo que dejáramos las habitaciones como estaban, se ocuparía ella. Me puse unos vaqueros, camisa y chaleco. Unos mocasines y no me pinté, me limité a echarme una crema hidratante, por aquello del aire de la zona. Echamos en una bolsa de viaje, bikinis, bañadores, toallas, cremas, gafas y todos esos chismes que llevas cuando vas a la piscina. No es que hiciera un tiempo caluroso, finales de verano y en Segovia, era para pensárselo dos veces, pero si eran aguas termales y decían que rejuvenecían la piel y relajaban la mente, pues adelante, una cosa nueva, había que probar de todo.

Estaba todo sumamente acondicionado para el turismo, vestidores, alquiler de gorros de baño, tienda con postales y chorradas de la zona, albornoces, zapatillas, bar, restaurante y todo de lo que se necesita para pasar un buen día en las piscinas, pues eran varias las que ofrecían aquellas aguas, desde las que se podía observar el vapor caliente que despedían.

Aún a pesar de las lorzás, decidimos poneros bikini, yo me puse uno negro y

Amelia de color fucsia. Nos echamos el albornoz por encima y cogimos los gorros de baño, que tuvimos que comprar porque no habíamos pensado en ello. Los chicos ya nos estaban esperando, gozando de aquellas aguas limpias y totalmente transparentes. La piscina que nos había adjudicado era bastante grande y tenía forma irregular, las albardillas estaban construidas por piedras rocosas de la zona, que quedaban muy bonitas, pero que te dejaban la mano hecha polvo si tratabas de sujetarte a ellas. Además de nosotros cuatro, dos parejas más disfrutaban de nuestra alberca, haciéndose constantemente arrumacos. El agua estaba a una temperatura ideal, el calor se evaporaba hacia lo alto, dejando ver una especie de humo natural que se elevaba, desapareciendo en cada momento. ¡Placer de dioses, Valentina! Pensé, hay que gozar de la vida. Perdí de vista a Mario y a mi hermana, que se habían pasado por medio de unos pasillos a la piscina de al lado que cubría algo más. Me arrimé a Fernando, le eché las manos al cuello y le besé lentamente, al sentir mi cuerpo pegado al suyo me quitó la parte superior del bikini, sin pensar en las otras dos parejas que gozaban de la misma piscina. Cuando me quise dar cuenta estábamos totalmente desnudos haciendo el amor. ¡Vaya tute que le estaba dando al cuerpo! ¡Y sin ponerme nada de nada! ¡Mira que si me quedaba embarazada! ¡Mejor no pensar en eso! Esto de echar un kiki dentro del agua no tiene comparación a nada. ¡Madre mía, qué cosas! ¡Sales limpita y sin residuos! ¡Qué gustirrinín! Con el agua que te entra por aquí y por allá. ¡Ayyy madre, qué hambre me había entrado! ¡Qué ejercicio! ¡Qué cosa! ¡Qué placer! ¡Y dónde leche estaba mi bikini? Pues no veía flotar nada, con el gustillo este, pues eso, como que no te enteras de nada más. A Fernando le dio la risa, mira que rico, pero él tenía bien enganchado su bañador. ¡Y ahora qué?

—No te preocupes, amor, yo lo arreglo —dijo Fernando.

Salió del agua, preparó mi albornoz y me envolvió en él. Sí, todo muy bonito, pero me había quedado sin bikini, de marca, eso, era de marca, de distintivo ese que salen los modelos con alas, que ahora no me acuerdo, me costó un pastón.

—¡Valentina, déjalo ya, te regalo otro!

—Está bien, amor. Si me lo regalas, me olvido del tema.

Decidimos comer en el restaurante que habíamos visto al entrar, tenía una pinta estupenda. La luz se filtraba por las enormes cristaleras que dejaban ver las piscinas, los pinares y aquel monumental paisaje que haría las delicias de un buen fotógrafo. Al observar la panorámica caí en la cuenta del espectáculo que habríamos dado mientras hacíamos el amor en la piscina. Desayunos con derecho a película porno, ¡madre mía, si es que a veces se me va la pinza!

Comenzamos a degustar unos aperitivos y esta vez no pedí vino blanco sino un vermut rojo, una bandeja de canapés variados que como siempre me supieron a gloria, y después le dijimos al metre que preparara cabrito para cuatro con una buena ensalada. Era la especialidad de la zona y no íbamos a dudar del menú.

Me encontraba como en el cielo, descansada, relajada, feliz y pensando en el asado que iba a saborear. Mi hermana, mi novio, ¿qué más podía desear? Pues sí, podría desear un montón de cosas, pero no era momento de comerme el tarro. Aunque no quedó más remedio que comérmelo, cuando vi a la abuela sentada en la silla adosada a la gran cristalera, esta estaba al lado de cada mesa y la utilizaban para que los comensales dejaran en ellas los bolsos, móviles o lo que fuera.

—Vaya, ya me estaba diciendo que tardabais mucho en bajar.

—Cosas de ahí arriba, hija. No te pienses que porque nos relajemos un poco, te vamos a olvidar, eso es completamente imposible. Las cosas que quedan sin cerrar en la tierra, son prioritarias donde vivimos.

—Abuela, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Pregunta lo que quieras, otra cosa es que te responda.

—¿Ahí arriba descansáis, tenéis tiempo para dormir?

—Pregunta errónea y tonta. Somos almas, hija, solo los cuerpos necesitan descansar.

—¿Qué cosas!

—Vamos a dejarnos de majaderías. Te habrás dado cuenta de que tu hermana y su madre no creen en nosotras. No te preocupes por eso, déjalo pasar, caerán por su propio peso. No es ningún inconveniente para nuestros planes y para tu futuro, que crean lo que les venga en gana, pero no por eso debes desconfiar de tu hermana. Es buena, siempre lo ha sido, por algo es mi nieta, te quiere, te quiere muchísimo y está deseando ayudarte.

—¿Cómo que quiere ayudarme, si ni tan siquiera ha comenzado con la investigación?

—Eso es lo que crees.

—¿Y por qué no me dice nada?

—Quiere estar segura. Déjala hacer, cada uno sabe de lo suyo, y no hagas tantas cábalas, que te vas a quedar calva de tanto pensar. Y además no das una, hija, deja el presente para vivirlo, aunque por lo que veo lo vives plenamente. ¡Hay que ver cómo le das a la buena vida, no paras!

—Al grano, abuela, que nos miran todos.

—Riesgos que hay que correr, si pudiera bajar por la noche cuando duermes, lo haría, pero hay cosas que ya entenderás. Está bien, al grano como tú dices, ¡deja de dar tantas vueltas a la cabeza! ¡Concéntrate en el pasado! ¡Piensa y recuerda! ¡Hay cosas que se han quedado retenidas en la memoria y no quieren salir! Y tienen que hacerlo. Haz ejercicios de memoria.

En eso está la clave, cariño, en eso y en seguir las pesquisas que te dicte tu novio. Ya te dijimos que era trigo limpio. No dudes de él, no finge, te quiere, te quiere mucho.

En él está la solución, te dará el nombre del asesino y eso te dejará vivir en paz. Quizá ese sea el momento en el que comiences a recordar. Todos te miran, pero no importa, tranquila. Me voy, cariño. Me han encargado hacer la lista de los recién llegados y casi no me va a dar tiempo.

—¿Pero no dices que allí el tiempo no existe?

—Ay hija, todo te lo tomas al pie de la letra. Me refiero a otra clase de tiempo, el nuestro es distinto, es más rápido y manejable.

—¿Pero cómo va a ser manejable el tiempo? ¿Lo paras a tu antojo?

—Podría ser, sabes que no puedo contarte más.

—¿Cómo está mamá?

—Bien, aquí siempre se está bien, cariño. La he dejado haciendo calceta con Juana la loca, les distrae mucho.

—¿Y Juana la loca? ¿Estaba loca de verdad?

—Está aquí arriba, es lo único que debes saber.

—¿Y Felipe el Hermoso?

—No, a ese no le he visto por aquí. Y ¡calla ya hija! ¡Que me sacas todo lo que quieres! No debería haberte dicho nada.

—¿De qué murió?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Felipe el hermoso.

—Se tomó dos vasos de agua fría y la palmó.

—Eso ya lo sé abuela, lo he leído.

—Y yo, por eso lo sé.

—¿Pero qué se dice por ahí arriba?

—Que fue un putero.

—¿Así habláis dónde vives?

—No, pero te lo he traducido para que lo entiendas.

—¿Abuela ahí arriba se chinga?

—¡Qué burra eres, hija! ¡Siempre pensando en lo mismo! Para ti solo existe chingar o comer, no hay nada más en el mundo. Porque últimamente haces buen ejercicio con el novio este que te has echado. A ver si con tanto meneo, nos da tiempo a que te quedes embarazada. Aunque será mejor que lo hagas, cuando descubras lo que tienes que descubrir. Cuando tu vida sea totalmente feliz.

—¿Lo será?

—Depende de ti.

Y nada más pronunciar la última frase se fue, al igual que había llegado, aprovechando un momento de distracción para que no pudiera ver como lo hacía.

Me di cuenta de que todos me miraban, estaban embobados con mi conversación. Después de eso vinieron las preguntas, a las que respondí como pude, para evitar que mi hermana se percatara que estaba enterada de que no se creía nada de mis visiones. Salí como pude del atolladero, aunque noté su desconfianza en el brillo de sus ojos. La conocía más de lo que ella pensaba, al fin y al cabo éramos gemelas. Al fin pude disfrutar del cabrito que en Segovia preparan como nadie y por un momento se me olvidaron las penas al sentir el estómago lleno. Fernando dirigía su mirada placentera hacia mí, al verme comer, era como si fuera él quien disfrutara comiendo.

Por supuesto mi hermana y yo repetimos cabrito y pedimos unas tortitas con nata y chocolate de postre, café y una botella de orujo, para que a la tertulia de sobremesa no le faltara ni un detalle. Amelia llamó a sus padres, para ponerles

al tanto de lo bien que lo estábamos pasando y para que no se preocuparan si tardábamos algo más de la cuenta.

El camarero, que era estupendo, como todos los camareros, que no hay que olvidar que nos traen comida, y eso para mí es primordial, nos dijo que podíamos pasar a una salita adjunta donde gozaríamos de tranquilidad, charlar tranquilamente y disfrutar del café y los licores. La llamaban “Salita de sobremesa”. ¡Qué maravilla, como lo tienen todo previsto! Había sofás, mesas, sillas y hasta un piano, pero sin pianista, y la misma maravillosa vista a la arboleda y las piscinas. Tuvimos una grata tertulia, mi hermana insistió en sus preguntas hacia mi pasado, decía que quería saberlo todo de mi vida, de la vida que se había perdido por no estar a mi lado. Ya estaba un poco harta de tanto recordatorio, no me quedaba nada por referirles, salvo aquellas cosas que tenía que callar por obligación. ¿Qué pensarían si supieran de la verdadera forma en la que me gano la vida? ¿O de las víctimas que mi familia mandó al otro mundo? Porque eran víctimas de la vida, por eso acabaron con ellas, en ningún momento hubo mala intención por parte de mis progenitoras, pero no estoy segura de que lo entendieran con la misma precisión que yo.

Después de contarles mi vida por séptima vez, nos enzarzamos en temas literarios y hablamos de cine. Todos éramos entusiastas de estos géneros. ¿Tu peli favorita? ¿Tu libro favorito? Pues sí... Pues no... Que si esto y lo otro. Risas, recuerdos y tres o cuatro chupitos de orujo. Pudimos observar la caída del sol y su puesta tras las montañas, a través de los pocos huecos libres que nos dejaban las frondosas hojas de los árboles que todavía no habían decidido que había llegado su momento de caer.

A eso de las ocho, recogimos los bártulos para tomar de nuevo el camino de vuelta a la granja, donde, Salvadora, nos esperaba como siempre con una estupenda cena, que degusté con el voraz apetito que me caracteriza. ¿Quién podría rechazar una buena sopa castellana, con su huevo y su jamoncito nadando en la superficie y un lenguado con patatas a lo pobre? Pues nadie, eso, nadie en su sano juicio podría dejar de comer manjares tan exquisitos, y para terminar de rematar el banquete, me comí tres torrijas de leche recién ordeñada que fueron el sumun de aquella magnífica jornada.

Fernando tomó mi mano y, echándome la toquilla de Salvadora por encima de los hombros, decidió lanzarme a la aventura de dar una vuelta por el río, que según él, era conveniente para bajar las lorzas a las que tanto temía. Y claro, la toquilla de Salvadora nos sirvió de colchón cuando hicimos nuevamente el amor detrás de los chopos que salvaguardaban el riachuelo. No es que fuera una experta en artes amatorias, pero Fernando sabía lo que se hacía, habrían tenido que pasar unas cuantas jornadas para sentirme plena en el sexo. Hacía cosas que jamás se me hubieran ocurrido, tendría que poner al tanto a mi hermana para que las practicara.

—Jopé, Fernando, le hemos dejado la toquilla a Salvadora hecha un asco.

—Deja que la tiro al río y decimos que se nos ha caído.

De repente nos contagiamos una risa tonta de esas que se van haciendo más largas y no puedes parar, que te dejan un montón de patas de gallo, pero que por lo visto son muy buenas para la salud, y hacen que vivas más años.

Retornamos a la casa. Habían dejado una luz en la entrada, todo lo demás estaba oscuro y en silencio, nos dimos el beso de buenas noches, y nos dirigimos cada uno a nuestra habitación. Mi hermana me esperaba despierta con el vaso de leche en mi mesilla que aún permanecía caliente.

Mientras me ponía el pijama le puse al tanto de las cosas de sexo que debería saber y sobre todo practicar. Se quedó abobada al escuchar las explicaciones que le di, y que referí con pelos y señales y hasta me molesté en imitar las distintas posturas.

—¡Pero... Valentina, por favor! ¿Cómo es eso posible? ¿Y lo has practicado?

—¡Hija, por Dios, ni que te hubiera dicho que he metido un elefante en la cama! Lo que te explicado lo practica todo el mundo.

—¿Y lo sabrá Mario?

—¡Madre Santa, Amelia! ¿Estás a años luz de la realidad! Pues claro, ¿cómo no

va saberlo? Lo que pasa es que contigo, como andas un poco atrasada en estos temas, pues estará entrando poco a poco. Por eso la próxima vez, te adelantas y le dejas bobo.

—¡Tienes razón! ¡Me voy a lanzar! ¡Ayyy, madre! ¡Qué cosas! Ya te contaré, y venga hija, termina la leche y apaga la luz, que yo también he echado un kiki, a ver si vas a pensar que eres tú sola, y eso cansa. Estoy muerta de tanto vaivén.

No tardé ni dos minutos en quedarme profundamente dormida, entrando en los mundos surrealistas a los que mi mente me sometía escondiéndose en mis sueños. Volvió el laberinto en el que me refugiaba y a la vez me tenía atrapada, daba vueltas y vueltas, sin encontrar salida. Unas veces la vía de escape estaba taponada por cantidades enormes de comida y otras simplemente estaba cerrada la abertura por la que podía encontrar la salida. Mi hermana me cogía la mano y recorríamos juntas aquella maraña formada por arbustos que se entretejían entre ellos formando una especie de madeja intransitable. Fernando me seguía y guiaba nuestro camino, pero era incapaz de encontrar un solo resquicio por el que escapar. En una de las esquinas observé como mi padre rezaba y pedía perdón, suplicaba a mi madre y a la abuela para que le dejaran vivir con ellas, mi miraba fijamente transmitiendo y rogando mi perdón con el pensamiento. ¿Por qué papá? ¿Por qué he de perdonarte? Seguimos avanzando y pude vislumbrar una puerta preciosa de hierro forjado, a través de la cual podía ver un paisaje maravilloso, como un ofrecimiento para que abriera y saliera, pero cuando accioné el picaporte, se encendieron unas luces de neón que decían: “Recuerda, solo podrás entrar si recuerdas”. Pero no podía evocar mi pasado, todo se me hacía demasiado doloroso. ¿Por qué doloroso? Era la primera vez que sentía dolor al intentar recordar el ayer. Seguí avanzando, mi hermana tiraba de mí, intentaba guiarme en el camino de la búsqueda de salida. Otra salida apareció entre la maleza que formaba aquel dédalo. Una cancela de cristal, a través del cual pude observar una playa de arenas blancas, palmeras, cielo azul, comida y una botella de orujo que tenía prendida una etiqueta con mi nombre. Intenté abrir, pero por segunda vez se iluminó el neón que reflejaba la palabra: “Indagaciones”. Comprendí que quería saber lo que había averiguado sobre el asesinato de mis padres y la abuela y conté todo lo que sabía. Miré a mi

hermana y observé que mis pesquisas acerca de su madre no la sorprendieron en absoluto. Eso me hizo sentirme menos culpable ante ella. La luz de neón cambió de color, se tornó iridiscente con el rojo como color predominante. Su reflejo me molestaba, pero pude leer: “Insuficiente”. Las pruebas que tenía eran escasas para que el pórtico se abriera y pudiera salir de aquel caos, de aquella confusión que aletargaba mi juicio y hacía que todo se volviera desequilibrado y confuso.

El laberinto se tornó inmaculadamente blanco. El cielo se convirtió en un techo de escayola con iluminación de fluorescentes, que guardaban exactamente un metro entre uno y otro, como si fueran soldados de un regimiento en su desfile. La luz era potente y fría. Mi hermana y Fernando se convirtieron en autómatas blancos con reflejos que se proyectaban, atrapando mi mirada, mi cuerpo y mis pensamientos, pensamientos que ni yo misma podía ordenar, pero que ellos iban atrapando, como si fueran piezas de caza, trasladándolos a una pizarra, desde donde una secretaria vestida también de blanco, los copiaba al ordenador. Pedí ayuda a la abuela y a mi madre, pero ellas permanecían tras la puerta gritando: “Recuerda, es vital... vital... vital... vital”.

Cuando desperté, mi hermana había cogido mi mano.

—¿Qué ha pasado esta vez, Valentina?

—El mismo sueño, me tiene agobiada.

—Sácale partido, recuerda que los sueños son el reflejo de nuestra mente. Quizá es algo de lo que te sientas culpable, o algo que has dejado de hacer en el pasado, represiones, retenciones que guarda tu cerebro, escenas que quieren salir, porque no pueden hacerlo de otra manera. Piensa en ello, te vendrá bien.

—¿Te has vuelto psiquiatra de repente?

—No andas demasiado desencaminada. Ya te dije que tuve que hacer unos cuantos cursos de psicología para optar al puesto de comisario, y uno de ellos consistía en el tratamiento de los sueños.

–Vale, pensaré en ello. Pero mañana si no te importa, ahora voy a seguir durmiendo.

–A ver si esta vez lo haces más relejada.

–Eso espero. Gracias por aguantarme, Amelia.

–Qué remedio, eres mi hermana.

Cuando abrí los ojos, la luz de la ventana me sorprendió más oscura que los días anteriores. Estaba nublado y todo indicaba que no tardaría en llover. El verano agotaba sus últimos días y pronto los caminos se llenarían de hojas multicolores que harían hueco a las siguientes. El ciclo de la vida, unos se van, para que lleguen otros. ¡Qué cosas se me ocurren a veces! ¡Qué fina! ¡Qué intelectual!

Salvadora nos esperaba con el desayuno recién hecho, los bollos de canela calentitos y cuatro bolsas llenas de cosas ricas, para que al comerlas la echáramos de menos. Ya vestidas y con el coche atestado de bolsas de viaje, emprendimos el camino de vuelta después de una despedida repleta de besos y lágrimas.

Llegamos un poco antes de la hora de comer. Les pedí que me dejaran en casa. Tendría que ordenar la ropa y poner al tanto de mis cosas a Herminia, que seguramente me habría preparado un buen menú de bienvenida. Optaron por hacer todos lo mismo y saltarse el lunes a la torera, con eso de que mi hermana era la jefa, el chollo que tenían los otros dos era de cine.

Herminia acudió en mi ayuda y cogió la bolsa de viaje para ordenar mi ropa y poner una lavadora. Después de un abrazo interminable y decirnos lo mucho que nos habíamos echado de menos, le di la bolsa de cosas ricas para que las pusiera en el frigorífico. Me dijo que el baño estaba preparado y que me vendría bien un poco de relax con agua caliente con sales, pues estaba segura de que le habría pegado bien a la comida, bebida y a lo otro. Se lo agradecí en el alma. Me sumergí en la tina repleta de sales y espuma. Sin velas, no hacían falta, y al

tumbarme y sentir en mi cuerpo el sabor placentero del agua, hice caso a mi hermana y repasé el sueño de la noche anterior. Hice memoria y me afané por interpretar lo que quería decir, y si como decía mi hermana, eran señales que enviaba el cerebro, imágenes escondidas que tenían que salir.

Lo de las puertas tenía su lógica, cada una de ellas me lanzaba un mensaje: Recordar e indagar. Si no era así no podría salir del laberinto. Mi hermana era mi apoyo, al cogerme de la mano y Fernando mi guía, en el sueño le recuerdo delante de nosotras abriéndonos el camino. La abuela y mi madre pronunciando la palabra que me taladra el cerebro: Lo que no termino de entender es la figura de mi padre, solo, en una esquina del laberinto llorando, pidiendo perdón y rogando a mis progenitoras que le acogieran. Mi madre me dijo que estaba allí, en su mundo, aunque no me habla nunca de él, pero si ha logrado entrar en ese más allá donde ellas viven, no habrá sido tan malo. Claro que en el sueño pedía perdón. Según la religión católica si te arrepientes de corazón, Dios te perdona, lo que quería decir que mi padre pidió perdón a tiempo y sus lloros fueron escuchados. ¿Qué hizo mi padre? ¿Qué hizo el pobre? ¿Si murió asesinado en lo mejor de la vida! Esto tiene su intrínquilis y me tengo que centrar. Mi padre hizo algo en la vida por lo que pidió perdón antes de morir. Se lo cargaron, entonces lo lógico es pensar que le mató la persona a la que le hizo el mal. ¿Hizo mi padre alguna fechoría a Salvadora? No podía ser, mi padre era incapaz de hacer mal a nadie. Era bueno, afectuoso, su sola presencia llenaba la casa. Un buen hijo y un buen marido y por supuesto un buen padre. Tan solo vi a mis padres enfadados una sola vez, unas semanas antes de morir. Fue una de las veces en las llegaba cansado de trabajar y se refugiaba en mí. Aunque estuviera dormida, entraba en mi cama y me contaba las peripecias del día, me besaba y me acariciaba... Recuerdo un día... No, no lo recuerdo, sé que hay un día especial, no logro recordar qué pasó... Es un día crucial, lo sé. ¡Recuerda, Valentina! ¡Es vital... vital... vital... vital! Llegó cansado, se quitó la ropa y entró en mi cama como tantas veces, le olía el aliento, había bebido. Me contó su día, como cada noche. ¿Mi padre bebía? ¿Cómo podía recordar que le olía el aliento a alcohol? Estaba segura que aquella noche había bebido. Comenzó a contarme como había sido la jornada, notaba sus caricias en el pelo, en la cara, me abrazaba y lloraba. ¿Mi padre lloraba? Estaba segura de ello,

recuerdo sus lágrimas resbalando por su cara que mojaban la mía. Sentí pena por él y le devolví su abrazo. Me besó en la cara, en el pelo, en los brazos, en el pecho y sentía su voz susurrándome bajito:

—Esto es solo nuestro, Valentina... Nuestro momento de cada noche. Es la unión total. Nuestro gran secreto... Nadie jamás podrá separarnos... Nadie podrá borrar lo que siento por ti. Sus besos acorralaban mi cuerpo y sentí sus labios en los míos, como cada noche.

¿Cómo cada noche? Sus manos recorrían mi cuerpo, hasta que sentí su pecho sobre el mío y algo en mi interior. Sus jadeos, sus delirios, sus palabras, sus caricias, sus besos, mi pena... Sí, mi pena, esa pena que llevaba prendida en el alma desde hacía varios años, ese desgarró en mi interior que me hacía callar, ese sentido de culpabilidad escondido dentro de mi cerebro. La vergüenza que sentía cuando hablaba con mis compañeras de colegio sobre novios, esa timidez que hacía que me retirase de su lado con un sentimiento de culpa, con un sonrojo interno, que me subía desde el estómago hasta el pecho, con aquellas ganas de llorar, sin poder contar a nadie el secreto que me estaba ahogando, aquel secreto que tenía que mantener dentro por miedo a que me culparan. Un terror intenso me invadía, me confundía, no dejaba desprenderme de la cobardía que dominaba mis sentimientos, mis confusos y desordenados sentimientos, que quedaban detrás de la puerta de mi dormitorio. Hasta aquella noche, cuando por fin se abrió la puerta que como un muro mortificaba todo mi ser. Y al abrirse vi la cara de terror de mi madre, el reflejo de amargura como un destello en su rostro, y escuché el grito que salió de su garganta como un aullido desgarrador que ha quedado en mi interior durante muchos años. Hasta hoy...

Abrí los ojos con angustia y desesperación, el agua ya más bien fría, no acariciaba mi piel, sino que me producía una sensación de repugnancia hacia mí misma. Desnuda y aún mojada vomité toda la comida, me lavé la cara y me dirigí a la cama envuelta en mi suave albornoz, sin poder dejar de llorar, hasta que un alarido salió de mi interior, como si en él quisiera sacar todos aquellos sentimientos escondidos durante tantos años y que mi cerebro guardaba, refugiándose solamente en mis sueños.

Inesperadamente Herminia entró en mi dormitorio con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa niña, qué pasa?

—¡Me violaba Herminia, papá me violaba! Lo hizo durante años, era un secreto, eso decía, que era un secreto entre los dos. ¿Cómo no he podido recordar hasta ahora?

No podía dejar de llorar, en ese momento acudieron a mí todos los momentos escondidos, todas las dudas y temores que tenía retenidos, toda esa culpa guardada y todas las sensaciones de piedad y ternura perdida, niñez escapada, afectos odiosos, conmociones retenidas y cariños falsos que hicieron de mi niñez y parte de mi juventud una estampa falsa.

Noté como Herminia había puesto en mis manos una tila y una pastilla de esas que tomaba ella para dormir.

—Bien, niña. Bien, llora. Es bueno llorar lo que no se ha podido descargar en su momento. Tienes que sacar de dentro todo lo que llevas. Grita todo lo que quieras, desahoga el interior, niña. Ya habrá tiempo para que entremos en detalles.

Poco a poco, sus palabras y el sopor producido por la pastilla hicieron el efecto deseado y me quedé dormida.

No puedo recordar nada de los sueños de aquella noche, solo sé que la mano de mi hermana cogía la mía cuando me desperté. Sentada en mi cama, a mi lado, esperaba paciente a que terminara mi descanso.

—¿Qué haces aquí, Amelia?

—Me llamó Herminia. Ella me ha contado. Quiero que estés tranquila, hay muchas cosas que seguro que tienes y debes contarme, ya iremos a tratamiento en su momento. Solo quiero que sepas que has dado un buen paso, acabas de sacar de tu interior un peso descomunal, algo que es difícil desprender de nuestro interior.

Me eché una bata por encima, y así en pijama me dirigí a la salita, cogida de la mano de mi hermana, dónde me esperaba el café y varias infusiones. Ella me sirvió una taza de café que me reconfortó.

—Cuando quieras, Valentina. Solo si te apetece, lo podemos dejar para más adelante. Aunque pienso que sacar todo de tu interior te vendrá muy bien.

—Me siento como una idiota, Amelia, como una idiota redomada, a la que se le acaba de escapar la fuerza y el arrojo que me sostenía, esa seguridad en mí misma de la que siempre he presumido, esa garantía que te da la fuerza interior cuando te sabes limpia. Siento como si no valiera para nada, no sé de qué forma explicártelo, quizá tenga un nombre técnico.

—Se llama baja autoestima.

Me serví otro café y comencé por el principio. Mi interior me decía que aquello había comenzado cuando yo contaba con unos doce o trece años. Lo que sentí, la sensación de culpa, la vergüenza, la confusión entre el amor y odio hacia mi padre. Y la reacción de mi madre al descubrir lo que pasó.

Mi padre ya no volvió a mi dormitorio y no le vi hablar con mi madre hasta que murió, salvo en escasas ocasiones en las que la abuela estaba en presencia de ambos. Creo que jamás se enteró de lo ocurrido, pienso que mamá la quería tanto, que no quiso hacerla sufrir.

Mi madre me llevó a un médico, me figuro que sería un psicólogo, pero ya nunca volvió a ser lo mismo, no recuperé mi interior, ni la niñez perdida, ni la juventud. ¿Quién me iba a devolver aquellos años? ¿Ese médico que no paraba de hacerme pregunta tras pregunta? ¿Él, con sus métodos pesados y anticuados? Era una nueva tortura tener que enfrentarme a sus preguntas cada semana.

—Por eso decidiste guardar todo en tu interior y olvidar, olvidarlo para siempre. Hasta ahora, ¿por qué ahora, Valentina? ¿Cómo crees que ha venido todo?

—Quizá hayan sido esos sueños, no paraban de torturarme, me preguntaba por qué lloraba mi padre en ese laberinto en el que me veía encerrada. Y los

constantes deseos de mi madre y la abuela, su afán porque recordara, sus palabras taladrando mi cerebro... Es vital... vital... vital... Han sido ellas, aunque me pregunto de qué ha valido recordar. ¿Para qué, Amelia? Ahora me siento más infeliz.

—Claro, Valentina, no sería bueno que te sintieras de otra manera. ¿Cómo vas a sentirte si acabas de descubrir que fuiste violada durante años por tu padre? Pero eso pasará, día a día, todo irá pasando y cada vez te sentirás mejor y más segura de ti misma, ya lo verás, acabarás por asumirlo. Todos debemos cargar con nuestro pasado.

—Cuanto agradezco haberte encontrado, si no llega a ser por ti, no sé qué sería de mí en estos momentos. No te haces idea de lo que me reconforta tu presencia. ¿Y Fernando? ¿Qué pensará él de todo esto? ¿Me seguirá queriendo igual? Quizá cambié la imagen que tiene de mí.

—No digas bobadas, Valentina. Fernando te adora.

—¿Y cómo se lo cuento? No se cómo enfrentarme a esto yo sola, estoy como perdida.

—Lo sé, sé cómo te sientes. Fernando está en el salón. No tienes que enfrentarte a nada, lo sabe todo.

—¿Se lo has contado? ¿Por qué lo has hecho? ¿Y si hubiera decidido no decirle nada?

—Por eso se lo he contado, para quitarte el dolor de hacerlo, y por si te sentías tentada a no decírselo. Te adora, Valentina, y debe saberlo todo. Está esperando, si no te apetece verle, lo entenderá. Sabe lo que se le viene encima, me refiero al tema sexual. Las personas que han pasado por lo que has pasado tú, reaccionan de distintas maneras en el terreno de la cama, ya sabes, y él está dispuesto a ser tu hermano, tu amigo o tu amante, así me lo ha hecho saber.

Dejé pasar a Fernando, no por quedar bien con él, o por una reacción de agradecimiento, sino porque lo deseaba, deseaba plenamente sentir su apoyo,

sus manos en las mías, sus caricias y sus te quiero.

Era ya mediodía cuando mi hermana marchó después de haber comido algo. Parecía mentira pero yo no era capaz de probar bocado, tan solo me apetecía alguna infusión o el café tan rico que prepara Herminia.

Fernando pasó la noche conmigo, a mi lado, en mi cama, dejando que mi cabeza se apoyara en su pecho y sintiendo suyas las lágrimas que tanto necesitaba sacar de dentro, esas lágrimas que venían con tantos años de retraso.

Cada día me sentía algo más entera y como dijo mi hermana más liberada. Buscó una terapia para mí, con personas que se habían enfrentado a lo mismo y aunque sea un tópico, es cierto que el tiempo lo cura todo. Cuando comencé a curarme de aquellos recuerdos dolorosos, me vinieron nuevas dudas sobre el asesinato de mi padre, que debido a lo que me había pasado, había dejado algo de lado.

Le referí a Fernando que la hipótesis de que la asesina fuera Salvadora, cada vez estaba más lejos. Todo indicaba que mi madre entraba en mi mente como nueva supuesta culpable de la muerte de mi padre. Todo me llevaba a ella, después de mis recuerdos, era lógico que todas las probabilidades empujaran la balanza hacia ella, sin embargo, algo me hacía dudar, una sola pieza, una pieza en el puzle no encajaba. “Su propia muerte” ¿Cómo podía acoplar los asesinatos de mis progenitoras en el caso? Era un mecanismo incompleto. La indignación sentida y los sentimientos como madre, podían haberla convertido en una asesina, planeando metódicamente la muerte de mi padre, debido al odio espontáneo y repentino que debió de sentir hacia él. Si mi madre asesinó a mi padre, ¿quién las asesinó a ellas? ¿Por qué? ¿Quién quiso matarlas? ¿Tenía algo que ver el asesinato de mi padre con el de mis progenitoras? Todo llevaba nuevamente a una mujer, una mujer era la que había pagado a los sicarios.

Pusimos en conocimiento de Amelia mis dudas, sin meter a su madre en el asunto, y sin esperar, se puso con el caso ese mismo día.

Los resultados del ADN dieron positivo, aquello indicaba por fin que éramos

hermanas gemelas. No podía remediar querer saber la reacción de Salvadora al saber el resultado, ahora por fuerza tendrían que cambiar las cosas. Ya no podría negar su implicación en la compra de mi hermana. Aquello se complicaba cada día más. Mi hermana comentó estar muy cerca de la persona que ordenó las muertes de mi familia, aunque hasta que no la encontrara no se podría dilucidar si aquella persona mandó matar a toda mi familia, o solo a ellas. A Amelia cada día le cuadraba más que la asesina de mi padre fue mi madre, ante la total ignorancia de mi abuela.

Después de unos dos meses sin verlas, aparecieron alegando que no habían bajado a verme hasta tener permiso, tenían que comprobar que estaba aclarando mis ideas. Era un comienzo para superar lo que me pasó, eran órdenes de arriba. Seguían con la matraca aquella, que cualquier cosa mal hecha podría cambiar el rumbo del futuro.

—¿Le mataste, mamá?

—Valentina, sabes que no puedo hablar de esas cosas. De momento vamos avanzando, ya has recordado, te hemos dado un empujoncito al meternos en tus sueños.

—¿Te sentiste mal?

—¿Cómo crees que me sentí al averiguar lo que llevaba haciéndote durante años?

—¡Por eso le mataste!

—No seas tozuda, ya lo averiguarás en su momento.

—¿Y tú, abuela? ¿Cómo te sentiste?

—¿Crees que soy boba, Valentina? ¿Piensas que con esa pregunta vas a sacarme si estaba enterada o no?

—¿Para que estáis aquí entonces? No me ayudáis en nada.

—Eso es lo que piensas, ya cambiarás de opinión. Tienes que seguir recordando, te lo hemos dicho miles de veces.

—¿De qué me va a servir recordar ahora? Ya he recordado lo que tenía que recordar y no me ha beneficiado en absoluto.

—Estás totalmente equivocada, cariño. Debes seguir por el mismo camino, aunque te resulte doloroso ahora, nos lo agradecerás en el futuro. Hemos venido a que supieras que vas por buen camino, no debes dejar de lado las pesquisas, en ellas también está el camino a la verdad. No sufras, cielo, todo pasará en un segundo, lo que estás viviendo, tu mundo, tus sensaciones. Después todo volará a otra dimensión y será distinto. Solo lo sentirás cuando te reúnas con nosotras.

—¿Entonces eso quiere decir que voy a ir al cielo?

—¿Al cielo?

—¿No se llama cielo? ¿Cómo se llama ese sitio?

Se echaron a reír como dos posesas, no sé qué había dicho que les resultara tan gracioso.

—Ya lo entenderás. Todo irá bien, cariño. Nos vamos, hemos quedado.

—¿Con quién?

—Con tu padre.

—¿Pero... está ahí con vosotras?

—Ahora sí.

—¿Y podré verle?

—Cuando llegue tu momento le verás, porque ya no quedará ningún resquemor en tu interior.

Que difícil era todo, quizá debería plantearme si todo era imaginación mía y estaba como una cabra de monte. Aunque lo que me hacía dudar eran las cosas que sabían de todo el mundo y todas ellas eran acertadas. En el caso de Fernando, de Salvadora, de mi hermana y de personajes que murieron hace siglos. ¿Cómo podría saber yo esas cosas si se trataba de mi imaginación? Mi hermana me dijo que no le comentará nada al psicólogo de mis visiones, no fuera a ser que me encerraran en una institución mental.

Le dije a Amelia que quería estar delante cuando le enseñara a su madre los resultados del ADN, no me tachó de entrometida, pero estoy totalmente segura de que lo pensó.

Esa misma tarde me llamó para contarme que las llamadas hechas por la supuesta asesina de mi familia, se habían hecho desde un teléfono público ya inexistente. Por lo visto siempre había utilizado el mismo situado en la calle Doctor Esquerdo a la altura del Hospital Gregorio Marañón. Me pregunté si la investigación acababa en ese punto. Si había utilizado ese tipo de llamadas era totalmente imposible determinar quién las había hecho. Amelia me contó que sabían exactamente el día y la hora de las llamadas por una especie de aparatejo de reconocimiento de voz. Las llamadas coincidían con unos días de anterioridad a la fecha de los crímenes.

A la mañana siguiente Amelia y yo viajamos a Segovia para mostrarle a Salvadora las pruebas que confirmaban nuestro parentesco. Mi hermana seguía insistiendo que era una solemne bobada hacer enfadar a su madre, cuando nosotras sabíamos la verdad, y estaba totalmente segura que Salvadora seguiría en sus trece y que jamás confesaría la verdad, aunque le pegáramos los resultados en la frente. No le confesé que lo que en realidad quería era ver su reacción ante las pruebas, por si a través de sus gestos podía notar la autoría de sus crímenes.

Fernando y Mario se quedaron a cargo de la comisaría y siguiendo las averiguaciones del dichoso teléfono desde el cual la asesina realizó las llamadas a los sicarios.

El recibimiento fue tan cordial como siempre, aunque su cara denotaba una especie de interrogante, no le debía cuadrar que nos presentáramos un día de diario así como así. Le había comprado unas plantas para la salita que le encantaron y puso rápidamente sobre dos de las mesitas laterales, donde les daba más la luz de la ventana.

Nos sentamos en el porche, el día era agradable. Después de servirnos un vermut con unas olivas que ella misma aliñaba, nos preguntó a qué se debía una visita así de rápida, sin preparar, incluso nos acusó de avisarla sin tiempo de preparar uno de sus famosos guisos, que aunque la visita no era para comer yo le hubiera agradecido, pues con el paso del tiempo ya había recuperado mis ganas compulsivas de comer.

Cuando Amelia le mostró los resultados de ADN, su cara permaneció inmune a cualquier gesto que hubiera deseado se produjera en ella. Era como si estuviera avisada del motivo de nuestro viaje y supiera de antemano los resultados del análisis.

Pedro permaneció sentado como si aquello no fuera con él, en ese momento me dio la impresión de que nuestra historia le importaba un pepino. Se comportaba como siempre, como el actor al que le hubieran ofrecido el papel secundario de la película. El rictus de su cara era siempre el mismo, no denotaba alegría, ni pena, ni tan siquiera asombro al conocer la noticia, de que lógicamente su hija no era de ellos, y que por fin había pruebas que lo demostraban.

Salvadora se echó a reír, como si aquello fuera una farsa y ella no tuviera nada que ver.

—¿Qué queréis demostrar con estos papeles?

—¡Mamá, por favor! ¡Ya está bien! ¡Hazlo por mí! Las pruebas no engañan, las ha realizado Valentina, y por si te queda la menor duda, las he repetido yo misma por si desconfiabas. Aquí dice que nuestra genética coincide en el tanto por ciento requerido para probar que somos hermanas. No somos gemelas, sino

mellizas. Nos formamos en distintas bolsas, pero en una misma matriz, y hay algo que no le he dicho a mi hermana y que voy a referirte: El útero que nos cobijó fue el de Amelita, la madre de Valentina, y el padre biológico fue Antonio Violín, me he encargado de que se hicieran todas las pruebas al completo. Nada de esto va a cambiar lo que siento por ti, te lo he dicho en reiteradas ocasiones. ¡Os quiero! ¡Os quiero tantooo! ¡Sois mis padres y siempre lo seréis pase lo que pase! Y no sería capaz de sacar estas pruebas a luz, ni Valentina tampoco, bastante ha sufrido ya. Pero es mi hermana, una hermana a la que no he tenido la oportunidad de conocer y eso... eso me duele... me duele mucho. Sé porqué lo hicisteis, queríais un hijo por encima de todo y me alegro, de verdad que me alegro. He sido feliz, muy feliz y habéis sido unos padres maravillosos.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué no soy tu madre? ¿Qué no he sufrido por ti? ¿Tus malas noches? ¿Tus desvelos? ¿Tu primer amor? ¿Tus estudios? Lo que hemos pasado, tu padre y yo, para verte feliz, para que esto no se supiera. ¿De qué vale que llegues ahora con esta historia? ¿Por qué quieres hacerme recordar el pasado? ¡Maldita sea, Amelia! ¡Sí... lo hicimos! ¿Eso querías escuchar? ¡Te compramos! Pero las cosas no son como vosotras creéis, jamás hubiera consentido que te separaran de tu madre. ¡Jamás! Ni se me hubiera pasado por la cabeza.

Me dijeron que tu madre había muerto en el parto y que irías a parar a un asilo. Teníamos solicitado un niño en adopción y surgiste tú. Las trescientas mil pesetas fueron como gastos ocasionados y para emplear en donaciones. Nunca se me hubiera ocurrido que me estaban mintiendo y que en realidad lo que estaba haciendo era comprarte. Pensé que después de tanto esperar, ya nos tocaba el turno. Siento profundamente lo que hice sufrir a tus padres, Valentina, lo siento de verás, pero no sabía nada de eso.

El día que vinisteis las dos y me contasteis todo, algo se revolvió en mi interior. Si las hubiera tenido en mis manos, a ellas, a las que prepararon todo, no sé lo que hubiera hecho. No sabía qué decir, fue todo una sorpresa. No he podido dormir desde entonces, hay algo en mi conciencia que me pesa, me pesa profundamente. ¡Solo pensar lo que habrá sufrido tu familia! Me figuro que el tiempo lo cura todo y se me pasará esta sensación de amargura, hasta de

culpabilidad. Pero os juro por lo más sagrado que no sabíamos nada, absolutamente nada.

—¿Entonces por qué me pusisteis Amelia?

—Me dijeron que su madre, la que había muerto en el parto, se llamaba así, y que sería un acto de caridad ponerte su nombre. Quizá con eso tranquilizaban sus conciencias.

Amelia se levantó y abrazó a su madre, abrazo al que se unió Pedro. Aquello parecía una escena semejante al final de las películas que acaban con la muerte del bueno. Nadie podía dejar de llorar, hasta a mí me contagiaron.

—¡Cuánto lo siento, Valentina! ¡Cuánto! No quería que nadie sufriera. ¡Dios mío, si lo llego a saber!

Me uní a su abrazo, y la creí, la creí sinceramente. Su cara no denotaba mentira alguna. No se me había pasado por la imaginación que las cosas hubieran pasado como ella contaba. ¿Y por qué no iban a ser como ella decía? Pero si aquel episodio sucedió como ella narraba, mi recelo contra Salvadora carecía de sentido. Las pesquisas que me habían llevado a ella como asesina de mis progenitoras, carecía de toda lógica. Volvíamos al principio, no tenía nada absolutamente, a no ser que la madre de mi hermana fuera una actriz insuperable, todo fuera una comedia y mintiera como una bellaca.

Nos preparó unos huevos con chorizo, patatas fritas y natillas. Y con la tripa llena regresamos a Madrid. Nada más llegar a casa, puse al corriente a Herminia y no tardé ni un segundo en llamar a Fernando y ponerle al tanto de las novedades.

Aquello lo cambiaba todo. Sería el momento en que mis progenitoras dieran un empujoncito al tema, porque si no era así, mi cabeza no pararía de dar vueltas sin sentido. Por más que le diera a las neuronas no entendía, aquello solo me decía que había sicarios pagados por una mujer que hacía llamadas de incógnito desde una cabina telefónica de la calle Doctor Esquerdo de Madrid, y

que además mi madre había comprado todas las papeletas de la tómbola que me decía que era la asesina de mi padre.

¿Y si mi abuela se enteró de todo? ¿Si supo de alguna manera lo que me hizo mi padre y que mi madre fue su asesina? ¿Y si sus fuerzas fallaron y provocó ella misma el accidente pagando al sicario? ¿Un suicidio! ¡Incluso las dos! ¿Tendría algún sentido?

Vaya dolor de cabeza me estaba provocando, quizá sería mejor abandonar todo y tratar de ser feliz de una maldita vez. De repente se me iluminó la mente. La última idea que habían forjado mis trabajadas neuronas había fallado. No podrían ser sus propias asesinas, ni haber provocado sus muertes. La voz de la cabina telefónica que contrató al sicario de mi padre y al de mis antecesoras, era la misma, lo habían comprobado con el aparato especializado. Luego se trataba de la misma asesina... Aunque, eso hacía culpable a mi madre. ¿Podría haber mandado matar a mi padre y cuando los remordimientos no la dejaran vivir, ocasionar su propia muerte y la de abuela? Tendría que poner al tanto a Fernando de mis últimas especulaciones.

Herminia acudió en mi ayuda.

—¿Crees que si fueran unas suicidas estarían en el cielo?

—Pues, ahora que lo dices, no lo sé. Cuando pronuncio la palabra cielo delante de ellas les da por reírse. No sabemos qué pasa en el sitio ese donde viven y a quien admiten y a quien no. Lo único que sé es que acaban de acoger a mi padre.

—Eso tiene sentido, Valentina.

—¿Qué sentido?

—Tu perdón. ¿Le has perdonado?

—Sí, lo he hecho.

—Pues ya tienes la respuesta. Y a tu madre y a la abuela las habrán perdonado sus víctimas.

—Puede que tengas razón. Esto de enterarte de que hay otro mundo después de la vida, y que no te aclaren de qué forma y modo puedes pasar, no está nada bien. Entre unas cosas y otras tengo un dolor de cabeza que me está matando.

—Esos dolores tuyos de cabeza cada vez son más frecuentes. Deberías de consultarlo.

—¡Qué va! Es de tanto darle al tarro.

—Pues será mejor que te concentres en recordar, en vez de pensar en cosas tontas.

—¿Por qué me dices eso? No entiendo. ¿Cómo sabes tú que tengo que recordar?

—¡Ayyy, hija! ¡Qué cosas preguntas! ¿Qué se yo? Me lo habrás contado tú. ¿De qué otra manera iba a saberlo?

—Pues no recuerdo habértelo contado.

—Anda, deja ya de decir tontadas y siéntate que traigo la cena. He preparado una sopita de menudillos y un lenguado para cada una.

Se me quitó el dolor de cabeza con la cena tan apetitosa que había preparado Herminia. Tomamos de postre una macedonia de frutas y una infusión. Después de darnos un abrazo me fui a la cama. Me puse un pijama de franela. La temperatura bajaba por la noche, el verano ya solo dejaban ver sus últimos resquicios por el día. Me eché el edredón que Herminia tenía preparado a los pies de mi cama y aunque estuve por pedirle una de esas pastillas para dormir no hizo falta. Me venció el sueño, y con él, apareció de nuevo el laberinto que estaba segura que fabricaban mis progenitoras para introducirse en mi mente cada vez que daba una cabezada.

Una de las puertas del laberinto permanecía abierta. En ella me esperaba mi padre. Ya no lloraba. Me acerqué a él, le abracé y escuché su voz de la que salió solo una palabra: Perdón. Continué el camino, siempre cogida de la mano de mi hermana y guiada por Fernando. Otra salida apareció de repente, sin esperarla. Era una cabina telefónica. Entré en ella y sujeté el auricular que colgaba como si se hubiera desprendido del teléfono.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con una voz que no se parecía a la mía, era algo más nítida y clara, como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—¿Qué quieres, Valentina? —contestó una voz de hombre.

—No sé, no sé que quiero.

—Cuando estés segura de lo que quieres vuelves a llamar —replicó la misma voz de antes.

Intenté volcar la cabina que me impedía salir del laberinto, pero no tenía fuerzas. Amelia y Fernando trataron de ayudarme, pero la cabina permanecía anclada al suelo sin moverse ni tan siquiera un ápice. Nos alejamos de allí y seguimos la senda, en la que cada vez encontrábamos más recovecos. Llegamos a una esquina donde había una especie de tasca, en la que servían bebidas varias. Mi madre y la abuela, permanecían dentro de la barra, decorada con flores de colores, arco iris, pájaros con plumajes exóticos y un fondo sin fin, en el que no había horizonte, la línea de la lejanía daba paso a otra y después a otra y otra, cada vez más bonita que la anterior. Mi abuela nos sirvió un vaso de orujo y encendió una luz. De repente un letrero encima de la barra se iluminó y pude leer el nombre del chiringuito: “Conversaciones con él paraíso”. Ante mi asombro me hicieron pasar con ellas detrás de la barra y pude observar que nada me impedía salir de allí. Sin soltar la mano de mi hermana recorrí el sendero que me llevaba al primer horizonte, que dio paso al segundo, y al tercero y al cuarto y así sucesivamente, hasta que llegó un momento en que la línea final se convirtió en un muro infranqueable en el que ponía: “Hasta aquí has llegado”. Vi como mis progenitoras me sonreían desde la barra del bar y me llegó la voz de mi madre diciendo:

—Has avanzado mucho en tu camino, cariño. Estás llegando al final. Sigue, no te rindas, investiga, piensa, recuerda... Recuerda... Es vital... vital... vital...

Todo se volvió blanco, volví a ver las luces blancas que iluminaban una habitación resplandeciente. Mi hermana, Fernando, Herminia, Mario, todos iban vestidos de blanco. La señora que estaba escribiendo un libro en el cual era la protagonista, y que conocí en casa de Salvadora, se sentó a mi lado y comenzó nuevamente con sus preguntas:

—¿Por qué estudiaste química? ¿Te gustaba estudiar? ¿Por qué has fabricado venenos? ¿Qué te impulsó a hacerlo? ¿Por qué ibas al Retiro a estudiar plantas? ¿Por qué seguiste por ese camino? ¿Por qué los venenos? ¿Te gustan los venenos? ¿Por qué no diste a conocer al mundo tus logros? ¿Qué te lo impedía? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Contesta a las preguntas, Valentina —escuché decir a mi abuela—. Contesta, es vital que lo hagas, es vital... vital... vital... vital...

Cuando me desperté la luz entraba a través del cristal de la ventana, miré el reloj. Las ocho en punto. Me quedé un rato en la cama tratando, como siempre, de descifrar el sueño en el que estaba segura, habían influido mis antecesoras.

Todos los horizontes alcanzados me decían que había avanzado mucho en las indagaciones y que quizá no iba desencaminada. Era vital, como decían ellas, que siguiéramos con la investigación, aunque para mí se había hundido totalmente con lo que había averiguado sobre Salvadora. Si ella pensaba que todo lo que había hecho era legal, no tenía motivo para matar a mi familia.

Llamé a Fernando que ya estaba en la comisaría y le puse al corriente de las declaraciones de la madre de Amelia, de las que ya estaba enterado, por lo visto mi hermana les había puesto en antecedentes a él y a Mario. Por orden de Amelia se iba en ese momento a Sevilla, para volver a interrogar a Hipólito Cárcel, taxista que atropelló a mis antecesoras y única persona que había escuchado la voz de la auténtica asesina. Por lo visto mi hermana pensaba que el

sicario sabía más de lo que nos había contado. Habían urdido una treta para sacarle más información. Fernando tenía en mente hacerse pasar por otro homicida a las órdenes de la mujer inexistente, si es que era una mujer, porque según mi hermana la voz se podía haber trucado. Con ese cuento trataría de hacer amistad, entre comillas, con el sicario. Quizá la investigación podía llevarle varios días, dependiendo del éxito que tuviera. Me mandó miles de besos, prometiéndome estar en contacto conmigo a menudo. Nada más colgar volvió a sonar el teléfono, era mi hermana, me contó exactamente lo mismo. Me dijo que no me lo había notificado antes porque se le había ocurrido la noche anterior y había informado a Fernando por teléfono, para que fuera a la comisaría preparado. Desde allí habían reservado hotel sin días definidos. Le dije que viniera a comer a casa, Herminia tenía preparada un montón de comida y había que hacerla desaparecer, y según ella, nosotras éramos las más indicadas para degustarla. ¡Qué fama!

Me di una ducha, me puse algo cómodo y salí a pasear por el parque del Retiro. Hacía tiempo que no me deleitaba con esos paseos maravillosos, que realmente eran lo único que me relajaba de verdad. Me sabía aquellos caminos casi de memoria. ¡Me traían tantos recuerdos! Mi padre me llevaba de niña, casi todas las tardes, antes de comenzar con los abusos. Yo cogía hojas de los árboles, las coleccionaba y después las buscaba en el ordenador para saber su procedencia, los años que duraban, si eran de sombra, qué enfermedades podían afectarlas y decidí estudiar las causas.

Todo eso me llevó a encontrar el primer veneno en el hueso del melocotón, que crece en un prunus originario de China. No sé porqué me causó tanto estupor la palabra veneno, y mucho más su antagonista: El antídoto. Desde entonces aquello se convirtió en mi afición favorita. Tanto me embebía, que al notar mis tendencias, la abuela me regaló en uno de mis cumpleaños un laboratorio. Dejó totalmente libre una de las habitaciones para mí, para mis estudios, para mis investigaciones y para realizar mis tesis. Aquello se convirtió en una especie de obsesión que la abuela animaba constantemente. Decía que ahí estaba mi futuro. Ese fue el motivo de estudiar químicas a la vez de la abogacía. Era lo que realmente me gustaba, creo que el derecho lo hice por mi

padre, por ver su satisfacción, aunque jamás me pesará, el saber no ocupa lugar. Seguí caminando, mientras me absorbían los pensamientos, hasta llegar al estanque. No era un día demasiado soleado, las nubes casi cubrían el cielo, pero el frío aún no se hacía notar. Comenzaba a dar la vuelta al embalse cuando escuché que alguien me llamaba.

—¡Valentina! ¡Valentina!

Volví la cabeza y vi a una señora de edad avanzada, morena de pelo corto, bien arreglada y con buen aspecto, que venía directamente hacia mí, aunque podría asegurar que no la había visto en mi vida.

—¡Hija, madre mía! ¡Cuánto tiempo sin verte! No sabía nada de ti. Desde que leí en el periódico lo que pasó con tu familia, es como si se te hubiera tragado la tierra.

—Pues... sigo en el mismo sitio de siempre y lamento decir que no la conozco de nada.

—Valentina, soy Ester.

—Sigue sin decirme nada.

—¡Pero hija! Tu madre y yo éramos íntimas amigas, he estado en tu casa infinidad de veces y no sabes lo que lamenté lo que pasó. ¡Vamos, como que no me lo podía creer! Y ahora te veo aquí, así, como si nada.

—Bueno, han pasado más de diez años.

—Ya, no te creas que se me ha olvidado, pero no me refiero a eso.

—¿Y a qué se refiere usted?

—Va a ser verdad que no te acuerdas de mí.

—Ya se lo he dicho, no me es usted nada familiar.

–Bueno, hija, me refiero a lo que pasó... Ya sabes.

–No, no sé. Y si usted sabe algo, le agradecería que me lo dijera.

–Mejor no, lo dejamos. Me alegro de verte tan bien cariño y totalmente recuperada.

–Gracias, el tiempo lo va curando todo, y lamento tener una memoria tan mala.

Tal como se acercó, se dio la vuelta y se fue, volviendo la cabeza continuamente, como si yo no fuera real y se hubiera encontrado con una aparición.

Ester... Ester... Qué memoria. ¡Será mema la señora! Han pasado más de diez años. ¡Qué pensaba? ¡Encontrarme vestida de luto y llorando por las esquinas? Esta se lo ha inventado, seguro que conocía a mi madre de vista y ha querido cotillear, no tengo yo bastante, sino que además tengo que prestarle a atención a gente como esta.

Di toda la vuelta observando cómo se movían las barcas de remo y a los miles de peces que pueblan el estanque y que las personas tienen más gordos que una hogaza, de tantos trozos de pan que les echan, para ver como asoman la cabeza. Y hablando de hogazas mi estómago se resentía. Decidí volver a casa poniendo más énfasis en mis pasos y alargando la zancada. Seguro que mi hermana ya habría llegado y Herminia estaría esperando para ponernos la comida. Que por cierto era una incógnita. ¡Qué menú nos tendría preparado? ¡Qué nervios! ¡Cuánto me gustan las sorpresas comestibles! Creo que voy a echar a correr, me puede el hambre.

Efectivamente, mi hermana ya estaba sentada a la mesa, saboreaba un vaso de vino blanco fresquito y unos exquisitos aperitivos que Herminia se había sacado de la manga y que tenían una pinta maravillosa. Me lavé las manos, y sin cambiarme, me serví otra copa de vino y resarcí algo mi estómago con aquellos deliciosos entremeses.

Herminia nos sorprendió con una coliflor con bechamel y un rollo de carne rellena de castañas. Se sentó con nosotras y comenzamos a comer. Como siempre, Amelia y yo repetimos tanto del primero como del segundo plato. Una vez retirada la mesa, saqué la botella de orujo a la que estábamos abonadas y nos tiramos una en cada sofá. Me contó con exactitud el plan que había elaborado con bastante pulcritud, y que según ella, no era la primera vez que acudían a estos recursos. Sin embargo me dijo que no me podía decir el tanto por ciento de éxito que alcanzarían, aunque algo había que hacer. La prueba del laboratorio de la cabina había dejado claro que la voz que se escuchaba era femenina, no habían utilizado ningún artilugio para disimular el tipo de sonido. Estaba claro que la asesina se trataba de una mujer. Cada vez estaban más cerca las pesquisas que me llevaban hasta mi madre. Se lo comenté a mi hermana, le conté mis dudas y me dijo que su experiencia le decía que las mujeres de padres que comenten incesto, no suelen vengarse asesinando, las estadísticas lo decían. Incluso un número elevado de madres lo ignora, aunque ese no era el caso de la mía. No obstante pensaba tenerlo en cuenta. Le referí el episodio de la señora del Retiro y me recomendó hacer memoria.

—¿Memoria? Por Dios, Amelia, o me acuerdo o no lo hago. ¿Qué memoria quieres que haga?

—A ver, Valentina, ¿cómo quieres que te diga que todavía eres una mujer traumatizada? Acabas de descubrir que tu padre abusaba de ti. ¿Acaso te acordabas? Has perdido a toda tu familia, y las personas reaccionamos de muy distintas maneras, en tu caso está claro que tu memoria no trabaja mucho, y tu cerebro guarda un rincón donde tiene acumulados muchos episodios de tu vida, episodios que quizá te hagan daño y por eso no salen, se llama: Memoria semántica.

—Chica, eres una enciclopedia andante.

—Ya te dije que tuve que hacer varios cursos de psicología. Creo que la señora esa que te has encontrado, te conoce, y tú a ella. Si no la recuerdas será por algo, quizá es demasiado pronto.

—¿Pronto? Amelia, han pasado más de diez años desde que perdí a mi familia.

—No me refiero a eso, Valentina, sino a lo que acabas de descubrir sobre tu padre. ¿Crees que es fácil olvidar? Aunque creas que lo has hecho, no es verdad, la realidad es engañosa. Estás dañada, y el interior de tu cerebro también.

—¡Vamos, quieres decir que estoy loca!

—Deja de decir bobadas y piensa de vez en cuando en esa señora, te he dicho mil veces que los recuerdos tienen que aflorar, deben salir de donde estén, o seremos personas traumatizadas de por vida.

—Te haré caso.

Herminia se había quedado traspuesta en el sillón. Mientras nosotras nos servíamos el segundo orujo, pude ver a mi madre sentada a los pies de Amelia. Por un segundo pareció que Amelia hubiese notado su presencia, sin motivo alguno levantó la cabeza y repetidamente miró hacia sus pies, como si presintiera algo.

—¿Te pasa algo, Amelia?

—Nada, bobadas, es como si alguien me estuviera observando. He notado algo así como cuando vas por la calle y parece que alguna persona te va siguiendo. Tonterías mías, no hagas caso.

—No son tonterías, Amelia. Mamá está sentada a tu lado, entre el hueco que hay entre tus pies y el brazo del sofá.

Al escuchar mis palabras, Amelia se puso pálida y repentinamente abandonó su posición y se sintió algo nerviosa.

—No digas tonterías, eso es una bobada, no he podido presentir nada.

—Lo dices porque no me crees, ¿verdad? Jamás has creído que pueda ver a mamá y a la abuela, aunque te lo haya demostrado de mil formas y maneras, te

has limitado a seguirme la corriente. Y no me lo niegues, que escuché una conversación que mantuviste con tu madre en Segovia, y estabais convencidas de que todo eran figuraciones mías.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Por qué no me lo dijiste en su momento?

—¿Para qué? Si no he podido convencerte antes, ¿no pensarás que lo voy a conseguir a no ser que te convenzas tu misma cuando las veas?

—Está bien, Valentina, comprenderás que no es fácil de creer.

—Lo sé, y no voy a enfadarme por ello, al revés, sé que lo has hecho por mi bien, aunque deberías plantearte a partir de ahora si tengo razón.

—¿Lo dices por lo que te acabo de contar?

—Bueno, tú misma. ¿No te parece demasiada casualidad que pienses que te estén observando y hayas dado en el clavo?

—Impulsos que nos manda el cerebro de vez en cuando.

—No insistas, cariño —contestó mi madre con una voz tranquila y totalmente sosegada—. Llegará su momento, vendrá el día en que no pueda negarlo, ni poner excusas. Todo lo achaca al cerebro. No importa, ya no queda mucho, estamos llegando al fin de la historia. Hemos entrado en un laberinto del que no podemos salir. Es: “El laberinto de los sueños”

—¿Qué quieres decir?

—¿Como que qué quiero decir? —contestó Amelia, dejando entrever un tono incrédulo.

—Estoy hablando con mamá.

—Vale, sigue con tus chorradas.

—Pregúntale de qué forma aprobó la selectividad.

—Vaya pregunta tonta, Valentina, pues como todo el mundo con un examen — contestó Amelia.

—No, no fue así, la realidad es que copiaste. Copiaste con una chuleta que llevabas escondida en la manga, y tuviste la suerte de que te cayeran las preguntas que habías preparado en el minúsculo folio que tenías escondido en la manga de la camiseta.

—¿De qué forma te has enterado de eso?

—Ya sabes la forma.

—Deja de decir tonterías. Alguien me vio hacerlo y por eso lo has averiguado.

—Piensa lo que quieras.

Amelia comenzó a tocar la parte de los pies del sofá, donde se encontraba mi madre. Su cara había cambiado. Era la primera vez que veía en su cara un asomo de duda. Mamá tenía razón, llegaría su momento.

—No trates de convencerla, eso llegará por sí mismo, hija. Ahora debes de centrarte en ti, la solución está en el recuerdo y en el laberinto de tus sueños, la mayoría de las veces estaremos en ellos y Amelia te ayudará a interpretarlos. Sabes que es vital que llegues a una resolución, es vital para ti, cariño. De eso depende tu futuro. Confía en tu hermana, te quiere, te quiere mucho.

—¿Y la abuela está bien?

—Siempre estamos bien, cariño... Siempre. No ha venido porque está ayudando a más personas que, como tú, nos necesitan.

—¿Y papá?

—Ahora bien.

—¿Por qué ahora bien y no antes?

–Lo sabes de sobra, Valentina, le has perdonado, él necesitaba tu perdón.

–¿Pero, mamá, no es Dios el que perdona?

–Quizá eso solo no baste. Como siempre estoy hablando de más. Me voy cariño. Tengo una charla con un equipo de fútbol.

–¿Cómooo?

–Sí, hija, un accidente de autocar. Todos jóvenes y guapos. Hemos tenido suerte, todos ellos vivirán aquí. Serán felices, en eso consiste mi disertación, todos llegan algo despistados, pero es cuestión de unos segundos, ya te dije que el tiempo aquí es de otra manera.

–Sí, si eso está muy bien, pero los padres de los futbolistas no lo verán igual.

–Es parte de la vida, el sufrimiento extremo, la alegría constante, los sentimientos encontrados, el odio, el aburrimiento, la venganza, la superación, la generosidad, la bondad... Y no acabaría. Aquí se acaba todo lo anterior, mi niña. La vida fue una fracción de segundo y siendo tan corta nos permitimos desaprovecharla en tonterías que no tienen la mínima importancia. Después te das cuenta de los errores cometidos. Todos... Absolutamente todos, cariño... Nadie viene aquí libre de culpa.

–¿Y quien estudia esa culpa...? ¿Dios?

–A lo mejor lo que tú llamas Dios, eres tú mismo, quizá tengas que juzgar tus acciones, o no. No puedo decirte más, mi amor. Bastante sabes ya.

–¡Mamáaaa! ¡No sé nada! ¿Cómo puedes decir eso?

–Sabes lo principal, Valentina. Sabes lo que todos desconocen, que volvemos a vivir en una vida mejor. Y que estaremos de nuevo juntas.

–¿Y Amelia? ¡Dímelo, mamá, por favor! ¡Dímelo!

—Jamás permitiría que ninguna de mis hijas fuera a otro sitio.

—Gracias, mamá.

—No es a mí a quien debes dárselas.

—¿A quién entonces?

—Lo averiguarás cuando llegues aquí.

Mi hermana permanecía atónita ante la conversación, miraba de un sitio a otro, como si fuera un partido de tenis, y tomaba notas. ¿Tomaba notas?

—Amelia, ¿qué haces? ¿Qué es lo que apuntas?

—Tu comportamiento, Valentina. Me asustas, de verdad que lo haces. Tengo que consultar con los libros de psicología qué significado tiene que te pases la vida hablando sola con una pared.

Mi hermana marchó directamente a su casa, era ya de noche cuando se fue. Con lo que decidí darme una ducha, cenar algo y meterme en la cama a leer la novela de Nieves Martín Velasco, que me tenía en un sin vivir. Un gran descubrimiento esta mujer. Por lo visto era colaboradora de redes sociales literarias, la descubrió una afamada editorial y lanzó su novela, que se ha convertido en el libro del año, junto con Gemma Olmos, que ha sido bestseller con su último libro. ¡Qué vicio esto de leer! Aunque lo que deseaba de verdad era quedarme dormida y entrar en el laberinto de los sueños que me atrapaba cada noche y me guiaba hacia la verdad, hacia el camino a seguir, hacia mis recuerdos, que según mi madre y la abuela, eran vitales para encontrar al asesino.

No llegué a pasar más de cinco páginas, cuando el libro cayó sobre la alfombra de lana que trajo mi madre de uno de sus viajes para realizar la investigación sobre un matrimonio adinerado de Zamora. Aunque la verdad no sé porqué lo hizo, que yo sepa Zamora, además de no hacerse en una hora, jamás ha sido famosa por sus alfombras, sino por sus mantas. En fin, ya me estoy liando. Ah,

ya me acuerdo, también es famosa por la Semana Santa, que es muy rígida y silenciosa y por el vino de Toro y su colegiata con el cuadro de la mosca. Sí, de la mosca, parece una invención pero no lo es. Un aprendiz quiso terminar el cuadro de su maestro, que regañó al muchacho por haber dejado una mosca pegada a la pintura en las faldas de la virgen, o Isabel la Católica, o quien sea, sin darse cuenta de que la mosca era obra de aquel aprendiz. ¡Mira por donde! Y por eso es famoso el cuadro de la mosca de la colegiata de Toro, y por la vista del espolón. Y así como quien dice la cosa, pensando en esa provincia, me quedé dormida como un tronco, esperando entrar en el laberinto de los sueños.

El dédalo estaba totalmente iluminado por luces blancas, que nos hacían parecer personas fluorescentes. En el centro de aquella maraña, aparecía un pequeño parque con bancos y una preciosa fuente con varias salidas de agua. La del centro era la más aparatosa: Un geiser que subía hasta una altura que no dejaba ver su final. En los bancos se sentaban personas que me parecían conocidas. La señora que estaba escribiendo mi vida en un libro; Ester, la que me paró en el parque del Retiro; Eguzkiñe y Elo, dos amigas del colegio leían sentadas en uno de los bancos de madera. Una de ellas era de Getxo, sus padres querían que estudiara en Madrid la primera fase de su educación para llevársela después al País Vasco. Mucho más tarde me enteré que se quedó a vivir en Palma de Mallorca, después de pasar allí unas vacaciones, lo último que supe de ella era que regentaba un chiringuito en la playa y que estaba la mar de feliz y se había asociado con un argentino. Elo era de Madrid, pero si hago memoria me viene a la cabeza algo de su historia: Vivía cerca de El Escorial, recuerdo que la traían todos los días al colegio en un coche con chófer, venía de una familia acaudalada, y a los diecisiete años fue miss Fresnedillas de la Oliva, supongo que haría carrera como modelo. No entiendo porqué leían el periódico y no algún libro de texto. Me miraban fijamente y señalaban continuamente el diario que sostenían a medias cada una de ellas con una mano. Pasaban y pasaban las hojas y llegaban siempre al mismo punto. Mi madre y la abuela seguían detrás de la barra de aquel bar, donde desde una botella de orujo enorme salía un chorrillo que llenaba vasos sin parar. Fernando repetía como guía y Amelia no soltaba mi mano. Nos acercamos al banco de Ester. Me miró fijamente y me dijo:

—No vuelvas a decir que no me conoces, estuve allí cuando se descubrió todo, te acompañé en todo momento. ¿Así me lo agradeces? Me conoces... Me conoces... Me conoces... Me conoces... Me conoces.

Mi hermana tiró de mí y me dirigió al banco de mis amigas de la niñez. Eran como muñecas autómatas que pasaban hojas del periódico con toda la rapidez de la que eran capaces, para parar siempre en la misma página.

—Queremos ayudarte... Somos tus amigas... Queremos ayudarte... Somos tus amigas... Queremos ayudarte... Somos tus amigas.

Seguí escuchando sus voces que al unísono formaban una especie de canción, y cuando pude evadir la rapidez de sus manos al pasar las hojas, puse la mía en la página que siempre señalaban, parando así su mecanismo. Amelia empujó mi cabeza sobre aquel folio. La foto de mis progenitoras abarcaba toda la página y debajo unas letras que a veces bailaban decían: Horrible tragedia... Terrible asesinato... La autora va a juicio... Suegra y nuera asesinadas... La noticia del siglo... Homicidio... Busca la noticia... Búscala... Somos tus amigas... Queremos ayudarte... Somos tus amigas... Queremos ayudarte... Somos tus amigas... Queremos ayudarte.

La señora que escribía mi vida, me seguía a todas partes con un bloc en la mano y un bolígrafo en la otra. Decía llamarse Ana G. Hernández, era periodista del Times, y contada que toda Gran Bretaña estaba interesada en mi vida, por lo tanto tenía que contar mis desdichas en su periódico fuera como fuera.

Repetía constantemente...Pregunta...Respuesta...Pregunta...Respuesta...Pregunta...Respu
Era rubia y muy guapa, tenía un acento parecido a las canarias cuando cantan aquella canción que dice: Deja que te ponga la mantilla blanca, deja que te ponga la mantilla azul, deja que te ponga la de colorada, deja que te ponga la que sabes tu. Aunque ella no cantaba solo decía insistentemente: Pregunta...Respuesta...Pregunta...Respuesta...

El geiser de la fuente, subía y bajaba y formaba figuras: A veces se convertía en los tarros donde guardaba mis venenos y antídotos, otras en una cabina de

teléfono, hasta que se quedó fijo convirtiéndose en un letrero blanco y azul con destellos desde el que se podía leer la palabra: URGENCIAS.

Todo aquello se borró y me vi en casa, en una habitación de las muchas que, en tiempos de mis progenitoras, se usaban como guardamuebles. Me aproximé a un baúl antiguo, lo abrí y saqué una caja pequeña de madera repleta de billetes de 100 euros. Abarqué un puñado y me los guardé en el bolsillo. Después me dirigí al laboratorio, abrí la puerta, y observé como cada día mi lugar de trabajo. Estaba impecable, ni una mota de polvo, todo ordenado y en su sitio. Los tubos de ensayo de la noche anterior limpios y colocados en sus correspondientes gradillas. Los ratoncillos y las cobayas me miraban con miedo, sabían lo que les estaba haciendo. Sufrían en sus carnes mis ensayos y como si fueran personas inteligentes, cuando me aproximaba hacia ellas, se aposentaban juntos en un rincón de la jaula, como queriendo decir:

—No, a mí no. ¡Déjanos en paz! ¡Busca a otro! ¡Hoy no nos toca! ¡Estamos hartos! ¡No nos hagas sufrir más!

—Pequeños roedores desagradecidos. ¿Por qué os quejáis? ¡Os doy de comer lo mejor que puedo! El mejor pienso, las mejores frutas, os compro cachivaches para que ejercitéis vuestros juegos. Procuro que seáis más inteligentes cada día que pasa. ¿Así me lo agradecéis? Solo cumplo con mi deber...

Es una investigación que saldrá a luz gracias a vosotros... Sois unos héroes, os he convertido en personajes de novela... Pasareis a la historia conmigo... Lo haremos juntos... Seremos leyenda... Por los siglos de los siglos se hablará de nosotros. ¿Se hablará de nosotros? ¿Quedaremos fijos en los libros de la posteridad? ¿Me dejarán sacar mi tesis a la luz? ¿Dejarán que tenga mi reconocimiento? Pequeños miserables... No merecéis vivir. No tendréis vuestro reconocimiento, ni ganareis junto a mí el premio Nobel de investigación. ¡No os lo habéis ganado! Solo yo, soy la única que lo merece... Solo yo... Solo yo... Solo yo... Solo yo.

La luz que se posó en mi cara a través del cristal de la ventana me despertó bañada en sudor. Como cada mañana Herminia acudió a la habitación asustada

por las voces que seguramente habría emitido totalmente dormida.

—¡Hija mía! ¡Qué lucha te traes todas las noches! ¡Ay que ver lo que gritas, y lo que hablas! ¡Madre del amor hermoso!

—Ufff, Herminia, si no fuera por ti.

—¡Calla! Anda. ¡Calla! ¡Date una ducha, hija, estás empapada! Mientras tanto te preparo el desayuno.

Con la ducha me quedé nueva. Me senté en la salita en la que encima de la mesita, colocada cerca de la terraza de la calle Goya, Herminia había depositado una bandeja, con café recién hecho, fruta, tostadas y dos huevos fritos, que mis ojos describieron como una obra de Goya.

Llamé a Fernando y le conté mi sueño, me aconsejó que lo analizara. Seguía en Sevilla, el sicario se hacía de rogar, todavía no había nada que pudiera describir como un triunfo. Me dio miles de besos telefónicos y me contó lo mucho que me echaba de menos.

Fui andando hasta el parque del Retiro a analizar mis dudas, aquel trocito de Madrid era mi consejero. Me senté en uno de los múltiples bancos cercanos al Palacio de Cristal y dejé que mis recuerdos volaran hacia el laberinto de mis sueños, hasta aquellas imágenes, que como telegramas, me enviaban mi madre y mi abuela y tenía que resolver como si estuviera haciendo un crucigrama.

Opté por sentarme en uno de los bancos cercanos al Palacio de Cristal. La vista era perfecta y la brisa mañanera me daba en la cara para reconfortarme del sofoco que me había producido el paseo hasta allí.

Recordando mi sueño llegué a la conclusión que cada vez estaba todo más retorcido. La tal Ester se quejaba de que no la hubiera reconocido, y según decía me había ayudado mucho cuando sucedió la tragedia de mis antecesoras. Parecía como si su cara se situara en algún rincón del cerebro, que poco a poco me iba diciendo que cada vez me resultaba más conocida.

Mis compañeras de colegio, como muñecas autómatas, me señalaban la página de un periódico, donde se podía leer la noticia del asesinato de mamá y la abuela, incluso se hablaba de un culpable y de un juicio. ¿Cómo podía ser? ¿Qué quería indicar mi subconsciente? Si solo hace unos meses que he averiguado que fueron asesinadas. ¿Cómo podía ser que la noticia hubiera salido en el periódico? ¿Y el juicio? Eso quería decir que al poco tiempo de morir ya habían encontrado un culpable, y por supuesto eso no tenía ningún sentido. ¿Querrían señalar mis progenitoras que buscara alguna noticia en periódicos de aquella época? No se me ocurría otra razón.

¿Y el geiser? ¿El letrero de urgencias? ¿Qué tenían que ver las urgencias con todo esto? Ya sé que las habían llevado a urgencias el día del atropello, eso no me indicaba nada. ¿Querrían decir que el tema era urgente? No creo, eso ya me lo decían cada vez que bajaban a verme. ¿Urgencias? ¿Urgencias? ¿Se referían a algún hospital? Todos los hospitales tienen urgencias. ¿Tendría que investigar en hospitales? La cosa se ponía cada vez más difícil. Investigar todos los hospitales de Madrid no era cosa de poco, pero era infinitamente más fácil buscar pesquisas del caso en los periódicos de la época, para lo cual podía acudir a una hemeroteca, aunque no creo que me resultara difícil buscarlo en internet.

Me tomé una cerveza y un bocadillo de jamón en unos de los quioscos cercanos y decidí hacerle una visita a mi hermana a la comisaría para contarle el resultado de mi último sueño. Quizá ella calificaría de tontería e invención, pero no perdía nada por intentarlo y además podríamos comer juntas.

Decidí coger un taxi, estaba cerca de la salida de Menéndez Pelayo y ya había paseado bastante. Me atusé un poco el pelo con el peine que llevaba en la mochila y aunque iba en chándal, no creo que pusieran impedimento en el restaurante, y de ser así iríamos a alguna tasca de las muchas que hay por la zona.

La calle de la comisaría estaba imposible, con lo que le dije al taxista que me dejara en la esquina, total, solo era unos pocos metros. Según estaba pagando me pareció ver salir a Fernando de la jefatura y dirigirse hacia la esquina contraria a la que yo me encontraba. Salí todo lo rápido que pude y corrí hacia

él. Doblé el chaflán, miré hacia la acera de enfrente, y dirigí mi vista hasta todos los ángulos posibles, pero no fui capaz de encontrarlo. Me pareció raro que estuviera en

Madrid, esa misma mañana habíamos hablado y me había contado que todavía no había sacado nada en claro y que no encontraba el momento de volver.

Retrocedí y me encaminé de vuelta al cuartelillo. Entré y vi a mi hermana a través del cristal que separaba su despacho del resto de la comisaría. Al levantar la cabeza notó mi presencia y me hizo un amago de saludo con la mano para que entrara.

—¿Qué haces por aquí?

—Podríamos comer juntas y te cuento cosas.

—Genial.

—¿Cómo es que no me habéis dicho que Fernando ha vuelto a Madrid?

—Cómo te voy a decir eso si sigue en Sevilla.

—Amelia, le acabo de ver salir de la comisaría y dar la vuelta a la esquina.

—Valentina, cada vez estoy más convencida de que ves visiones. Fernando está en Sevilla.

—Y yo te digo que no. Le he visto con estos ojitos que me ha dado Dios.

—Has visto mal. Lo que has visto es a una persona que acabo de atender y que iba vestida más o menos como tu querido novio, y además se parecía a él.

—No sé, quizá me esté volviendo tarumba con tantos sueños raros y tanto darle al tarro.

Le puse al tanto de mi sueño y de lo que había sacado en claro. Le dije que era totalmente necesario consultar con una hemeroteca, y aunque no se creyó ni

media palabra de mis alucinaciones somnolientas, me contestó que no estaría mal echarle un ojo a los periódicos de la época. Lo haríamos juntas, cosa que agradecí, yo no sabía por dónde empezar y ese era un tema que ella tenía más trillado.

Salimos a comer, Mario había quedado a jugar al pádel con un amigo con el que comería después un par de sándwiches.

Me llevó a una especie de taberna con buena pinta y cosas ricas. Comimos de ración: Una de bravas, otra de croquetas de jamón, morcilla caramelizada, ensalada de la casa, champiñón al ajillo y un chuletón a trocitos para las dos. El camarero nos miraba como si fuéramos unas náufragas que hubieran encontrado tierra de repente. Nos dio la risa contagiosa al ver su cara.

—¿Un café y un orujo?

—Claro, Amelia, si hasta sueño con ello.

Otra vez la risa.

La pequeña mesa estaba situada al final de la tasca, desde la que podíamos contemplar, a través de la ventana, la plaza de Toros de las Ventas. En sus alrededores se agolpaban una especie de tiendas de campaña en las que se vendían banderas de España, figuritas de toros, de bailarinas de flamenco, de insignias y todo tipo de souvenir para ofrecer a los turistas. ¡Lástima que afearan el paisaje! Tres estatuas conmemoran esta preciosa plaza: La de los toreros Antonio Bienvenida, el Yiyó y la de Fleming, inventor de la penicilina y salvador de media humanidad.

Mi hermana, con sus palabras, me sacó de la cabeza las imágenes que observaba a través de aquel cristal que además de formas, también me transmitía el sol del mediodía.

—Te iba a llamar para darte la noticia, pero... ya que has venido a comer conmigo, la he guardado para la sobremesa.

—¿Qué noticia? ¡Qué nervios!

—Fernando llega esta tarde y trae buenas nuevas.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—Quería que fuera una sorpresa. Pero ya me conoces, no puedo callarme, además así dejo que te pongas guapa para su recibimiento. Hemos quedado en mi casa porque, no puedo dejar a Tachenco tantas veces con la vecina. Cenamos allí, ya he pedido unas cuantas cosas, comida preparada rica, ya sabes.

—¿Quieres decirme qué ha averiguado?

—Pero, Valentina, no lo sé ni yo. Me ha contado que traía todas las pruebas y que nos las daría en mi casa. Desde allí entraremos en la hemeroteca a través de internet. No sé porqué me da que hoy es el día 0. Depende de lo que descubramos en los periódicos de la época y las noticias de Fernando, puede que esta noche celebremos todos la solución de tu caso.

Después de un helado de chocolate y dos orujos, nos despedimos con muchos besos, sobre todo por parte de mi hermana. ¡Ni que me fuera a la guerra! Al despegarme de su abrazo, noté lágrimas resbalando por sus mejillas.

—¿Puede saberse qué te pasa Amelia?

—¡Es que te quiero tanto, que no soportaría perderte!

—¡Estás tontaaa! ¡Y por qué ibas a perderme?

—No sé, serán bobadas. ¿A ver si estoy entrando en la menopausia?

—Las cosas que se te ocurren. Anda ve a trabajar algo, rica, que te pasas el día de acá para allá. Voy a echarme una siesta y a eso de las nueve me acerco por tu casa.

Cuando llegué me encontré a Herminia esperándome en el sofá, ya tenía la

cama abierta y el pijama listo. Al acostarme me dio varios besos en la frente y noté como a ella también se le saltaban las lágrimas.

—¿Se puede saber que os pasa hoy a todos? Amelia también tenía el día tonto al despedirse.

—Tú lo has dicho, hija, será que tenemos el día tonto.

Vaya par de bobas, pensé a la vez que gozaba de aquella cama, con sábanas limpias y recién planchadas. ¡Qué placer! La luz era tenue, Herminia se había encargado de echar las cortinas y tan solo entraba una ráfaga de luz, que al reflejarse con el espejo, formaba una especie de prisma multicolor que reflectaba en el techo una especie de estrellitas de colores, como esas figuritas de planetas y estrellas que desde el techo iluminan en la oscuridad los dormitorios infantiles. Solo recuerdo un pequeño sueño, el laberinto se había estrechado. Estaba sola sentada en un banco y al final del sendero pude ver la figura de otra amiga de colegio. No recuerdo su nombre real, solo puedo rememorar un apodo que le pusieron todas las niñas: Rosky. A ella le encantaban los cerditos, siempre llevaba carteras con dibujos de cerdos, en las carpetas y en los cuadernos. Solo supe de ella, cuando vi su foto en un periódico, había quedado campeona de equitación de Patones de Arriba y creo que después la mandaron a las Olimpiadas. Me quedé muy quieta observando el final del sendero, donde mi amiga de la niñez portaba una especie de pancarta simulando una cara de cerdita, donde se podía leer: FELICIDADES, has llegado al final del laberinto, de ti depende abrir la puerta.

Noté la mano de Herminia sacudiendo mi hombro.

—Vamos, nena, has quedado con tu hermana a cenar.

—¿Cómo lo sabes? ¿No recuerdo habértelo dicho?

—Seré adivina. ¿Cómo lo voy a saber, boba? Tienes el baño preparado, no te quedes adormilada y espabila.

Después de un maravilloso baño, secado de pelo, depilación y crema, me vestí

con unos vaqueros, una camisa azul clara de seda y un chaleco acolchado azul marino de Ralph Lauren, mocasines negros, un toque de pintura en los párpados, para resaltar más el azul de mis ojos, brillo en los labios, pulseras, unos pendientes de perla y lista.

Cogí un taxi y a las nueve y cinco entraba en casa de Amelia.

Ya estaban todos. Mi querido Fernando salió a mi encuentro portando un precioso ramo de rosas rojas, con una tarjeta que decía: “Pase lo que pase siempre te querré”. Le miré extrañada por la insólita dedicatoria, aunque antes de decir nada, el cerebro me dictó tirarme literalmente a su cuello y abrazarle y besarle como si hubiera pasado una década desde la última vez que nos vimos.

Después de los saludos, me senté con ellos a tomar una copa de vino blanco, con unos canapés riquísimos que no creo que fueran elaborados por mi hermana y cuando observé que todos me miraban fijamente pregunté:

—¿Qué pasa? ¿Tengo la cara sucia? ¿Me cuelga algún moco? ¿Lleváis todos el día algo raritos? ¡Lloros! ¡Flores! ¡Dedicatoria un tanto sorprendente!

—Ya tengo a la asesina, Valentina, ya la tengo —respondió Fernando dejando notar una voz algo afectada—. He podido sonsacar al sicario. Llegó el día que tanto esperábamos, además tu último sueño nos ha llevado a la verdad. Hemos consultado la hemeroteca y efectivamente hubo una culpable, una culpable que pagó y todavía está pagando por lo que hizo.

—No lo entiendo. ¿Estáis de broma? ¿Cómo es que no hemos averiguado eso antes? ¿Cómo no hemos sabido que estaba en la cárcel la verdadera culpable? Si salió en los periódicos de la época, ¿qué clase de inspectores sois vosotros? ¿Cómo le habéis dado tantas vueltas si teníamos la solución al alcance de la mano? ¡Me habéis tomado el pelo! ¡Habéis estado jugando conmigo! ¡Esto es una locura! ¡Os habéis puesto de acuerdo! ¡Los tres! ¿Queréis mi dinero? ¡Dios mío no entiendo nada!

Me eché a llorar como una niña que nota que todo se hunde a su alrededor, o

le niegan el capricho que lleva esperando muchos años. Mi mundo se perdió en un segundo. ¿Por qué toda mi vida era un auténtico fracaso? Había ido dando bandazos de un sitio a otro, y cuando pensaba que tenía una nueva familia, una hermana que me quería, que estaría siempre conmigo. Todo era una falacia, un timo, un fraude, una cruel estafa que había jugado con mis sentimientos de una manera abominable.

—¡Cálmate! No es lo que crees, las cosas no son como piensas —dijo mi hermana tratando de sosegarme—. No te precipites en conclusiones que no son, antes de nada quiero que mires el sobre que está encima de la mesa. Es el que ha traído Fernando de Sevilla, en él está escrito el nombre de la asesina y las pruebas que detallan su culpabilidad y el porqué sigue recluida. Pruebas que después podrás contrastar con las imágenes de hemeroteca que tenemos grabadas.

Antes de abrir la carta, mi hermana me sirvió un orujo. Observé su nerviosismo, no sé si debido a la culpabilidad de sus acciones, o porque sabía que su treta no le serviría conmigo.

Después de beberme de un trago el orujo, abrí el sobre con una lentitud exagerada, no sé si por venganza hacia ellos, o por el temor y el deseo desacerbado que me producían las ganas de saber el resultado que tanto tiempo llevaba anhelando.

Saqué lentamente el folio que contenía aquella envoltura y leí las causas, los hechos, las fotos, las declaraciones de los testigos, la apelación de hubo después del juicio, las pruebas que no dejaban duda alguna de la culpabilidad de la asesina, detalles médicos, psiquiátricos, revelaciones de testigos de conducta, y por fin el veredicto final con un nombre que no dejaba lugar a vacilación alguna de que se trataba de la auténtica asesina. Al leer aquel nombre todo se borró. El comedor de la casa de mi hermana, la imagen de Fernando acariciando a Tachenco con ternura, la figura de mi hermana, mirándome con lágrimas en los ojos y la perplejidad que asomaba al rostro de Mario.

Todo se tornó negro, el salón daba vueltas y vueltas llevándome nuevamente al

laberinto de mis sueños. Los setos de boj, perfectamente recortados, giraban como una noria. Mi madre y la abuela sonreían. Amelia, Fernando y Mario cogidos de la mano y vestidos de blanco, se tomaban un orujo en el chiringuito con caras felices, como si hubieran logrado el éxito de su vida. Elo y Eguz, seguían con el periódico en la mano y señalaban la salida, en la que Rosky seguía portando la pancarta con cara de cerdito de color rosa, que había cambiado el significado de la frase: Has llegado al término del laberinto, sigue el camino y encontrarás la puerta que te llevará al final de tu aventura.

Seguí hacia aquella salida que marcaba la terminación de ese episodio de mi vida. La puerta se abrió con lentitud dejando paso a un camino blanco, correctamente iluminado con unos fluorescentes, pegados al techo y perfectamente alineados. Me tumbé en una cama que se acomodaba perfectamente a mi cuerpo y abrí los ojos.

Todo llegó de repente, los recuerdos comenzaron a aflorar como si de imágenes retenidas se trataran, de retazos que querían salir todos a la vez como si salieran de una madeja enredada que debía de ordenar.

Mi padre tocando mi cuerpo, el asco, la repugnancia, la aversión hacia su cuerpo y el odio contradictorio que a veces se tornaba en un cariño que necesitaba, ese cariño que añora una hija que no es correspondida de la manera que desea. El odio visceral acumulado de años, de dejarme sobar en mi cama. El miedo, la culpabilidad, la existencia forjada y convertida en un disimulo constante que no deseaba. Me vinieron a la memoria aquellas escenas que nunca hubiera querido recordar, sus fútiles besos, sus manos, sus jadeos, los regalos que me hacía sin ton ni son y que siempre perdía u olvidaba en cualquier sitio. La sensación de culpa y frustración a la que fui sometida durante años, sin poder contarle a nadie aquel secreto que solamente compartía con él.

Un deseo incontenible de venganza y odio se fue apoderando de mí lentamente, aquella de mezcla de cariño y asco se convirtieron en rencor, en una aversión infinita y mis deseos de resarcimiento y desquite no me dejaban vivir.

Todo lo forjé en pocas semanas. Tenía que deshacerme de él, debía acabar con su existencia, que no solo me había hundido en un abismo del que quizá jamás saldría, sino que había conseguido desmoronar la vida de mi madre y destruir el amor que sentía por él. Los años juntos ya no servían de nada. Todo lo había destrozado. Había destruido aquella vida que habíamos forjado, aquella vida tan nuestra en la que era tan feliz.

No me costó nada robar algunos billetes de la caja donde la abuela guardaba el dinero, y sobornar a las personas que debía. Elaboré un plan perfecto, que preparé en tan solo dos semanas. Le dieron a beber el veneno que solo había probado en ratones con el efecto deseado.

Fallo cardíaco dictaminaron. No lloré su muerte, solo fingí, lo hice por la abuela, sabía que mi madre también simulaba su pena, y que cuando el llanto afloraba a sus ojos, no era por la pérdida de su marido, sino por la mía, por lo que había malogrado en aquellos años de acoso que tanto me marcarían en el futuro.

Mi vida comenzó a ser algo más fácil sin él y me refugié en acabar mis estudios y en las pruebas del laboratorio que me había regalado la abuela Valentina. Pasaron algunos años y logré lo que tanto ansiaba, conseguí aquella obra de arte llamada veneno que no deja rastro y al cabo de unos meses descubrí el antídoto. Mi madre y la abuela festejaban mis logros como suyos. Mi invento les llenaría las arcas que con tanta frecuencia y tanto gasto inútil se vaciaban. Entre las dos forjaron el negocio. Estudiaron a sus víctimas, buscaron asilos, orfanatos y asociaciones donde pudieran justificar su buen hacer, y me obligaron a continuar fabricando aquel veneno en el que yo tenía puestas todas mi esperanzas. Un hallazgo para la humanidad. Hice ensayos, ponencias, tesis y escribí todos mis logros para presentarlos como si de una obra de arte se trataran, pero ellas los destruyeron y con ellos lanzaron al vacío todos mis sueños.

Mi trabajo de años se había convertido solamente en la creación de una cuenta corriente y en un trabajo péfido e indecente, con el que nunca estuve de acuerdo. Pero ellas reían y reían, mostraban sus caras más alegres mirando el

estado del crecimiento de su dinero. Me compraban todo cuanto necesitaba, me hacían múltiples regalos que no me hacían falta, me buscaban novios, querían descendencia a toda costa y solo la podían obtener conmigo. Decidían mi vida, mi ropa, mis salidas, mis amigas, mis tardes, mis mañanas, mis pensamientos y hasta mis sueños. Y se reían y reían. Para ellas todo lo que formaba parte de mi vida era vital... vital... vital...

—¿Cómo crees que vas a conseguir algún premio, Valentina? Deja de una vez de hacerte ilusiones que no te llevarán a ningún lado. Nosotras sabemos lo que te conviene. ¡Déjate llevar!

Y ellas disfrutaban con sus viajes buscando víctimas, ensayando sus locuras en la habitación de la abuela, mientras yo soñaba con el éxito de mis logros, que jamás podría alcanzar mientras ellas dirigieran mi vida.

No sé cómo pude hacer lo que hice, cómo pude desbaratar de tal forma y manera los sentimientos encontrados. Supongo que como lo hice una vez me resultó más fácil la segunda. ¡La vida sería tan fácil sin ellas! ¿Y el remordimiento? No había pensado en ello, podría invadir y destruir mi vida. Mi mente no cesaba de estudiar las consecuencias del futuro. ¿Qué sería de mí con el sentido de culpabilidad? ¿Podría vivir con ello? Mi cabeza debería forjar otra clase de afecto hacia ellas, tendría que crear de nuevo el odio que sentí por mi padre. Ellas se lo habían buscado al querer dirigir mi vida, al usarme como si fuera solamente una máquina de pensar.

Y así, con ese sentimiento que se pegaba a mis entrañas, logré forjar el odio, como si fuera otra persona, como si aquella nueva yo que había fabricado no sintiera nada y comencé a trazar el plan. Lo hice poco a poco, pensando en cada momento, en cada solución y esta vez supe también buscar a las personas indicadas. El dinero no era problema, yo pedía y ellas me daban lo que quisiera con tal de que accediera a sus deseos incontrolados.

Volvió a salir a la perfección. Se consideró un accidente. No sé dónde pude fallar. No entiendo cómo pudieron descubrir algún descuido en mi forma de elaborar un plan tan bien forjado. Ni sé de qué forma y manera he podido llegar

hasta aquí. Mi vida era feliz hasta este momento. No era consciente de lo que había hecho y en realidad era una asesina, había matado a mi familia. Lo había hecho mediante una planificación elaborada de la que en ese momento no era consciente.

Cuando abrí los ojos, me vi en una habitación, en una cama cómoda, con barrotes a cada lado. Al mirar al techo observé los fluorescentes que desprendían una luz blanca cegadora, perfectamente alineados. A mi lado, en un sillón, mi querida Herminia daba cabezadas. Cuando se dio cuenta de que me había despertado, me acercó un vaso con agua y una pajita para que no cayera en el embozo de las sábanas.

—¿Qué hago aquí?

—Voy a llamar a tu hermana, cariño.

—¡No te vayas! ¡He tenido un sueño! Era terrible, había matado a mi familia. ¿Qué está pasando, Herminia? ¿He tenido un accidente? ¿Por qué estoy en un hospital?

—Ya viene tu hermana, cielo. No te hagas más preguntas. Ahora te van a explicar. Todo está bien. Por fin... Todo está bien.

Se abrió la puerta y contemplé como entraba mi hermana junto a Fernando y Mario. Los tres llevaban encima de sus ropas sendas batas blancas y un fonendo rodeaba sus cuellos.

Aquello parecía una obra de teatro en la que me sentía protagonista, incluso dudaba de que aquello fuera verdad y no se tratara de otro sueño a los que era tan aficionada.

Mi hermana se acercó y cogió mi mano con el cariño de siempre. Fernando se sentó al otro lado de la cama y me besó en la boca suavemente.

—No hables, Valentina, solo escucha. Voy a contarte la realidad de tu vida, todo lo que debes saber. Soy consciente de que has recordado lo principal y

tendremos que averiguar cómo te sientes.

—¿Qué hacéis vestidos así? Parecéis médicos.

—Y lo somos, no preguntes más. Lo mejor es que conozcas las respuestas, de eso depende tu futuro, cariño. No voy a agobiarte mucho, solo voy a contarte la realidad.

Estaba viviendo en un mundo irreal, necesitaba que alguien me contara qué estaba pasando y que me ratificara lo que significaba todo aquello y dictaminara que era un nuevo sueño.

En ese momento me sentí como una persona distinta, totalmente distinta, era una nueva yo surgida de alguna otra parte. Mi antiguo ser se había desprendido de mi cerebro, del que constantemente salían imágenes de mi pasado que habían estado ocultas hasta ahora.

No había sido un sueño. Era una asesina, había matado a toda mi familia. Recordaba el cómo y el cuándo, hasta los detalles más ínfimos afloraban sin pedir que lo hicieran. ¿Cómo había podido estar tan ciega? Lo tenía delante de mis ojos, todos los sabían menos yo.

—Cariño, empezaré diciendo que soy tu hermana, tu gemela. Es cierto todo lo que pasó, mi madre quiso adoptar un bebé y la engañaron, al igual que engañaron a tus padres. Nuestro primer encuentro no fue en el Retiro, todo eso lo forjó tu imaginación, tu otro yo, al igual que muchos episodios de tu vida. Supe de tu existencia cuando todavía éramos niñas. Mi madre lo descubrió y siempre me tuvo en contacto con la realidad. Seguimos tus pasos y te quise nada más verte. Te seguía por el Retiro cuando te veía acompañada de la mano de tu padre. Cuantas veces estuve a punto de decirte la verdad, de pararte, de hablar contigo de cualquier nimiedad, pero teníamos miedo. Mi madre dijo que había que esperar. Después la vida nos llevó por caminos distintos. Yo me dediqué a la medicina y tú a la investigación. Cuando llegó a mi conocimiento lo que habías hecho, me puse en camino, no podía consentir que te trataran como a una asesina, cuando mi interior me decía que no lo eras.

En el momento en el que te encarcelaron como imputada de los asesinatos de tu familia, me ofrecí a colaborar con el abogado de la defensa, y quise estudiar tu caso. Después de acudir a la cárcel donde te tenían retenida y tratarte durante un par de años antes de que se celebrara el juicio, supimos que padecías una enfermedad que se llama: Trastorno de la identidad asociativa, vulgarmente llamada: Doble personalidad. No recordabas absolutamente nada, incluso no sabías donde te encontrabas en cada momento. Estabas totalmente perdida. Cuando cometiste los crímenes eras otra persona, poseída por la persona resentida que llevabas dentro. Eso dejaba totalmente claro los motivos que te llevaron a asesinar a tu familia. El veredicto fue de culpabilidad, con un atenuante: Tendrías que ingresar en una clínica psiquiátrica a mi cuidado, hasta que tu enfermedad fuera diagnosticada por tres psiquiatras que firmaran tu curación. Pero para que eso se hiciera realidad la base era recordar y sacar de ti, esa doble personalidad asesina que te estaba condenando. En el momento que tu mente volviera a la realidad y llegara hasta el momento de los asesinatos, sabíamos que la batalla estaría ganada, y para eso necesitamos montar el escenario adecuado. Todo debería llevarte a descubrir que tú eras la verdadera asesina, y la incógnita estaba en que poco a poco fueras recordando. Tus sueños y los recuerdos te hacían avanzar, sin embargo el momento crucial era llevarte hasta el sobre en el que estaba tu nombre como autora de los asesinatos de tu familia. Sabíamos que ese era el momento... Tu momento... Si recordabas, sacarías de tu mente a la asesina que habías llevado dentro durante años. Y lo has hecho, Valentina... Lo has hecho. Ha valido la pena crear este teatro, este escenario. Hacernos pasar por personas que no somos, y crear distintos ambientes que mediante mecanismos de psiquiatría, hacíamos creer a tu cerebro que eran realidad. No ha costado mucho tiempo, mucho esfuerzo y demasiadas lágrimas... Pero lo hemos logrado... Estás aquí, has recordado, sabes lo que has hecho y que esa persona que dominaba tu vida ha desaparecido. Tu existencia ha vuelto a la realidad, ya no tienes nada que temer. Es cuestión de meses, con algo de medicación, nuestro informe y el de varios colegas, volverás a tu vida normal, a la realidad, a tu casa, a esa vida que hemos inventado para ti, pero que en poco tiempo podrá ser totalmente real.

Al principio escuché como una autómatas, como si se tratara de una obra de

teatro, como si fuera una de las personas que acabara de comprar una entrada, y divisara la obra desde el patio de butacas, pero según iban pasando las palabras de mi hermana como ráfagas por mi cerebro, fui siendo consciente de la realidad.

Herminia me abrazó, ella también estaba metida en aquel entramado para lograr mi curación, me constaba que me quería, me quería mucho y había seguido las instrucciones de mi hermana. Fernando me susurró al oído un: “Te quiero” que me hizo creer totalmente en él.

Ahora lo comprendía todo, había llegado mi verdad, esa fantasía en la que había estado viviendo se borró repentinamente de mi cabeza. ¡Cuánto tenía que agradecerles! Mi vida había sido una farsa de la que, gracias a ellos, acababa de despertar.

Fernando volvió a besarme y con un: “Te amo” que me llegó al alma salió de la habitación. Herminia se despidió con un: “Hasta ahora, cariño. Voy a tomar un café, necesitas estar sola con tu hermana”. Y Mario me besó la frente antes de salir.

—¿Cómo te sientes? —escuché preguntar a Amelia—. Sé que es difícil de digerir, llevará tiempo. Te lo he soltado todo de sopetón, es complejo y nada fácil de entender, pero eres inteligente, no olvides que somos hermanas. Siempre estaré contigo. ¡Te quiero, Valentina! ¡Te quiero mucho! ¡Siempre te he querido! Creo que antes de saber nuestro parentesco, intuía que en mí había un hilo conectado a otra persona.

Me abracé a ella llorando. No sabía si darle las gracias o un tortazo. ¡Pero la quería tanto! ¡Tanto! Fue un abrazo infinito, en el que por fin nos complementamos como verdaderas almas gemelas. Siempre la llevaría dentro de mí. ¡Qué hubiera sido de mi vida sin ella?

Me vino a la mente su madre: Salvadora, pobrecita. Lo bien que se había portado al hacer su papel, y yo que la tachaba de inquisidora y mala persona. Ahora me daba cuenta de todo lo que tenía que agradecerles a todos.

Solo me quedaba una duda.

—¿Y mamá y la abuela? ¿Por qué las sigo viendo?

—Ya se pasará, es tu subconsciente, te libera de culpabilidad, te hace creer que te ayudan.

—¿Pero?

—¿Pero qué, Valentina? Ya te lo he explicado todo. Son historias que forja tu mente.

—¿Cómo he podido inventar lo que me decían?

—Reflejos de la mente, son recuerdos que nos manda el cerebro.

—Pero, Amelia, ¡las sigo viendo!

—Las seguías viendo, cariño... Eso se acabó, tu mente las borrará, solo te quedarán los recuerdos.

—No, eso no es así, las sigo viendo.

—¿Qué tozuda eres! ¿No has escuchado lo que acabo de decir?

—Sí, perfectamente. Pero si te digo que las veo, es porque las veo. Ahora mismo están detrás de ti, sonriendo y contentas de que por fin me haya curado. Me dicen que por eso me decían que recordara. Que no me guardan rencor, que quizá fueron egoístas y que cuando llegue el momento nos reuniremos todas donde ellas viven.

—¡Madre mía! Cuando pasemos por el tribunal te ruego que no cuentes esas visiones, porque no conseguiremos que te den el alta y no podremos tener una vida normal.

—Diré lo quieras, Amelia, pero como que estamos hablando, que las veo detrás de ti.

–Está bien, ahora que parece que todo ha vuelto a la normalidad, tendré que poner cartas en el asunto con este tema. Haremos unos ejercicios de memoria para ahuyentar los recuerdos que dañan todavía tu mente y a ver si con eso conseguimos que se vayan las visiones.

–Amelia, mamá y la abuela dicen que te vuelvas y mires hacia la puerta.

–Lo que tú quieras, Valentina.

Amelia se sentó de repente en el sillón cercano a la cama, porque de no estar cerca del asiento se habría caído de culo.

–¡Me estás contagiando! ¡Las veo, las estoy viendo! ¡Valentinaaaa! ¿Me escuchas? ¡Están ahí! ¡Me sonríen! ¡Están felices!

–Te lo dije.

FIN

ANTI-PRÓLOGO

Me comenta la Sole, "Sita Palao" pá los que se codean con semejante escritora en este noble arte de las letras, que en breve nacerá su segundo retoño. Visto el exitazo de su primer libro, ha decidido repetir.

Psshiiiiis... eeehhh... tú... el que lee... si túuuu... te explico... "Naaaaa que saaaa venio arribaaaa, saaaaaaaa venio arribaaaa... ahí está mi Solete... dándolo todo... a por todas... como tiene que ser, como mandan los preceptos de la madre literatura en el que se especifica claramente " Si se ha de poner uno en estos menesteres y no levantar el morrete hasta la culminación de dicha obra... se pone".

Bueno, ¿por dónde iba? Ah sí, resulta que la muchacha me pregunta que si tengo a bien de escribir un prólogo, aunque me ha adelantado que tiene dos voluntarios, que se prestan gustosos a este simpático y curioso "Arte de Prologar".

Yo, que soy un pelín anárquica, definido vulgarmente en el lenguaje llano "Toca Pelotas", acepto y decido hacer los honores con un ANTI-PRÓLOGO, bien para compensar a los dos prologuistas, ya que tres son multitud (no lo digo yo, es el saber popular), bien para pasar a la historia como la chica que ayudó a la Sole a petar la librerías del mundo entero y parte del extranjero.

Pues bien, aceptada la propuesta, nos fuimos a comer junto con su consultor editorial, "Señor Zorrilla" pá los que se codean en el noble arte de editar, "Luisma" pal resto de los seres humanos que pululan por estos mundos terrenales.

Sentados los tres en la mesa, le pido a la Sole algo sucinto sobre la trama de su libro, para meterme de lleno en tan honroso recado, pues tengo que decir, que a pesar de ser un ANTIPRÓLOGO, no resta sino suma, a los dos prólogos y a su estupenda retórica.

Pero vive Dios, que aquel resumen sobrevivió a unos entremeses de croquetas de jamón y de bacalao, dos cocidos completos, una gallina en pepitoria, y postres incluidos.

Tanto se extendió que a poco me destripa el final, Luisma y yo permanecíamos deslumbrados ante tal derroche de prosa, mientras yo esperaba ansiosa un descanso de su lengua para que cogiera aire y así aprovechar para hacerle la siguiente pregunta:

—¿Y dices que se titula el libro...?

—El laberinto de los sueños — me contestó.

—¿Aaaamm? Pues por toda la trama que me has contado que lleva, yo lo llamaría:

" Falcon Crest es un jardín de infancia, al lado de la que has montado tú en el Madrid de los años 40, con el retiro como centro neurálgico, de planes de dudosa moral aderezado con un poco de picaresca, rencillas entre putas y comadres y otras misceláneas".

Es entonces cuando la Sita Palao me observa con sus pupilas dilatadas a tope de power y me espeta:

—¿Qué dices, majadera?

—¡Que siiiiiiiii, Sole que lo petas, que te lo digo yooooooooooooo!

Escucha, amorcete, las personas somos curiosas, y con ese título se preguntarán cosas como, ¿Qué coño tiene que ver Falcon Crest con el Retiro y el Madrid de los años 40? Creas curiosidad y una vez abierto el libro quedan atrapados en tu prosa llena de ironía fina, a la par que socarrona; y es entonces cuando ya no pueden huir hasta que no llegan al final del libro.

El señor Zorrilla que ahora actúa como editor, nos mira entre estupefacto, curioso y confundido. El susodicho eleva las niñas de sus ojos al cielo mientras

se mesa la barba, empuja su cuerpo hacia el respaldo de la silla y sonríe. Pero en el fondo, acaricia la idea de hacer a La Sita Sole... "Trendig Topic" o como se diría en el Madrid castizo de los años 40... "Lo máaaaas de lo máaas".

Con cariño de tu musa.

Ros Peggy

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer de corazón a mis lectores su cariño, sus reseñas, su seguimiento, la amabilidad de sus palabras convertidas en mails que recibo constantemente y no sería yo de buena cuna, si no me acordara de ellos en estos momentos tan importantes para mí. Sin ellos no sería nada.

A mi marido por su esfuerzo, por su ayuda y por aguantarme tantos años, y como no, a mis hijos y a mis nietos que tantas alegrías me han dado a lo largo de mi vida. Gracias por vuestros consejos y por los ánimos constantes.

A Tino y a Belén a los que quiero con todo mi corazón.

Nunca podría olvidarme de mi hermano, y no solo porque es el único que tengo, sino porque sé que siempre está ahí, y estará siempre.

Me gustaría que estuviera siempre en estas últimas páginas mi agente: Luis Manuel Zorrilla ¿Qué sería de mí sin él? Sin sus sabios consejos, sin su paciencia, y sin su buen hacer.

No puedo dejar atrás a mis Marys, a las que quiero tanto, y a las que doy constantemente la paliza para conocer sus opiniones. A las brujis, por contar siempre con su amistad y su ayuda desinteresada. Gracias por estar siempre a mi lado.

Mi eterno agradecimiento a Manuel Fernández García por este prólogo maravilloso, por esas reseñas, y por hacerme pasar tan buenos ratos en su página de Facebook.

A mi querida amiga Rocío Fernández López, por sus opiniones, su ayuda, sus reseñas, y por ese estupendo prólogo que está plasmado en las primeras páginas de este libro.

Nunca podré olvidarme de Ana G. Hernández, mi canaria viajera guapa, que

me despierta con esos maravillosos buenos días, siempre con una palabra amable para todo el mundo.

Mi eterna amistad y mi sincero agradecimiento a mi queridísima Gloria Males, porque eres mi amiga, porque eres buena persona, porque eres una artista en el arte de la fotografía, por dejarme contar siempre con esas fotos maravillosas y porque te quiero guapa.

No puedo dejar en el camino a mi querida Ros Peggy, sin ese estupendo anti prólogo, este libro no sería el mismo. Es un honor haber podido contar contigo amiga.

No podría haber publicado este libro sin Mati Sanchíz, gracias amiga por tu impecable corrección.

Tampoco querría dejar pasar a uno de mis mejores hallazgos, de esos que sin saber porque, te encuentras en el camino: Alexia Jorques, la persona que ha diseñado esta maravillosa portada. Gracias amiga por tu profesionalidad y tú buen hacer.

Y cómo no, a todos los grupos literarios de Facebook que me aguantan cada día, que leen mis relatos, que siempre guardan una palabra amable y que siguen todos mis escritos. Gracias...Gracias...Gracias...

Soledad Palao